

# ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



---

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

---



Casimiro Prieto y Saldés

# Almanaque

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

1894



BUENOS AIRES

EL SIGLO ILUSTRADO  
CERRITO, 170 y 174

MONTEVIDEO

ANDRÉS RIUS  
SORIANO, 155 y 157



# Colaboradores del Almanaque

EN

1894

## SEÑORAS

Carolina Freyre de Jaimes, Juana Manuela Gorriti,  
Emilia Pardo Bazán, Amalia Puga

## SEÑORES

Almafuerte, Balart (Federico), Bares, Calzada, Campoamor, Castellanos, Cástez, Castilla Portugal, Coll, Coronado, Corpancho, Darío, Díaz, Díaz Mirón, Egózcue, Fernández Espiro, Figueroa, García Velloso, Godio, Granada, Gras y Elias, Grilo, Guido y Spano, Gutiérrez Nájera, Icaza, Isaacs, Jordán, Latzina, Lopez Benedito, Llona, Malagarriga, Mantilla, Martel, Menchaca, Mendes, Monner Sans, Núñez de Arce, Obligado, Ortega, Oyuela, Palacio (Manuel del), Palma, Payró, Rivas Groot, Roca y Roca, Roxlo, Rueda, Sánchez (Ricardo), Sánchez Huguét, Soto y Calvo, Urbina, Valmar, Vega Belgrano, Villafañe, Zapata, etc., etc.

## ARTISTAS

Cabrinety, Diéguez, Llovera, Apeles Mestres, Pellicer, Ross (Antonio), Ross (Paciano)





# ÍNDICE LITERARIO

Almafuerte. — Á tus pies, poesía. . . . .	45
Balart (Federico). — Nocturno, poesía. . . . .	44
Bares (Manuel A. Bares). — Jugando á los enfermos. . . . .	94
Calzada (Rafael). — Cayo Aquilio. . . . .	66
Campoamor (Ramón de). — Dolora. . . . .	46
» » Por si acaso, dolora. . . . .	112
» » Humoradas. . . . .	166
» » Humoradas. . . . .	205
Castellanos (Moisés N.). — La felicidad, poesía. . . . .	32
» » A Alicia, poesía. . . . .	178
Cástez (Álvaro). — Por una rubia. . . . .	184
Castilla Portugal (Manuel). — Su nombre. . . . .	81
Coll (Enrique). — De encargo. . . . .	146
Coronado (Martín). — El voto, poesía. . . . .	131
Corpancho (Teobaldo Elías). — Recuerdos de un baile, poesía. . . . .	214
Dario (Rubén). — Este es el cuento de la sonrisa de la princesa Diamantina. . . . .	242
Diaz (Leopoldo). — Lili. . . . .	58
» » Junto al mar, poesía. . . . .	82
» » Sancho Panza, poesía. . . . .	130
» » Las lilas blancas, poesía. . . . .	155
Diaz Mirón (Salvador). — Redemptio, poesía. . . . .	182
Egózcue (Carlos M. de). — Con el diablo á bofetadas, poesía. . . . .	106
Fernández Espiro (D.). — Étoile filante, poesía. . . . .	80
» » Miraje, poesía. . . . .	157
Figuerola (Francisco A. de). — Un propósito de enmienda, poesía. . . . .	183
» » Un noble sin méritos, poesía. . . . .	262
Freyre de Jaimes (Carolina). — ¡Vieja!, poesía. . . . .	245
García Velloso (J. J.). — Romance amoroso. . . . .	199
Godio (Guillermo). — Fábula abisinia. . . . .	47
Gorriti (Juana M.). — In illo tempore. . . . .	26
Granada (Daniel). — Supersticiones del vulgo platense. . . . .	168
Gras y Elías (Francisco). — Tributo, poesía. . . . .	240
Grilo (Antonio F.). — En un álbum, poesía. . . . .	208
Guido y Spano (Carlos). — En un álbum, poesía. . . . .	224
Gutierrez Nájera (M.). — Ondas muertas, poesía. . . . .	213
Herranz (Juan José). — El teléfono, poesía. . . . .	61
Icaza (Francisco A. de). — Estancias, poesía. . . . .	200
Isaacs (Jorge). — La tumba de Belisario, poesía. . . . .	56
Jordán (Vicente R.). — Mis lágrimas, poesía. . . . .	133
Latzina (F.). — Calaveradas de una mente vagabunda. . . . .	201
López Benedito (Fernando). — Tus ojos, poesía. . . . .	206
Llona (Numa Pompilio). — En el crepúsculo, poesía. . . . .	144
» » A un laurel, poesía. . . . .	198



Malagarriga (C.). — De Metastasio, poesía. . . . .	35
» De Horacio. . . . .	248
Mantilla (Victor J.). — El sueño del patriarca. . . . .	249
Martel (Julián). — El reloj, poesía. . . . .	182
» El triunfo de Pierrot. . . . .	210
Menchaca (Ángel). — A Verdi, poesía. . . . .	36
» Federico Gamboa. . . . .	194
Mendes (Cátulo). — La princesa Victorina. . . . .	151
Monner Sanns (R.). — Nicolau Cutanda. . . . .	258
Núñez de Arce (Gaspar). — La esfinge. . . . .	34
Obligado (Rafael). — El camalote, poesía. . . . .	211
Ortega (Enrique). — Gruñe y gruñe. . . . .	238
Oyuela (Calixto). — Ensueño, poesía. . . . .	62
» En viaje. . . . .	150
Palacio (Manuel del). — El cardo, poesía. . . . .	63
» Chispas, poesía. . . . .	75
» Post nubila, poesía. . . . .	223
Palma (Ricardo). — La honradez de una ánima bendita. . . . .	86
Pardo Bazán (Emilia). — De flor en flor, poesía. . . . .	244
Payró (Roberto J.). — Los amores de Fausto. . . . .	162
Prieto (Casimiro). — El ramo de flores. . . . .	37
» Tu cabellera, poesía. . . . .	54
» La historia de siempre, poesía. . . . .	77
» Niños y monos, poesía. . . . .	126
» Gentes acuáticas. . . . .	135
» Cantares. . . . .	160
» La niña de nieve, poesía. . . . .	191
» La dama misteriosa. . . . .	216
» Vistiéndose para el baile, poesía. . . . .	247
Puga (Amalia). — Rima. . . . .	92
» Cáloc. . . . .	114
Rivas Groot (José). — Constelaciones, poesía. . . . .	255
Roca y Roca (José). — José Zorrilla. . . . .	10
Roxlo (Carlos). — La samaritana, poesía. . . . .	91
Rueda (Salvador). — Concertante, soneto. . . . .	57
» La niebla, poesía. . . . .	142
Sánchez (Ricardo). — En la muerte de José Zorrilla. . . . .	13
» Afinidades, poesía. . . . .	167
» El distintivo del tonto, poesía. . . . .	190
Sánchez Huguet (Emilio). — Amoríos, poesía. . . . .	164
Soto y Calvo (F.). — Triunfo de la cosecha. . . . .	232
Urbina (Luis G.). — Sola, poesía. . . . .	149
Valmar (Joaquín). — Nohela, poesía. . . . .	264
Vega Belgrano (Carlos). — Pensamientos. . . . .	246
Villafañe (Segundo I.). — Paisajes, poesía. . . . .	158
X. — La fiesta de San Pedro en Chorrillos. . . . .	129
Zapata (Marcos). — A Calderón, poesía. . . . .	84



# ÍNDICE ARTÍSTICO

## CABRINETY (F.)

El ramo de flores (ilustración).	37
El distintivo del tonto (variedad).	190
Nohela (ilustración).	264

## DIÉGUEZ (J.)

José Zorrilla (retrato).	9
--------------------------	---

## LLOVERA (José)

En las máscaras (variedad).	64
Historias callejeras (variedad).	76
Superstición (variedad).	112
Vistiéndose para el baile (ilustración).	247

## MESTRES (Apeles)

Los meses del año.	Del 14 al 25
In illo tempore (ilustración).	26
La felicidad (ilustración).	32
La esfinge (ilustración).	34
A Verdi (ilustración).	36
A tus pies (ilustración).	45
Fábula abisinia (ilustración).	47
Tu cabellera (ilustración).	54
La tumba de Belisario (ilustración).	56
Lili (ilustración).	58
Ensueño (alegoría).	62
Cayo Aquilio (ilustración).	66
La historia de siempre (inicial).	77
Su nombre (ilustración).	81
Junto al mar (inicial).	82
A Calderón (alegoría).	84
La honradez de una ánima bendita (ilustración).	86
La vieja verde (variedad).	105
Con el diablo á bofetadas (ilustración).	106
Cáloc (ilustración).	114
Escena nocturna (cuento).	124
Niños y monos (ilustración).	126
Sancho Panza (inicial).	130
Gentes acuáticas (ilustración).	135
La niebla (ilustración).	142

De encargo (inicial).	146
Sola (ilustración).	149
La princesa Victorina (ilustración).	151
Entre bohemios (variedad).	156
Miraje (ilustración).	157
En una <i>soirée</i> (variedad).	161
Los amores de Fausto (inicial).	162
Amoríos (ilustración).	164
Afinidades (variedad).	167
Supersticiones del vulgo platense (ilustración).	168
A Alicia (inicial).	178
¡Arruinado! (variedad).	183
Por una rubia... (ilustración).	184
La niña de nieve (ilustración).	191
A un laurel (inicial).	198
Romance amoroso (ilustración).	199
Tus ojos (inicial).	206
El triunfo de Pierrot (inicial).	210
En pleno invierno (variedad).	212
La dama misteriosa (ilustración).	216
Los dos Fritz (cuento suizo).	225
Triunfo de la cosecha (ilustración).	232
Pensamientos (ilustración).	246
Leyendo la historia de Colón (variedad).	254
Constelaciones (ilustración).	255
Ilusiones alcohólicas (variedad).	263

#### PELLICER (José Luis)

Una frase del ex rey Milana de Servia (variedad).	134
En cuaresma (variedad).	215
El sueño del patriarca (ilustración).	249

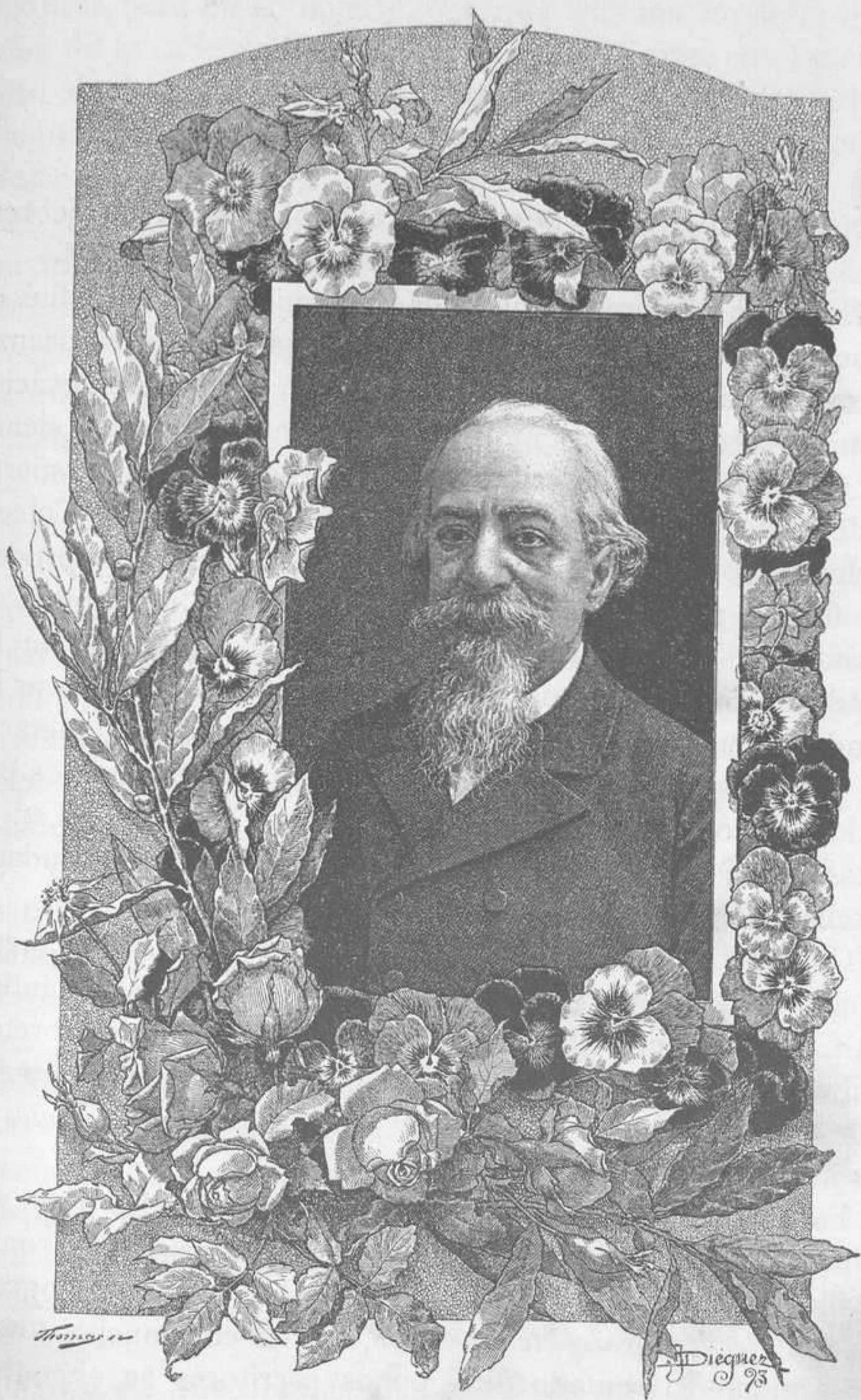
#### ROSS (Antonio)

Paciano Ross (retrato).	55
-------------------------	----

#### ROSS (Paciano)

BELLEZAS AMERICANAS. — Uruguay.	33
Calixto Oyuela (alegoría).	62
Dr. D. Rafael Calzada (retrato).	65
D. Marcos Zapata (retrato).	83
BELLEZAS AMERICANAS. — Uruguay.	93
Dr. D. Pablo de María (retrato).	113
La fiesta de san Pedro en Chorrillos (Perú). — (Copia de un cuadro del distinguido pintor peruano D. Teófilo del Castillo).	128
BELLEZAS AMERICANAS. — Uruguay.	145
Sr. D. Moisés N. Castellanos (retrato).	177
Sr. D. Federico Gamboa (retrato).	193
D. José Miró (retrato).	209
D. Rubén Darío (retrato).	241
D. Vicente Nicoláu Cutanda (retrato).	257





José Borrilla



## JOSÉ ZORRILLA

---

Nació este ilustre poeta en Valladolid en 21 de Febrero de 1817 y falleció en Madrid el 23 de Marzo de 1893.

Nació poeta como el ruiseñor nace ruiseñor. Hijo fué de un severo magistrado, hombre chapado á la antigua usanza, quien, pese á su gran rigor, no logró torcer la firme vocación de su vástago. En el Seminario de Nobles de Madrid, siendo aún niño, fué donde escribió sus primeros versos. Su suerte, desde aquel momento, estuvo echada. Valladolid y Toledo, en donde por mandato de su padre debía cursar jurisprudencia, fueron para el joven Zorrilla manantial inagotable de inspiraciones románticas. Allí su espíritu se saturó de las grandezas de los tiempos pasados; allí aprendió á evocar los grandes recuerdos y las bizarras aventuras de las generaciones que fueron, y ya nunca más habían de borrarse los profundos surcos que en su corazón, en su espíritu y en su fantasía abriera la contemplación de aquellas viejas ciudades castellanas.

Chateaubriand, Walter Scott, Fenimore Cooper, fueron sus autores predilectos. De la cópula de esos neo-románticos con Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso, Moreto y Alarcón, había de nacer como gallardo fruto la obra genuinamente española del autor de *Don Juan Tenorio*, los *Cantos del Trovador* y *Granada*.

Para conocer á Zorrilla, en los menores detalles de su vida íntima y estudiar la relación que guardan sus obras con los detalles de su existencia, es preciso leer su autobiografía, titulada *Recuerdos del tiempo viejo*, escrita con mucho donaire y no menos desenfado. En pocos escritores se encontrará una identidad más cabal entre el hombre y el escritor.

Desde el día que, para librarse del castigo que su padre ofendido por su irremediable desaplicación le tenía preparado, robó una yegua y escapó, llegando á Madrid sin un céntimo,



hasta la hora de su muerte, ocurrida en una modesta habitación de la calle de Santa Teresa de la Corte, en el piso más alto de la casa, no dejó nunca de ser el poeta soñador, en pugna constante con las miserias de la vida; el poeta que desconoce el valor del dinero, prefiriendo vivir de las efusiones del alma; sin acordarse apenas de recoger los frutos de su trabajo; muy rico en gloria, muy pobre en bienes de fortuna; muy festejado por todas las clases sociales, así por el pueblo bajo como por el encopetado aristócrata, y al propio tiempo devorando los sinsabores y crudezas de una existencia tan precaria, que más de una vez hubo de manifestar á sus íntimos, que vislumbraba como su último refugio el lecho de un hospital.

Una poesía que leyó en Febrero de 1837, en un cementerio de Madrid, en el momento de dar sepultura al cadáver del desventurado Larra (*Fígaro*), valióle una gran notoriedad. Sobre el sepulcro del genio de la crítica, que acababa de suicidarse á impulsos de una contrariedad amorosa, nació espléndido y radiante el genio de la poesía española. Desaparecía un escéptico y surgía un creyente.

Y lo fué siempre, tanto como trabajador infatigable. La patria y la religión habían de ser constantemente los manantiales inagotables de sus lozanas inspiraciones. Una facilidad sorprendente en el manejo de la rima, una fluidez exquisita, una abundancia siempre lozana, el colorido y la armonía musical de sus versos encantando los ojos y halagando el oído, todo esto unido al linaje genuinamente español de todas sus inspiraciones, valiéronle la admiración constante del pueblo hispano. Cultivó el teatro, la leyenda, la poesía épica y la lírica. Enumerar todas las obras que produjo daría proporciones desmesuradas á este trabajo que tiene la brevedad por exigencia.

Uno de sus dramas más populares es *Don Juan Tenorio*. No hay en España compañía de verso que deje de representarlo todos los años. El espectador se lo sabe de memoria, y no obstante, el teatro se llena cuantas veces se representa. En este punto el público difiere de la opinión de Zorrilla,



quien tenía lo por su obra más ínfima, arrepintiéndose hasta de haberlo escrito. Otras obras dramáticas como *Sancho García*, *El zapatero y el rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, valiendo más que *Don Juan Tenorio*, se representan mucho menos. El gusto del público se ha modificado, relegándolas al olvido ó poco menos.

Las leyendas de Zorrilla son, sin disputa, sus producciones magistrales por excelencia. Nada tan hermoso como *El capitán Montoya*, *A buen juez mejor testigo* y *Margarita la tornera*, obras todas creadas en el vigor y la fuerza de su juventud. Su poema *Granada* aparece exornado con todos los primores y delicadezas de los alicatados arábigos de la Alhambra.

En lo mejor de sus gloriosos triunfos literarios Zorrilla desapareció de España. Después de recorrer algunas capitales europeas, trasladóse á América, y tanto en Cuba como en Méjico, así en la morada de los magnates como en la choza de las tribus indias, dió expansión á sus poéticos sentimientos. El infortunado Maximiliano distinguiólo con su protección, nombrándole director del *Teatro Imperial*; y Zorrilla supo pagar la fineza de aquel príncipe, cantando las desventuras que le deparó una suerte infausta, con un hermoso poema titulado *El Drama del alma*.

De regreso á España en 1866, encontró el país completamente cambiado. En vano trató de variar de rumbo, escribiendo numerosas poesías líricas, llenas de arrullos y de gorjeos de un efecto encantador, especialmente cuando el mismo Zorrilla las recitaba: sus inclinaciones antiguas lleváronle á escribir su *Poema del Cid*, amplificación del famoso Romanero, en cuya tarea no logró exceder el mérito de la obra original. Pero Zorrilla estaba ya viejo y andaba algo cansado, viviendo principalmente de sus glorias pasadas. Las primeras ciudades de España disputábasele para disfrutar del goce incomparable de oírle recitar; pero sus libros se vendían poco y precisamente aquellas de sus obras que mayores rendimientos producían, eran las que el imprevisor poeta había enajenado, cediéndolas á editores ó empresarios por cantidades irrisorias.



Su estrechez veíase compensada en parte por triunfos tales como su ingreso en la Academia Española y su coronación en el Palacio de Carlos V de la Alhambra de Granada, honor inmenso que hasta aquí no ha alcanzado otro poeta alguno en España. Pero Zorrilla hubiera realmente muerto en un hospital, á no ser la munificencia de algunas personas de calidad que se honraron pasándole una pensión, hasta que las Cortes acordaron concedérsela á expensas del erario público.

El día de su muerte lo fué de luto nacional. Tributáronse á su cadáver pomposos obsequios fúnebres costeados por el Estado, y el pueblo español en masa asocióse á esta manifestación de duelo. No en vano acababa de perder España al más querido de sus poetas, por haber sabido ser el intérprete más fiel de sus inspiraciones, y el reflejo más resplandeciente del genio poético nacional.

J. ROCA Y ROCA.

—♦—

EN LA MUERTE  
DE  
JOSÉ ZORRILLA

—

SONETO

¡Zorrilla fué!... La Fama entristecida,  
con cien heraldos, en solemne bando  
va por los cuatro vientos pregonando  
con fúnebres clamores la partida.

Tras mucho andar en la azarosa vida,  
tras medio siglo de sufrir luchando,  
á la morada azul voló cantando  
el viejo ruiñeñor de ala aterida.

Su cuerpo yace en la insondable nada;  
mas siempre vivirá en los corazones  
el trovador de inspiración sagrada,  
el bardo de las patrias afecciones,  
mientras quede un vestigio de Granada  
y ame el pueblo español sus tradiciones.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.





# ENERO

- 1 L. ✠ LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
  - 2 M. S. Isidro, obispo y mártir.
  - 3 M. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
  - 4 J. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
  - 5 V. Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo.
  - 6 S. LA ADORACIÓN DE LOS STOS. REYES.
- ☉ luna nueva á las 11 y 8 m. de la noche.
- 7 D. S. Julián, mártir. - ÁBRENSE LAS VELACIONES.
  - 8 L. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
  - 9 M. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mártires.
  - 10 M. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
  - 11 J. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
  - 12 V. S. Benedicto, obispo.
  - 13 S. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
  - 14 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. - S. Hilario, obispo.
- ☽ cuarto creciente á las 7 y 54 m. de la tarde.
- 15 L. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
  - 16 M. Stos. Marcelo, papa y mártir y Fulgencio, ob.
  - 17 M. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
  - 18 J. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
  - 19 V. S. Canuto y sta. Marta, mártires.
  - 20 S. Stos. Sebastián y Fabián, mártires.
  - 21 D. De Septuagésima. - Ntra. Sra. de Betlehem. - Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
- ☾ luna llena á las 11 y 58 m. del día.
- 22 L. Stos. Vicente y Anastasio, mártires.
  - 23 M. La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete. - Stos. Ildefonso, arzob. y Raimundo de P.
  - 24 M. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
  - 25 J. La Conversión de san Pablo, apóstol y san Máximo.
  - 26 V. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, virgen.
  - 27 S. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
  - 28 D. De Sexagésima. - S. Julián, obispo y confesor.
- ☾ cuarto menguante á la 1 y 14 m. de la tarde.
- 29 L. Dedicación de esta Sta. Catedral. - Stos. Valerio y Francisco de Sales.
  - 30 M. La Commemoración de la Pasión de N. S. J. C. - S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
  - 31 M. S. Pedro Nolasco. - Indulgencia de 40 horas en la Merced.





- 1 J. Stos. Cecilio e Ignacio, obispo y mártir.
- 2 V. ✠ LA PURIFICACIÓN DE NTRA SRA. - Stos. Firmo y Cándido.
- 3 S. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
- 4 D. De Quincuagésima. - Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr. - Indulgencia de 40 horas en las Catalinas. - CARNAVAL.
- 5 L. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
- ☉ Luna nueva á las 6 y 6 m. de la tarde.
- 6 M. Stos. Teófilo y Saturnino, mrs. y sta. Dorotea. - CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
- 7 M. CENIZA. - Ayuno y abstinencia. - S. Romualdo, abad. - Principia el ayuno cuaresmal.
- 8 J. Stos. Juan de Mata, cfr., Lucio y Ciriaco, mrs.
- 9 V. Abst. - S. Alejandro, mr. y sta. Polonia, vgn. - La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
- 10 S. Stos. Ireneo y Amancio y sta. Escolástica.
- 11 D. 1.º de cuaresma. - Stos Félix, mártir y Saturnino, papa.
- 12 L. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
- 13 M. S. Benigno, mártir y sta. Catalina, virgen.
- ☽ cuarto creciente á las 6 y 38 m. de la mañana.
- 14 M. Témporas. - Stos. Valentín y Zenón, mrs.
- 15 J. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
- 16 V. Témp. - Abst. - Stos. Gregorio, p. y Elias, pfta. - La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
- 17 S. Témporas. - Stos. Rómulo, mártir y Julián.
- 18 D. 2.º de cuaresma. - Stos. Simeón y Claudio, mrs.
- 19 L. Stos. Gavino y Marcelo, mártires.
- ☾ luna llena á las 11 y 4 m. de la noche.
- 20 M. Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mártires.
- 21 M. Stos. Félix, obispo y Fortunato, mártir.
- 22 J. La cátedra de san Pedro en Antioquia y santa Margarita.
- 23 V. Abst. - La Santa Sábana de N. S. J. C. - Santos Pedro Damián, obispo y Policarpo, mártir.
- 24 S. Stos. Matias, apóstol, Modesto y sta. Primitiva, mártir.
- 25 D. 3.º de cuaresma. - San Sebastián.
- 26 L. Ntra. Sra. de Guadalupe. - S. Alejandro.
- 27 M. S. Baldomero, confesor.

☽ cuarto menguante á las 8 y 25 m. de la mañana.

- 28 M. Stos. Justo y Rufino, mártires.



PS



MARZO



- 1 J. S. Rudesindo, obispo.
  - 2 V. *Abst.*—Stos. Heraclio, mártir y Florencio.—  
Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
  - 3 S. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires.
  - 4 D. *4.º de cuaresma.*—S. Casimiro, confesor.
  - 5 L. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
  - 6 M. Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir.
  - 7 M. Sto. Tomás de Aquino.
- *luna nueva á las 10 y 49 m. de la mañana.*
- 8 J. S. Juan de Dios.
  - 9 V. *Abstinencia.*—Sta. Francisca Romana, viuda.—  
La Santísima Sangre de N. S. J. C.
  - 10 S. S. Melitón y los 40 mártires.—RESEÑA.
  - 11 D. DE PASIÓN.—Stos. Zacarías, padre de san Juan  
Bautista y Eulogio, obispo.
  - 12 L. S. Gregorio.
  - 13 M. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
  - 14 M. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.
- ☽ *cuarto creciente á las 2 y 56 m. de la tarde.*
- 15 J. S. Raimundo, abad.
  - 16 V. *Abstinencia.*—Los siete Dolores de Maria Sta.  
Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
  - 17 S. S. Patricio y sta. Gertrudis.—RESEÑA.
  - 18 D. DE RAMOS.—Stos. Gabriel, arcángel y Alejandro,  
obispo.
  - 19 L. ✠ SANTO.—EL PATRIARCA SAN JOSÉ.
  - 20 M. SANTO.—S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
  - 21 M. SANTO.—S. Benito, abad.—*Ayuno y abstinencia*  
*hasta el Sábado Santo inclusive. OTÓN*
- ☾ *luna llena á las 10 y 49 m. de la mañana.*
- 22 J. SANTO.—Stos. Deogracias, obispo y Octaviano.
  - 23 V. SANTO.—S. Victoriano y sta. Teodosia, mártir.
  - 24 S. SANTO.—Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
  - 25 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN.—LA ENCARNACIÓN  
DE N. S. J. C.—*40 horas en Montserrat.*
  - 26 L. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
  - 27 M. S. Ruperto, obispo y confesor.
  - 28 M. Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.
  - 29 J. Stos. Cirilo y Pastor.
- ☾ *cuarto menguante á las 4 y 34 m. de la mañana.*
- 30 V. S. Juan Climaco.
  - 31 S. S. Benjamín y santa Balbina.



# ABRIL



- 1 D. DE CUASIMODO. — S. Venancio. — La impresión de las llagas de sta. Catalina.
- 2 L. Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo. — ABRENSE LAS VELACIONES.
- 3 M. S. Benito de Palermo. — La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
- 4 M. S. Isidoro, arzobispo.
- 5 J. S. Vicente Ferrer y sta. Irene.
- 6 V. Stos. Sixto, papa y mártir y Celestino.

☉ luna nueva á las 12 y 31 m. de la noche.

- 7 S. Stos. Epifanio y Rufino.
- 8 D. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mártir.
- 9 L. Stas. Casilda y Maria Cleofé.
- 10 M. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
- 11 M. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
- 12 J. Stos. Julio, papa y Victor, mártir.

☽ cuarto creciente á las 9 y 46 m. de la noche.

- 13 V. Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
- 14 S. S. Pedro G Telmo.
- 15 D. EL PATROCINIO DEL SEÑOR S. JOSÉ — S. Máximo y sta. Anastasia.
- 16 L. S. Toribio de Liébana, obispo.
- 17 M. S. Aniceto, papa y Beata Maria Ana de Jesús.
- 18 M. S. Eleuterio, obispo y mártir.
- 19 J. Stos. Jorge, obispo y Vicente.

☾ luna llena á las 11 y 22 m. de la noche.

- 20 V. S. Serviliano, mártir y sta Inés.
- 21 S. Stos. Anselmo, obispo y doctor, y Simeón, obispo y mártir.
- 22 D. NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN. — Santos Sotero, Cayo, papas y mártires, y Teodoro.
- 23 L. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
- 24 M. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
- 25 M. S. Marcos Evangelista. — *Letanías mayores.*
- 26 J. Stos. Cleto, Marcelino, papa y mártir y Pedro, obispo.
- 27 V. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mártir.

☽ cuarto menguante á las 11 y 49 de la noche.

- 28 S. Stos. Prudencio, arzobispo, Vital, mártir, y su esposa sta. Valeria.
- 29 D. Stos Pedro, mártir y Paulino, obispo.
- 30 L. ROGACIONES. — Sta. Catalina de Sena.

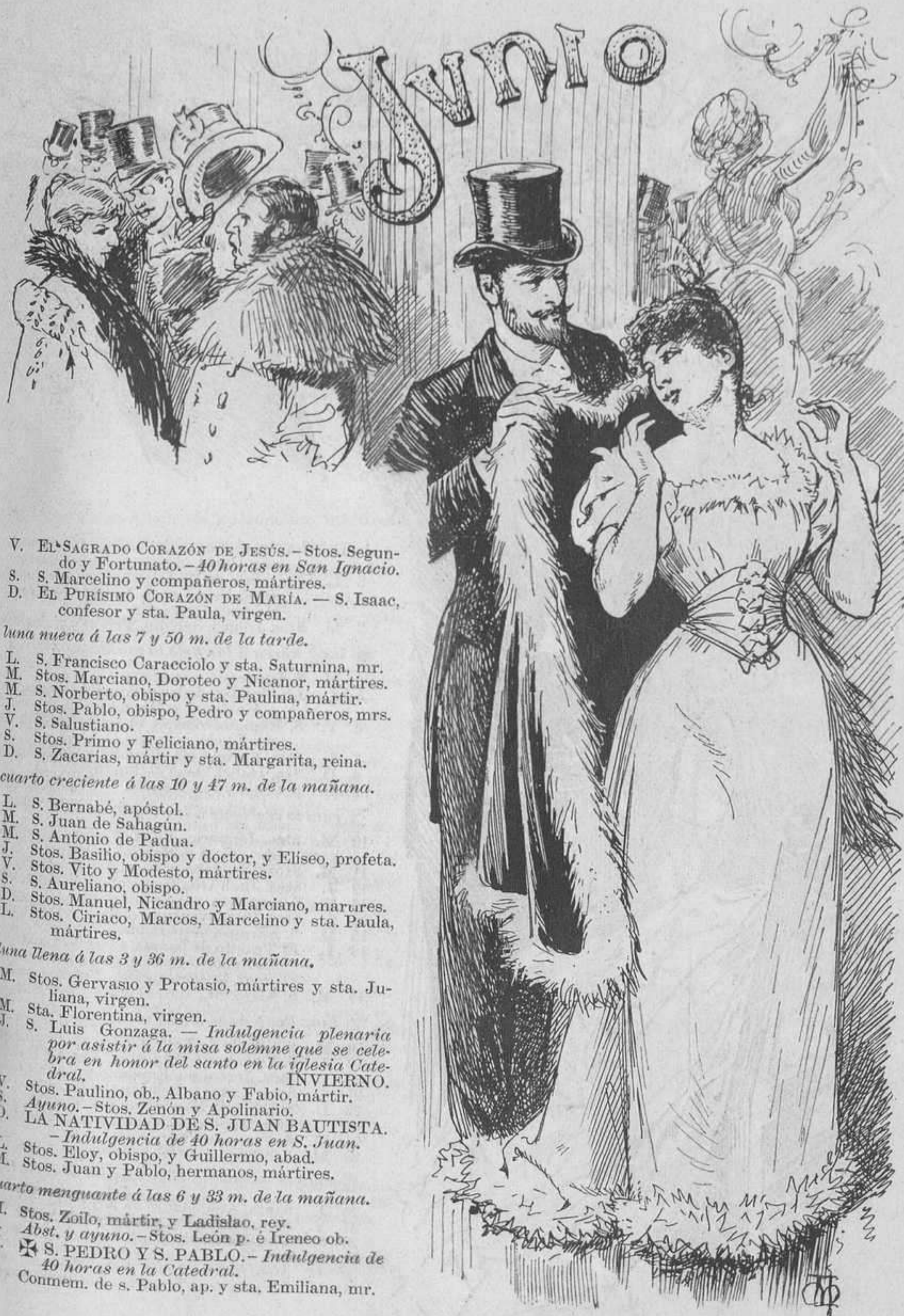




- 1 M. ROGACIONES. — Stos. Felipe y Santiago, aps.
  - 2 M. ROGACIONES. — Stos. Anastasio y Celestino, mr.
  - 3 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — La In-  
vención de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
  - 4 V. S. Silvano, obispo y mr. y sta. Mónica, viuda.
  - 5 S. S. Pio V y la conversión de s. Agustín, obispo.
- ☉ luna nueva á las 11 y 19 m. del día.
- 6 D. El martirio de s. Juan Evangelista.
  - 7 L. Stos. Benedicto y Estanislao.
  - 8 M. La aparición de s. Miguel Arcángel.
  - 9 M. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
  - 10 J. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mártir.
  - 11 V. Stos. Eudaldo, Evelio, Mamerto y Fabio, mrs.
  - 12 S. Ayuno y abstinencia. — Sto. Domingo de la  
Calzada, Nereo y compañeros mártires.
- ☽ cuarto creciente á las 3 y 54 m. de la mañana.
- 13 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. — Santos  
Segundo, ob. y Pedro Regalado. — *Indulgen-  
cia de 40 horas en Montserrat.*
  - 14 L. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
  - 15 M. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
  - 16 M. *Témp. y ayuno.* — Stos. Ubaldo y Peregrino, ob.
  - 17 J. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
  - 18 V. *Témporas y ayuno.* — Stos. Venancio y Félix de  
Cantalicio.
  - 19 S. *Témp. y ayuno.* — S. Pedro Celestino y santa  
Prudencia, virgen.
- ☽ luna llena á las 12 y 54 m. del día.
- 20 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — *Titular de  
esta Archidiócesis.* — S. Bernardino de Siena.  
— *Indulg. de 40 horas en la Catedral.*
  - 21 L. S. Timoteo, obispo y mártir.
  - 22 M. Stas. Rita de Casia y Quiteria, vgn. y mr.
  - 23 M. Stos. Desiderio, obispo y Vicente, presbítero.
  - 24 J. ✠ CORPUS CHRISTI. — Stas. Afra y Susana.
  - 25 V. S. Gregorio VII. — FIESTA CÍVICA.
  - 26 S. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
  - 27 D. S. Juan, papa y mártir.
- ☾ cuarto menguante á las 4 y 41 m. de la tarde.
- 28 L. Stos. Justo, Germán y Emilio, mártires.
  - 29 M. Stos. Máximo, obispo y Alejandro, mártir.
  - 30 M. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
  - 31 J. Sta. Angela de Merici.



# Junio



- 1 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. — Stos. Segundo y Fortunato. — 40 horas en San Ignacio.
- 2 S. S. Marcelino y compañeros, mártires.
- 3 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA. — S. Isaac, confesor y sta. Paula, virgen.

☉ *luna nueva á las 7 y 50 m. de la tarde.*

- 4 L. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
- 5 M. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mártires.
- 6 M. S. Norberto, obispo y sta. Paulina, mártir.
- 7 J. Stos. Pablo, obispo, Pedro y compañeros, mrs.
- 8 V. S. Salustiano.
- 9 S. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
- 10 D. S. Zacarias, mártir y sta. Margarita, reina.

☽ *cuarto creciente á las 10 y 47 m. de la mañana.*

- 11 L. S. Bernabé, apóstol.
- 12 M. S. Juan de Sahagún.
- 13 M. S. Antonio de Padua.
- 14 J. Stos. Basilio, obispo y doctor, y Eliseo, profeta.
- 15 V. Stos. Vito y Modesto, mártires.
- 16 S. S. Aureliano, obispo.
- 17 D. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mártires.
- 18 L. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mártires.

☾ *luna llena á las 3 y 36 m. de la mañana.*

- 19 M. Stos. Gervasio y Protasio, mártires y sta. Juliana, virgen.
- 20 M. Sta. Florentina, virgen.
- 21 J. S. Luis Gonzaga. — *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.*

INVIerno.

- 22 V. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, mártir.
- 23 S. *Ayuno.* — Stos. Zenón y Apolinario.
- 24 D. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
- 25 L. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
- 26 M. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.

☽ *cuarto menguante á las 6 y 33 m. de la mañana.*

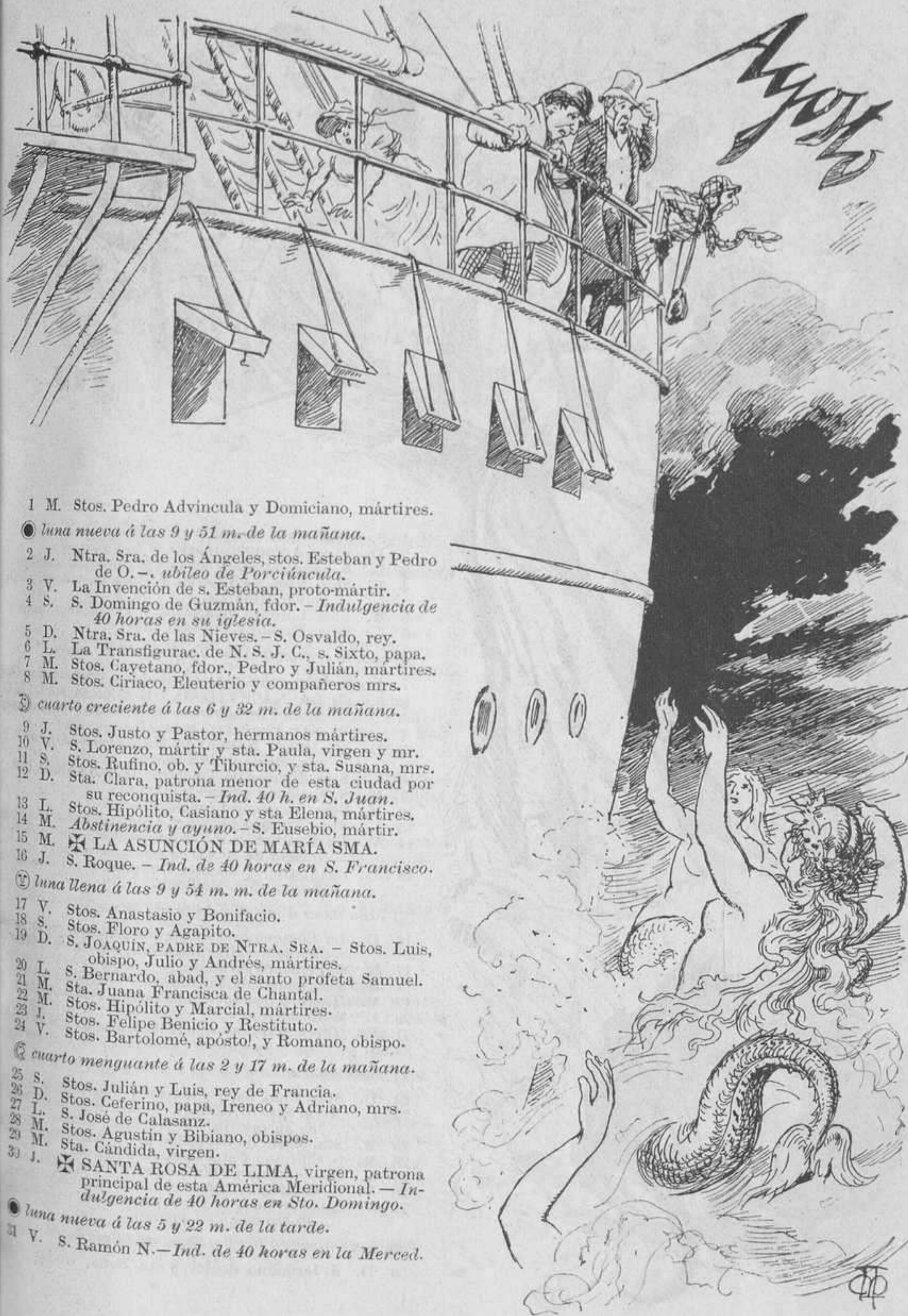
- 27 M. Stos. Zoilo, mártir, y Ladislao, rey.
- 28 J. *Abst. y ayuno.* — Stos. León p. é Ireneo ob.
- 29 V. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO. — *Indulgencia de 40 horas en la Catedral.*
- 30 S. Conmem. de s. Pablo, ap. y sta. Emiliana, mr.





- 1 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C. - Stos. Secundo y Casto, obispos y Julio, mártir.
- 2 L. Ntra. Sra. de los Desamparados. - *Indulgencia de 40 horas en S. Nicolás de Bari.* - Martiniano, mártir.
- 3 M. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mártires.
- ☉ *luna nueva á las 3 de la mañana.*
- 4 M. S. Laureano, arzobispo.
- 5 J. La Traslac. de las reliquias de nuestro patrón s. Martín, y s. Miguel de los Santos.
- 6 V. S. Rómulo, obispo, el santo profeta Isaías y sta. Lucía.
- 7 S. Stos. Fermin, ob., Claudio y Sinfiriano, mártires.
- 8 D. Sta. Isabel, reina de Portugal.
- 9 L. S. Cirilo y sta. Natalia. - FIESTA CÍVICA
- ☽ *cuarto creciente á las 7 y 30 m. de la tarde.*
- 10 M. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártires.
- 11 M. Stos. Pío, papa, y Cipriano, mártires.
- 12 J. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mártir.
- 13 V. S. Anacleto, papa y mártir.
- 14 S. Stos. Buenaventura, obispo, y Cirilo, mártir.
- 15 D. S. Enrique, emperador.
- 16 L. El Triunfo de la Sma. Cruz. - Nuestra Sra. Carmen. - *Indulgencia de 40 horas en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmelitas.*
- 17 M. S. Alejo, cfr., stas. Donata y 2ª Segunda, mártires.
- ☽ *luna llena á las 6 y 34 m. de la tarde.*
- 18 M. S. Camilo de Lelis, fdor. y sta. Sinfiriosa, mártir.
- 19 J. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, mártires.
- 20 V. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, profetas.
- 21 S. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
- 22 D. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
- 23 L. Stos. Apolinario, obispo y mártir, y Liborio, mártir.
- 24 M. S. Francisco Sol.
- 25 M. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valeriana, mártires.
- ☾ *cuarto menguante á las 5 y 35 m. de la tarde.*
- 26 J. Santa Ana, madre de Ntra. Sra. y S. Jacinto, mártir.
- 27 V. Stos. Pantaleón y Sergio, mártires y sta. Natalia, mártir.
- 28 S. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mártires.
- 29 D. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mártir.
- 30 L. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, mártires.
- 31 M. S. Ignacio de Loyola. - *Ind. 40 h. en su iglesia.*





1 M. Stos. Pedro Advincula y Domiciano, mártires.

☉ luna nueva á las 9 y 51 m. de la mañana.

2 J. Ntra. Sra. de los Ángeles, stos. Esteban y Pedro de O. —, *ubileo de Porciúncula*.

3 V. La Invención de s. Esteban, proto-mártir.

4 S. S. Domingo de Guzmán, fdor. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia*.

5 D. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo, rey.

6 L. La Transfigurac. de N. S. J. C., s. Sixto, papa.

7 M. Stos. Cayetano, fdor., Pedro y Julián, mártires.

8 M. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.

☽ cuarto creciente á las 6 y 32 m. de la mañana.

9 J. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.

10 V. S. Lorenzo, mártir y sta. Paula, virgen y mr.

11 S. Stos. Rufino, ob. y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.

12 D. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. — *Ind. 40 h. en S. Juan*.

13 L. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mártires.

14 M. *Abstinencia y ayuno*. — S. Eusebio, mártir.

15 M. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SMA.

16 J. S. Roque. — *Ind. de 40 horas en S. Francisco*.

☾ luna llena á las 9 y 54 m. m. de la mañana.

17 V. Stos. Anastasio y Bonifacio.

18 S. Stos. Floro y Agapito.

19 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA. — Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.

20 L. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.

21 M. Sta. Juana Francisca de Chantal.

22 M. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.

23 J. Stos. Felipe Benicio y Restituto.

24 V. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.

☽ cuarto menguante á las 2 y 17 m. de la mañana.

25 S. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.

26 D. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.

27 L. S. José de Calasanz.

28 M. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.

29 M. Sta. Cándida, virgen.

30 J. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional. — *Indulgencia de 40 horas en Sto. Domingo*.

☾ luna nueva á las 5 y 22 m. de la tarde.

31 V. S. Ramón N. — *Ind. de 40 horas en la Merced*.

JP





- 1 S. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.
  - 2 D. Stos. Antonino, mártir, y Esteban, rey.
  - 3 L. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártires.
  - 4 M. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia, virgen, y Silvano, mártir.
  - 5 M. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.
  - 6 J. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
- ☽ cuarto creciente á las 9 y 3 m. de la noche.
- 7 V. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mártir.
  - 8 S. ✠ LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTA. — Indulgencia de 40 horas en S. Juan San Francisco y en Montserrat.
  - 9 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA. — S. Jerónimo, sta. Maria de la Cabeza.
  - 10 L. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispos.
  - 11 M. S. Emiliano, obispo y mártir.
  - 12 M. Stos. Serapio y Leoncio, mártires.
  - 13 J. Stos. Eulogio, obispo y Amaro, abad.
  - 14 V. La Exaltación de la Santísima Cruz. — Indulgencia de 40 horas en el Socorro.
  - 15 S. La Aparición de sto. Domingo de Guzmán, Soria. — Sta. Melitona.
- ☾ luna llena á las 12 y 54 m. de la noche.
- 16 D. La Commemoración de los Dolores de la Sta. Virgen. — Stos. Cornelio y Cipriano, mártires.
  - 17 L. S. Pedro de Arbués.
  - 18 M. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofia, mártir.
  - 19 M. Témp. y ayuno. — S. Genaro y compa. mrs.
  - 20 J. S. Eustaquio.
  - 21 V. Témp. y ayuno. — S. Mateo, ap. PRIMAVERA.
  - 22 S. Témp. y ayuno. — S. Mauricio y comps. mrs.
- ☾ cuarto menguante á las 9 y 36 m. de la mañana.
- 23 D. Stos. Lino, papa y mártir y Constancio, obispo.
  - 24 L. Ntra. Sra. de las Mercedes. — Ind. de 40 horas en su iglesia. — S. Gerardo, obispo.
  - 25 M. Sta. Maria de Cervellón (ó del Socorro).
  - 26 M. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
  - 27 J. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mártires.
  - 28 V. S. Wenceslao, mr. y el beato Simón de Rojas.
  - 29 S. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — Indulgencia de 40 horas en su iglesia.
- ☉ luna nueva á las 2 y 38 m. de la mañana.
- 30 D. S. Jerónimo, doctor, y sta. Sofia, viuda.





- 1 L. S. Remigio, obispo.
- 2 M. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.
- 3 M. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
- 4 J. S. Francisco de Asís, fundador. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
- 5 V. S. Froilán, obispo.
- 6 S. S. Bruno, fundador.

☽ *cuarto creciente á las 2 y 49 m. de la tarde.*

- 7 D. *Jubileo.* — *Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Marcos, papa y sta. Justina, virgen y mártir.
- 8 L. S. Demetrio, mártir y sta. Brígida, viuda.
- 9 M. S. Dionisio, ob. y el sto. Patriarca Abrahán.
- 10 M. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
- 11 J. Stos. Nicasio, obispo y Fermin.
- 12 V. *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza* y s. Alfredo. — *Indulgencia de 40 horas en Santo Domingo del Smo. Rosario.*
- 13 S. S. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
- 14 D. *La Maternidad de María Santísima:* — Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata, herms.

☾ *luna llena á las 3 y 8 m. de la tarde.*

- 15 L. Sta. Teresa de Jesús, virgen y stos. Bruno y Fortunato, mártires.
- 16 M. Stos. Martiniano y Nereo, mártires.
- 17 M. S. Florentino, mártir y sta. Eduvigis, viuda.
- 18 J. S. Lucas, evangelista y Justo, mártires.
- 19 V. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.
- 20 S. Stos. Feliciano, ob. y mr., y stas. Irene y Saula.
- 21 D. *La Pureza de María Santísima.* — S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.

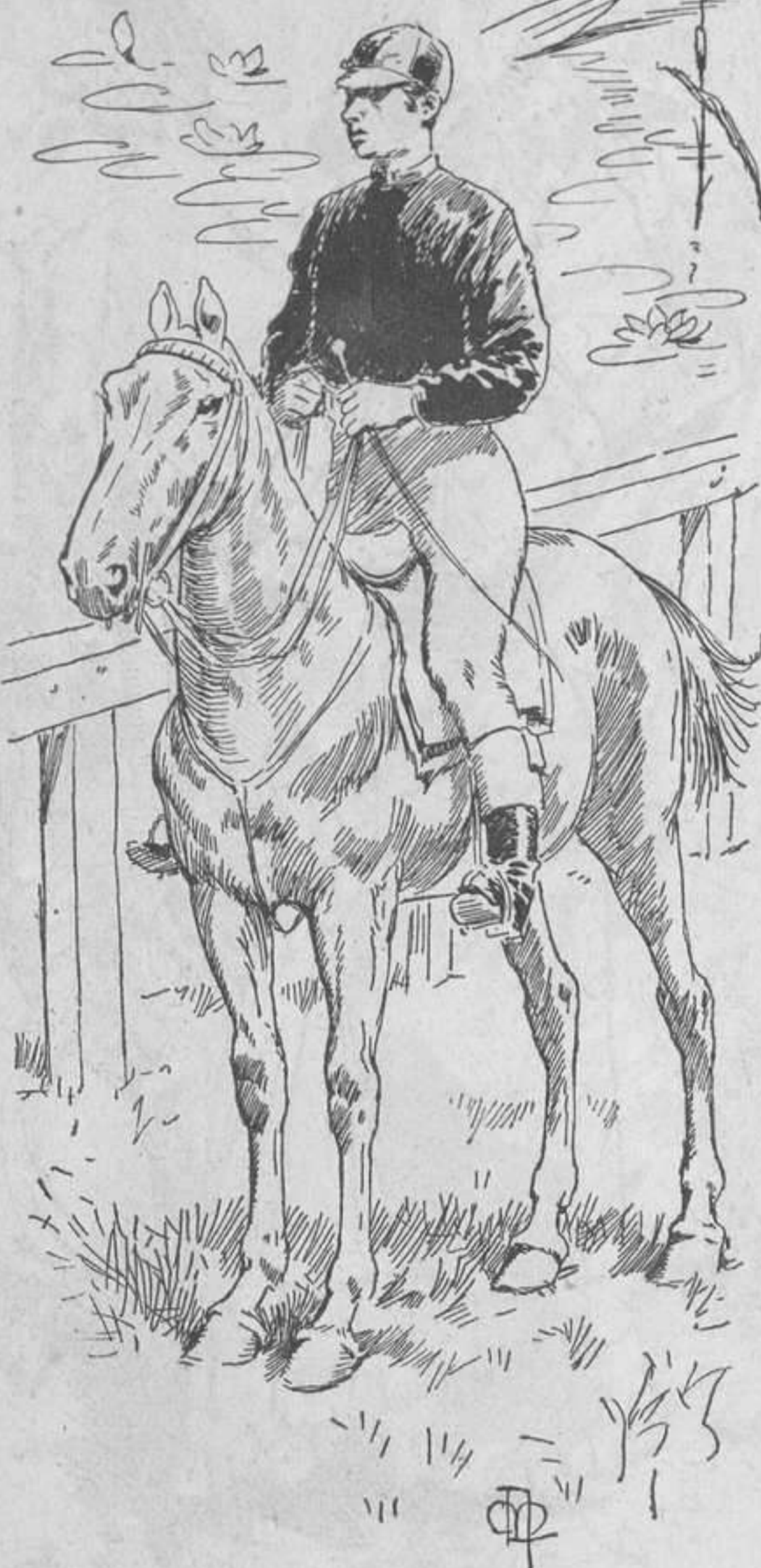
☾ *cuarto menguante á las 4 y 30 m. de la tarde.*

- 22 L. Stos. Felipe, ob., Severo y sta. María Salomé.
- 23 M. Stos. Pedro Pascual, ob. y m., y Donato, ob.
- 24 M. S. Rafael Arcángel.
- 25 J. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mártires.
- 26 V. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.
- 27 S. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
- 28 D. S. Simón y Judas Tadeo, ap., y sta. Cirila, v.

☾ *luna nueva á las 2 y 20 de la tarde.*

- 29 L. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia, mrs.
- 30 M. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
- 31 M. *Vigilia y ayuno.* — S. Nemesio y sta. Lucila.





# NOVIEMBRE

- 1 J. ✠ FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—San Cesáreo, mártir.
- 2 V. La Commemoración de los fieles difuntos.—San Ciriaco, mártir.
- 3 S. Los innumerables Mártires de Zaragoza, santa Eustoquia.
- 4 D. Stos. Carlos Borromeo y Nicandro, mártires.
- 5 L. S. Félix y Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
- ☽ *cuarto creciente á las 11 y 4 m. de la mañana.*
- 6 M. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, cfr.
- 7 M. Stos. Florencio, obispo y Amaranto, mártir.
- 8 J. Stos. Severo y Victorino, mártires.
- 9 V. Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.
- 10 S. Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.
- 11 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.*—S. MARTÍN, ob. Patrón principal de esta Archid.—*Indulgencia de 40 horas en Balvanera.*
- 12 L. Stos. Martín, papa y mr., Diego de Alcalá.
- 13 M. Stos. Antonio, Germán, mártires, y Estanislao de Koska.
- ☾ *luna llena á las 4 y 26 m. de la mañana.*
- 14 M. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
- 15 J. Stos. Eugenio, obispo y mártir, Leopoldo y santa Gertrudis, virgen.
- 16 V. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.
- 17 S. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
- 18 D. S. Máximo, obispo.
- 19 L. S. Ponciano, p. y mr. y sta. Isabel, reina.
- ☾ *cuarto menguante á las 12 y 1 m. de la noche.*
- 20 M. Stos. Félix de Valois y Octavio, mártires.
- 21 M. La Presentación de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio, mártires.
- 22 J. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
- 23 V. S. Clemente papa, y sta. Lucrecia, virgen y mr.
- 24 S. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen y mr.
- 25 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.*—*Ind. de 40 horas en su iglesia.*—Sta. Catalina virgen y mr.
- 26 L. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
- 27 M. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
- *luna nueva á las 5 y 2 m. de la mañana.*
- 28 M. Stos. Gregorio III, papa, y Mansueto.
- 29 J. Stos. Saturnino y Filomeno.
- 30 V. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr.



# DICIEMBRE



- 1 S. S. Eloy, sta. Cándida, mártires, y sta. Natalia.—  
CIÉRRANSE LAS VELACIONES.  
2 D. *I de Adviento*.—S. Silvano, ob. y sta. Bibiana,  
virgen y mártir.  
3 L. Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, mrs.  
4 M. S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, virgen.  
5 M. S. Sabas, abad y sta. Crispina, mártir.

☽ *cuarto creciente á las 8 y 2 m. de la mañana.*

- 6 J. *Ayuno*.—S. Nicolás de Bari.  
7 V. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.  
8 S. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MA-  
RÍA SANTÍSIMA, y s. Sifronio.  
9 D. *II de Adviento*.—Stas. Leocadia y Valeria, mrs.  
10 L. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.  
11 M. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.  
12 M. S. Donato y sta. Emerenciana, virgen y mártir.

☾ *luna llena á las 4 y 44 m. de la tarde.*

- 13 J. Sta. Lucia, virgen y mártir.  
14 V. *Ayuno*.—Stos. Nicasio, ob., y Arsenio, mártir.  
15 S. *Ayuno*.—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.  
16 D. *III de Adviento*.—Stos. Eusebio, obispo y Va-  
lentin, mártires.  
17 L. Stos. Lázaro, obispo, y Floriano, mártir.  
18 M. La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.  
19 M. *Témporas y ayuno*.—Stos. Nemesio y Ciriaco.

☽ *cuarto menguante á las 9 y 2 m. de la mañana.*

- 20 J. Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.  
21 V. *Témp. y ayuno*.—Sto. Tomás, ap. VERANO.  
22 S. *Témp. y ayuno*.—Stos. Demetrio y Floro, mrs.  
23 D. *IV de Adviento*.—El beato Nicolás Factor, y  
sta. Victoria, virgen y mártir.  
24 L. *Vigilia, ayuno y abstinencia*.—Stos. Gregorio  
y Luciano, mártires.  
25 M. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y santa  
Anastasia, virgen.  
26 M. S. Esteban, proto-mártir.

● *luna nueva á las 10 y 29 m. de la noche.*

- 27 J. S. San Juan, apóstol y evangelista.  
28 V. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor.  
29 S. Sto. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el  
sto. rey profeta David.  
30 D. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.  
31 L. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mrs.





## IN ILLO TEMPORE

(DEL LIBRO, INÉDITO: «LO ÍNTIMO»)

Estrujada, blanda, perfumada, y ya á punto de chuparla, contemplaba yo la hermosa naranja que tenía en las manos, buscando el sitio por donde había de abrirla con una dente-lladita, cuando la india Valentina entró presurosa trayendo en el brazo mi vestidito de iglesia.

—Pronto, pronto, niña, que la señora sale ya, y Juliana detrás con la alfombra... ¡Vamos, vamos!... ¿No ves que son las ocho, y que el padre Guzmán estará aguardando revestido, al pie del altar del Milagro?

Así diciendo la autoritaria india me despojaba de mi bata de blanco piqué, endosándome el odioso traje negro y cubriendo mi cabeza con la mantilla de sarga orlada de encajes, que ni por eso dejaba de serme insoportable.

—¿Y mi naranja? clamaba yo; déjame sorberla.



—No hay tiempo. Déjala en el armario del comedor: ya la sorberás al regreso.

—¡Dejarla!... para que me la roben... tú, la primera, india antojadiza, añadí mentalmente.

Y fingiendo guardar mi naranja en la alacena del comedor, la oculté en el bolsillo de mi falda; y reunida á mi madre, marché delante de ella, camino de la catedral.

Como lo había dicho Valentina, el padre Guzmán, revestido, juntas las manos y de pie ante el altar del Milagro, aguardaba la seña del monaguillo anunciando la llegada de aquella que había encomendado la misa... Una misa interminable; porque el padre Guzmán, devoto perseguido por escrupulosas aprensiones, cuando creía haberse distraído en oración, epístola ó evangelio, comenzábalos de nuevo y aquello era nunca acabar.



Y yo, de rodillas delante de mi madre, sobre la mullida alfombra extendida por Juliana á dos pasos del altar, una vez que me hube santiguado y dicho la primera oración, á la sombra de mi mantilla chupaba con fruición infinita la naranja, que sigilosamente había sacado del bolsillo y abierto de un mordiscón.

De repente el delicioso jugo se atragantó en mi esófago...

El padre Guzmán, inclinado para el *confiteor Deo* ante el altar, cuyo frontal formábanlo tres bellos espejos, tenía los ojos, no bajos, como lo requerían las palabras que pronunciaba, sino fijos en mi naranja con severísimo ceño.

Cuando acabado el *mea culpa* subió al altar, vilo decir algo al monaguillo.

Pero ¡qué lejos estaba yo de pensar que ese *algo* era una denuncia, por más que viera al monaguillo venir hacia nosotros y hablar á mi madre al oído!



Pero en el mismo instante una mano se introdujo bajo mi mantilla y me arrebató la naranja, que ví entregar á Juliana y desaparecer entre su rebozo de franela negra.

Aquella acusación, que me entregaba á un castigo seguro, parecióme tan inicua, y encendió en mi ánimo tal indignación, que cuando el padre Guzmán se volvió al auditorio, en el primer *Dominus vobiscum*, le hice una mueca horrible.

El santo varón la vió, y profundamente impresionado, cuantas veces se volvía fijaba la vista en mí.

¡Qué más quise yo para enviarle, ya en los *Dominus vobiscum* ú *orate frates*, las más feas carantoñas!

Sin embargo, como la misa era larga, mi enojo tuvo tiempo de calmarse y de convertirse en miedo.

¿No había, en verdad, motivo de sobra para ello? ¡Qué capítulo de culpas no habría de hacerme aquel á quien había ofendido con ultrajante insolencia, él, tan severo con la parvedad de la naranja!

Recordaba una á una las muecas con que aguardaba su mirada, y me estremecía de terror, creyendo oírse las enumerar en el latín de sus palabras.

Inclinada la cabeza, cruzados los brazos, la blonda de mi mantilla sobre los ojos, anhelaba que la misa no acabara jamás.

Pero como todo tiene fin, túvolo la misa del padre Guzmán.

¿Qué cara me pondría al dar la bendición? Probablemente de gloria, al verme en completa derrota.

Con un toquecito en la espalda, me ordenó mi madre levantarme.

Hícelo y la seguí.

Ya en la calle, y caminando á su lado, yo, que aguardaba el capítulo de las reconvenciones, para mí de pésimo sabor, porque encerraba casi siempre la recrudescencia de anteriores faltas, comencé á asustarme de su silencio: aquel mutismo estaba hinchado de tempestades.

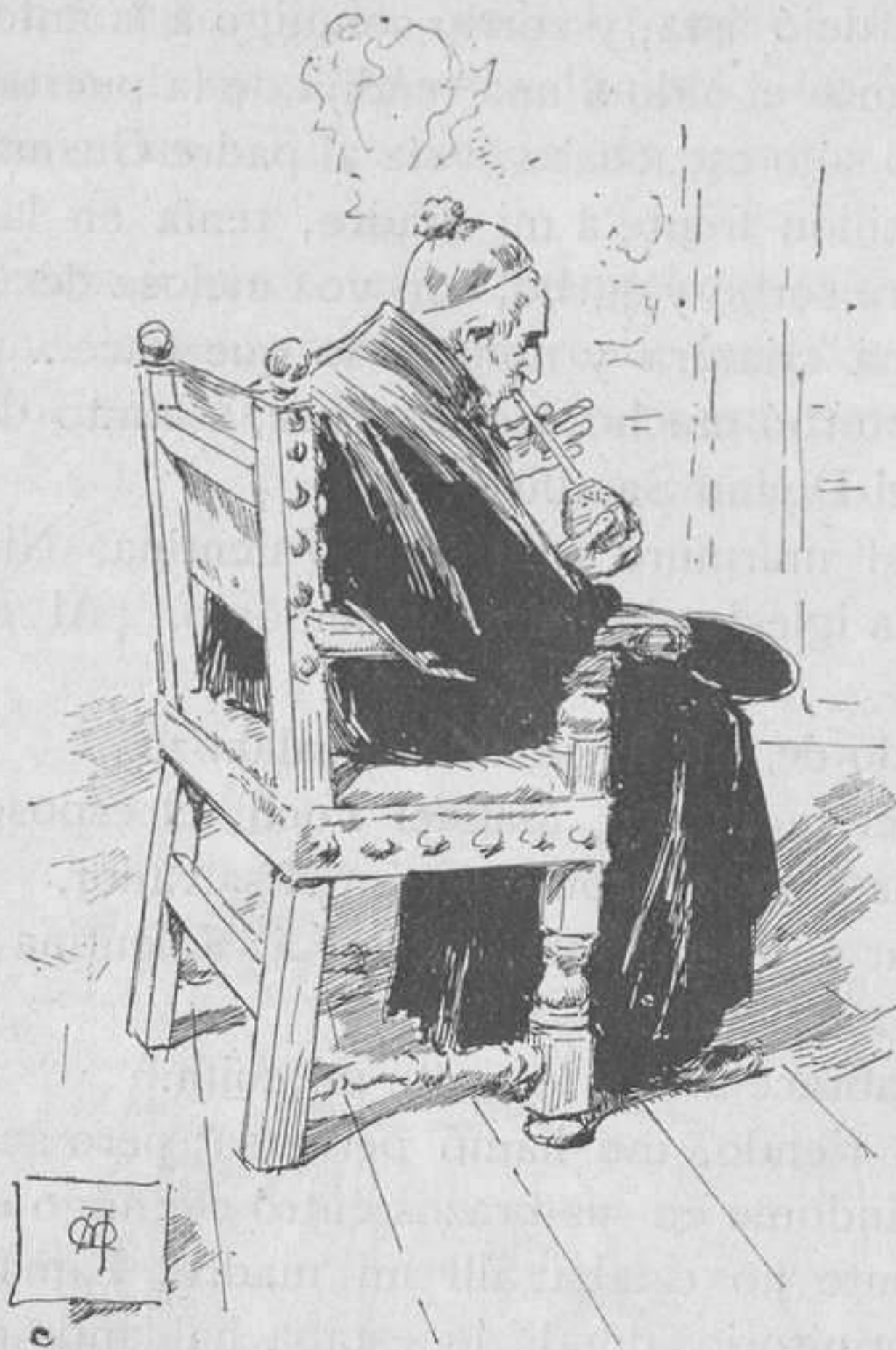
Me atreví á probar interrumpirlo, y al pasar por delante de la casa de Costas:



—Misia Panchita está en la ventana, dije tomando de esta indicación pretexto para mirar á mi madre.

Seria y silenciosa pasó sin volverse y siguió adelante.

Cuando llegamos á casa, Valentina, que vino á mí para cambiarme de vestido, recibió la orden de encerrarme y traer á entregar la llave.



Aquello significaba calabozo hasta la hora de acostarse; el máximun de la pena de encierro.

Valentina me llevó como el pobre corderito que conducen al matadero: resignada, inerte.

—Pero ¿qué ha habido? preguntábame la india.

Y yo con despecho:

—Haz lo que te mandan, Valentina, y déjame en paz, respondía.

En ese momento llaman en el vestíbulo, y luego oí la voz de mi madre que decía:



—¿El padre Guzmán? Háganlo entrar en el salón, y sirvan mate.

—¡Por Dios! dije á Valentina, acaba de vestirme y déjame ir á escuchar. El padre Guzmán viene á acusarme y hacerme castigar.

La curiosidad puso alas á las manos de la india, que en un *amén* me dejó lista, y corrió conmigo á la antesala, donde ambas pegamos el oído á una rendija de la puerta.

Y yo, no sólo escuchaba: veía al padre Guzmán, que sentado en un sillón frente á mi madre, tenía en las manos el mate, y entre sorbo y sorbo, con voz melosa decía:

—Es una criatura y no sabe lo que hace... pero en verdad, me perturbó mucho; y por veces, á punto de equivocarse los pasos del Divino Sacrificio.

—¡Jesús! murmuró á mi oído Valentina. Niña, has ido á hacer en la iglesia el oficio del demonio. ¡Al encierro! ¡al encierro!

Y asiendo de mí, llevábame al calabozo...

En aquel momento, Manuel Puch, el esposo de mi hermana, se me apareció como un ángel salvador.

Al entrar en la antesala, detuvo á Valentina, preguntándole dónde me llevaba.

Yo me abracé á él y le conté mi cuita.

Manuel, riendo, me llamó perversa; pero secó mis lágrimas y tomándome en sus brazos entró conmigo en el salón.

Felizmente no estaba allí mi madre, llamada por una amiga al dormitorio, donde le estaba hablando de un asunto reservado.

El padre Guzmán, solo en el salón, leía, tomando mate, *El Argos*, de Buenos Aires.

—¡Tanto bueno por acá! exclamó Manuel Puch haciéndose de nuevas. ¿Sale usted del coro, mi querido padre?

—No, hijito: me desayuno después de la misa... ¡ay! ¡de la misa en que ese angelito de Dios me ha hecho caer en pecados de impaciencia y perturbación!

—¡Cómo!!!

—Como usted oye.



Y el padre Guzmán refirió á Manuel las escenas de la naranja y de mis criminales gesticulaciones.

Manuel lo escuchaba con fingida compunción, y...

—Mamá, dijo, poniéndome ante la airada señora que regresaba. He aquí una culpable que se ampara de mí para alcanzar perdón. Como dice el padre Guzmán, es una criatura y no supo lo que hizo... ¡Ah, padre! ¡cuántos de los niños que Cristo llamó á sí, cuando sus discípulos los rechazaban, cuántos se acercarían á Él comiendo una naranja!...

\* \* \*

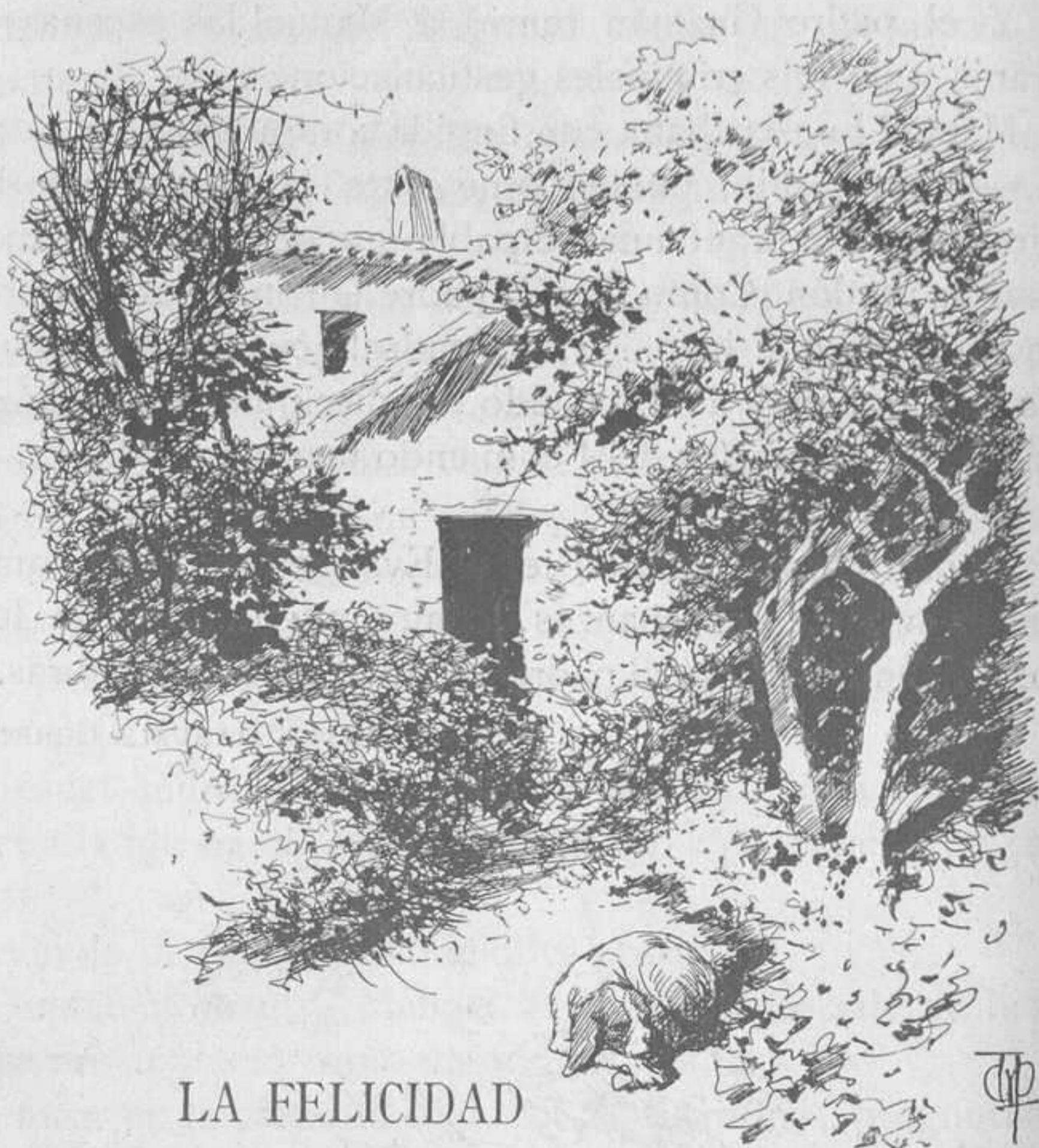
Años después, cuando leí el Evangelio y pude comprender sus sublimes enseñanzas, comprendí también la lección que Manuel Puch dió al padre Guzmán en esas palabras.

JUANA MANUELA GORRITI.

1892







## LA FELICIDAD

¡Quién no soñó en sus favores!  
 ¿Queréis saber dónde está?  
 En la casita risueña  
 oculta en el robledal,  
 como entre hojas de esmeralda  
 fresco ramo de azahar.  
 En su techo crece el musgo,  
 dos tilos sombra la dan,  
 y á su pie, lento arroyuelo  
 rueda sin reir jamás.  
 Canta en la ventana un mirlo,  
 duerme un perro en el umbral,  
 y cual de copos de nieve  
 que revuelan sin cesar,  
 de nítidas mariposas  
 se esmalta el aura fugaz.  
 Oculta en esta morada  
 ríe la felicidad...  
 pero hay que quedarse fuera;  
 si entráis, no la veréis ya.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1893.

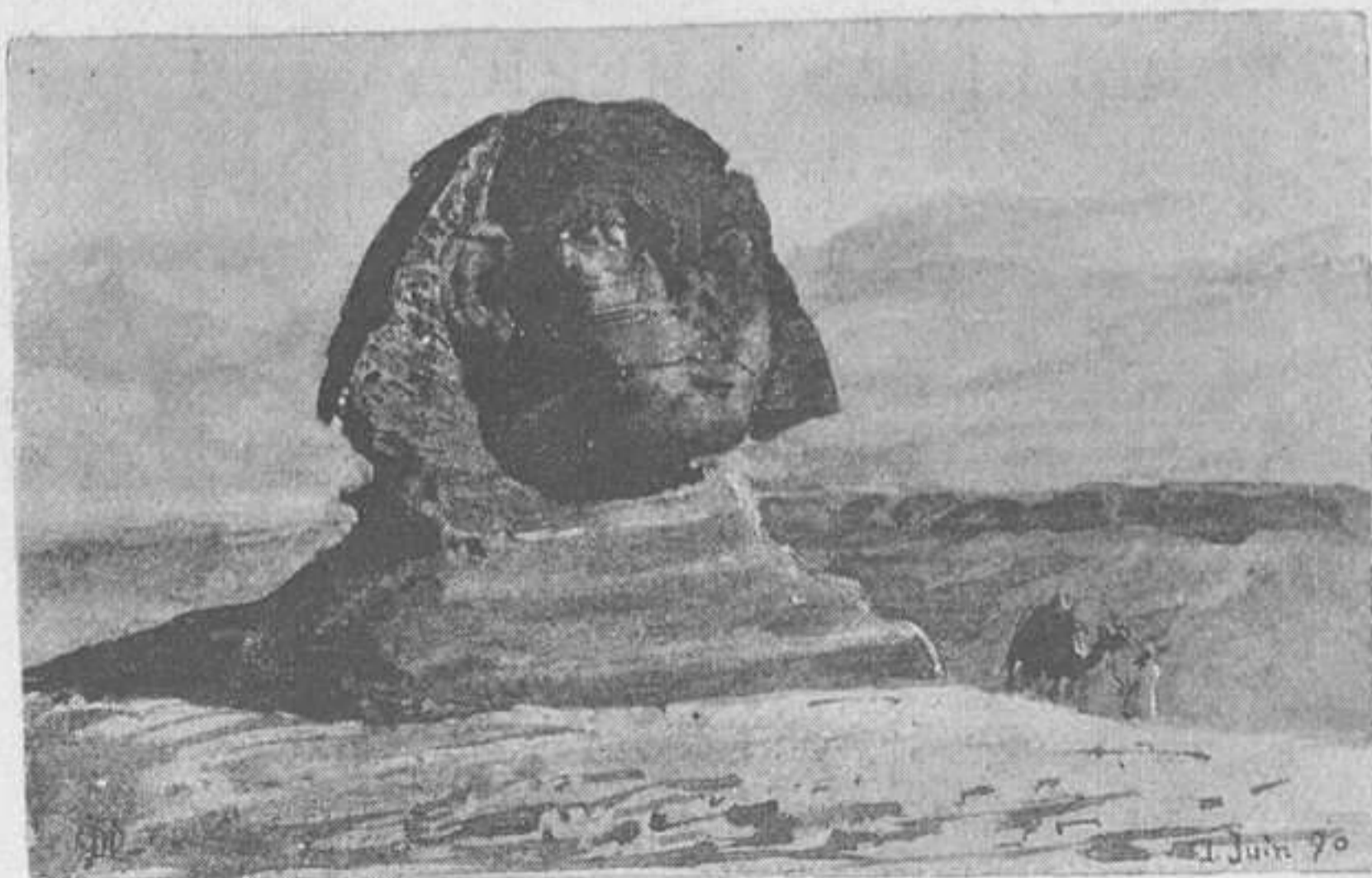


BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA





## LA ESFINGE

(SONETOS)

### I

La caravana por camino incierto  
con recelosa lentitud avanza,  
temiendo, á cada paso, la asechanza  
de las nómadas tribus del desierto.

Por todas partes el espacio abierto  
se pierde en fatigosa lontananza,  
y donde quiera que la vista alcanza  
todo está triste, desolado y muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte  
el mar limita de infecunda arena  
en que el dócil camello hunde su planta;

Y sólo al fin del diáfano horizonte,  
brillando al sol, inmóvil y serena,  
la colosal Esfinge se levanta.

### II

Sembrado está de huesos, que calcina  
sol inclemente, el árido contorno,



y por el aire, ardiente como un horno,  
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza el polvo sutil densa neblina  
de la cansada caravana en torno,  
que rindiéndose al peso del bochorno  
con soñolienta postración camina.

Nada su sed devoradora aplaca,  
antes se irrita más, cuanto más finge  
gratos *oasis* el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca  
la granítica mole de la Esfinge,  
impenetrable y muda como el cielo.

### III

Buscando alivio á sus atroces penas  
en su camello el árabe dormita.  
Mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,  
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *Simún*, rompiendo sus cadenas,  
oscurece la bóveda infinita  
y con terrible convulsión agita  
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa;  
arrolla en desatado torbellino  
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,  
allá, ciega y brutal como el Destino,  
se alza la Esfinge en el confín lejano.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Madrid, Diciembre 24 de 1892

---

## DE METASTASIO

---

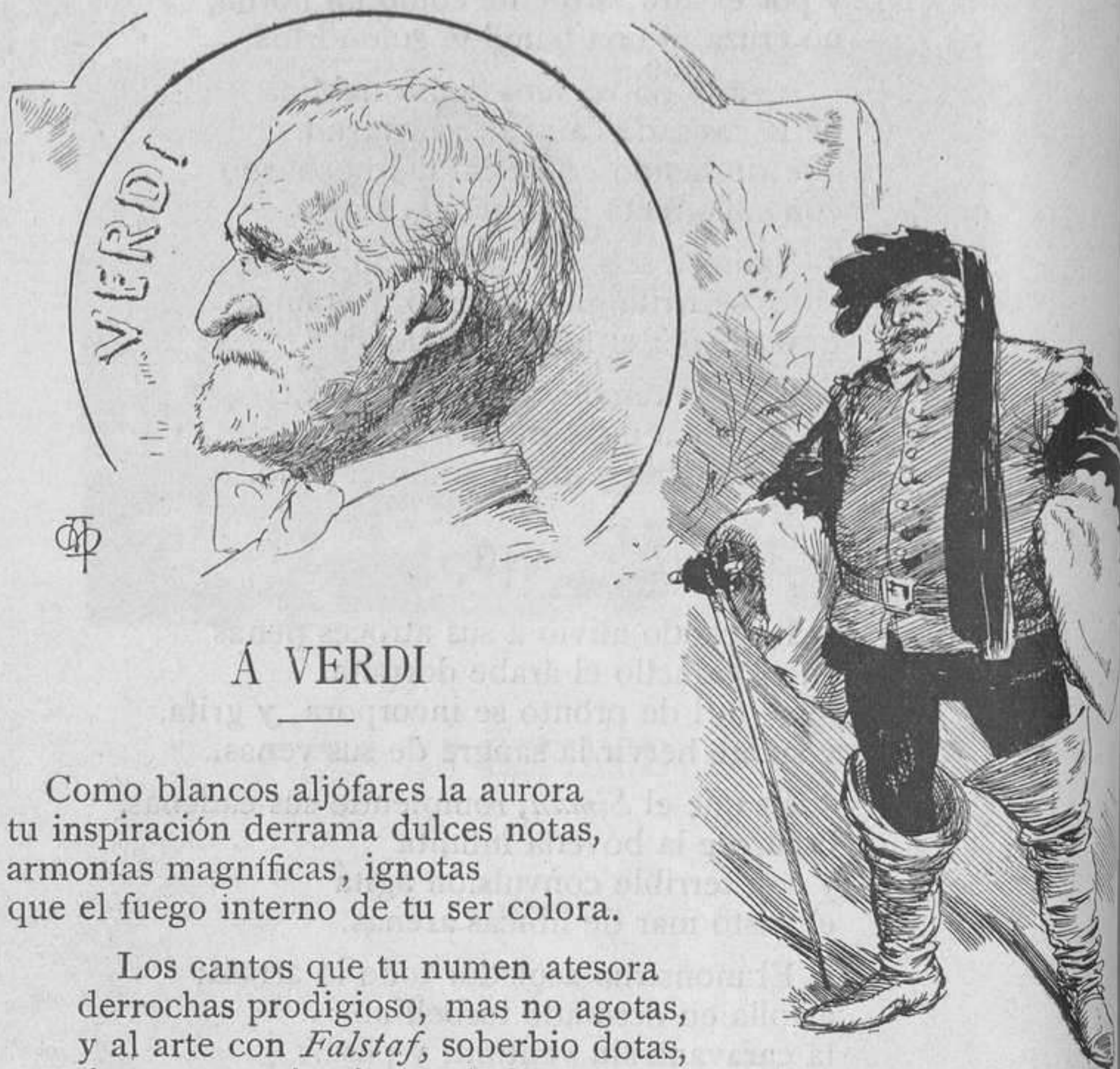
*Si ciascun l' interno afanno...*

Si se escribiera en la frente  
las penas del corazón,  
¡cuántos que envidia la gente  
movieran á compasión!

C. MALAGARRIGA.

1893.





## Á VERDI

Como blancos aljófares la aurora  
tu inspiración derrama dulces notas,  
armonías magníficas, ignotas  
que el fuego interno de tu ser colora.

Los cantos que tu numen atesora  
derrochas prodigioso, mas no agotas,  
y al arte con *Falstaf*, soberbio dotas,  
de tu ocaso titánico en la hora.

Tu genio noble, original, profundo,  
todo esmalta con tinte primoroso:  
en forma y expresión, llevas la palma,

y cuanto hay grande y bello en este mundo,  
un eco tiene, singular y hermoso,  
en el gigante diapasón de tu alma!

ÁNGEL MENCHACA.

Buenos Aires 1893.

## EPIGRAMA

—¡Ah, infame! ¿tras de esa loca  
corres con pasión liviana?

¿pues no te casas con Ana?

—Es que estoy *haciendo boca*.





## EL RAMO DE FLORES

Decididamente la hermosa señora de Villasol se aburría. Envuelta en una bata blanca, que modelaba la atrevida curva de su seno, haciendo adivinar verdaderos tesoros de belleza plástica, y con los cabellos desprendidos sobre la espalda, como regio manto de oro, se entretenía en deshojar el ramo de flores que la noche anterior, en el baile, había besado en un momento de locura.



De pronto se enderezó en el sofá y exclamó:

— ¡Fanny!

— ¿Señora? dijo una voz fresca y argentina, desde una habitación inmediata.

Y casi al mismo tiempo asomó un rostro encantador de mujer, mejor de niña, en cuyos ojos parecía haber puesto el cielo todo su azul y el sol todo su brillo.

— Vén, dijo la aburrida dama, arrojando indiferente al suelo el deshojado ramo de flores.

— Señora... repitió la muchacha, acercándose tímidamente á la joven.

— Oye, dijo ésta, tomando cariñosamente una de las manos de Fanny; ¿á qué hora volvió anoche el señor?

— A las diez.

— ¿A las diez? ¡imposible! No puede ser, Fanny.

— ¡Oh! no lo dude la señora; acababan de dar; el señor me preguntó por usted, le dije que estaba vistiéndose para el baile, contestó que hacía usted perfectamente en divertirse, me dió las buenas noches y se fué á la cama.

— ¿A las diez? ¡repito que es imposible!

— Ya sabe usted que el señor se recoge temprano.

— No, no lo sabía; ¡le veo tan pocas veces!

— Pues es una lástima.

— ¿Una lástima, dices?

— Sí, señora; ¡una viva lástima!... ¡el señor es tan bueno!

— ¡Muy bueno! de eso me quejo, inocente, ¡de que sea tan bueno! Y luego, ¡qué costumbre! ¡se acuesta á las diez! ¡Vaya si es divertido!... ¡Pero, señor! ¿para qué se casarán ciertos hombres? ¿para hacer la felicidad de sus mujeres? ¡La felicidad!... no conozco nada más aburrido que la felicidad.

— No diga usted eso, señora.

— ¿Cómo no he de decirlo, si no hay emoción posible con esos caballeros? Yo hubiera deseado un marido de pasiones salvajes, que hubiese dramatizado nuestra existencia... ¡Que me hubiese asesinado, á ser preciso! Pero ¡nada! resultó un santo, y ahí le tienes que no me ha dado un disgusto todavía desde que nos casamos... ¡Ah! ¡soy muy desdichada!



— ¡La señora mira las cosas de una manera!

— ¿Crees que eso es felicidad? ¿crees que para un temperamento como el mío es agradable una vida como ésta, sin episodios, sin sacudimientos de nervios, sin conflictos; una vida, en fin, en la que no sucede nada? pues es una desdicha, te lo aseguro. Pero dime, ¿se ha levantado ya mi señor marido?

— Sí, señora.

— Temprano, ¿eh?

— Muy temprano.

— ¡Bien decía yo! ¿y preguntó por mí? ¡apuesto á que tuvo la poca vergüenza de preguntar por mí!

— Preguntó si la señora había vuelto muy tarde del baile.

— Con su cara de siempre, ¿eh? sin fruncir el ceño, sin dirigirte miradas oblicuas...

— Al contrario, señora; parecía más alegre que nunca.

— Pues bien, otra vez... otra vez le dices que no he vuelto á casa; que me he escapado... no importa con quién, con el que tú quieras; me es igual; á ver si aplicándole el botón de fuego de los celos da señales de vida. Porque... ¡vamos! esto es insufrible. Que me sea á mí indiferente, puesto que me casaron á la fuerza, pase; pero que él, que se casó por amor, que me quiere *todavía*, se acueste á las diez y me deje ir sola al baile, dejándome abandonada en el camino de la perdición, no se comprende.

— ¡Como tiene confianza en la señora!...

— Y es una lástima, murmuró la señora de Villasol, con aire pensativo; ¡qué poquísimo talento el suyo!... si él hubiese querido, todavía habría podido amarle... ¿quién lo duda? hubiérale bastado para ello con esclavizarme, con olvidarme por otras... con ofenderme. Pero ¡bah! es un bendito, ¿y qué puede esperarse de un hombre así? Y si al menos los otros fuesen... *otros*, agregó, después de una corta pausa; pero, no, señor; todos son lo mismo. Un espíritu ávido de novedades y emociones desconocidas como el mío no puede contar con ellos para nada. Siempre la misma estrategia amorosa, siempre el mismo lenguaje; no saben salir de lo vulgar. Dígalo si no ese



vizconde portugués que tanta sensación ha causado en los círculos brillantes por su figura, su elegancia y sus millones; yo pensaba, cuando anoche le ví acercarse á mí, atraído por el sol de mi hermosura, como afirmó creyendo decir alguna novedad, que iba á escuchar de sus labios frases nunca oídas... y no cometió más que plagios. Pero creo que llaman... ¿quién será?

— Tal vez el señor...

— ¿Mi marido? pues le dices... que no estoy visible. ¡Vaya una hora para visitas!

Fanny, acostumbrada y todo como estaba á las genialidades de la joven, no pudo menos que mirarla con asombro, é iba ya á salir para comunicar al señor de Villasol, si era él, que la señora no recibía, cuando ésta la detuvo de un brazo y le dijo rápidamente:

— Se me ocurre una idea; puesto que nada turba la sorprendente calma de mi señor marido; puesto que falta escandalosamente á sus deberes de casado... dándome gusto en todo, lo que empieza á hacerme dudar de la sinceridad de sus sentimientos, de la bondad que hasta ahora había creído ingénita en él, quiero decirle, por si no lo sabe... ¡que es un infame!

— ¡Pero, señora!

— ¡Sí, un infame! si no lo fuese, no sería tan complaciente conmigo; no fingiría virtudes imposibles; no me dejaría ir sola al baile... ¡Dios sabe por qué! tal vez para quedarse en casa con más libertad, y...

— ¿Por qué me mira de ese modo la señora?

— ¡Oh! ¡no es nada! una idea que cruzó por mi mente y que dejó en mi espíritu una impresión extraña... Porque la verdad es, mi buena Fanny, que eres muy linda...

— Señora...

— Y luego, ¡el señor de Villasol es tan bueno! no te cansas de repetirlo; me lo has dicho mil veces.

— Es verdad, señora.

— Y luego, ¡son tan raros los santos en la tierra!... ¡hay tan pocos maridos que merezcan ser canonizados!



— No comprendo...

— ¿No comprendes, hija mía? no es raro... ¡eres tan niña! En fin, no hablemos más de esto: dí al señor que pase.

Fanny se alejó confundida y poco después apareció el señor de Villasol.

— ¡Oh, mi buen amigo! dijo la joven, levantándose y tendiendo la mano á su esposo; ¡qué fortuna! ¿conque por fin se ha dignado usted honrarme con su amable visita? ¡cuánto se lo agradezco! pero... ¿qué significa ese aire sombrío? ¿no estrecha usted mi mano?

— No, señora, dijo secamente el señor de Villasol.

La joven miró con asombro á su marido y se pasó la mano por los ojos: creía estar soñando.

— Parece, dijo por fin sonriendo amargamente y con acento reconcentrado, que se ha cansado usted de fingir un cariño cuya falsedad había sospechado ya; hace usted bien: vale más el desdén franco en los ojos que el amor mentido en los labios. Pero no por eso debe faltar usted á las leyes de la cortesía, de que no puede prescindir ningún caballero al dirigirse á una dama... porque, la verdad, me ofende usted con su actitud poco correcta. ¿Que no me quiere usted? ¡santo y bueno! pues se dice claramente, sin añadir al aborrecimiento el insulto. Además, ¿qué tiene de particular que no me quiera usted ya? ¿ha de estar uno enamorado siempre de la misma mujer? ¡qué tontería! Es verdad que todos dicen que soy muy bella; pero hay otras que lo son también, y más aún, puesto que tienen un encanto que no tengo yo: el encanto de lo prohibido. Fanny, por ejemplo.

— Dice usted bien, señora, contestó el señor de Villasol con naturalidad.

— ¡Ah! ¿conque confiesa usted que la ama? dijo la joven, tratando en vano de sonreír.

— ¿A qué negarlo? quise ocultar esta pasión en el fondo de mi pecho, por razones fáciles de comprender, pero puesto que ha sido usted tan suspicaz...

— ¿Y para decirme que ama usted á Fanny, se ha tomado la molestia de venir á verme?



—No es ese precisamente el objeto de mi visita, señora.

—¿No? entonces no adivino...

—Hasta ahora todo el mundo ignora mis amores con Fanny, y todos me creen un marido ejemplar, un hombre de conducta intachable, lo que quiere decir que he tenido el suficiente talento, ó llámele usted hipocresía, de aparentar virtudes de que no me sentía capaz, y guardar á usted públicamente todas las consideraciones debidas. Pero usted, señora, ha procedido de muy distinto modo, y apenas habrá quién no sepa que mientras el señor de Villasol la prodiga todos los tesoros de su ternura, real ó fingida, usted se complace en escarnecer su decoro y en cubrirle de ridículo.

—¿Yo?

—¡Usted, señora!

—Pues no sé de qué manera.

—De la manera más sencilla; aceptando los galanteos de todo el mundo, y colocando en el seno ramos de flores ofrecidos por manos aristocráticas.

—¡Ah! ¿se refiere usted al *bouquet* de ese pobre vizconde?

—Efectivamente, á él me refiero.

—¿Y qué falta hay en aceptar flores de un hombre galante, y en colocarlas en el seno?

—No será una falta colocarlas en el seno, pero es un crimen llevarlas del seno á los labios.

—Pues bien, no lo niego; besé el ramo de flores y quizá hice mal; pero convengamos, caballero, en que no toda la culpa es mía, sino también del hombre que, afectando torpes complacencias, por mejor encubrir sus faltas, me dejó en completa libertad y expuesta á los peligros de que siempre se ve rodeada la que es hermosa.

—Peligros que aumentan cuando á la hermosura se une la frivolidad.

—Y que son inevitables cuando á la frivolidad se une el abandono...

—¿El abandono?

—Sí, porque usted me ha abandonado á mis caprichos,



dejando que frecuentara la sociedad en compañía de cualquiera, menos de usted, sin duda porque la sociedad no le ofrecía los halagos que encontraba en casa...

— Parece que tiene usted celos de Fanny.

— ¿Yo? ¡bah! se equivoca usted, caballero. Pero todavía ignoro el objeto de su visita...

— Pues bien, he venido á decir á usted que acabo de batirme con el vizconde.

— ¿Con el vizconde? ¿usted?

— Hace un instante, y lo siento... por usted; pero me ofendió y las leyes del honor son inexorables.

— ¿Y en qué le pudo ofender?

— En hacer público alarde de su pasión por usted, y en vanagloriarse de haber obtenido sus favores.

— ¡Ah! ¡no es verdad! si en un momento de irreflexión besé el ramo de flores, Dios sabe que aquel beso no nació de mi corazón, sino que le engendró en mis labios un sentimiento de pueril coquetería... La generala me disputaba encarnizadamente las sonrisas del vizconde y quise enloquecer á éste para humillar á mi rival... ¡Que ha obtenido mis favores! ¡miente! ¡miente como un miserable! ¿que le amo? ¡si le amara, no estaría usted pisando en este momento las deshojadas flores de ese maldito ramo, que como manojos de áspides abrigué en mi seno!

— Crea usted, señora, que deploro en el alma tan infame calumnia; pero puesto que ya no tiene remedio y que he cumplido con mi deber de hombre de honor...

— ¿Se va usted?

— Sí, señora; ni usted me ama ni yo la amo á usted, y sería una locura seguir viviendo juntos en un mismo hogar.

...  
— ¿Y se fué usted? preguntábamos algún tiempo después al señor de Villasol, que entre sorbo y sorbo de café acababa de contarnos este episodio de su vida conyugal.

— ¡Qué había de irme! contestó sonriendo; mi mujer se arrojó á mis pies llorando y pidiéndome perdón. En vano la rechacé; se colgó de mi cuello y sentí en mis labios el fuego



de los suyos. Mi duelo con el vizconde, mis supuestos amores con la pobre Fanny, mis desdenes, el anuncio de mi separación, todo, en fin, contribuyó á que cambiara súbitamente de ideas y sentimientos respecto á mí. La impuse condiciones y las aceptó sin vacilar. Desde aquel día la traté con desvío, y, lejos de quejarse, se mostró resignada y cariñosa... Pero extrémé de tal modo mis rigores, fingí tales defectos, la hice derramar tantas lágrimas, la dí, en una palabra, tan mala vida, que hoy...

—¿Le aborrece á usted?

—¡Me idolatra!

CASIMIRO PRIETO.



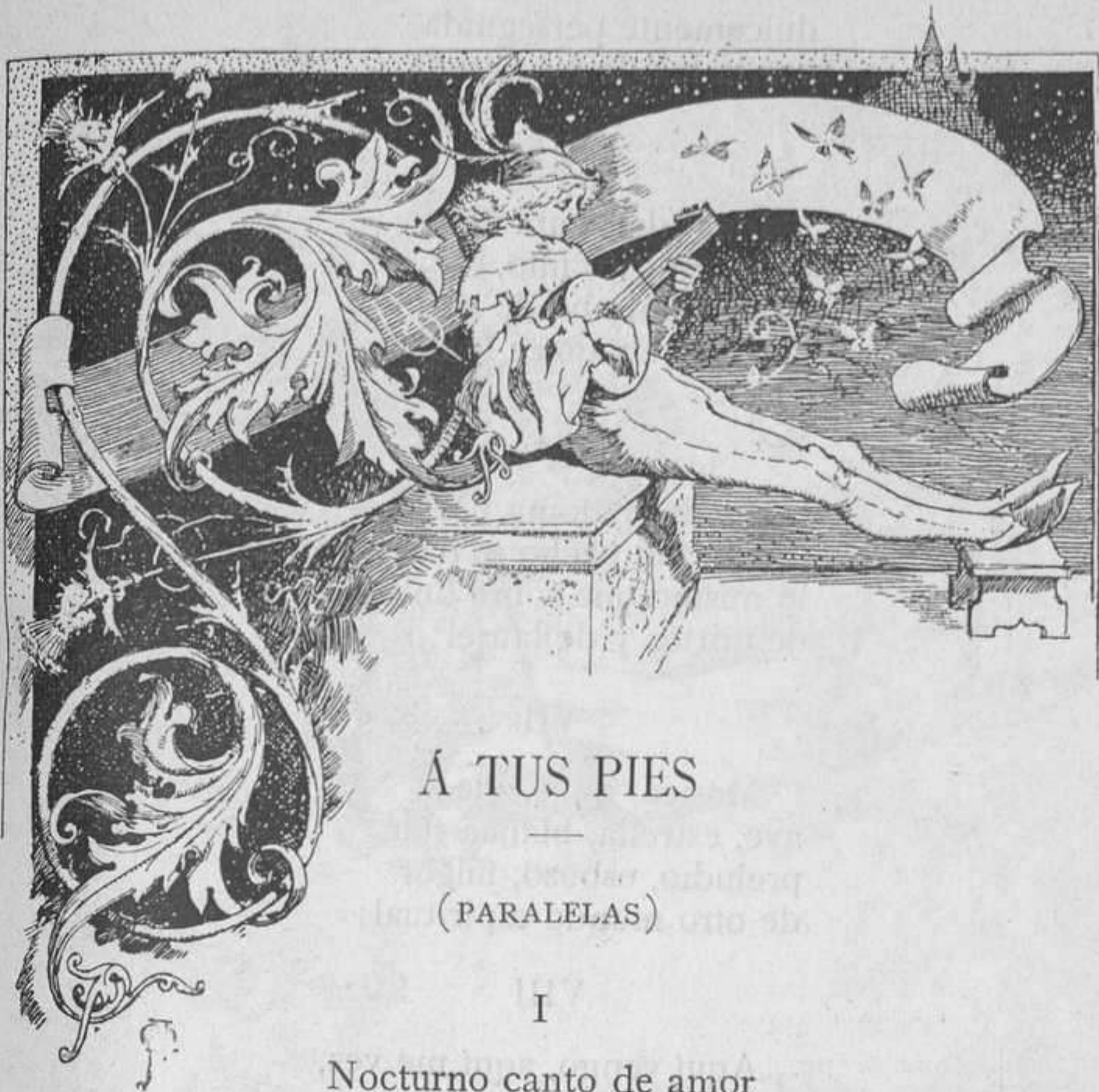
## NOCTURNO

Si el cielo de noche  
me paro á mirar,  
tantas luces y tanto silencio  
me dan qué pensar.

Y, al ver como callan  
tierra, viento y mar,  
me parece que el mundo es un muerto  
que van á enterrar.

FEDERICO BALART.





## Á TUS PIES

(PARALELAS)

### I

Nocturno canto de amor  
que ondulas en mis pesares,  
como en los negros pinares  
las notas del ruiseñor;

### II

Albo jazmín entre tules  
y carnes blancas prendido,  
por mi pasión circuido  
de pensamientos azules;

### III

Coloración singular  
que mi tristeza iluminas,  
como al desierto y las ruinas  
la claridad estelar;

### IV

Nube que cruzas callada  
la extensión indefinida,



dulcemente perseguida  
por la luz de mi mirada;

## V

Ideal deslumbrador  
en el espíritu mío,  
como el nimbo de rocío  
con que amanece la flor;

## VI

Sumisa paloma fiel  
que en mi pecho te has dormido,  
lo mismo que sobre un nido  
de mirtos y de laurel;

## VII

Música, nube, ideal,  
ave, estrella, blanca flor,  
preludio, esbozo, fulgor  
de otro mundo espiritual:

## VIII

Aquí vengo, aquí me ves,  
aquí me postro, aquí estoy,  
como tu esclavo que soy,  
abandonado á tus pies!

ALMAFUERTE.

Salto Argentino, Enero de 1893

— ✕ —

## DOLORA

Fué á presidio Juan Portal  
por artes de una mujer,  
y —La mataré al volver,—  
dijo blandiendo un puñal.  
Pero, ¿la mató? No hay tal.  
Cuando, del puñal armado,  
la fué á asesinar, turbado  
no pudo vengar su queja,  
porque, al verla fea y vieja,  
pensó así:— ¡Ya estoy vengado!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





## FÁBULA ABISINIA

Al entrar en un barrio indígena de una ciudad oriental, ó simplemente en una aldea árabe, al transponer el sol y en día festivo, es casi imposible que no os paréis ante uno de los muchos corros en que hombres y mujeres, jóvenes y chicos, no estén pendientes de los labios de un viejo narrador ó poeta, y que con los movimientos de la cabeza y de los rasgos todos de la movable fisonomía no den señales de loca risa ó de candorosa admiración provocadas por el asunto que en forma enfática y fantástica cuenta el viejo.

Tendencia tal hacia lo novelesco se marca más enérgicamente en aquellos pueblos, como el Sudán y la Abisinia, en que se carece en absoluto de literatura escrita.

Vana tarea la de buscar en todo el Sudán un solo *scheit*



(jefe de tribu) que posea un libro. Uno entre diez podrá tener, si acaso, un ejemplar del Korán, pero el resto de la biblioteca se compone de alguna docena de tabletas en que groseramente hay grabados versículos del santo libro.

En una aldea de la tribu Debania, situada en el Atbara (Nilo negro), halié una vez algunos volúmenes de la dicha biblioteca. Me explicaré mejor: lo que encontré fué algunas de aquellas tabletas colgadas de las ramas de un álamo, que á un tiempo servía de biblioteca popular y de escuela.

No tuve escrúpulo en apoderarme de un par de tablillas que hoy figuran en mi tesoro etnográfico.

No fuí del todo exacto afirmando en absoluto que los abisinios carecen de literatura escrita. Existen en algunos antiguos conventos abisinios viejos códices en lengua *ghez*, pero están celosamente guardados por los monjes, los cuales tienen la consigna de cuidar de la virginidad de la sagrada capa de polvo que los cubre.

La historia, la ley, la tradición, la leyenda, los cantos populares, las creaciones de la fantasía... se transmiten de labio en labio.

Hoy quiero daros muestra de la fantasía abisinia, reconstruyendo fielmente, y de memoria, una fábula que oí en Keseu, en la tribu de los Bogos.

Aparte que la fábula es por sí interesante, según mi opinión, servirá para probar que, aunque los etíopes son un pueblo decadente, poseen finura de análisis, sentido irónico é instinto de oculta desconfianza con que llegan por modo no muy común al fondo del corazón humano.

Oid, sin más, la fábula:

Érase una vez,—como dice el comienzo de todos los cuentos en todas partes,—un hombre que yendo de viaje por un bosque llegó á una llanura, en la que vió una choza que era presa de las llamas.

Llegóse á ella y vió una enorme serpiente que buscaba la salida, porque estaba á punto de quemarse. Movido á compasión, la alargó la lanza, la levantó en alto y, como el bicho



estaba medio muerto, lo guardó en un saco que á la espalda llevaba.

Siguió su camino alejándose del sitio del incendio, y cuando se creyó á cubierto de éste se detuvo, abrió el saco y dió suelta á la serpiente.



Apenas ésta se vió en libertad volvióse al hombre é intentó devorarlo.

—¿Qué haces? preguntó el viajero.

—Quiero comerte, contestó la serpiente.

—¡Cómo! ¿Y te he salvado la vida para que me pagues con semejante ingratitud?

—No entiendo de razones. Tengo hambre, eres carne y quiero hacerte mi alimento.

Y se dispuso á poner por obra su intento.

—¡Pero esto no es justo! exclamó el hombre intentando como supremo recurso tocar en la serpiente la fibra de la equidad.

No se engañó; la serpiente vaciló, y viendo el hombre tan buena disposición, cobró valor y dijo:

—Sometamos la diferencia á ajeno juicio.

—¿Al juicio de quién? preguntó la culebra.

—Ya encontraremos alguno.



—Corriente, el primero que encontremos servirá de juez.

—Pero yo no puedo someterme al juicio de uno solo, sino de varios. Preguntemos á tres, á los tres primeros seres que hallemos, y si opinan que tienes razón devorándome... me someteré.

—Convenido, replicó la serpiente poniendo de mala gana un candado al hambre.

—Jurémoslo.

—Está.

Y echaron á andar.

El primer ser viviente que hallaron fué un león, que fué de



parecer que, puesto que la serpiente era la más fuerte, debía valerse de este derecho de la fuerza sin hacer caso de la fuerza del derecho.

—Cómetelo y no retardes ese placer, añadió.

—Gracias por el voto, dijeron hombre y serpiente.

Dieron más adelante con un asno, el cual dijo después de interrogado:

—Devóralo sin esperar, y si yo pudiese hacer pasar á todos los hombres por tu boca lo haría; es una raza inicua que domeña á todos los animales, y después de sujetarlos á la dura labor los mata, descuartiza y come.

—¿Has oído? dijo la serpiente. Tengo asegurada la mayo-



ría de votos; sea cual fuere el del tercer juez, perteneces á mi estómago.



—¡Un momento! exclamó el hombre temblando, pero con esperanza de retardar breves instantes la hora suprema. Habíamos hecho el juramento de oír el voto de tres jueces, falta el tercero, busquémosle.



Buscaron y se encontraron con una zorra, que oyó con atención el pleito y no tardó en convencerse de que la razón estaba de parte del hombre. Pero no dejó ver de pronto que



así opinaba, pues por algo gozaba fama de astuta y sólo mostró interés en el caso.

—La cuestión me parece grave, y para dar opinión imparcial es necesario, no sólo el relato del hecho, sino la manera con que se efectuó. Tú, hombre, haz ver en qué forma levantaste con la lanza á la serpiente.

El hombre repitió la maniobra de la cabaña.

—Perfectamente, prosiguió la zorra; veamos ahora cómo te las compusiste para meter la serpiente en tu saco.

Con consentimiento de ella, procedió el hombre á meter en el saco la serpiente.

—Muy bien, prosiguió la zorra. Sólo falta saber la manera con que ataste la boca del saco.

El hombre ató el saco en forma igual á la que empleó antes de cargar con la serpiente, y cuando estuvo hecho:

—¡Ciego que tú eres! exclamó la zorra. ¿Por qué no cogiste un peñasco y aplastaste la cabeza de este ingrato animal?



El hombre se dió un golpe en la suya, dolido por no habersele ocurrido la idea.

—¡Ciego y más que ciego! repitió la zorra. ¿Por qué, si antes no lo hiciste, dejas de hacerlo ahora?



Haciendo un esfuerzo de inteligencia comprendió al fin el hombre lo que la zorra decía, y cogiendo una gruesa piedra dió con ella sobre la serpiente y la mató.

Hecho esto, no olvidó el hombre demostrar su agradecimiento á su salvadora.

—Acepto tus muestras de gratitud, dijo la zorra, y espero que en premio por haberte salvado la vida no vacilarás si te pido una gallina de tu corral.

—De buen grado, dijo el hombre. Vén á mi choza.

Una vez en ella, y ya en seguridad, ya por impulso propio, ya por consejos de su mujer, ello fué que en vez de entregar á la zorra lo prometido, la echó brutalmente á puntapiés.

La zorra se alejó moviendo la cabeza y diciéndose amargamente:

—Soy muy estúpida para ser zorra. ¡He olvidado que todos los hombres son iguales!

GUILLERMO GODIO.



### EPIGRAMA

Es tan *señoril* el aire  
de la graciosa Ninón  
que ya sé porqué razón  
le llaman todos *don-aire*.





## TU CABELLERA

Terminaba con el alba  
la hermosa nocturna fiesta,  
y sobre tus blancos hombros  
de líneas graciosas, suelta,  
constelada de brillantes  
ví tu negra cabellera,  
como si al huir la noche  
se hubiese enredado en ella.

CASIMIRO PRIETO.

## EPIGRAMA

—¿Subió usted en globo, Riva?  
—Una vez, señor Anido.  
—¿Y qué se siente allá arriba?...  
—Pues, nada: el haber subido.

MOISÉS N. CASTELLANOS.





# Baciano Ross

DISTINGUIDO DIBUJANTE ESPAÑOL





## LA TUMBA DE BELISARIO <sup>1</sup>

---

Y dejamos su tumba para siempre  
 en el jaral de la marina selva,  
 sola con los mugidos de los vientos  
 y el fragor de la mar en la ribera!

Aquel postrer adiós que no responden  
 los mudos labios ni las manos yertas,  
 ahogaron mis sollozos... y la fosa  
 lentamente colmó la extraña tierra.

Después, envueltos en nocturnas sombras,  
 infló el terral las temblorosas velas,  
 y al fulgor de los pálidos relámpagos  
 hicimos rumbo hacia la mar inmensa.

¡Cómo responden al gemir del alma  
 ecos y gritos de las olas negras  
 que al viento arrojan sus penachos níveos  
 y en las rompientes iracundas truenan!

¡Cuán distantes las cumbres de los montes  
 en los albores de la luna llena!...

(1) Fiel y denodado asistente del autor durante las exploraciones que en 1886 y 1887 hizo en desiertos de la costa atlántica.



¡Qué lejano el desierto pavoroso  
donde su tumba solitaria queda!

¡Compañero leal, valiente amigo!...  
¿qué dar en galardón y recompensa  
de tu terrible sacrificio heroico  
á los seres amados que te esperan?

Ahora ostentará plácida noche  
en las verdes llanuras del Combeima  
la veste salpicada de lampiros,  
su nimbo azul de fúlgidas estrellas:

Las brisas jugarán en los follajes  
que tu cabaña en el otero cercan;  
allí del hijo amado hablan gozosos...  
son sus pasos... ¡Es él que salvo llega!...

¡Y duerme ya en la tumba que le dimos  
en el jaral de la marina selva,  
solo con los mugidos de los vientos  
y el retumbo del mar en la ribera!

JORGE ISAACS.

Bogotá.

---

## CONCERTANTE

---

### SONETO

Dejó la tesis inmortal escrita  
un insigne filósofo cristiano,  
de que en cada sutil átomo humano  
hay un alma que siente y que palpita.

Si una en cada molécula se agita  
como el vivo destello en el gusano,  
alumbra al cuerpo deleznable y vano  
una escala de luces infinita.

Pues las almas, reflejo de su esencia,  
que Dios puso en mi ser como tesoro,  
y estrellas que iluminen mi conciencia,

su voz uniendo en exaltado coro,  
cantan himno de amor á su presencia,  
y dicen todas á la vez: «¡te adoro!»

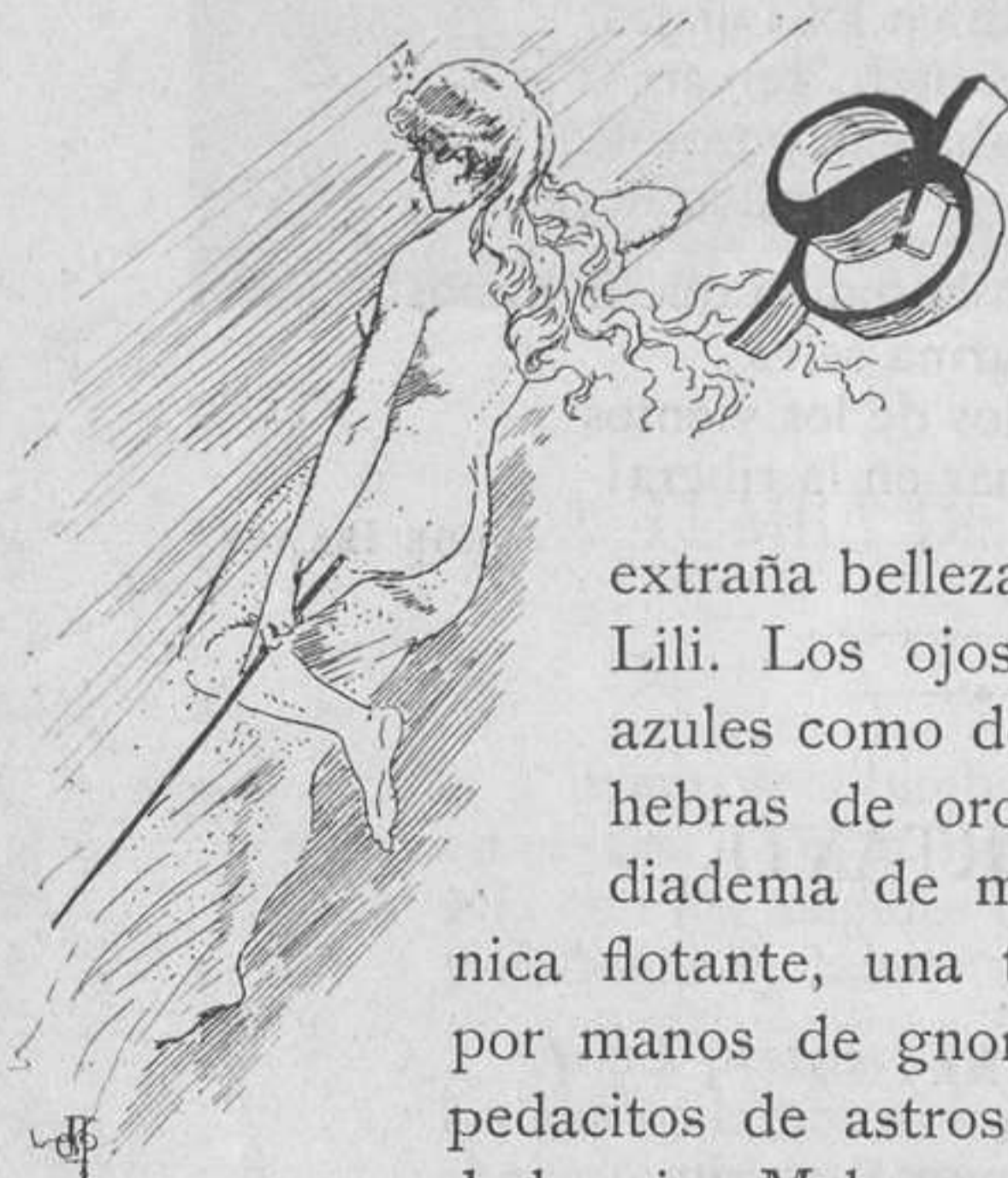
SALVADOR RUEDA.



## LILI

Á APELES MESTRES

I



OBRE un trémulo rayo de luna, penetró en la triste guardilla que habitaba el poeta de los versos áureos y vibrantes, un ser diminuto y luminoso, un ser de extraña belleza incomparable.—Era el hada Lili. Los ojos pequeños, resplandecientes, azules como dos zafiros; los cabellos, como hebras de oro; la frente, ceñida por una diadema de microscópica pedrería; y la túnica flotante, una túnica deslumbradora, tejida por manos de gnomos — una túnica hecha con pedacitos de astros, en los telares maravillosos de la reina Mab.

Y dijo el hada Lili, agitando cadenciosamente sus alitas brillantes de selenio:

—Sé que sufres. He oído tus quejas... Tus rimas son lúgubres ¡oh poeta! ¿Por qué no cantas de nuevo á las flores, á la juventud, á la primavera? Pídeme lo que quieras. He venido desde mi palacio remoto, de allá lejos, de aquella estrellita azul que escintila en el divino éter insondable.

Y el bohemio inspirado, aquel soñador de los versos de colores — de los versos fúlgidos y sonoros:

—¡Hada generosa! ¡Hada Lili, escúchame!... He cantado á las vírgenes blondas y diáfanas; á las vírgenes que tienen la blancura láctea de la camelia sobre el rostro y la frialdad



del mármol en el corazón... He cantado á las vírgenes morenas, de ojos negros y silenciosas pupilas fúnebres... He cantado á las vírgenes de ojos de náyade, de ojos verdes y mágicos, de ojos de esmeralda... ¡He soñado con la gloria, esa Esfinge; con el placer, ese fuego fatuo; con el amor, esa embriagante quimera!... Todos los bellos fantasmas hanse evaporado. Todos los ídolos han caído en el polvo. Ha soplado sobre mi corazón un viento helado de muerte. Mi lira está rota. Me hundo en un mar de sombras. Me envuelve un silencio trágico. Se ha hecho en mi vida la noche. ¡Oh! ¡Sálvame! ¡Sálvame!...



## II

L hada Lili dió con su varita de lapizlázuli dos golpes sobre el muro de la guardilla miserable — y el bohemio pálido de los versos nebulosos quedóse blandamente adormecido.

Y he aquí lo que vió con los ojos hondos del Dios Sueño, cual á través de finísima niebla:

Era un país lejano, muy lejano. Un mar inmenso se perdía en los horizontes color de lila. Un mar de olas de esmeralda, de olas armoniosas, que llegaban en amplias ondulaciones á las riberas alegres. Aquel mar, en grandeza, no inspiraba terror. Era así como un gran desierto plácido, un gran desierto de esmeraldas líquidas, un gran desierto de márgenes encantadas. Esquifes de varias formas, tripulados por mujeres de lánguida hermosura, lo cruzaban en todas direcciones. Aquellas mujeres se coronaban de flores, como



para un festín, y cantaban estrofas de un himno musical desconocido.

Y el poeta pálido oyó que le decían: «Somos las almas de aquellas que has amado. No hemos muerto. No podemos morir. Flotamos sobre la espuma, suspiramos con la brisa, sollozamos con la ola, divagamos con la nube... ¡Vén! ¡no hemos muerto! ¡vén! ¡no podemos morir!...»



## III

**V**ió el hada Lili con su varita prodigiosa un nuevo golpe en el muro — y he aquí lo que vió luego el poeta exótico, — el bohemio pálido de los versos olímpicos:

En el centro de un jardín edénico alzábase un palacio de rara magnificencia. Voces rítmicas entonaban un coro excelso que llegaba á las doradas cúpulas, estremeciéndolas. Era como un canto de Titanes. Y aquel canto se dilataba en ondas de infinita dulzura — de serena melancolía. Percibíanse acordes gigantescos — como los acordes de una monstruosa fanfarria de arcángeles tocando allá, en el cielo. En crescendo soberano, con escalas homéricas, aquellas voces llenaban los ámbitos de suprema armonía. Y en el divino éter insondable, los orbes marchaban á compás de aquella música de cíclopes...





## IV

L poeta simbólico de las rimas áureas, — despertó en su guardilla miserable, bañado por la sutilísima luz de las estrellas. El hada Lili había desaparecido. Recogió su laúd abandonado, y sintiendo sobre el corazón un gran soplo de entusiasmo, entonó el himno de la esperanza y de la vida, — en estrofas serenas, y límpidas, y suaves, y dulces, que vibraron en la noche — que vibraron y se perdieron, — como los últimos acordes, como las frases aéreas, como los compases vagos y tímidos de un nocturno melancólico de Chopin...

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, Julio de 1893.

---

 EL TELÉFONO
 

---

¡ Humilla tu arrogancia  
 y fascina tus débiles sentidos  
 esa invención que, hollando la distancia,  
 transmite la palabra, el lloro, el canto  
 y todos los sonidos!  
 Pues no te admires tanto,  
 que nada nuevo la invención encierra.  
 ¡ Siempre que un padre con amante anhelo  
 besa á su hijo huérfano en la tierra,  
 oye el beso la madre desde el cielo!

JUAN JOSÉ HERRANZ.





## ENSUEÑO

Siempre grata á mi oído  
 sonó tu dulce voz, y la armonía  
 de tu gentil semblante, otra más honda  
 y vibradora por mi ser difunde.  
 Cuando llegas á mí, siento que vuela  
 el polvo que en el alma  
 va la vida sin tregua acumulando,  
 y todo en ella fresco reverdece  
 con vigor juvenil, como la tierra  
 húmeda aún tras la fecunda lluvia  
 y sonreída por el sol. ¡Qué lumbres  
 de amor despiden tus radiantes ojos!  
 ¡Y qué tenaz enjambre de deseos  
 de tu redondo cuello en torno vuela



y el ritmo sigue de tu andar! Ascienes,  
 astro de amor, inmenso y solitario,  
 por el sombrío espacio de mi alma,  
 y abriendo á trechos sus flotantes nubes,  
 con tu esplendor sereno la iluminas.  
 Y tú este afecto ignorarás por siempre,  
 y esa secreta conmoción profunda  
 en que mi triste corazón se agita  
 al mirarte pasar, cuando inflamado  
 en amor, en tormentos y delicias,  
 en lo infinito del sentir se pierde.

CALIXTO OYUELA.

Buenos Aires, Abril de 1893.

## EL CARDO

En el campo donde nace,  
 es copia y símbolo fiel  
 del hombre astuto y cruel  
 que en la maldad se complace.

Ambos presentan al par  
 flores que no dan olor,  
 mustias hojas sin verdor  
 y espinas que hacen llorar.

Yo, si algún cardo prefiero,  
 aunque todos son dañinos,  
 es el que los campesinos  
 llaman cardo borriquero.

Como, sin hacerle agravio,  
 encuentro de más aguante  
 la humildad del ignorante  
 que la presunción del sabio.

Hombres cardos hallarás  
 por donde quiera que fueses;  
 harás bien si les huyes  
 y el contagio evitarás.

De ellos los más peligrosos  
 son los ricos egoístas,  
 los avaros, los duelistas,  
 los tercos y los celosos.

Del amor hijos bastardos,  
 á los cuales en rigor  
 debe azotar el amor  
 con un manojito de cardos.

MANUEL DEL PALACIO.



## EN LAS MÁSCARAS



—¡Con qué diabólico arte  
me pescó la condenada!  
—Pues es cosa de envidiarte;  
¡qué elegante... y qué escotada!  
¿La conoces?

—*En gran parte.*



NUESTROS COLABORADORES



**Dr. D. Rafael Calzada**

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL





Ⓢ

## CAYO AQUILIO

¡Folgueras!

¿Cómo podría yo pintar con sus verdaderos colores los mil recuerdos que al decir ¡Folgueras! se agolpan en tropel á mi memoria?

Acababa yo de cumplir diez años. Un día, á la caída de la tarde, mi padre me llamó con cierta solemnidad á su escritorio y me dijo:

—Hoy hablé con Villamil. Desde el lunes, en vez de ir á la escuela, irás á Folgueras. Toma el *Miguel*, estúdialo con provecho y veremos cómo te portas.

Ante aquellas palabras, que me parecían bajadas de los cielos, se nublaron mis ojos, sonaron en mis oídos músicas embriagadoras y sentí algo como si un misterioso efluvio envolviese todo mi ser y me transportase á regiones desconocidas.

En la historia de mi vida no recuerdo una emoción que pueda siquiera parecerse á la que experimenté en aquel instante.



Era aquello como una especie de repentina transición del niño al hombre, una revelación de que los rosados años de la infancia se habían ido para no volver; porque ir á Folgueras, asistir á la cátedra del venerable Villamil, estudiar el *Miguel* y aprender el *musa musæ* y el *quis vel qui*, era ser todo un señor estudiante; ¿y cuándo, mientras asistí á la escuela, me había atrevido yo á pensar en un estudiante sin considerarle todo un hombre?

Con esto, con que al andar del tiempo me apuntase el bigote y con poder llegar, sin sentir vértigos, á fumarme un cigarrillo, estaban colmadas todas mis ambiciones.

No lejos de Folgueras, hermosa aldea casi escondida entre el ramaje de los árboles de sus poéticas huertas y sobre la margen izquierda del río Navia, se yergue majestuoso el *Castellón*.

Y allá solíamos ir un pequeño grupo de estudiantes del aula de Villamil, cuando encontrábamos más agradable correr por aquellos vericuetos que asistir á clase ó cuando se le ocurría enfermarse al inolvidable maestro.

¿Qué atracción tenía para nosotros aquel empinado cerro que, según las consejas populares, estaba poblado de encantamientos, de cuevas habitadas por gigantes de lengua barba, guardadores de carneros con dorados cuernos, ó de ninfas que todas las mañanas de san Juan se iban á la cristalina fuente á peinar su blonda cabellera con peines de oro?

La cumbre del Castellón estaba atestada de antigüedades romanas. Multitud de pequeñas casetas, unas de forma circular, otras elíptica, todas con una sola puerta, derruídas, casi enteramente soterradas, revelaban que allí habían sostenido los romanos, durante mucho tiempo, una de aquellas legiones con que desde las alturas se imponían á los astures, obligados á habitar las llanuras y los valles cuando las águilas del pueblo-rey, después de largos años de cruenta guerra, llegaron á trasponer la cordillera cantábrica.

Un día, en nuestras excavaciones, encontramos un molino de mano y una espada; otro, un pedazo de bronce en que se



leía claramente el famoso S. P. Q. R. y un plato, en dos pedazos, en cuyo fondo, con nítidos caracteres, se leía esta palabra: *jucundus*; otro, una rodela y diferentes monedas del tiempo de Augusto.

Para nosotros, jóvenes cuya imaginación se exaltaba al solo recuerdo de Roma, que nos hacía venerar el buen Villamil, como nos hacía venerar su idioma, para nosotros, cada descubrimiento de aquellos era un motivo de alborozo indescriptible.

La espada llena de herrumbre, las monedas, el plato roto, la inscripción del *Senatus Populusque Romanus*, eran algo así como trofeos conquistados en la más ruda y la más gloriosa de las batallas.

En cierta ocasión, al lado de una de las casetas, el azadón que solía prestarnos un labrador de las inmediaciones, chocó de pronto con un cuerpo duro y redondo.

Con ansia febril siguió la excavación, y antes de una hora se hallaba al descubierto un ánfora de barro, de ancha boca, en perfecto estado de conservación.

Estaba tan herméticamente cerrada que para ver su contenido tuvimos que romperla por el cuello.

¡Cómo latían en aquel momento nuestros corazones! El que menos, esperaba encontrar en aquella ánfora sextercios por millares, piedras preciosas, soberbia orfebrería... Era un tesoro guardado allí por algún desesperado ó fugitivo que después no pudo rescatarlo.

Pronto salimos de la duda.

Contenía el ánfora un cráneo humano, un puñal con mango de oro y un *papiro*, escrito en latín con caracteres perfectamente legibles.

¡Qué sorpresa, qué inmensa alegría la nuestra!

Ya nadie se acordó del tesoro. ¿Qué mejor tesoro que aquel papiro, escrito en latín, por mano latina y en tiempo de los latinos?

Cuando fuimos á ver al maestro con la noticia de nuestro hallazgo, la emoción no le dejó hablar durante algunos minutos. Nos abrazó á todos efusivamente, se le llenaron de lágrí-



mas los ojos, y cuando se hubo serenado nos invitó á que, en su compañía, tradujésemos el misterioso papiro.

Decía así:

«Yo, Cayo Aquilio, quiero dejar escrito que nací en Roma, por los tiempos en que el poder de Cartago se extendía por el mundo y amenazaba destruir el Lacio.

»Cuatro lustros contaba yo apenas, cuando un día llegó la fatal noticia de que el temido Aníbal acababa de atravesar los Alpes. Vencedor en el Tesino y en Trebia, la Italia cisalpina era ya cartaginesa.

»La consternación se apoderó de Roma, aunque se trataba de ocultar la magnitud del desastre.

»Todos los ciudadanos que podíamos tomar las armas fuimos llamados al Capitolio. Los tribunos militares sortearon las tribus, tocóme ser velite en mi legión, y después de prestado el juramento, pronto me ví con mi casco sin melena, mi espada, mi azagaya y mi rodela.

»En el ejército mandado por Flaminio fuí al encuentro del invasor, á orillas del Trasimeno. ¡Qué espantosa derrota la nuestra! Aquel poderoso ejército fué completamente destruído, y pocos logramos escapar al furor de los soldados de Aníbal.

»La batalla de Canas, en que me encontré más tarde, nos proporcionó una derrota más grande todavía. Allí pereció la flor de los caballeros romanos.

»Nuestro pueblo había perdido el favor de los Dioses.

»Siete años después, á orillas del Metauro, destrozamos el ejército de Asdrúbal. Conseguida la victoria, la cabeza del general fué arrojada al campamento de su hermano Aníbal, como nuncio fatídico de la caída de Cartago. Allí alcancé por mi valor el cargo de centurión.

»Pasé al África al mando de Escipión. Asistí á todo el sitio de Cartago, y después de la batalla de Zama, que puso término á la guerra, volví á Roma con las legiones victoriosas, en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo.

—  
»Diez y ocho años había permanecido en las legiones y me



sentía fatigado. Mi cuerpo y mi espíritu necesitaban reposo, y resolví vivir en Roma con el estipendio y el botín que había traído de África.

»Llegó por aquel tiempo á mi noticia que un sabio venido de Siracusa poseía un maravilloso secreto para conservar eternamente la juventud y la fuerza.

»No lo creí. Me pareció una invención de los millares de



desocupados que pululaban por las calles y por los pórticos después de terminada la segunda guerra púnica.

»Sin embargo, averigüé la vivienda del sabio siracusano, y fuí á verle. Casi cubierto de andrajos, vivía en un miserable tugurio, del otro lado del Anio, cerca del Monte Sacro.

»Cuando le expuse mi deseo de conocer su secreto, me dijo:

»—Toma este amuleto. Mientras le lleves contigo, la fuerza y la juventud serán tus compañeras. Si llegas á cansarte de vivir, arrójalo al Tíber, en la alta noche, á la hora en que termina el día anterior á las Kalendas de Enero.



»Yo, que en mis largas campañas me había encontrado tantas veces delante de la muerte y que, tal vez por lo mismo, había llegado á cobrar un inmenso amor á la vida, no quería dar crédito á tan halagadoras palabras. ¡No morir nunca! ¡Ser siempre joven! ¡Gozar eternamente de esta vida que nos sonrío con tantas ilusiones y tantas esperanzas!

»Era la felicidad suprema.

»Quise remunerar al sabio; le ofrecí toda mi fortuna; pero ni un as quiso recibir de mí. Se consideraba pagado con la fe que demostré en su sabiduría.

»Viví desde entonces en Roma entregado á la molicie y á la holganza. El Foro y el Circo fueron, durante muchos años, mi recreo favorito.

»Tomé mujer y tuve con ella varios hijos. Así pasaron doce lustros, al cabo de los cuales contaba yo más de una centuria.

»Durante ese tiempo el cónsul Paulo Emilio venció en la llanura de Pydna á Perseo, rey de Macedonia, y destruyó su poderosa falange.

»Todo fué entonces terror entre los enemigos de Roma, para quien los Dioses se habían vuelto propicios. Eumenes, Masinisa, Antíoco Epifanio temblaron. Yo ví entrar un día en el Senado á Prusias, rey de Bitinia, con la cabeza afeitada y en traje de liberto, en señal de vasallaje.

»Entretanto Catón terminaba siempre sus arengas en el Senado, diciendo: «Y pienso además que Cartago debe ser destruída.»

»Escipión Emiliano preparó las legiones para marchar sobre Cartago, y yo, olvidando familia, olvidándolo todo, me alisté en ellas; después de los desastres de Trasimeno y Canas, sólo había odio, odio á muerte en mi corazón para los cartagineses.

»No menos de ochenta mil hombres llevó Escipión al África. La guerra fué tan corta como terrible, y al fin cayó Cartago para no volver á levantarse. Jamás olvidaré la indignación con que, al entregar Asdrúbal los cincuenta mil defensores de la ciudad, su esposa le apostrofó desde las murallas por su cobardía, degollando en seguida á sus dos hijos y arro-



jándose á las llamas para no sobrevivir á la muerte de Cartago.

» Cuando regresamos, nos sorprendió la noticia de que un bandolero lusitano llamado Viriato se atrevía á desafiar el poder de Roma por el lado de Occidente. Años después, Roma entera supo con indignación profunda que Flavio Serviliano había firmado un tratado en que se decía: «Habrá paz entre el pueblo romano y Viriato.» Pero al fin, aquel criminal pagó cara su increíble audacia, porque Cepión le hizo cortar la cabeza.

» Escipión Emiliano, que me profesaba grande estimación desde la expedición á Cartago, me invitó algunos años más tarde á que le acompañase á Iberia. Había allí una ciudad invencible llamada Numancia, y Escipión se había propuesto apoderarse de ella y destruirla. No pude negarme á su ruego y le acompañé.

» ¡Qué tenacidad, qué heroísmo el de los numantinos! Jamás mis ojos habían presenciado nada semejante. Cuando ya la defensa se les hizo imposible, se degollaron los unos á los otros y se arrojaron á las llamas con sus mujeres, con sus hijos y con sus tesoros. Entramos en la ciudad, pero sólo para contemplar un montón de ruinas, mientras los cadáveres insepultos apestabán los aires.

» Cuando volvimos á Roma, sólo cincuenta numantinos seguían el carro triunfal de Escipión Emiliano.

—

» Desde entonces volví á mis antiguos hábitos, resuelto á no tomar de nuevo parte en la milicia; pero la ausencia de las grandes emociones que produce la guerra, la monotonía con que veía deslizarse los años, me dieron tiempo para ir convenciéndome de que aquella revelación del sabio de Siracusa no constituía la felicidad con que yo había soñado.

» En la plenitud de mi fuerza, yo sentía dentro de mi ser una especie de inmovilidad parecida á la de la muerte, formando extraño contraste con aquella vida inextinguible que llevaba conmigo.

« Todo á mi alrededor se movía, cambiaba, envejecía, iba



hacia la destrucción y la muerte; sólo yo, como roca en medio de la tormenta, me mantenía firme, inmóvil, sin cambio alguno, contemplando aquella especie de torrente-humanidad que hora tras hora corría velozmente á precipitarse en los abismos de la nada.

»Mi mujer había muerto á los trece lustros, después de haber quedado ciega, imbecil y paralítica; entretanto yo, en la flor de la vida, tuve que soportar el suplicio de vivir como esposo con mujer que, por su edad, podía ser mi madre.

»Asistí, entre mil congojas, á la muerte de casi todos mis hijos, y ví cómo los demás envejecían y se enfermaban. Pronto tuve nietos cuya edad era superior á la mía: y me convencí, con dolor profundo, de que no podía inspirarles esa cariñosa veneración que constituye el orgullo y á la vez el consuelo de los ancianos.

»Mis amigos verdaderos, aquellos que se forman en los años hermosos de la juventud, cuando todo es generosidad y entusiasmo, fueron cayendo en el sepulcro, y se oprimió mi corazón cuando comprendí que jamás podrían ser reemplazados.

»Mi espíritu parecía encerrado en un círculo de hierro.

»Creyendo poder romperlo, me casé de nuevo y volví á tener hijos: y así pasaron diez ó doce lustros que me parecieron otras tantas eternidades.

»Ví nuevamente envejecer, enfermarse, morir á mi mujer, á mis hijos, á cuantos seres me eran queridos sobre la tierra. Yo solo era el que quedaba y seguía viviendo en medio de espantosa tortura.

»Para colmar mis sufrimientos, tuve que contemplar cómo aquella rigidez de costumbres, aquella noble austeridad romana se relajaban y corrompían con las riquezas ganadas por nuestras armas victoriosas, y cómo el contacto con los pueblos de Oriente nos iba trayendo una inmoralidad y un desenfreno que pronto convirtieron á Roma en una bacanal inmensa; miré á los esclavos, á los oprimidos desbordarse como torrente impetuoso por cientos de millares, con Euno á la cabeza, pidiendo el pan y la tierra de que les privaban los patricios y que con tanta grandeza de alma pudieron darles los hijos de



Cornelia; ví con dolor inmenso cómo los cimbro y los teuto-nes, vomitados por el helado Septentrión, caían sobre nosotros y destruían sucesivamente seis grandes ejércitos hasta que Mario pudo exterminarlos, dándoles, como él dijo, la tierra que habían de conservar eternamente.

»Ví después enlutarse el suelo de Italia con la guerra social, y desencadenarse sobre él, como tormenta de sangre, las feroces venganzas de Sila contra el partido de Mario y de Mario contra el partido de Sila; conocí los nefandos proyectos de Catilina para exterminar cuánto de generoso y bueno que-



daba aún en Roma, y alcancé á verle salir huyendo del Senado ante los apóstrofes de Cicerón, el Padre de la Patria; asistí á la entrada triunfal de Julio César, el vencedor de los galos, y á su elevación á la dictadura, que acabó con nuestras grandes tradiciones republicanas, y presencié la consternación que dominó en Roma cuando se supo que había caído en el Senado bajo el puñal de Casca y Bruto al pie de la estatua de su rival, el gran Pompeyo.

»Cuando más tarde, formado el segundo triunvirato, el odio implacable de Antonio hizo cortar la cabeza á Cicerón, el más noble y el más elocuente de todos los romanos, y se renovaron las matanzas y las proscripciones, sentí colmarse el horror



que ya cien veces había sentido por aquella existencia que me condenaba á contemplar eternamente las hondas tristezas del hogar y las negras desdichas de la patria; esperé impaciente la media noche del día que precede á las Kalendas de Enero, y deseoso de vivir con la vida verdadera, ansiando formar parte de esa humanidad que se cree desdichada porque nace y crece y llora y muere, corrí á las orillas del Tíber y arrojé sin pesar á sus aguas el terrible amuleto en que residía el secreto de la inmortalidad.

» Ahora, que me siento envejecer tranquilamente en estas gloriosas montañas de Cantabria, adonde vine con las legiones de Augusto, y en donde espero descansarán mis huesos, escribo esta breve historia de mi larguísima existencia, para que aprendan, los que alguna vez me recuerden, que si tiene atractivos la vida, es porque cada día que pasa nos lleva hacia la muerte.»

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, Mayo de 1893

## CHISPAS

Ya derretida baja la nieve  
del alto monte,  
ya las ventiscas y los nublaños  
huyen veloces.  
Todo revive, todo florece,  
llanura y bosque;  
mas ¡ay! ¡qué poco duran las lilas!  
¡y cuánto, en cambio, los alcornoques!

Beso por sorpresa dado  
es pecado y no es placer;  
partido entre hombre y mujer,  
es placer, y no es pecado.

Ya por doquier en robles y en acacias,  
brotan las hojas tímidas y espesas;  
demos á Dios las gracias  
de que no estén impresas.

MANUEL DEL PALACIO.



## HISTORIAS CALLEJERAS



—Ahí va mi esposo, Tomás;  
¡aléjate por tu vida!  
si me ha visto, soy perdida...  
—Mujer, ¿todavía más?

## EPIGRAMA

—¿Dices que perdió mi amada  
toda su sal?

—Hombre, sí,  
pues, creyéndose engañada,  
hoy mismo correr la ví  
en pos de tí, *desalada*.



## LA HISTORIA DE SIEMPRE

A MI QUERIDO HERMANO ARTURO COSTA Y ÁLVAREZ



¿ONQUE es cierto, infeliz, que te has casado?

— Es cierto, el mes pasado,  
con una hurí más bella que un lucero,  
y me prueba tan bien mi nuevo estado...

¡que no vuelvo en mi vida á ser soltero!

— Apuesto á que es la rubia el ser amado  
que hoy en hacerte tan feliz se empeña...

— Te engañas, no es la rubia, es la trigueña.

La rubia por mi amor sufrió en un potro  
y creyendo morir, al verme ausente,  
me llamó, no acudí, dobló la frente  
y harta de penas... se casó con otro.

— Pues ya me explico su dolor profundo...

¡las tragedias que pasan en el mundo!

¿Y no has vuelto á encontrar á tu ex amada?

— La ví no há mucho, como nunca hermosa,  
y eso que siempre seductora ha sido,  
en una carretela muy lujosa  
con un hombre, que no era su marido.

— ¿Y no se puso al verte colorada?

— Una mujer así jamás se turba.

— Mas... ¿quién era aquel hombre?

— Ignoro hasta su nombre.

— Tal vez algún pariente... en línea curva.

¿Y qué fué del marido desdichado?

— Sé que, tras de sufrir suplicio fiero,  
al ver su amor burlado,  
hoy vive con su suerte resignado...  
y que se ríe de él el mundo entero.

¡Pobre Simón!...

— ¿Le compadeces?

— ¡Digo!

¡si ha sido siempre... mi mejor amigo!

¡Cuánto debió sufrir!

— ¡Me lo figuro!

como tú, al olvidarte la doncella  
por tan honrado *amigo*.

— ¡Bah! te juro...

— Apuesto cualquier cosa



á que aún suspira tu alma por la bella...  
 —Te engañas; ¿qué vale ella  
 comparada con Flérida, mi esposa?  
 —¡Como otra vez tu pecho no avasalle!...  
 —Confieso que al mirar su lindo talle  
 sentí un instante celos, y no flojos,  
 pero aparté de la beldad los ojos  
 y seguí tan tranquilo por la calle.  
 Estaba por casarme y si me abraso  
 por la rubia aquel día, no me caso,  
 con lo cual ten por cierto  
 que, olvidada por mí, que soy su vida,  
 la que es hoy mi mujer, habría muerto.  
 ¡Yo no he visto una chica más vehemente!  
 también, como la rubia, al verme ausente,  
 me escribió con el alma dolorida  
 una carta muy tierna y muy sentida  
 en la cual me decía textualmente:  
 «Si no vuelves al punto al lado mío,  
 ¡oh, tú, por quien perdí la dulce calma  
 y á quien rendí amorosa mi albedrío,  
 en vez de la mujer que adora tu alma,  
 no encontrarás más que un cadáver frío.»  
 Me estremecí, cargué con mi equipaje  
 y, lleno de temor, me puse en viaje,  
 pues sé, y de ahí mi agobio,  
 —aunque más de uno á la mujer injuria,—  
 lo que sufre una chica por su novio...  
 cuando tarda en llevarla éste á la curia.  
 Llegué y fuí á su casa, el alma yerta  
 y presa aún de sobresaltos fieros,  
 mas, por suerte feliz, imaginarios...  
 ¡creía hallar á mi adorada, muerta,  
 en medio de blandones funerarios...  
 y la encontré bailando unos lanceros!  
 —¿Y se alegró de verte?

—¡No se diga!  
 al mirarme á su lado, de repente,  
 se desplomó en mis brazos dulcemente,  
 no sé si de emoción... ó de fatiga.  
 Quien sintió mi llegada, y me lo explico,  
 es un señor muy rico  
 y feo como un coco,  
 que estaba por mi novia medio loco  
 y al cual mostróse esquiva mi adorada,  
 fiel como pocas á la fe jurada...  
 y al saber, además, con desagrado



que el rival en cuestión... ¡era casado!

—¿Y no se han vuelto á ver?

—Muy á menudo;

jamás Flérida ha sido rencorosa,  
y aunque quiso negarle hasta el saludo,  
acabó por sonreírle cariñosa.

—¿Y lo toleras?

—¿Yo? me desagrada,  
la verdad, mas ¡qué quieres! es honrada  
y nada temo de mi amante esposa.

Y aun comprendo, á fe mía,  
que Flérida le ponga buen semblante...  
¡es un hombre tan fino y tan galante!  
Ayer nos convidó á pasear en coche.

—¿Acaso *te* visita?

—Por la noche.

—¿Y aceptó tu mujer?

—Con alegría

y ningún mal en su actitud recelo.

—¿Y tú, rehusaste?

—¿Yo? ¡libreme el cielo

de incurrir en tamaña grosería!

Con un hombre tan fino,  
hay que aceptar, no queda otro camino;  
aunque de resistir buscarse el modo  
me vería vencido fácilmente.

—¡Oh, sí! ya me imagino  
cuán amable será y cuán complaciente  
contigo... y con tu esposa, sobre todo.

—¿Qué puedo temer de ella,  
si jura una y mil veces que me adora  
y es, además, por mi feliz estrella,  
lo que se llama toda una señora?  
Podrá ese Creso suspirar, acaso,  
por su beldad, pero es tarea vana,  
pues ni Flérida peca de liviana,  
ni, esclava de mi amor, le ha de hacer caso.

Es verdad que le mira ella sonriente,  
lo cual no me hace gracia, francamente,  
mas teniendo una linda dentadura,  
¿quién obliga á estar seria á una hermosura?

¿Qué más? el otro día  
recibió mi mujer, no sin rubores,  
una sarta de perlas de valía  
y un ramo, muy artístico, de flores,  
obsequio amable del rumboso Creso,  
y celosa de su honra con exceso



y sin mostrar vacilación al verlas,  
 tiró las flores... y guardó las perlas.  
 ¿Quieres prueba mayor de que mi esposa  
 mira al supuesto amante desdeñosa?

A olvidar cuánto la amo  
 por mi ex rival, ¡con qué pasión fogosa  
 no hubiera mi mujer besado el ramo!  
 —Pues celebro en el alma  
 que no pierdas la calma  
 ni contra tu hado clames iracundo,  
 pues aunque arrastren tu honra por el lodo,  
 pensando de este modo,  
 serás el hombre más feliz del mundo.

—¿Crees que mi mujer?...

—Creo, inocente,

que obraste torpemente  
 al unirte con ella...

—¡Tal ultraje!

—¿Por qué al ver que mentía  
 cuando juraba que sin tí moría,  
 no emprendiste de nuevo un largo viaje?  
 ¡Yo en tu lugar no paro hasta la Nubia!  
 Soltero aún, conoces y te apena  
 la suerte del marido de la rubia  
 ¡y no escarmientas... en cabeza ajena!

CASIMIRO PRIETO.

## ÉTOILE FILANTE

A la puesta del sol halléla un día  
 y en la luz del crepúsculo insegura  
 me pareció su espléndida hermosura  
 un sueño de mi loca fantasía.

¡Amorosa visión! Era la mía.  
 La que colmó mis noches de ventura,  
 la que á mi ardiente artística ternura  
 edénicas delicias prometía.

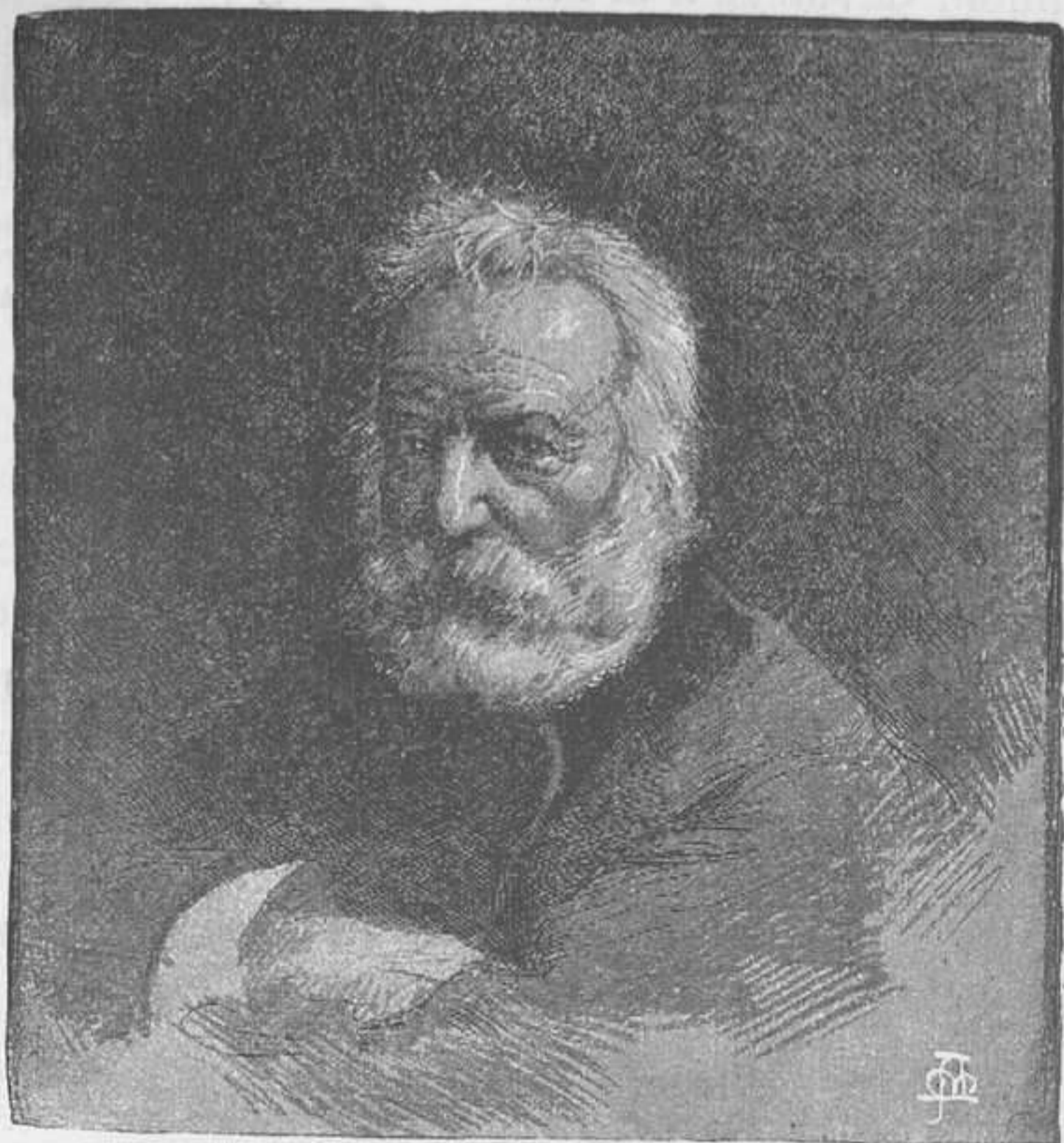
Desde ese instante con tenaz fiereza  
 fugitiva persigo su belleza  
 entre la turba estúpida mundana;

y gozo los tormentos del delirio,  
 pues por hacer más hondo mi martirio  
 la busco ideal para encontrarla humana.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires, Junio de 1893.





## SU NOMBRE

(DE VÍCTOR HUGO)

Á OFELIA M.

*Nomen ant Numen!*

El suave perfume de la flor de lis pura; el resplandor brillante de una aureola; el postrer rumor del día; la tierna súplica amiga del que se aflige y consuela; el misterioso adiós de la hora que no vuelve; el dulce estallido de un beso de amor...

La banda de siete colores que en la nube deja la tempestad, como un trofeo al sol triunfante; el inesperado acento de una voz reconocida; el voto más íntimo de la virgen ingenua; el primer ensueño de un niño...

El canto lejano de un coro celeste; el suspiro que el fabu-



loso Memnon, devuelve á la Aurora; el vago murmullo de un sonido que tiembla y se evapora... todo lo que el pensamiento tiene de más dulce, aún es menos dulce que su nombre.

Pronunciadlo en voz baja, lo mismo que una plegaria. Pero no olvidéis incluirlo en todos vuestros cantos. ¡Que sea del oscuro templo la luz secreta! ¡Que sea la palabra sagrada que en el fondo del santuario repita siempre la misma voz!

¡Oh, amigos míos! antes de que en palabras de fuego, mi musa, perdiendo su arrebató, ose mezclar á los nombres profanos, proclamados por un vano orgullo, su casto nombre, oculto por el amor en mi alma como un santo tesoro, sería necesario que el canto de mis himnos fieles fuera como uno de aquellos que se escuchan de rodillas y que el aire estuviera lleno de sus voces solemnes, como si sacudiendo sus alas invisibles un ángel pasara cerca de nosotros.

MANUEL CASTILLA PORTUGAL.

Buenos Aires, Junio 1893.

## JUNTO AL MAR



E pie, junto al mar, medito  
cuando descenden las sombras,  
mientras suspiran los vientos  
y en tanto gimen las olas.

¡Medito en tu amor de un día,  
medito en tus trenzas blondas!...  
¡Cómo suspiran los vientos!  
¡Cómo se quejan las olas!...

LEOPOLDO DÍAZ.

1893.



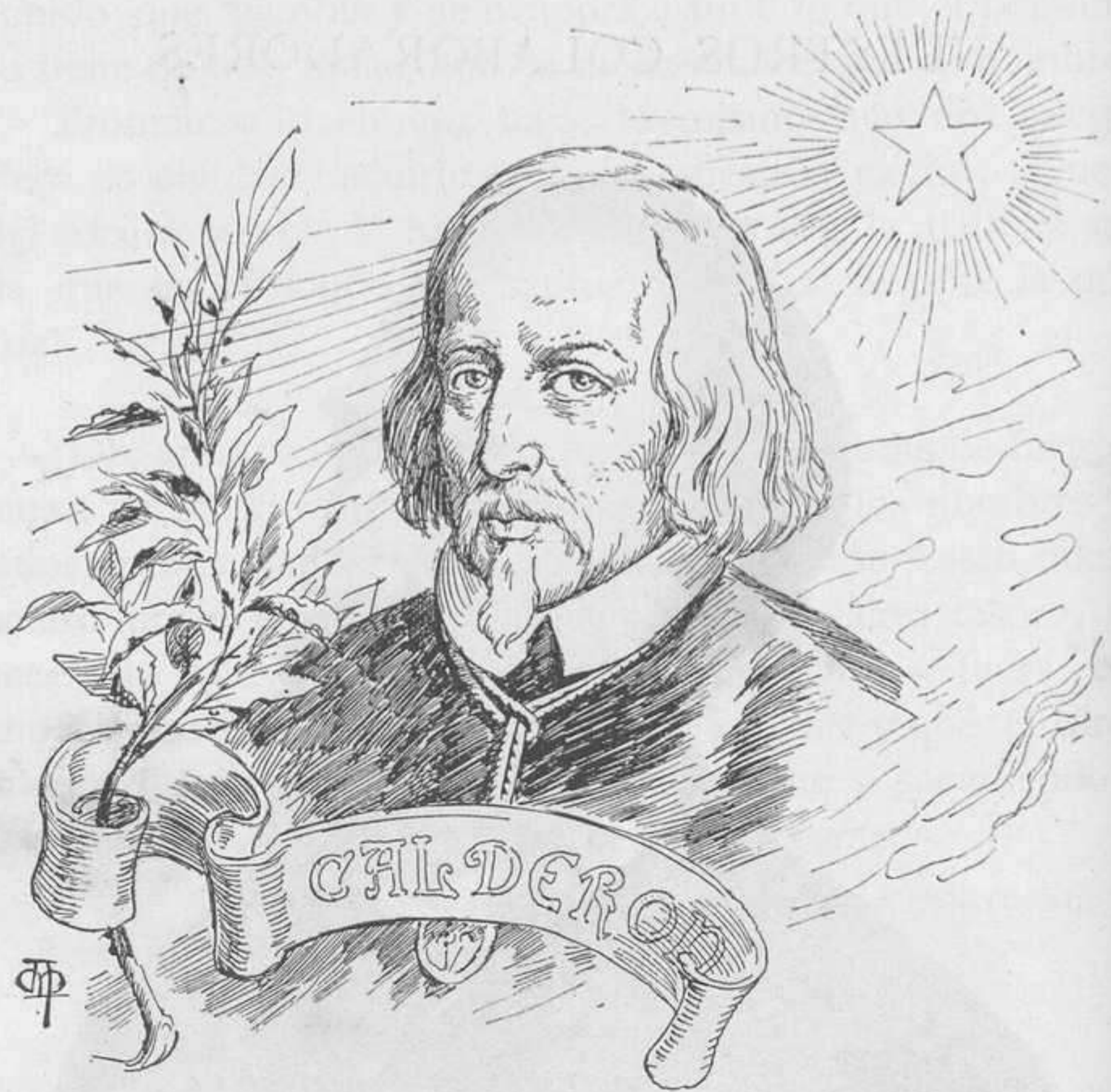
NUESTROS COLABORADORES



**D. Marcos Zapata**

EMINENTE POETA DRAMÁTICO ESPAÑOL





## A CALDERÓN

Un rasgo en cada perfil,  
 un poema en cada plan,  
 el arranque varonil,  
 la pluma como un buril  
 y el alma como un volcán.

Luz, color, canto, armonía,  
 inteligencia, pasión,  
 torrentes de poesía,  
 mundos de filosofía...  
 ¡Ahí tenéis á Calderón!

No hay en la naturaleza  
 ni estética ni sentido



maravilla ni grandeza  
que no haya al cabo tenido  
apósito en tu cabeza.

---

¿Dices con tiernos primores  
melancólicos amores?  
Y son tus endechas suaves  
el arrullo de las aves  
y el perfume de las flores.

---

¿Pintas imágenes bellas  
y cuadros de placidez?  
Te dan fulgor las estrellas,  
la luna su palidez  
y el astro rey sus centellas.

---

¿Qué nervio, qué majestad  
no hay en tí, cuando te inspira  
la trágica humanidad?  
Entonces la tempestad  
zumba y revienta en tu lira.

---

Entonces sobre la escena  
de las musas españolas  
tu acento robusto truena  
como el hervor de las olas  
sobre la frágil arena.

---

Tus dramas son colosales,  
tu pensamiento infinito  
y tus versos inmortales  
retratos esculturales  
y figuras de granito!

---

Tu numen rico y fecundo  
al mundo entero recrea,  
¡qué eternos son en el mundo  
tu Alcalde de Zalamea  
y el Príncipe Segismundo!

---

¡Oh, bendita la nación  
que cuenta como gigantes  
de su fama y galardón,  
en la novela á *Cervantes*  
y en el drama á *Calderón!*

MARCOS ZAPATA.



# LA HONRADEZ DE UNA ÁNIMA BENDITA

(TRADICIÓN)



UNQUE yo sea la segunda persona después de nadie, no por eso autorizo á mis lectores para que duden de la veracidad del relato que voy á hacerles, máxime cuando me apoyo en la autoridad del padre Calancha, que fué un agustino de manga ancha y más bueno que el pan de manteca.

El 6 de Enero de 1628 emprendió viaje para el Purgatorio un limeño llamado Diego Pérez de Araus, muy gran devoto de san Agustín, pero que lo era más de las muelas de santa Apolonia.

Ya en el otro mundo, entróle á su ánima el remordimiento de que, en cierta noche, y empleando no sé si dado carrete ó caracolillo, le había ganado á un su amigo, Antonio Zapata, no diré una suma morrocotuda sino la pigricia de doscientos pesos.

Ánima de poco meollo cerebral y de muchos escrúpulos de monja boba debió ser la del tramposo Pérez de Araus; porque dió en aparecérsese todas las noches á su acreedor Zapata, quien de tanto dar diente con diente, por el terror que le causaba la visita, empezó á perder carnes como aquel á quien encanijan brujas. En vano, á cada aparición, preguntaba Zapata qué cosa se le había perdido al ánima bendita, y por qué la buscaba en casa ajena. El espíritu de Dieguillo no despegaba los labios para dar respuesta.

Y Antonio se echó á gastar en misas de san Gregorio y demás sufragios por el ánima de Pérez de Araus, y la pica-



rona, ¡ni por esas! no dejaba pasar noche en blanco ó sin visita. Tengo para mí, que, en el siglo XVII, debió andar un tanto descuidada la vigilancia de los guardianes en el Purgatorio. Sólo así me explico la frecuencia con que venían á pasearse por acá las ánimas benditas. Eso sí, con el alba todas regresaban á su domicilio del otro mundo, sin que haya tradición de que una sola hubiera cometido la informalidad de faltar á la lista de diana.

Cundió, en Lima, la noticia de que el ánima de Diego



Φ

Pérez de Araus era ánima viajera y con quehaceres por estos andurriales. La viuda de Pérez, que era moza, y de buen ver y mejor palpar, se asustó tanto con la nueva que diz que ya desde esa noche no durmió sola, recelando que al ánima del difunto se le antojara ocupar su legítimo sitio en el lecho matrimonial. Hay ánimas benditas que, por mozonada, han hecho cosas peores. Apruebo la medida precautoria adoptada por la viudita.

Afortunadamente vivía en Lima, y en el monasterio de las Descalzas, una monja más milagrera que la mitad y otro



tanto, á la cual expuso su cuita el desventurado Zapata. Y la sierva de Dios le contestó que fuese sin zozobra, que hembra era ella para meter en vereda al ánima de Diego Pérez.



Y la evocó, y la echó una repasata muy enérgica por la majadería de andar quitando el sueño y asustando al pobrete Antón Zapata.

—De parte de Dios te mando, concluyó la monja, que me digas, francamente, á qué vienes á Lima.

Parece que el ánima de Pérez de Araus se atortoló como una menguada; porque declaró que sus idas y venidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado, *á la mala*, doscientos pesos á su amigo.

—¡Pues buen modo de pagar tienes, hijita! ¿Eso se estila por allá? ¡Ea! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu mujer para que ella pague por tí. Véte tranquila á tu Purgatorio y no te reconcomas por candideces.

Y efectivamente. El alma de Diego Pérez no volvió á rebullirse. Si hubiera perseverado en la manía de las escapa-



torias, el padre Calancha, que debió tener bien organizada su policía, lo habría sabido y nos lo hubiera contado.

La monja llamó á la alegre viudita, y la intimó que pagase á Zapata los doscientos duros de que el difunto se había confesado deudor. Madama quiso protestar el libramiento, alegando razones que, probablemente, serían de pie de banco, porque la sierva de Dios le repuso con toda flema:

—Bueno, hijita, como quieras. Que pagues ó no pagues me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta noche tendrás de visita á tu marido. Él se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.



Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino á pagarle á Zapata los doscientos de la deuda. Prefería largar la mosca á volver á tener dimes y diretes con el difunto.

Y aserrín, aserrán  
 los maderos de San Juan;  
 los del rey asierran bien,  
 los de la reina también;  
 los del duque



truque, truque;  
los del dique  
trique, trique.

Ahora bien, digo yo: ¿no convienen ustedes conmigo en que, en este condenado y descreído siglo XIX, las benditas ánimas del Purgatorio se han vuelto muy pechugonas, tramposas y sin vergüenza? Para delicadeza las ánimas benditas de há tres siglos. Hemos visto á una de estas infelices en trajines del otro mundo á éste, para pagar una miserable deuda de doscientos pesos. ¿Y hoy? Mucha gente se va al otro barrio con trampa por centenares de miles, y en el camino se les borra de la memoria hasta el nombre del acreedor.

RICARDO PALMA.

Lima.



## EPIGRAMA

—Déjate ya de campañas  
de amor, que causan mil daños...  
—¿Y renuncio á mis hazañas?  
—Mejor que *hazañas*, *haz-años*.



## LA SAMARITANA

### I

Quedaron en sosiego las torcaces  
en el verde dosel de las adelfas,  
y duermen, en el tallo de los trigos,  
las mariposas negras.

Llegó del mediodía  
la llamarada intensa;  
el cielo es un cristal enrojecido  
y calla el esquilón de las corderas.

### II

La mujer de Samaria,  
llevando en la cabeza  
el odre rojo de brillante arcilla,  
á la fontana de Jacob se acerca.

Junto al pozo sentado  
un hombre la contempla:  
cubre sus pies el polvo del camino,  
con algo grande sus pupilas sueñan.

Entonan las cigarras  
los cantos de la siesta,  
y un hálito de plácida frescura  
despide la cisterna.

Mirando al extranjero  
la mujer de Siquem su ánfora llena,  
y en el cántaro rojo  
brillan las gotas en que el iris tiembla.

### III

—En el vaso de arcilla de Samaria  
quiere apagar su sed mi boca seca:  
es largo mi viaje; todavía  
me apartan muchas noches de mi tienda.—



Bebe Jesús; redoblan las cigarras  
 los cantos de la siesta,  
 y en el añoso tronco de la encina  
 los viejos verderones cuchichean.

Y dice la mujer, mirando al hombre  
 que así los ritos seculares quiebra:  
 —¿No sabes, extranjero,  
 que el agua de mis odres envenena?

En la cumbre cercana,  
 de hinojos ante Dios, mis padres rezan;  
 los tuyos en el templo le dedican  
 la oración de su fe. ¡Véte y no vuelvas!

## IV

Alza Jesús la frente,  
 y alargando la diestra,  
 bendice las campiñas de Samaria  
 con los ojos radiantes de clemencia.

—Tiene mi padre abiertos los oídos  
 á todos los rumores de la tierra:  
 ¡poco importa el lugar donde se diga,  
 siempre que pura la plegaria sea!—

Calla Jesús; se agitan las torcaces  
 en el verde dosel de las adelfas,  
 y sube, desde el fondo del otero,  
 el rústico balar de las corderas.

Buenos Aires, Mayo de 1893.

CARLOS ROXLO.

## RIMA

Al morir de la tarde misteriosa,  
 el genio de la noche abre sus alas;  
 después, á la tiniebla pavorosa,  
 la mañana sucede con sus galas.

También al día de inefable encanto,  
 sigue la noche de indecible pena...  
 viene el goce otra vez... de nuevo el llanto...  
 ¡Oh, qué larga cadena!...

Lima, 1893.

AMALIA PUGA.



BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA



## JUGANDO Á LOS ENFERMOS

Á MI BUEN AMIGO, EL INGENIOSÍSIMO ESCRITOR D. CASIMIRO PRIETO

### I

En aquella casa residían: la aurora, ó más propiamente, el orto, el mediodía y el ocaso.

Podría llamársela « el país del sol; » como alguien la llamó á Italia, y alguien más á España.

Pero el sol que baña este pequeño mundo de base cuadrangular, ese sol que, á un tiempo, se ve sobre el horizonte en sus puntos opuestos, y en lo alto del cenit, es el sol fisiológico, el misterioso sol de la vida.

Es la vida, arrebolando en una preciosa niña de cinco años; centelleando en los padres, jóvenes esposos de veinticinco y treinta años; declinando en la abuela.

Al través del foco luminoso central, los rayos suaves que parten de los dos puntos opuestos del horizonte, se buscan con atracción recíproca, con porfiado afán, con persistente amor.

Yo no sé cuál es la ley que determina este movimiento del niño hacia el viejo, del nieto hacia el abuelo, hacia la abuela especialmente. Aquel ser á medio formar, falto aún de calor, refugiándose en el seno, ya frío, del anciano, constituye un espectáculo tierno y poético; pero constituye también un fenómeno difícil de explicar.

En cambio, el amor del viejo al niño, del abuelo al nieto, se explica; ó si no se explica bien, se siente con facilidad. Es la vida amándose á sí misma, en su renovación, en su comienzo; es la experiencia amarga, la exacta noción de la engañosa realidad, el dolor, adorando la cándida ignorancia, la inocente fe, la dicha. Es, sobre todo, la *maternidad de la abuela*, ¡la sublime maternidad virginal, moral, quintaesen-



ciada! Allá, en los tiempos bíblicos, hubo una anciana, Sara, que tuvo un hijo engendrado por el amor divino; concepción de su alma, no de sus entrañas.

Luego, en esta dualidad humana, esta dualidad físico-moral, sólo el ser orgánico, llegado á la plenitud, decrece y va, gradualmente, á la muerte. El ser moral crece siempre, acelerando quizá su crecimiento el decrecimiento físico. Cuando los órganos flaquean, y las pasiones se amortiguan, parece que el alma se enseñoreara de todo el ser. Se come poco, se duerme menos, los músculos niéganse á moverse; y en esta larga vigilia, y en esta final reclusión, el alma trabaja sin cesar, y se aferra á los seres hermosos que la rodean de continuo.

## II

Era curiosa la manera cómo aquella abuela expresaba su amor por su nieta. Intervenía en su alimentación, en el arreglo de su vestido, en las medidas precaucionales en pro de su salud; la llevaba á paseo, á la iglesia, á todas partes; le decía cuentos; le inculcaba preceptos morales, le enseñaba oraciones, y, al fin, la hacía dormir sobre su regazo, velando largas horas su sueño tranquilo. En suma: ejercía sobre ella un verdadero monopolio. Y todo esto con seriedad, á veces con severidad, sonriendo algunas veces, jamás riendo; y, si no me engaño, en alguna ocasión ha llegado hasta á reconvenirla.

Sin embargo, se la ha sorprendido con frecuencia arrobada, extática, fija su mirada en la mirada dulce de la niña, como si quisiera absorber la suave luz que irradiaba de sus pupilas azules; cual si pretendiera imbuir, en su exhausto organismo, aquella existencia encantadora que se desplegaba ante sus ojos.

Por lo demás, su vida entera refluía sobre aquella criatura; pero de un modo grave, casi triste.



## III

No exageremos.

No quería la abuela á la nieta con más intensidad, con más vehemencia, con un amor más grande y más santo que los padres á la hija. Había, sí, en el amor de aquélla, más igualdad, más permanencia, lo que podríamos llamar una idea y un sentimiento fijos, casi una obsesión. No la amaba más: tenía más tiempo fijo su pensamiento en ella.

Los padres... La juventud, con sus pasiones, sus sueños, su fuerza insegura y su movimiento difuso; el amor del uno al otro, las atenciones y las preocupaciones de esta compleja vida social; todos esos accidentes velaban, momentáneamente, en su corazón, la adorable imagen de la niña; pero de pronto resurgía poderosa en él, como surge el sol entre la ligera niebla, dominando el espacio.

En presencia de aquella cabecita de querube, de líneas nítidas, de curvas suaves, de facciones puras, blancas, mórvidas, cubierta por abundoso y áureo cabello, semejante á un nimbo de gloria; al recibir su mirada, blanda, dulce, acariciadora, aquélla mirada que conmovía aún las almas indiferentes y despertaba en ellas no sé qué dulces sensaciones y misteriosas ternezas; al oír su incesante charla, de acentos agudos y timbre cristalino, semejante á un gorjeo; al verla correr, saltar, batir las manos, como si batiera alas, en una carrera que más se parecía á un vuelo; pasando, como un rayo de sol, de una á otra habitación, aquellos padres jóvenes, llenos de vida, de porvenir y de ensueños, olvidábanse totalmente del mundo y de sí mismos, para no vivir más que la vida de aquel diminuto y poético ser que llenaba, él solo, aquel otro mundo del hogar, oasis ó mundo de refugio, mundo de verdad y de dicha, reinando en él con absoluto imperio.

Y estos éxtasis hacían crisis, ordinariamente, tomando la niña en brazos, estrechándola en ellos, diciéndola no sé qué cosas incoherentes y tiernas, besándola, besándola mucho, besándola sin piedad, bañándola con sus lágrimas, lágrimas de afecto, de ternura, de temor... ¡Qué sé yo!...



Á veces, en estos desbordamientos de cariño, en estos transportes de felicidad, cruza de improviso el misterioso espacio la leve sombra de una siniestra mano que amaga. ¡Es, tal vez, la voz del destino que advierte confusamente al hombre, en sus momentos de placer, que la felicidad no es sino un accidente en su vida!

## IV

Residía, además, en el seno de aquella familia, y como formando parte de ella, otro ser... ó cosa; en fin, una muñeca, una gran muñeca, que el dueño de la casa había regalado á su hijita precisamente en el quinto aniversario de su nacimiento.

Era una muñeca de dimensiones colosales... relativas. De cabello rubio, como su dueña, y, como ella, tenía blanca y nacarada la tez, grandes, rasgados y azules los ojos, la boca breve, los labios rosados. Pero, al revés de ella, sus ojos carecían de mirada, ó, si la tenían, era una mirada dura y vaga, una mirada que no se fijaba en objeto alguno; y carecían, sobre todo, de aquel fluido, de aquélla tenue atmósfera en que se refractaba el rayo visual, y daba á la mirada de la niña esa dulzura y ese sello de poética melancolía que era uno de sus más salientes rasgos fisionómicos. Al revés de ella, tenía demasiado carnosas las mejillas, cuello macizo, corto, recio, cuello de esfinge; torso hidrópico, manos y pies deformes. Tenía articulaciones en las piernas, en los brazos y en el cuello.

Era, sin embargo, entre sus congéneres, uno de los tipos más perfectos de belleza plástica.

Un rico atavío velaba esos ligeros defectos de modelado.

Tenía su asiento y su servicio propio en la mesa, al lado de la niña; y en el aposento de ésta su cama, un canasto de junco, como el que salvó á Moisés, de artística forma, y cubierto con gasas, recogidas con lazos de seda.

La asociaba á sus juegos, establecía con ella animados *diálogos*, le arreglaba... ó desarreglaba el tocado, poniéndole



dijes y prendidos extraños; la peinaba, surcando con sus dedos rosados el largo cabello suelto y áspero, casi con la misma fruición con que su abuela esparcía el suyo sobre sus espaldas, semejante á un reflejo de sol.

Luego la alzaba en brazos y echaba á correr con ella de una á otra habitación, presentando el fantástico aspecto de un raptó... de una muñeca por otra muñeca.

Algunas veces, al pasar con la gran carga en sus bracitos débiles, jadeante el pecho, encendido el rostro y los ojos dilatados, por delante de la madre, un gemido de dolor y de sorpresa se exhalaba de los labios de ésta.

V

En una de esas carreras la muñeca se deslizó de los brazos de la niña, y cayó con estrépito. Cayó sobre un costado, con la espalda vuelta hacia la niña. Ésta quedó inmóvil, como adherida al suelo, ante aquel cuerpo exánime.

Estaba consternada. Creía haber cometido un crimen; pensó si estaría *herida*, si se habría fracturado algún miembro... No se atrevía á moverse, ni á respirar siquiera... deseaba y temía al mismo tiempo ver si se había hecho mal.

Al fin se rehizo y tomó una resolución. Se inclinó sobre ella, la dió vuelta con cuidado... y se encontró frente á frente con la muñeca, que le sonreía con su habitual aire distraído y le mostraba los colores vivos de sus mejillas carnosas, su boca entreabierta, sus dientes blancos y alineados. Entonces, á la vista de aquella cara plácida, en la cual no se traslucía signo alguno de sufrimiento, se sintió tranquila y se sonrió á su vez.

Se puso, sin embargo, á examinarla cuidadosamente, con los ojos y con las manos. Éstas dieron con un desperfecto: estaba ligeramente herida en la barba, un rasguño, un rozamiento de la piel; había saltado un pequeño y superficial pedazo de la pasta.

Terminado el examen, trajo un pañuelo de seda, ciñó con él el rostro de la muñeca, pasándolo bajo la barba y anudán-



dolo sobre la cabeza, y alzándola luego la condujo á su cama, constituyéndose, desde entonces, en su enfermera, dispensándole una asistencia asidua.

La arropó bien (hacía un frío bastante intenso), mandó que preparasen una *tisana* (infusión de té), y mientras tanto, oficiando de doctor, le tocaba la frente, le tomaba el pulso, y hasta le ponía, bajo el brazo, un tubo de cristal ú otro objeto cilíndrico cualquiera, á guisa de termómetro. Su desesperación fué grande cuando quiso examinar su lengua, y sólo percibió, tras sus dientes blancos, una región oscura... Luego le servía el medicamento en la tacilla de té chinesca.

Pocos momentos se apartaba de aquel *lecho de dolor*; y hasta la abuela se sintió más de una vez molestada por aquella enferma extraña, que vino á robarle muchas horas de atención de su nieta, horas que constituían el más grande consuelo á sus dolores, y una felicidad apenas soñada en los días vecinos á la muerte.

## VI

Tres días después del accidente de la muñeca, y como á media noche, — una noche de Junio, serena, clara, fría, — la abuela creyó oír una tos de niña, pero tos ronca, ahogada, extraña.

Se sintió consternada, toda su sangre afluyó al corazón, se incorporó con un movimiento nervioso, convulso, se sentó en la cama, y escuchó. Su corazón golpeaba como un martillo, bajo su pecho descarnado, cuyos latidos oía ella distintamente, y parecíale que turbaban el silencio profundo de la estancia.

Esta anciana vivía casi á expensas de aquella niñita; y cada signo de quebrantamiento de salud de ésta, la hería de muerte. Toda su vitalidad, toda su actividad, toda su energía, se habían concentrado en una sola función: amarla. Por eso una queja de ella, un acceso de tos, la cara pálida ó encendida la alarmaban como el siniestro augurio de una catástrofe inmensa, de una catástrofe á que no podría, sin duda, resistir.



Siguió escuchando, sentada y semidesnuda, sin apercibirse del frío reinante, sin bastar á advertírselo el estremecimiento de su cuerpo, estremecimiento que bien podría ser de frío, de fiebre ó de temor. Oía el *tic-tac* de un reloj situado en una pieza lejana, destacándose claro, monótono y lúgubre en el silencio de la noche. La claridad de la luna filtraba, difusa y triste, al través de las dobles cortinas que cubrían los vidrios de las ventanas, empañados por un rocío denso, compacto.

Otro acceso de tos ronca y ahogada se dejó oír, seguida de un como gemido doloroso. Aquel eco extraño, triste, sacudió su cuerpo como el contacto de una corriente eléctrica. Entonces, en un movimiento febril, buscó á tientas algo con que cubrirse, se envolvió en ello, saltó de la cama y se dirigió á la habitación de su nieta. Encendió luz, la dirigió sobre el lecho de la niña, que abrió los ojos y volvió á cerrarlos deslumbrada; tornó á abrirlos, los fijó en la abuela y se sonrió. Interrogada por ésta, llevó su manecita nacarada á la garganta, como indicando algún dolor en ella, y su color encendido, y su respiración ansiosa, revelaron pronto, á la abuela aterrada, que su nieta estaba enferma.

Su primer movimiento fué despertar á todos, poner en movimiento á toda aquella casa dormida; luego se detuvo. Pensó en su hija, en su pobre hija, tan joven, tan feliz, que en aquel momento estaba entregada á un sueño tranquilo, el sueño de la juventud sana y virtuosa, y á la cual esperaba muy pronto un despertar horrible. Pensó en su yerno, aquel noble y valeroso corazón que más de una vez había pedido á aquel ser débil, diminuto y angélico, fuerzas para luchar y para vencer en la incesante batalla de la vida. Vió aquella casa, la bien amada de la dicha y de la luz, sumida ahora en una quietud y un silencio fatídicos, la vió ya agitada, llena de movimiento, pero de movimiento febril, angustioso... y la vió, sobrecogida de espanto, en un porvenir próximo quizá, convertida en mansión de muerte, de dolor y de tinieblas.

La respiración dificultosa, anhelante de la niña, la trajo de nuevo á la realidad circunstante. Se irguió con resolución, y llamó á una sirvienta que dormía allí próximo.



El despertar se propagó con rapidez. Pronto no quedó en aquellas camas más que montones de ropa, aún caliente, revuelta en informe confusión. Pronto, en efecto, á la tranquilidad y el reposo del momento antes, sucedió la agitación de una vida extraordinaria, presa del temor, del sobresalto, del presentimiento doloroso.

La madre, con los ojos dilatados, con expresión de espanto, como si llevaran en su retina la reminiscencia de un sueño horrible, se abalanzaba al pequeño y perfumado lecho de su hija, semejante á un nido fabricado en un rosal, abrazaba á la hermosa enfermita, la miraba extraviada, anhelante, la palpaba por todas partes, le decía mil ternezas, la cubría de besos, la estrechaba... como si pretendiera defenderla contra el mal. ¡La obligada, la sublime farmacopea de las madres!

El padre se inclinaba también sobre aquella cabecita rosada, pálido, ansioso, opreso el pecho, y los ojos fijos en los tristes ojos de la niña como interrogándolos.

Sólo un ser permanecía allí tranquilo y risueño: la muñeca, la extraña enferma de cara plácida; sólo su cama se había preservado del desorden.

Se llamó un médico, que llegó presto, bien envuelto, medio tiritando, el rostro descolorido y esforzándose por sonreír. Miró al lecho de la niña, luego al de la muñeca, y exclamó con un acento que quería ser jovial:

— ¡Cómo! ¿Dos enfermas? Parece esto un hospital de niños.

Luego se acercó al de la chiquita. Posó su mano fría en la frente ardorosa de la enferma, examinó su lengua, auscultó su pecho, exploró su garganta... mientras aquellos tres seres ansiosos que lo rodeaban trataban de sorprender sus impresiones en su rostro opaco, de músculos inmóviles.

— No es nada, concluyó por decir; no sé si por convicción ó por bondad. Es la frase socorrida de los médicos discretos ó ineptos.

Recetó algo, algún emético según creo; prescribió el reposo, prohibición de hablar, atmósfera tibia é impregnada de humedad por medio de pulverizadores.



Cuando llegó el día su estado general era casi bueno. Había arrojado, por medio del vomitivo, las secreciones que parecían obstruir su garganta. Respiraba mejor, su voz era menos afónica, la fiebre había declinado.

Se sentó en la cama, y pidió que pusieran la de la muñeca paralela á la suya, con la cara de ésta vuelta hacia ella. Así, las dos enfermitas, parecían contemplarse sonriendo; la muñeca con su peculiar manera de mirar, mirada vaga, fija más bien en el vacío.

La tranquilidad, la alegría, renació en la casa, bien que de un modo cauteloso, receloso, velada por no sé qué presentimiento que oprimía, á su pesar, aquellas amorosas y nobles almas, que se esforzaban en vano por familiarizarse con una felicidad á la que creían tener derecho.

Por la noche recrudeció el mal. Los síntomas de sofocación fueron más intensos, la fiebre volvió á ascender, y la pobre niña, con mano trémula, parecía querer apartar de su garganta algo que la oprimía, impidiéndole respirar.

Hubo junta de médicos. Examinaron la garganta por medio del laringoscopio, y constataron que no existía motivo inquietante alguno. Recetaron nuevos eméticos, inhalaciones calientes, reposo, silencio...

Nuevamente pareció aflojar el siniestro dogal, dando libre entrada al aire en el pecho, que se dilataba á su benéfico influjo, renaciendo en él la vida y la salud.

Transcurrieron algunos días en estas alternativas, en que se sucedieron temores y esperanzas, tristezas y alegrías, dolores intensos y consuelos fugitivos; días largos, sombríos, con breves intermitencias de claridad vaga é indecisa, en que aquellos pobres padres y aquella buena abuela han vivido siglos de incertidumbre, de ansiedad y de horror; días tras los cuales aquellos tres seres parecían haber vivido el mismo tiempo, encontrarse en la misma edad, ante el mismo horizonte, y con igual aniquilamiento de fuerzas. ¡La madre había llorado tanto, que hubiérase dicho que el manantial de sus lágrimas se había agotado!

Tras esos días llegó una noche horrenda. La enfermita



sufrió un acceso terrible. Se ahogaba. Agitábase desesperada, convulsa, bajo la ropa descompuesta. Llevaba sus manecitas crispadas á la garganta tumefacta, como si quisiera horadarla. Hacía esfuerzos sobrehumanos por respirar, produciendo su escasa inspiración un ruido sibilante, un chirrido siniestro y angustioso.

La lucha de un querube, de un hermoso, débil y diminuto ser, con la mano invisible y hercúlea que le estrecha despiadada la garganta, forcejeando, aterrado, por desasirse de ella; la lucha de ese débil é inocente ser, aislado, abandonado á sí mismo, en presencia del amor y de la ciencia impotentes, debatiéndose contra esa fuerza fatal é incontrastable que lo arrastra... la presencia de esa lucha debe quebrantar los corazones más valerosos y los más fuertes caracteres.

Aquello no debía prolongarse. Cerca del amanecer sobrevino un paroxismo de disnea... y el fatídico y angustioso silbido cesó.

La primera luz del nuevo día pudo mostrar: Al fondo de la estancia silenciosa y lúgubre, la rubia cabecita de la niña, inmóvil sobre la blanca almohada, en el reposo profundo tras la larga lucha, la faz cianótica, los grandes ojos abiertos, tristes y sin luz, y cierto ligero fruncimiento de cejas que parecía estereotipar, más que una sensación dolorosa, un leve sentimiento de impaciencia ó desagrado.

A su lado la madre, joven, hermosa, pero con una hermosura prematuramente marchita, agostada por todos los dolores de una larga vida trágica condensada en unas pocas noches; los ojos secos y vidriosos, dentro del marco rojo de los párpados encendidos, fijos en los ojos de la muerta, mientras sus manos acomodaban su cabecita, aún caliente, sobre la almohada, como pretendiendo proporcionarle un mayor reposo; recogía su cabello disperso, semejante á un haz de rayos luminosos; arreglaba sus ropas... con un movimiento igual, uniforme, movimiento de autómata, cual si fuera ejecutado en un período de sonambulismo.—Tras ella su esposo, con el rostro pálido inundado de lágrimas, las primeras bienhechoras



lágrimas que vertía en aquella larga jornada de dolor.—Al otro lado la abuela, de pie, inmóvil, rígida, con una rigidez de estatua, erguida su altiva y venerable cabeza de correctas líneas, que un tiempo debió ser hermosa, la faz macilenta y tranquila, y fija la mirada con expresión de tristeza, de amor, de lástima, no ya en la cabecita inanimada que se destacaba en el fondo blanco del pequeño fúnebre lecho, sino en aquellas dos jóvenes cabezas que se inclinaban sobre él. Quizá no pensaba en su nieta, que ya estaba muerta; ni en sí propia, que moriría pronto; sino en aquellos otros dos seres jóvenes, buenos, amorosos, felices otrora, invadidos de pronto, en mitad de la vida, por la sombra salida de aquel sepulcro, sombra perdurable.

Y algo más lejos, yacente, sobre un costado, en el artístico lecho de juncos, vuelta la cabeza hacia el patético grupo, la gran muñeca, con sus ojos muy abiertos, sus carnosas mejillas sonrosadas, sus rojos encarnados labios y sus dientes blancos y uniformes, ceñida la barba por un pañuelo, risueña, tranquila, impávida...

Miguel Angel, el gran artista trágico, el gran modelador de las actitudes dolorosas y airadas, la gran alma solitaria que cruzó, altiva y doliente, uno de los períodos más sombríos de la Historia, grabó esta leyenda en el pedestal de una de sus famosas estatuas colocadas sobre la tumba de los Médicis, la estatua de una mujer dormida: «Dormir es dulce, y todavía es más dulce ser de piedra, en tanto que duren la miseria y la vergüenza. No ver nada, no sentir nada, es mi felicidad. ¡Ah! no me despiertes.»

MANUEL A. BARES.

Junio de 1893

---

### EPIGRAMA

---

Es Inés tan erudita,  
que, con afán importuno,  
no bien habla con alguno  
le sale con una cita.



## LA VIEJA VERDE



- ¡Oh, mi amada *juventud!*  
 — No se acuerde usted más de ella,  
 doña Flavia.  
 — ¿Por qué, Estrella?  
 — Porque altera... su salud.  
 — Me enfadas con tu ironía,  
 ¿no es mi rostro aún hechicero?  
 y, además... yo me refiero  
 á los *jóvenes* del día.





## CON EL DIABLO Á BOFETADAS

A cinco preciosas amiguitas, en una tertulia

No con místico pavor  
os aterre el mal vocablo;  
pues el diablo de que os hablo,  
es un buen diablo: el amor.

Y tales barrabasadas  
suele jugar el muy chulo,

que por eso las titulo  
*con el diablo á bofetadas.*

Porque se las voy á dar...  
¡vaya si se las daré!  
—¿Que es un niño?—Ya lo sé;  
no tenéis que replicar.

También sé lo que me cuesta  
siempre que se me propasa,  
como sé lo que le pasa  
al que con niños se acuesta...

—Mas como nació sin vista,  
me diréis, hay que dejarle.  
—Bueno; yo no he de curarle:  
que se vaya á un oculista.

Y si no tiene el tunante  
para curarse, dinero,  
robe; y será caballero...  
no viva como *atorrante.*

¿No es primo de la Fortuna,  
y no andan juntos los dos



por esos trigos de Dios  
haciendo estragos? ¡Ahijuna!

¡La Fortuna! ¡Buena hembraza!  
digna parienta del nene,  
ciega también se nos viene;  
ciega también, la rapaza.

De la ceguera reniego:  
que como uno al otro guía,  
así nos dan, á porfía,  
los rebencazos de ciego.

¿No os traen á mal traer?  
A mí me tienen ya frito:  
por eso exclamo y repito:  
¡bofetadas ha de haber!

Me ha jugado el trapalón  
travesuras como templos;  
vayan algunos ejemplos,  
porque me deis la razón.

Cuando yo era rozagante,  
*amé á una niña hechicera...*  
(esto parece habanera;  
valga el plagio, y adelante).

¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué seno!  
¡qué voluptuosa mujer!  
¡qué gracia en todo su ser,  
y qué andares... y qué... bueno!

Mas cuando ya el corazón  
teníamos como brasa,  
salta la madre y la casa  
con un viejo sesentón.

Pasamos la pena negra...  
¡válgame el amor, compadrel  
que antes de ensuegrar, la madre  
ya se portó como suegra.

Mi contraste lamentando,  
cierta dulce amiga mía,  
presa de igual agonía  
me contestaba llorando:

—Comprendo su sinsabor;  
como el mío es sin consuelo;  
que yo también me desvelo  
por un imposible amor.

Por Diego el dolor me lanza  
á la desdicha más cierta;  
que le han cerrado la puerta  
tras cinco años de esperanza.

Pero no han de conseguir



mi constancia así burlar;  
¡ó con Diego he de casar,  
ó en un convento morir!—

Brotaban llanto de fuego  
nuestros ojos á raudales,  
¡y á los seis días cabales  
yo era su lindo don Diego!

¡Qué amor trabamos! Supremo  
sus dulzuras y entremeses...  
porque á los cinco ó seis meses  
se casaba con un primo.

Mientras tanto, una chiquilla  
de ojos y tez de gitana,  
fuerte como una espartana,  
dulce como una pastilla,  
supo excitarme el deseo  
más tenaz, más alarmante,  
y entre el *sí* y el *no*, inconstante,  
¡qué cinco años de toreo!

Al cabo me dió á entender  
que ella quería casar  
con un hombre así... vulgar,  
más fácil de someter.

Que los poetas de historia,  
á las mujeres sensibles  
dan rivales imposibles...  
la inspiración y la gloria.

Que en sus visiones perdidos,  
son para el amor... enjutos;  
y que los hombres muy brutos  
son los mejores maridos.

¿De dónde diablos, me digo,  
sacará esta teología?

¡De un pariente que tenía,  
y era *mi mejor amigo!*

A otra que fingió también  
amarme con tal furor  
que aquello ya no era amor,  
sino un infierno, un belén;  
de osadías tan osadas,  
de tan furiosos desvelos,  
tan celosa, que por celos  
me pegó dos bofetadas;  
que á toda costa quería  
ser mía de cualquier modo,  
y que se arrojaba á todo  
con tal de llamarse mía.



Esa mujer, ó volcán,  
que me estaba achicharrando,  
me dijo un día, llorando:  
*¡Hasta aquí llegó el afán!*

Y hasta allí no más llegó...  
y aún no sé cómo ha pasado,  
que ella se fué por un lado  
y por otro lado yo.

Otra, de porte severo  
como una estatua de nieve,  
de esas á que no se atreve  
el más audaz trapacero,  
que el combate resistía  
cautelosa y reservada  
como fuerza atrincherada  
tras oculta batería;  
ni una frase de ternura,  
ni una mirada insidiosa,  
resultó, en fin, una cosa  
imposible: peña dura.

Me retiré, por lo tanto,  
y quedó del campo dueña...  
¡luego supe que la peña  
casi se deshace en llanto!

¡Válgate Dios por mujer,  
y por la desgracia mía!  
Una mujer que quería,  
y no lo daba á entender.

¿Cómo diablos acertar  
si es el amor caprichoso?  
Quien fía en él hace el oso...  
quien desconfía, ha de errar.

Otras dos, rubias las dos,  
(que yo en materia de amores  
no distingo de colores  
como no distingue Dios),  
apenas me permití  
mostrar que me entusiasmaron,  
con tal odio me pagaron  
que ¡mal año para mí!

Cuanto más ardiente el fuego,  
más nieve eran las tiranas...  
una de las dos barbianas  
hasta me llamó... *¡gallego!*

Y en mi duelo inconsolable,  
como pájaro de cuenta,  
me dediqué á la sirvienta



que era también muy pasable.

Entonces, aquel tesoro de desdenes se ablandó... y entonces... entonces yo hice *mutis* por el foro.

Que tal es mi verdadero *vía crucis*, siempre triste; cuando quise, no quisiste; y ahora que quieres, no quiero.

Por estas barrabasadas, que amor es diablo diré, y ando siempre, y andaré con el diablo á bofetadas.

Siempre astuto y marrullero, las malas artes prefiere; cuando yo quiero, él no quiere... y quiere, cuando no quiero!

Y pues mis años no admiten ya juegos de este tenor, ¡váyase al diablo el amor!... si es que ustedes lo permiten.

Que sí lo permitirán, ¿verdad, niñas? Ya lo creo.— No le dé jamás empleo vuestro pecho á ese truhán.

No creáis á ese avechucho, y atended un buen consejo de quien ya va para viejo, y le conoce muy mucho.

Cuando un cara relamida os diga tierno: «*te amo,*» decid primero: «*¡me escamo!*» y escamaos en seguida.

Si más rendido y pringoso él repite la faena, ponedle una cuarentena como á buque sospechoso.

Si es humilde, mala tos á vuestro galán perdido; que de agua que no hace ruido se ha dicho: *¡librenos Dios!*

Si es ruidoso y bullanguero, desconfiad luego todas: que es perro de muchas bodas, ó á lo más, perro faldero.

Si es serio el galán, ¡mucho ojo! ése las mata callando;



si alegre, ruidoso y blando,  
¡poco diente y mucho antojo!

Si alguno, como alma en pena,  
os acosa el muy verdugo,  
mucha labia y poco jugo,  
¡cuarentena! ¡cuarentena!

Pero si habla de *casaca*,  
lindo, feo, pobre ó rico,  
agarradle bien del pico,  
¡y dad al amor matraca!

Porque este infame traidor,  
para mejor seducir,  
siempre os excita á elegir...  
¡y caer en lo peor!

No elijáis, niñas, si veis  
que alguien de veras os ama:  
amor es traidora llama...  
¡sobre todo, no soñéis!

Fuego fatuo, luz mentida,  
nunca son las ilusiones  
de los tiernos corazones  
la realidad de la vida.

Tened en cuenta, si asoma  
amor por vuestros balcones,  
que él maneja corazones  
como pelotas de goma.

Sed con él desconfiadas,  
hasta cierto punto... ¿no?  
y no andaréis, como yo,  
¡con el diablo á bofetadas!

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

Buenos Aires, Abril de 1893.





## SUPERSTICIÓN



—¿Te has casado con Ignacia?  
¡ya, al verla en hora fatal,  
derramando tanta *sal*  
me temía esta *desgracia!*

—✕—

## POR SI ACASO

DOLORA

—El día de la Justicia  
hasta los mismos objetos  
revelarán los secretos  
que hoy esconde la malicia.—  
Al oír esta noticia  
del párroco de un lugar,  
por si podrían contar  
los secretos que alumbraron,  
todas las niñas echaron  
sus lamparillas al mar.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

1893.

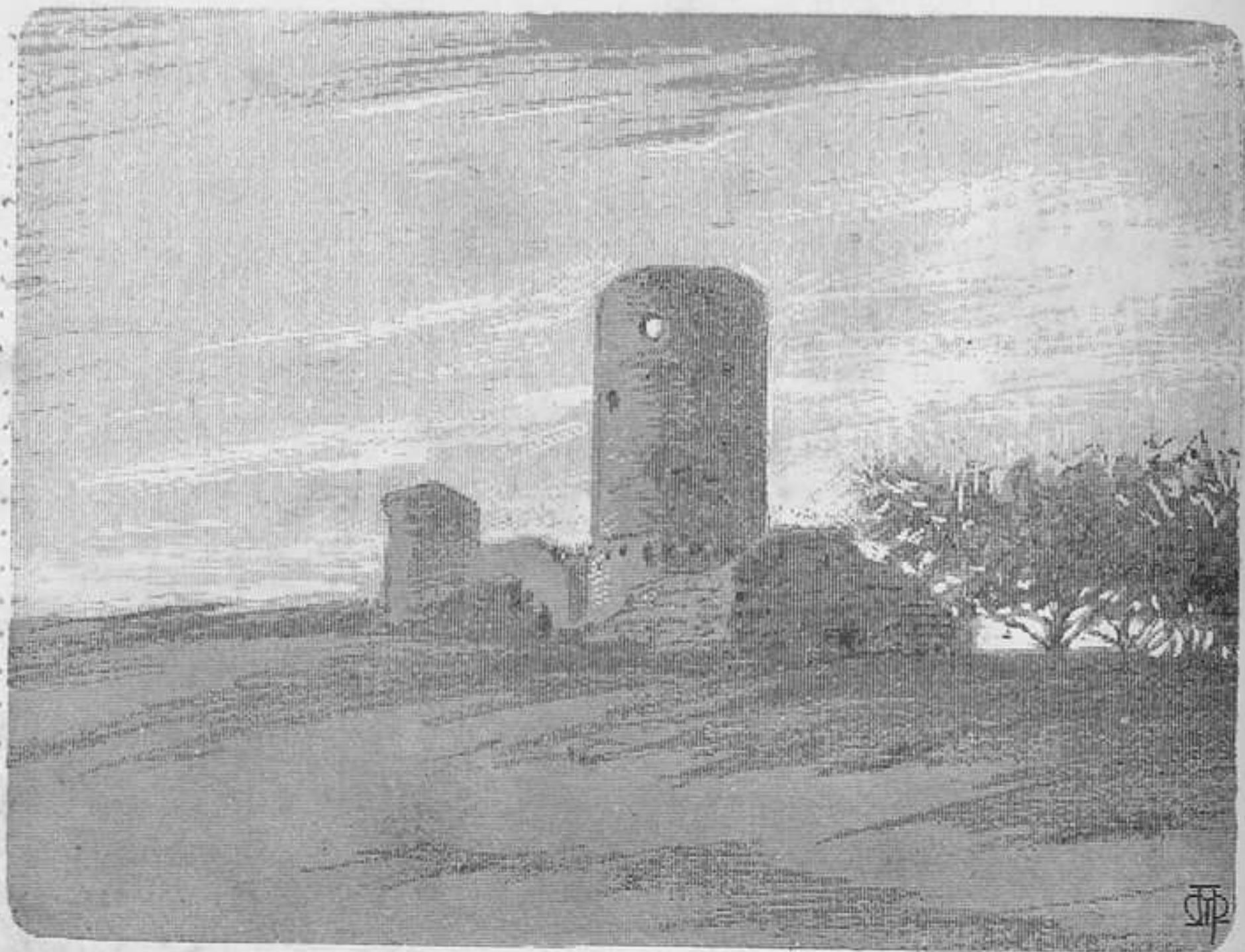




## Dr. D. Pablo De María

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y ESCRITOR URUGUAYO





## CÁLOC

Á MI TÍA MARGARITA PUGA DE AMPUERO

En mi deseo de cumplir el ofrecimiento que tiempo há te tengo hecho, buscaba anoche, pluma en mano y sentada delante del pupitre, un tema que, siendo capaz de agradarte, me dejase satisfecha. Volaba mi imaginación cual traviesa mariposa, sin hallar una flor donde posarse, cuando de repente, y después de atravesar con rapidez un inmenso espacio sereno, azul, purísimo, fué á reclinarsse, fatigada pero contenta, en un pintoresco rinconcito de nuestra querida « Pauca, » de ese pedazo de tierra cuyo solo nombre tantas y tan dulces emociones sabe despertar en el fondo de nuestro corazón; de ese pedazo de tierra que guarda los huesos de nuestros mayores y los más tiernos recuerdos de nuestra amada familia.

He escogido, pues, para tí un asunto íntimo, un asunto



que nos pertenece enteramente y que con sublime egoísmo podemos saborear. Estoy segura, no sólo de que tiene que gustarte, sino de que también ha de arrancar á tu pecho un suspiro triste como la ausencia, el cual, siguiendo la misma ruta que mi pensamiento anoche, irá á desvanecerse entre el carrizal que se balancea á orillas de ese inolvidable río en cuyas atropelladas ondas nos hemos sumergido muchas veces!... Pero basta; lee este modesto trabajo que mi alma te dedica, y supla tu privilegiada memoria lo que mi pluma no haya alcanzado á describir.

Saliendo de « Pauca » <sup>1</sup> por el camino de la « Centella, » después de recorrer ligera travesía desde la cual se ve blanquear el humilde campanario del vecino pueblo de Ucuncha y reverberar los rayos del sol en los nevados picos de los Andes, cual si hirieran los cascos de bruñida plata de formidables gigantes, entramos en un declive que al cabo de treinta minutos de marcha nos conduce al « Batán, » precioso vallecito surcado por un cristalino río que, con el poder de sus aguas, sustenta el molino que, reducido ayer á cenizas por vil mano, ha sido ya nuevamente edificado.

No se puede pasar por el « Batán » sin detenerse un rato; es imposible seguir la marcha sin interrupción. Salen á nuestro encuentro el molinero y su familia con sus acostumbrados agasajos; atraen nuestra atención los vastos alfalfares, despensa bien provista de numerosos caballos de raza allí estacionados; por fuerza hemos de fijarnos despacio en los grandes tunales de anchas paletas que brillan como otros tantos espejos de marcos dorados ó de rubíes.

El calor progresivo que se experimenta durante el camino, es ya considerable al llegar al « Batán; » pero el aire puro de los campos orea dulcemente la frente sudorosa del viajero.

Siguiendo por entre extensos maizales, que cuando están en flor semejan plumajes de guerreros formados en batalla, llegamos á « Tunas-pata, » <sup>2</sup> linda meseta donde aún se ven

<sup>1</sup> Hacienda de la familia de la autora.

<sup>2</sup> Altura de las tunas.



los escombros de dos chozas abandonadas, habitación en otro tiempo de una recordada familia indígena, colona de la hacienda, que no existe ya. Estas ruinas, por humildes que ellas sean, no dejan de sugerirnos tristes reflexiones, y pensamos, al verlas, como pensaríamos al tropezar en las encrucijadas de Alemania con los soberbios vestigios de poderosos castillos señoriales: con diferencias más ó menos apreciables en la forma, el fondo es el mismo en los universales trastornos.

Supuesto que, como dice Pérez Galdós, «no hay torreón sin duende,» tampoco de consejas han de carecer. No se percibirán, á favor del solemne silencio de la noche, ni el crujir del puente levadizo, ni el chocar de las armas del cruel barón, ni el ¡ay! del castigado siervo, ni el ruido de las espuelas del noble; mas no ha de faltar quién, al pasar por «Tunas-pata,» haya escuchado un leve quejido ó haya visto brillar en el suelo la llama azulada de alguna misteriosa lucecita. Estos relatos se han de conocer en toda la comarca; porque los viejos sazónarán con ellos la pobre cena en las noches heladas del invierno, mientras la lluvia tala los campos, balan en el establo los ganados, las aves ateridas se refugian entre la paja del rústico techo, y el can medroso, atado al tronco vecino, lanza aullando su peculiar «¡alerta!» en vigilancia de la hacienda de sus amos.

El contento que nos acompaña hasta «Tunas-pata» parece encadenarse allí; enmudecemos, como si las francas expansiones de la alegría fueran una profanación á ese sitio antes poblado y ahora solitario. Los carcomidos cimientos de piedra y lodo, por entre cuyas hondas grietas asoma mustia, amarillenta, la hierba del olvido, quizás extrañan á sus antiguos moradores; tal vez se sienten conmovidos al roce de la rastrea alimaña; del añoso árbol, desnudo desde que no oye la bulla de alborotados muchachos que le demanden fresca sombra, sólo resta el tronco seco y una que otra casi desgajada rama, donde chirría siniestro el *guarapacpac*, y junto á la que fué cocina, todavía se ven las ennegrecidas *tullpas*<sup>1</sup> y el mortero abandonado, que parece echar de menos, con su

<sup>1</sup> Piedras del fogón.



corazón de roca, los ágiles brazos de la hacendosa campesina.

—

Pero luego que se ha traspuesto una colina y ha comenzado otra vez el descenso, se borra la melancólica impresión sufrida y cambian por completo las sensaciones: se ofrece á la vista «Cáloc» semiescondido en el hueco de una quebrada cercana, rodeado de altísimos y abruptos peñascales, como esmeralda medio oculta entre las hojas de acero de una corona feudal. Su belleza panorámica no es grande, como que es estrecho su horizonte. No brinda á lo lejos otro encanto que el del fuerte contraste: su imponderable verdura protesta enérgica y constantemente contra los agrios montes que la oprimen.

Por lo demás, á «Cáloc» hay que verlo de cerca para poder apreciar lo que vale; para comprender hasta dónde es hermosa la tupida arboleda que en conjunto desde lo alto se divisa, hay que pasear bajo su fronda benéfica y probar de sus delicados frutos; para sentir su gratísima influencia, hay que respirar su tibio ambiente de perfumes, hundir la cabeza en su pradera florida y soñar al arrullo de sus vagos y mitológicos rumores.

Conforme se avanza por el lento declive, viene á acariciar nuestro oído algo como el sonido lejano de célicos instrumentos, y aromas balsámicas cargan poco á poco el aire que nos envuelve. Parece que el ámbar, la mirra, el incienso, el estoraque, todos los betunes y resinas fragantes de la Arabia, mezclados, confundidos, amalgamados, por decirlo así, despidieran á nuestro rededor embriagadores vahos; sentimos la emanación suavísima del búcaro escondido; y hasta llegamos á creer que la odalisca, ungidos los cabellos, pulsa el arpa y entona sus canciones en el fondo del harem.

Involuntariamente buscan nuestros ojos bosques de sándalo y jardines orientales á los lados del camino; pero la vista choca con los abruptos cerros, de florecillas silvestres salpicados, y volvemos de la ilusión á la realidad. No son el Líbano ni el Carmelo los montes que atravesamos; esos indefinibles



olores, esas nunca oídas armonías, ese concierto misterioso de músicas y aromas, es el efluvio de «Cáloc» que sale á nuestro encuentro, que nos abre los brazos y nos convida á disfrutar los encantos de su paradisíaco suelo.

A poco, entramos en un llano donde el impetuoso grito del río apaga del campo los mil ruidos vagarosos. Cruzando el viejo puente, que lo domina, nos hallamos al comienzo de una larguísima calle de árboles en cuyo término blanquea la reducida y hoy deteriorada casita. Allí, al principio de la alameda, sin quererlo, acaso sin pensarlo, nos detenemos, por extraño sentimiento de contemplación dominados.

Las copas de los árboles, suavemente agitadas por el viento, hacen aire como inmensos abanicos, y sus ramas entrelazadas forman bóveda movable. Nada le falta para compararse á la imponente nave de un templo, y hasta la luz interceptada á trechos por el espeso follaje, pasa á iluminarla como al través de artísticas claraboyas.

Por bulliciosa que haya sido la marcha, al llegar á la alameda nos sentimos impresionados por su poderosa influencia; y de manera tan dulce nos subyuga, que nadie osaría sustraerse á ella; de modo que entramos en poético recogimiento, como se arroba el espíritu en sí mismo al penetrar en nuestros católicos santuarios, cuando densos penachos de oliente humo flotan ante el ara, y oleadas de mística armonía, partiendo del órgano, invaden el recinto y se mezclan al eco de las salmodias y al murmurar confuso de las oraciones.

En estrecha y fraternal unión viven allí abrazados, formando la vereda amena, el álamo gigante de escasa sombra; el sauce añoso de robusto tronco; el chirimoyo con sus flores de aroma delicioso y sus frutos de sabor riquísimo; ostentando negros y provocativos racimos, el frondoso capulí, al que se enlaza como buscando apoyo la trepadora granadilla, cuyos débiles sarmientos se doblegan al peso de multitud de globos de oro, y, en cambio de aquel favor, lo engalana vistiéndolo de frescas y rozagantes pasionarias; el plátano con su elegante figura de plumero, con sus hojas anchas, lustrosas, que se desenvuelven como jirones de flamante raso, entre las



cuales asoma apetitosa la panoja enorme; como gruesas gotas de granate, las maduras berengenas pendientes de sus apretadas ramas; y cien árboles más, ostentando todos realzada su majestad por los rosales y los jazmines, las enredaderas y los laureles intercalados con arte y simétrica disposición.

A ambos lados de la alameda está el terreno dividido en pequeñas secciones cercadas, ya por setos cubiertos de zarzas esmaltadas de jugosas moras, ya por bajas tapias coronadas de tunales: éste sembrado de varias raíces alimenticias con sus tallos florecidos, aquél de abigarrados pimientos; acá se levanta erguida la rica caña de azúcar; allá se eleva el cafetal en miniatura con sus arbustos, blancos unos como el del jazmín, otros, como el de la laca, cuajados de infinitas cuentas rojas. Junto á la casita está el huerto poblado de manzanos, perales, higueras, granados, naranjos, limoneros y tantos otros árboles frutales de exuberante lozanía, escalados por vides que en pingües gajos ostentan las suculentas uvas, habiéndose empleado no menos esmero en cultivar el ángulo destinado á la hortaliza.

Vistas de una vez, estas preciosas secciones presentan el más risueño espectáculo. Parecen verjeles deliciosos; y se diría que las ninfas Meliseas, al pasar sobre ellos en rápido vuelo, asidas de las manos, vaciaron su rebosante cornucopia.

Nuestro paseo favorito, durante las serenas tardes de primavera, era el cerrito vecino, donde pastan escuadrones inmensos de babosos caracoles y desde cuya cima se domina todo el campo como un hermosísimo lago de aguas quietas y dormidas. ¡Qué bello es este alcor cubierto de enanas *pencas*, arrayanes y retamas! No parece sino una lomita artificial, de esas formadas por la sencilla piedad cristiana para conmemorar la venida del Mesías, y que llamamos *Nacimientos*.

En los ardientes días del verano, encaminábamos nuestros pasos hacia el «Salón,» corpulento y ramoso chirimoyo capaz de albergar á toda una tribu, semejante á glorieta ó pabellón hospitalario, besando cuyo tronco serpentea un mansísimo y cadencioso arroyuelo. ¡Cuántas veces nos sirvió de tocador; y allí, colgado el espejo, cual de bronceada escarpia, de al-



guna rota y seca rama, y convertido en grande aljofaina el lecho de sus claras linfas, al través de las cuales lucen los guijarros como piedras preciosas tras los vidrios de un escaparate, arreglamos nuestros cabellos y refrescamos nuestra frente calurosa! ¡Cuántas otras, recostadas sobre ese suelo alfombrado de hojas amarillentas, lo transformamos en gabinete de lectura, y respirando un ambiente delicioso, empapamos nuestro espíritu en las exhalaciones de la filosofía y la literatura! Allí abrimos por primera vez, á favor de la tranquilidad que tan encantados sitios nos ofrecían, la monumental obra de Balmes, con que un tierno amigo, ya difunto, nos obsequiara; allí también leímos el *Ivanhoe* de Walter Scott, ese libro maestro del gran novelista inglés, y, lo recordamos conmovidas, ora repetíamos con la hermosa é infeliz Rebeca aquel himno de su errante pueblo que principia:— « Cuando Israel salía del cautiverio que sufrió humillado, » etc.,—ora entonábamos con Ricardo Corazón de León estos versos cantados por él en el camino del bosque:

« Despierta, Juana,  
no más dormir;  
que el alba sale  
con su carmín.

» Deja ya el lecho:  
sal á lucir  
la faz de rosas  
y de marfil.

» Con tus miradas,  
haz revivir  
al que se muere  
de amor por tí. »

En ocasiones, merecían nuestra predilección las riberas del río, tapizadas de césped blando y corto, tachonado de fresas silvestres esparcidas con profusión como innúmeras cuentas de coral. Vagábamos allí solitarias, cogiendo flores, casi siempre en matinal excursión, ó, sin apartarnos de la playa, íbamos á descansar en el cafetalito « Carolino, » tan simpático, por su nombre, á nuestro corazón, y uno de los más recreativos sitios de aquel edénico lugar.

El « Pozo » es asimismo encantador y parece construído por la hábil mano del hombre, siendo como es hechura de



ese arquitecto inimitable que se denomina la naturaleza. Lo amurallaban árboles espesos que, extendiendo sus ramas en amistoso ademán, se abrazan y forman toldo, del cual se desprenden largas colgaduras que se mueven á impulsos de la brisa, como si fueran cortinas de brocato.

Al dejar el baño, que es tan grato en los países cálidos, se hace indispensable un rato de reposo; y sentimos á Morfeo muy cerca, y el batir de sus alas nos adormece. Además, la fresca grama que guarnece las orillas, parece convidarnos á que la hundamos bajo el peso de nuestro cuerpo; creemos oír su voz delicada que nos dice: — «Echaos y descansad: no hay mullido lecho que compararse pueda con mi aterciopelada felpa.» — Y dando gusto á Morfeo, obedeciendo á la grama y complaciéndose á sí misma, hay que tumbarse en el tapizado suelo y reclinar la cabeza, como en blando almohadón, en el tronco de un árbol cuya copa piramidal cumplirá el oficio de palio bienhechor.

Entonces dirigimos la incierta mirada de nuestros ojos entreabiertos, ya á los festones y guirnaldas naturales que se entretejen sobre nuestra frente, ya al cielo puro y límpido que asoma como por las ventanillas y rosetas de un dombo inmenso, ya á las aguas que, ó resbalan perezosas como intentando congelarse, ó se arremolinan en pequeñas cascadas bordadas de bullente espuma, blanquísima y traviesa, la cual les comunica el aspecto que tendrían si una familia de cisnes nadase sobre sus ondas, ó si una parva de tímidas palomas, al bañarse en ellas, les dejara crespas y sedosas plumas de su pecho. Poco á poco el poder creador de la imaginación exaltada va imponiéndose con prestigio inusitado y presentándonos un país liliputiense. Ayudados del poderoso lente de la fantasía, vemos en cada grupo de diligentes hormigas que merodean en los cortos parajes donde los vapores del río pugnan por impedir el espontáneo brote de la vegetación, una caravana sedienta que conduce sus mercancías á través de los latos y temerosos desiertos; en cada muchedumbre de microscópicos animalillos, un aduar beduino ó una tribu emigradora; y para que la ilusión sea completa, cada hongo apa-



rasolado se nos antoja una blanca tienda desplegada en medio de los retostados arenales. Todo empieza á crecer como por milagro y los objetos llegan á tomar colosales proporciones, á alcanzar una magnitud asombrosa: miramos cual si fueran enormes rocas á las menudas piedrecillas; nos parecen enmarañadas selvas primitivas los humildes musgos; y las hojas secas y medio encarrujadas que flotan en la superficie del agua, creemos que son ligeras embarcaciones que atraviesan á nuestro lado, y hasta resuena en nuestro oído la sentida barcarola del gondolero; y concluyendo por dormirnos enteramente, disfrutamos de los más agradables sueños.

Si es grato ver á «Cáloc» en una alegre mañana de primavera, cuando nubes de color, como grandes madejas de seda, lamen la alta techumbre de los cielos y el rosicler de la aurora ilumina con sus inimitables tintas el paisaje; cuando enjambres de pintadas mariposas revolotean en torno de las flores y, asentadas en los delicados pétalos, liban la miel de sus cálices; cuando los tordos trinadores y mil otras parleras avecillas sacuden las alas cubiertas de rocío, agregando los acentos de sus gargantas al himno sonoro que entona la creación, y muchedumbre de madrugadoras torcaces se alejan por los aires; si es grato, decimos, verlo así, al despertar; si son hermosos sus días abrasados por el sol; si son bellas sus tardes apacibles; nada hay que parangonarse pueda con el encanto de sus noches, cuando la luna llena lo envuelve en redes de cristal. Muchas veces, sentadas sobre un rústico banco en el patio de la casita, rodeadas de árboles y flores, hemos sumergido nuestros sentidos en esa mágica somnolencia que es el velar sublime del espíritu, nos hemos reconcentrado; porque ¡qué orquesta más sentimental pudo escucharse nunca!... La queja eterna del río, como los ayes unísonos y prolongados de cien cautivos que arrastrasen lentamente gruesa cadena de plata, parece hacerse más clara y perceptible en medio del solemne sosiego que impera sobre el mundo; el murmurio del arroyo que va á morir, humilde tributario en el seno de su opulento señor; los débiles pitidos de aves ocultas en la enramada; el desapacible chillido de los



insectos que corren bajo la hierba, y de cuando en cuando el chirriar de la agorera lechuza en el hueco de una peña, ó el graznido del buho allá en el *tocac* distante, centinela de la loma, ó el silbido de la culebra que se arrastra entre el cañaveral; todo esto reunido en una sola estrofa, en un único canto, por decirlo así, embelesa con seducción irresistible, levanta y subyuga al mismo tiempo.

Como chispas arrebatadas por el viento al inflamado fondo de una hoguera, las luciérnagas brilladoras vuelan entre las espesas copas de los árboles, hasta donde no penetran los pálidos rayos de la reina modesta de la noche. A favor de esa extraña luz pueden verse los palacios destinados por la filomela y el gorrión á abrigar sus hijuelos y que se llaman nidos.

Y en todas partes se nota un no sé qué poético, tierno, melancólico, propio de «Cáloc,» que le es peculiar, que es sólo suyo, que le pertenece por modo exclusivo, y que se aspira en su ambiente, que es como su hálito, que se desprende de su río caudaloso, de sus húmedas hierbas, de su cielo azul siempre sereno; y que parece traer á la memoria algo incierto, vago; algo como la remota idea de otra vida mejor, desvanecida entre los vapores de un sueño infantil, y que nos suspende como con bandas de gasa, y entre caricias de genios alados nos transporta al Edén perdido de nuestros mayores.

AMALIA PUGA.

Lima.

---

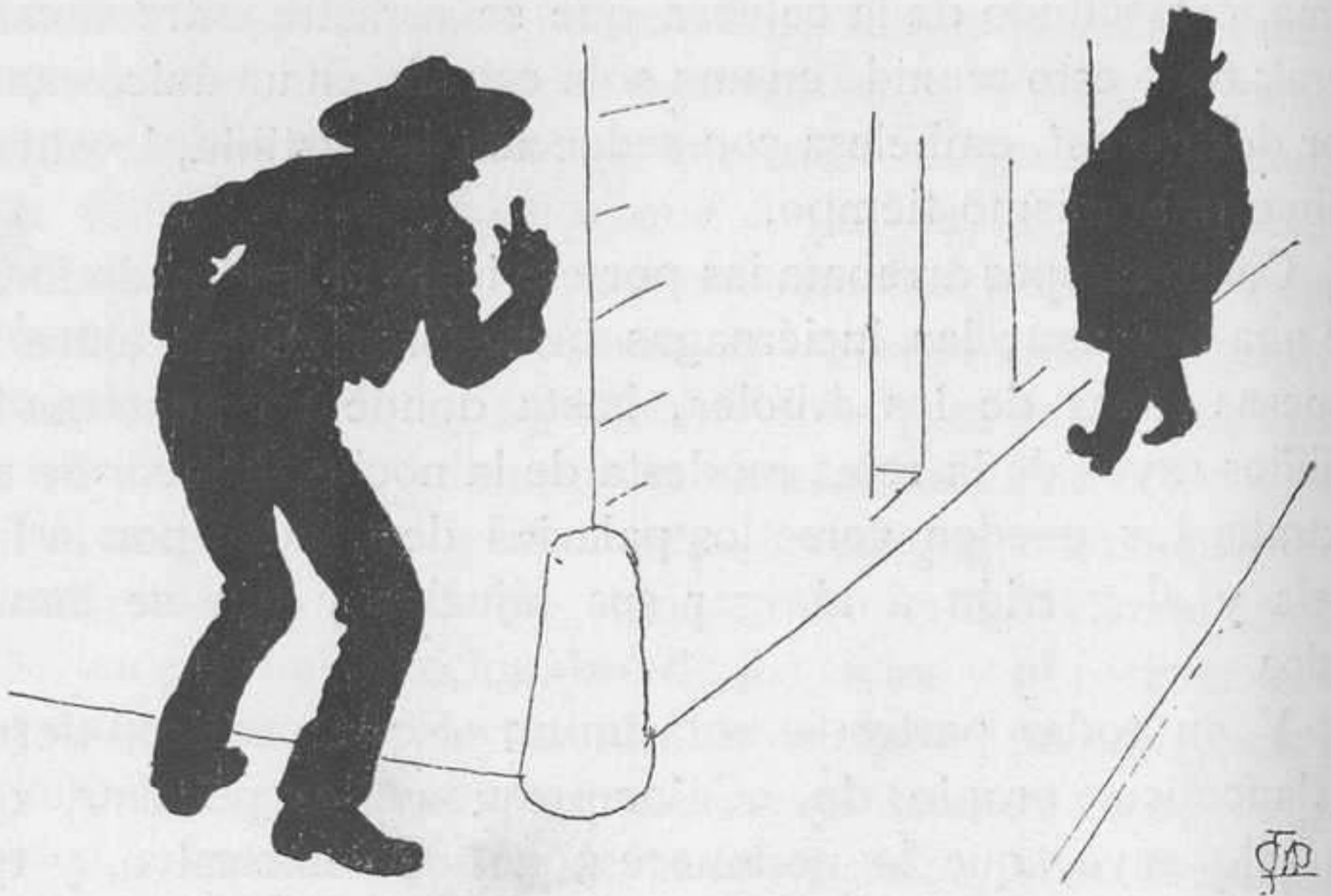
### EPIGRAMA

---

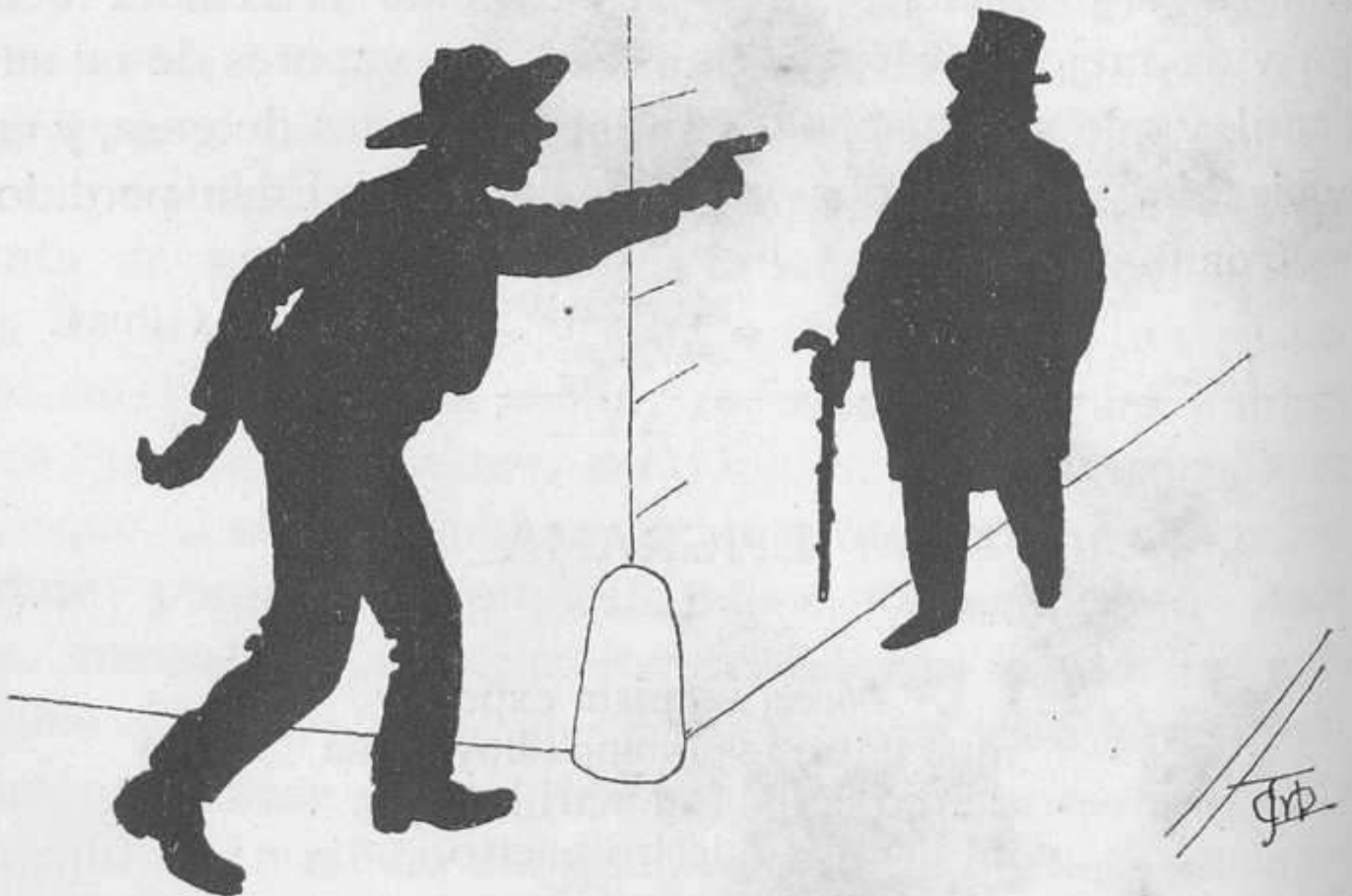
A Pérez, pianista experto,  
que entre los buenos hoy brilla,  
le dió la fiebre amarilla  
al llegar á nuestro puerto.  
Y dijo extrañado Gil,  
cuando el hecho conoció:  
—¿Cómo diablos se enfermó  
si *no tocó* en el Brasil?



## ESCENA NOCTURNA



—Hacia este sitio se aproxima un bulto;  
para dar bien el golpe, aquí me oculto.



—Tras de la esquina un bulto se ha escondido;  
andaré, por si acaso, prevenido.





—¿Pretendías robarme?  
le iba á pedir... un fósforo.

—¿Yo? ¡ni en broma!

—¡Pues toma!



—Se habla aquí de progreso, lo propalo,  
¡y aún hay quien usa fósforos... *de palo!*





## NIÑOS Y MONOS

AL DISTINGUIDO DOCTOR SEÑOR JOSÉ A. AYERZA

Meciendo en su regazo, con cariño,  
 al hijo de su amor, — precioso niño,  
 de ojos azules y cabellos de oro, —  
 y dando, al contemplar aquel tesoro  
 de hermosura é inocencia,  
 más crédito á las madres que á la ciencia,  
 así decía Cándida á Bautista,  
 defensor esforzado  
 de la *bella* teoría darwinista:

— ¡Mire usted este niño sonrosado!...  
 ¿qué tiene de común con la ascendencia  
 que, remontándola á época lejana,  
 Darwin asigna á la familia humana?  
 Sin duda tuvo el sabio sus razones  
 para darle ese origen, no lo niego;  
 mas para mí es hablar en puro griego  
 hablar de transformismo y selecciones.  
 ¡El hombre descendiente



de humildes cuadrumanos!... ¡desatino!  
 ¿quién no ve en ese ser inteligente  
 un origen más alto y más divino?  
 Dios hizo el hombre...

— Y más que por encono,  
 por mofarse, tal vez, de su figura,  
 dió el diablo, como diablo, en la diablura  
 de hacer después el mono,  
 poniendo al hombre así en caricatura.

— Aunque de mi ignorancia usted se ría,  
 ni me explico yo tales selecciones,  
 ni creo en tan ridícula teoría.

Feliz con sus hermosas ilusiones,  
 ¿á qué madre podrá la ciencia impía  
 convencer de que el hijo que, abnegada,  
 cuida y protege, con afán profundo,  
 no es un ángel de amor que Dios le envía,  
 si ve que aún trae, al descender al mundo,  
 resplandores de cielo en la mirada?

¿Qué extraño parentesco  
 quiere que exista usted, entre este niño  
 de tez como el armiño  
 y angélicas facciones,  
 y el inculto y horrible cuadrumano?

— Uno grande: sus mismas perfecciones  
 prueban bien la razón de mis razones.

— ¡Qué disparate!

— En vano  
 trata usted de impugnar, con ironía,  
 la teoría de Darwin...

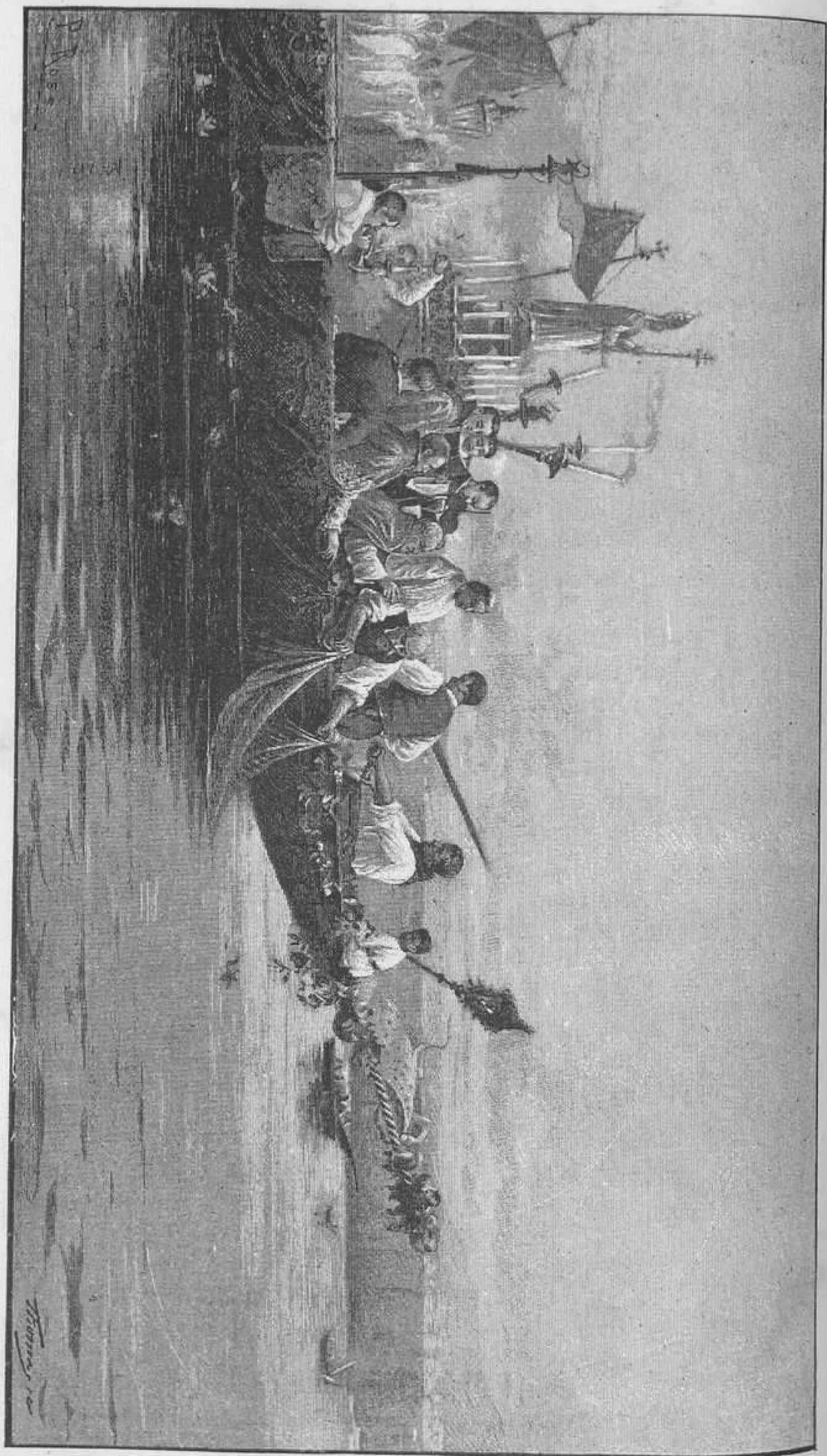
— ¡Gran teoría!  
 — De ella, y en hechos mi argumento fundo,  
 su mismo hijo de usted viene en abono,  
 pues no me negará que todo el mundo  
 dice al verle, sonriéndose: — ¡Qué mono!

CASIMIRO PRIETO.

— — — — —  
 EPIGRAMA  
 — — — — —

— ¿En un noble tal vileza?  
 ¡abusa de mi flaqueza  
 y así á mi amor corresponde!  
 ¡y aún asegura que es conde!...  
 — ¡Claro! *es-conde*... su nobleza.





## LA FIESTA DE SAN PEDRO EN CHORRILLOS (PERÚ)

Copia de un cuadro del distinguido pintor peruano, don Teófilo del Castillo



# LA FIESTA DE SAN PEDRO

## EN CHORRILLOS

En Chorrillos, pueblo del Perú, obsérvase desde *ab-initio* la tradicional costumbre de sacar en procesión, el 29 de Junio, la imagen del Príncipe de los Apóstoles, y puesta luego en vistosísimo engalanado barco de pescadores, acompañada de un sacerdote revestido de su capa pluvial, de monaguillos que agitan al aire plateados incensarios, y, entre otros circunstantes que dan carácter á la pomposa fiesta, de un músico, á las notas de cuyo violín se ajustan los cantos que pueblan el aire de sagradas armonías, aléjanse un tanto de la orilla del mar, á la cual regresan alborozadamente cuando las llaves que el santo lleva en una mano han sido sustituidas por el primer pescado salido al recoger la red.

Tan cristiana poética escena, de suyo interesante, es el asunto del cuadro del pintor peruano Teófilo del Castillo, quien, encariñado con las costumbres de su país, cuyos recuerdos, vivos y palpitantes siempre, le impresionan aún al través de la distancia y de largos años de ausencia, ha sabido trasladar al lienzo una de las más conmovedoras y casi por completo desconocidas del resto del continente. En él, aun los menores detalles están tratados con sumo acierto, correspondiendo el desempeño pictórico á la bondad de tan simpático bellísimo tema.

Teófilo del Castillo, de quien publicamos en nuestro volumen de 1892 la copia hecha magistralmente por Ross de uno de sus más celebrados retratos, el de la insigne escritora argentina, Juana Manuela Gorriti, vive actualmente en Buenos Aires, dedicado á trabajos no del todo ajenos al divino arte, y tiene en estudio un cuadro que, á juzgar por el asunto, la *Quena*, de la leyenda americana, digno de las facultades y



felices disposiciones del artista, ha de llamar vivamente la atención y le ha de valer al joven y distinguido pintor los mismos calurosos aplausos obtenidos por el magnífico cuadro, cuya copia engalana una página del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

X.

Buenos Aires, 1893.

---

## SANCHO PANZA

---

Á DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO



**A** HORCAJADO en el lomo de un jumento, roja la faz, grotesca la envoltura, mófase del Quijote y su locura maliciosos refranes dando al viento.

Vive sano, pletórico y contento;  
no digerir es toda su amargura,  
y complementan su brutal figura  
perfiles de filósofo y de hambriento.

Cuando al amo contempla delirante  
lidiando del error en la batalla,  
maldice al noble caballero andante.

Sancho es un vientre que asimila y calla;  
la razón del estómago triunfante  
y el grosero sentir de la canalla.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1893.



## EL VOTO

## CANTO I

(FRAGMENTO)

## I

Bajo el azul de un cielo transparente  
brillaba la mañana,  
húmeda de rocío  
y chispeante de luz, sonriendo ufana  
á la inquietud del río,  
y quebrando en la trémula corriente  
los rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje  
en las aguas del *Tigre* los vapores  
como jirones de rasgado encaje,  
y en alas de la brisa pasajera  
columpio de las flores,  
huían, mojando al paso en la ribera  
el lánguido follaje  
de los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata  
dispersado en el viento,  
la ronca voz del Plata  
como un redoble en el confín se oía;  
esa voz del abismo soñoliento  
que despierta á las olas cada día.

Efluvios de perfume, desprendidos  
de toda la amplitud del horizonte,  
pasaban en el aire, confundidos  
con la música eterna de los nidos  
ocultos en el monte.

La vida, desbordante  
de juventud y brillo y primavera,  
circulaba en redor, engalanada  
como una novia errante.  
En la atmósfera pura,  
¡cuánta luz inflamada!  
En la verde ribera,  
por el viejo sauzal amurallada,  
¡cuánto alegre rumor, cuánta frescura!



Surgiendo del paisaje sonriente,  
blandos susurros, mágicos sonidos,  
poblaban de caricias el ambiente,  
como el eco de arrullos escondidos  
á la sombra del monte, en los ribazos,  
donde besaba el junco á la corriente  
desmayada en sus brazos.

## II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero  
con el ronco estertor se estremecía  
del vapor prisionero,  
que inquieto y jadeante,  
en la cárcel estrecha comprimía  
su aliento de gigante.

Súbito en silbo ardiente  
arrojó al aire un grito,  
el grito de su cólera impaciente,  
y salvando la válvula, que abría  
paso á la libertad y al infinito,  
con un salto de fiera  
se lanzó sobre el émbolo indolente,  
y lo arrastró rugiente  
en el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne*, con nerviosa sacudida,  
se desprendió del viejo fondeadero,  
balanceando su mole conmovida;  
batió las rojas palas,  
y ceñido de espumas bullidoras,  
hendió las ondas y partió ligero,  
semejante á esas aves pescadoras  
que vuelan empapándose las alas.

## III

Cubría la toldilla  
inquieta muchedumbre de viajeros,  
que miraban, en grupos placenteros,  
cómo huían los sauces con la orilla,  
dejando á trechos asomar, esquivo,  
tras el verdor risueño de sus hojas,  
como un breve relámpago furtivo,  
un ramo encantador de flores rojas  
sobre la oscura copa de un seíbo.



Todos, con sed de luz en la mirada,  
contemplaban los juncos, que abatían  
al paso de la ola desbordada  
sus tallos tembladores;  
las aguas tumultuosas, que subían  
con empuje de asalto á la ribera,  
y luego descendían  
en cascadas henchidas de rumores;

Las deshechas espumas que azotaban  
los flancos de la nave,  
y girando en la estela se alejaban  
cautivos del hirviente remolino;  
el vuelo tardo y grave  
de alguna blanca garza soñolienta;  
el humo negro, en fin, que en torbellino  
corría sobre el agua y sobre el monte,  
y remedaba nubes de tormenta  
en el vago confín del horizonte.

.....  
MARTÍN CORONADO.

—+><+<—  
MIS LÁGRIMAS  
—

No seques mi llanto,  
que calma el dolor  
que mora hace tiempo  
en mi corazón;  
amor es la causa,  
malhadado amor,  
que es por una ingrata  
mi ardiente pasión,  
y en vano suplica,  
en vano, mi voz,  
que duro es el pecho  
y sin compasión  
de la hermosa niña  
que idolatro yo.  
Y pues un consuelo  
mis lágrimas son,  
no seques el llanto  
que vertiendo estoy.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata.



## UNA FRASE DEL EX REY MILANO DE SERVIA



—¿Conoce usted el taller?

—Por suerte mía,

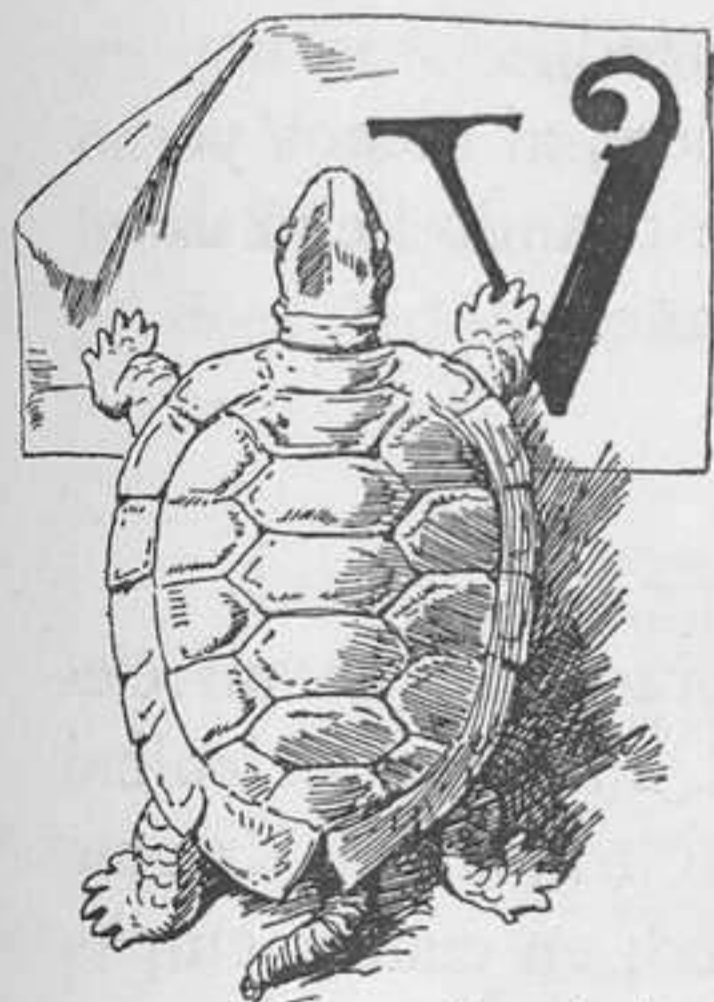
aquí estuve otra vez, y sentiría marcharme de París tan de improviso sin ver á tu amo; conque pasa aviso, que á estrecharle la mano no renuncio, aunque se halle en la cama todavía.

—Si usted se empeña... mas, ¿á quién anuncio?

—*Dile que está aquel rey del otro día.*



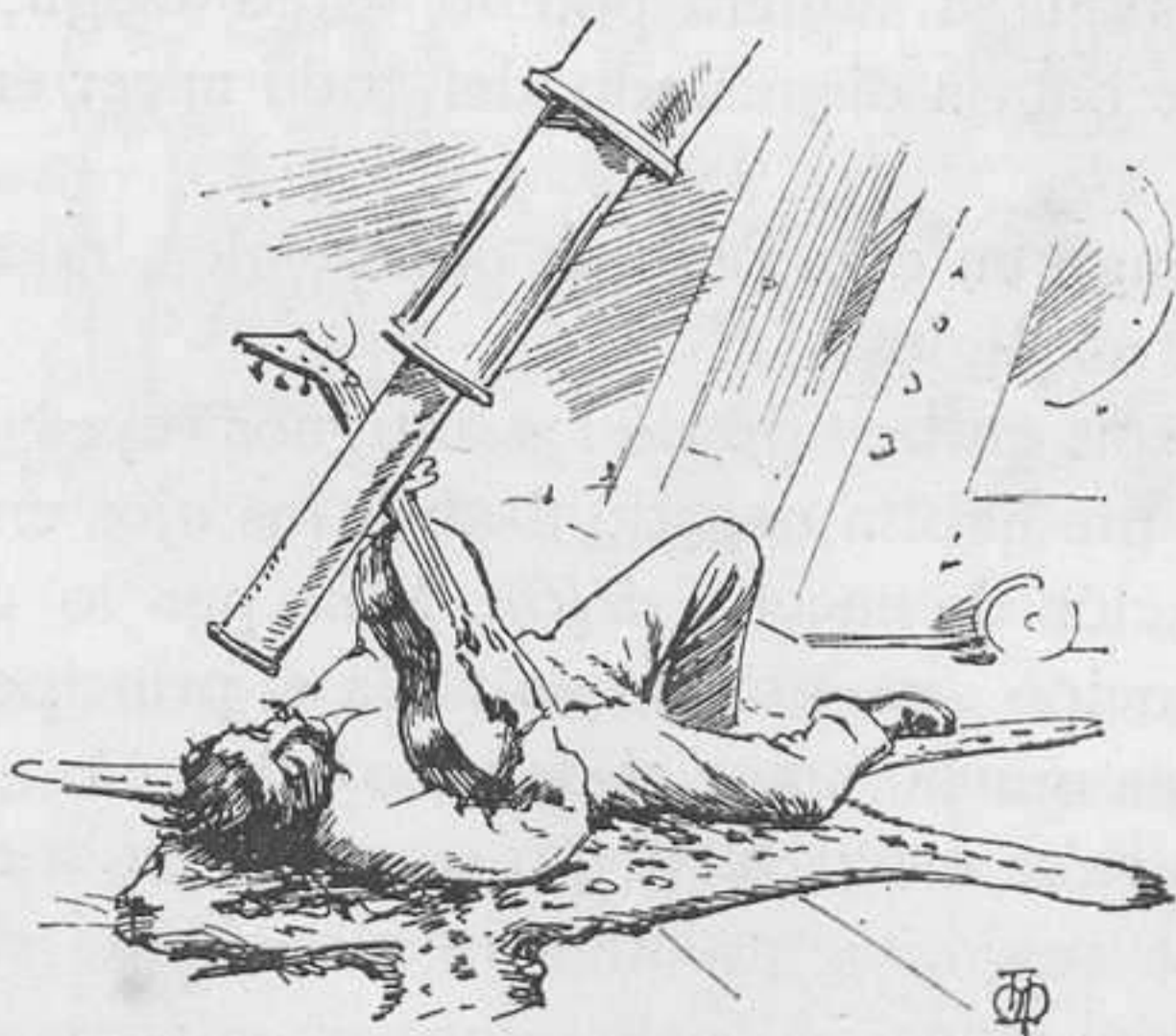
## GENTES ACUÁTICAS



AMOS, confiese usted que el calor de este año es excepcional, nos decía un caballero anfibio que se pasa los veranos en remojo y que suele recibir á las visitas poco menos que al *natural*; es decir, envuelto en una sábana, lo que le da cierto aspecto de caribe acomodado.

—Efectivamente, dijimos nosotros, hace un calor extraordinario.

—Eso no es natural, continuó nuestro interlocutor con aire pensativo; por fuerza ha de ocurrir algo en el sol que se escapa á la penetración de los astrónomos. Yo tengo un tío, que dedica sus ratos de ocio á la astronomía y á la guitarra, que ha descubierto en el disco solar dos ó tres manchas nuevas...



—¿Dos ó tres manchas nuevas? ¡Pues vaya si se está poniendo puerco el tal astro!

—Es indudable, agregó el caballero acuático, que esas



manchas algo influyen en los fenómenos meteorológicos que venimos notando. No puede ser de otro modo; yo no recuerdo ningún verano como el presente; en años anteriores, todavía podía uno vestirse de vez en cuando y presentarse en público, ¡pero lo que es éste!...

— ¡Hombre, me parece que exagera usted!

— ¿Que exagero? no hay tal exageración; al menos yo no vivo más que en el agua; precisamente cuando llegó usted estaba tomando el más delicioso de los baños...

— ¿De lluvia?

— No, señor... ¡de aguacero!

— Pero eso ha de debilitarle á usted.

— ¡Bah! ya estoy hecho al agua; ¡como que es mi elemento! fuera de ella soy hombre perdido. Para mí el colmo de la felicidad sería pasar el verano en un *acuarium*. Créame usted, caballero; yo no puedo vivir en seco; en cuanto empieza el calor...

— Es usted hombre *al agua*.

— Ni ambiciono riquezas, ni las grandezas de otros me quitan el sueño; no anhelo más que bañarme... ¡Palabra de honor! yo no cambiaría mi bañadera por un trono.

— Vamos que si hubiera podido usted elegir, al venir al mundo, no le habría disgustado del todo nacer en un palacio real.

— Convengo en ello, pero en otros siglos, no ahora.

— ¿En otros siglos?

— Sí, señor; en tiempo de los antiguos reyes de Francia; entonces no me habría negado á abrir los ojos en regia cuna, pero á condición de nacer... *delfín*. Y no por lo que tenía el *delfín* de príncipe, sino por lo que tenía el príncipe de cetáceo.

— Pues es mucho amor el de usted al agua.

— No lo sabe usted bien; yo creo que en la escala zoológica subí, distraído, demasiados escalones: no debí abandonar el nivel del mar.

— Y su señora, ¿qué piensa de tales aficiones?

— ¡Qué ha de pensar! á mi señora le es indiferente todo; figúrese usted una mujer de hielo; una compañera deliciosa...



en verano. ¡Si viese usted con qué agradable frialdad me trata!

—¿Y cómo pudo usted casarse con ella?

—Pues nada, ví su retrato, hecho por un pariente suyo que promete mucho... según su sastre, y quedé encantado: era una preciosa *acuarela*.

—Y se le haría á usted la boca agua.

—Sí, señor, y tomé estado... como quien toma un refresco. Recuerdo que la noche que me casé hacía un calor de



todos los demonios; yo no quería abandonar el agua, donde me hallaba muy á mi gusto, pues me horrorizaba la idea de tener que vestirme para ir á la iglesia, y hasta propuse á mi suegro casarme en traje de baño, pues lo que se perdía en corrección se ganaba en comodidad. Y aun cuando al buen señor no le pareció del todo desacertada la idea, ¡cómo que estaba sudando á chorros! tuve que desistir de ella ante la actitud resuelta y firme de la novia y de la mamá de la novia,



que se negaron redondamente á introducir aquella innovaci3n en las costumbres sociales de nuestro siglo, y hasta me amenazaron con ponerme de patitas en la calle si insistía en mi extraño propósito. ¡Siempre la rutina sirviendo de estorbo al progreso!

— Pero se casó usted.

— Sí, señor... y me volví al baño.

— ¿Y su señora?

— ¿Mi señora? se quedó tan fresca.

— ¡Hombre!

— Ya le he dicho á usted que todo le es indiferente. Mi suegro fué el que trató de sacarme del baño, pues los convidados preguntaban por mí, al ver sola á la novia, y los murmullos y cuchicheos y sonrisas empezaban á asumir las proporciones de un escándalo; pero estaba tan bien en mi elemento, era tan deliciosa la temperatura del agua, que no me dejé pescar... ¡y eso que mi suegro iba armado con el arp3n de la elocuencia! Pero el pobre señor estaba en extremo sofocado con el calor que hacía, y después de recordarme con acento severísimo y con mucho fruncimiento de cejas, mis deberes de casado... acabó por decirme en confianza que en mi lugar haría lo mismo.

— ¿Y le dejó usted volver solo al salón?

— Sí, señor; en cuanto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, cerró el paraguas y...

— ¿Cómo el paraguas?

— Es que cuando se acercó á mí estaba tomando un baño de lluvia.

— ¿Y qué dijo á los convidados?

— Circuló entre ellos la noticia de que acababa de sufrir yo un ataque; pero es el caso que una señora, que tenía algo obstruída la trompa de Eustaquio, y que no oyó claro más que la palabra *ataque*, creyó, al notar la consternación de los circunstantes, que había estallado una revoluci3n, y empezó á dar grandes voces llamando á su marido, al mismo tiempo que se precipitaba hacia la puerta. Los caballeros se dirigían azorados á los balcones y las señoras se desmayaban... mu-



chas de ellas sin saber por qué. Yo mismo, al oír la gritería y la palabra *ataque* lanzada por la asustadiza dama, me alarmé no poco, y envuelto en una sábana y armado de un rifle que había por casualidad en el cuarto de baño, salí al corredor, á tiempo que pasaba la fugitiva señora seguida de su esposo. La pobre, al verme con aquellos extraños arreos militares, se confirmó en sus sospechas y redobló sus gritos. — ¡Ya están aquí los descamisados! decía aterrizada.

Y luego, con aire suplicante y más muerta que viva, añadió, dirigiéndose á mí: — ¡Por favor! respete usted á mi marido... ¡es un general que no ha hecho mal á nadie!

— ¿Pues sabe usted que fué divertida la escena?

— Más que la cena, porque, cuando se hubo aclarado el error, muchas familias se habían retirado ya, y ni mi traje cómico, que lucí inadvertidamente en los salones, fué bastante para devolver la calma á los espíritus y la risa á los labios de las atribuladas señoras. Así es que ninguna de ellas tuvo apetito, y salvo alguna que otra, á quien mi suegro trató de hacer volver en sí á fuerza de tazas de chocolate, no se acercaron siquiera á la mesa.

— ¿Y cambió usted por fin de traje?

— Sí, señor, pero sólo volví á los salones cuando la fiesta estuvo á mi gusto: cuando la ví *aguada*.

— ¿Y su señora? ¿no se impresionó con aquella escena?

— Ya le he dicho á usted que á mi señora le es indiferente todo; cuando las demás se desmayaban, sin esperar siquiera á saber el motivo, mi mujer hablaba muy tranquila con un primo en sextas nupcias.





—¿Cómo en sextas nupcias?

—Quiero decir, con el hijo de un tío estéril hasta su sexto matrimonio.

—¿Hasta su sexto matrimonio?

—Sí, señor; el tío de mi mujer es una especie de *bárbaro azul*, y su hijo un joven de porvenir: un coloso del *sport* marítimo, que rema como nadie... ¡lástima que no sea en galeras!

—¿Cómo es eso? ¿está usted quejoso del primito?

—Muy quejoso... ¡de buena gana le rompería algo! Se empeña en que mi mujer vaya á presenciar sus triunfos, y como á mi mujer le es tan indiferente quedarse en casa como ir á las *regatas*... sucede que va siempre á las *regatas*.

—¿Y por qué no va usted también?

—Porque prefiero quedarme en el baño. Usted no sabe, por lo visto, lo que son esos viajecitos en esta época. Las molestias del tren, el calor, el polvo... ¡Dios me libre! Es verdad que á veces me asaltan ideas nada agradables, al considerar que á mi mujer lo mismo le da una cosa que otra, y que tan indiferente ha de ser para ella recibir un beso mío que un abrazo de otro; pero comparo el tormento de la duda con el suplicio de la levita... y opto por rabiar de celos en traje de baño.

—¿Y viene á menudo á su casa el pariente en cuestión?

—No, señor; muy rara vez, ¡como que vive en el agua! tiene pasión por las *regatas* y no abandona un momento los remos. La última vez que estuvo aquí mi suegro le reprochó su alejamiento de la sociedad, pues de joven elegante que era se ha convertido en un ser inculto y medio salvaje... ó salvaje del todo, en quien es difícil reconocer al *dandy* de otros tiempos, al apuesto mancebo en quien tantas mujeres enamoradas habían puesto los ojos y tantos esposos ofendidos... las manos. ¿Y sabe usted lo que contestó á mi suegro? pues contestó que por nada de la tierra renunciaría al agua; que estaba resuelto á hacerse célebre y que esperaba conseguirlo á fuerza... de remo.

—¿Y su suegro? ¿qué replicó?

—Nada, que tenía razón; mi suegro da la razón á todo el mundo, que es la mejor manera de vivir en paz con sus con-



temporáneos. Además, á él también le gustan las *regatas* y y acabó por alentarle en sus esperanzas de gloria.

—Así es que el buen señor estará orgullosísimo.

—¡Figúrese usted! siempre es satisfactorio tener una celebridad en la familia, aunque sea acuática.

—¿Y no ha ido usted nunca á las *regatas*?

—No, señor; en verano apenas salgo del agua. ¡Ah! usted no sabe lo delicioso que es estar en remojo, mientras los demás sudan la gota gorda por esos mundos de Dios. En mi familia todos son lo mismo. Mi tío, el astrónomo, es el único que no tiene afición al agua.

—¿Preferirá el vino?

—Sí, señor... es una indignidad, pero ¡qué quiere usted! hay que transigir con las debilidades de los astrónomos. En cambio, nunca le dan mejor resultado sus observaciones que después de beber... es cuando descubre más estrellas.

—Pues es una ganga para la ciencia su tío de usted.

—Completa. Conque... dispense usted; me vuelvo al agua.

—Sentiría haber incomodado á usted, caballero...

—¿Quiere usted callarse?

—La verdad es que el calor convida á sumergirse en ella.

—Hace mucho, ¿verdad? ¡si ya le he dicho á usted que es un verano excepcional! toda el agua es poca para mí, y lo que siento es tener que contentarme con estos mezquinos baños de lluvia. ¡Ah! ¡si yo hubiese nacido en los tiempos bíblicos!

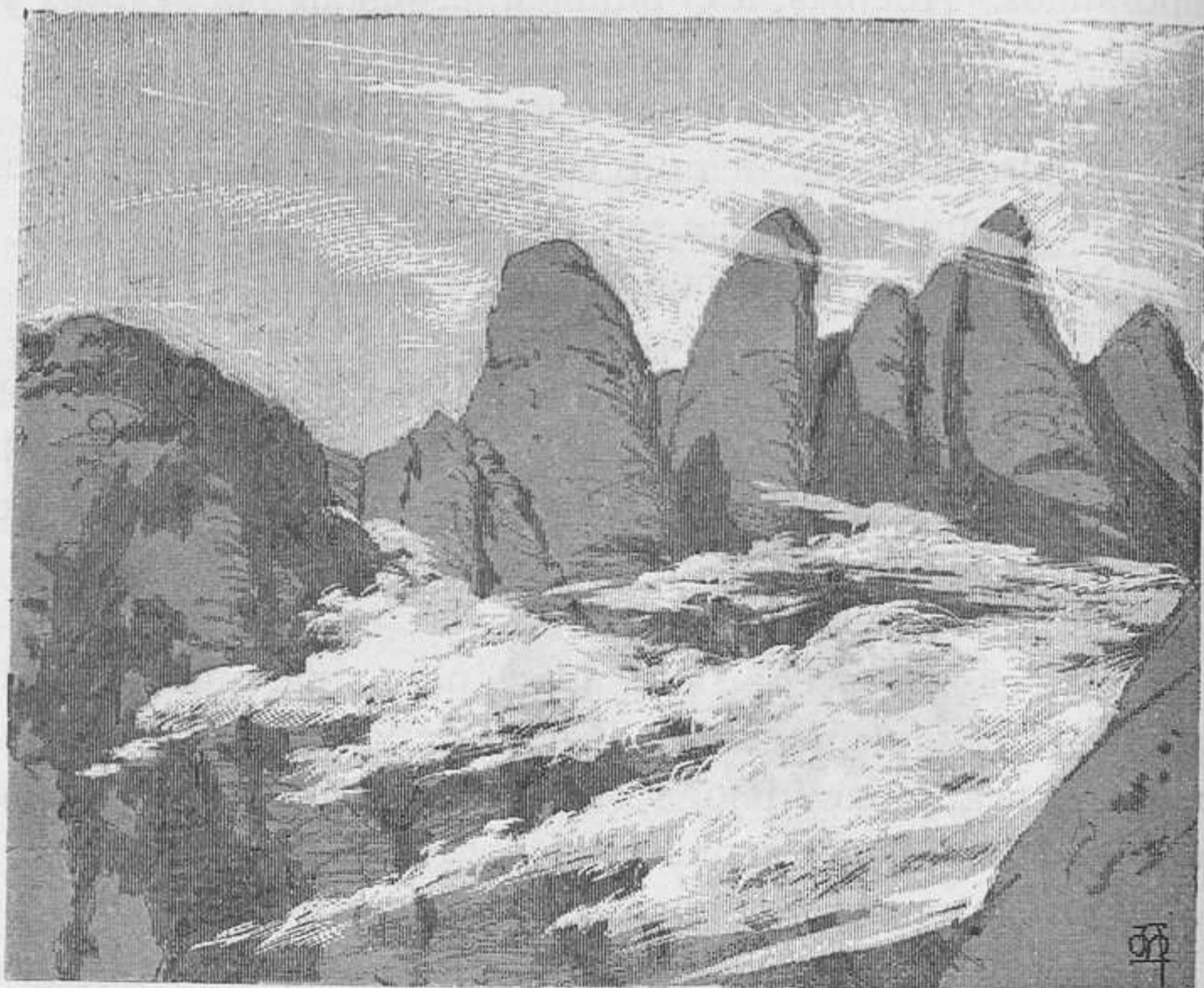
—¿Y por qué siente usted no haber nacido en ellos?

—Porque habría podido tomar el único baño que me hubiera satisfecho del todo... ¡un baño de diluvio universal!

CASIMIRO PRIETO.







## LA NIEBLA

Del Norte se desprende; es la ondulante niebla  
ejército callado que las llanuras puebla  
y viene de los montes allá por el confín.

Cogidas de sus colas avanzan las visiones  
y envuélvense en sus amplios medrosos capuchones  
sin ruidos militares ni toques de clarín.

Por tajos y por valles, por ramblas y por peñas,  
surgiendo de los ríos, saliendo de las breñas,  
cada escuadrón flotante se enlaza en otros cien.

Compacto el gran ejército resbala sigiloso,  
y escucha precavido, y acecha cauteloso  
si del contrario bando las flámulas se ven.

Lejos van á la huída destellos y colores,  
tornasoladas tintas y rojos resplandores,  
corriendo del inmenso fantástico capuz;  
y las revueltas huestes, vencidas y espantadas,  
llevan carmín de sangre, banderas destrozadas,  
y heridas dolorosas fingidas por la luz.



Del siempre fragoroso y audaz Despeñaperros  
cruza el tropel brillante por los agrestes cerros  
y da en la luminosa bellísima región;  
y allí se posesionan matices y esplendores  
del cielo de Murillo, del cáliz de las flores,  
de huertas y jardines en viva confusión.

La niebla en tanto arrastra su velo por las sendas,  
agáchase en los surcos, registra las viviendas,  
y palpa los peñascos buscando muda lid;  
y alárgase y rastrea metiéndose en las frondas  
enrédase en las cruces, disfuma las rotondas,  
y lenta paso á paso inténase en Madrid.

No adornan al ejército de pálidas figuras  
espadas ni broqueles, herrajes ni armaduras,  
ni lanzas como rayos dispuestas para herir;  
mata con la tristeza, de la que embarga el pecho,  
y lleva bajo el manto, de luz y sombras hecho,  
tentáculos que saben las almas oprimir.

Y los revuelve y gira, y clava y prende en ellos,  
cual en dogal de pena los angustiados cuellos,  
los tiernos corazones como en inmóvil cruz;  
arranca de los labios suspiros y sollozos,  
y encierra los espíritus en hondos calabozos,  
do sufren la doliente nostalgia de la luz.

Quiere el humano brazo luchar con las visiones,  
y airado se alza y vibra, queriendo sus pasiones  
de encono y rabia, al punto furioso descargar;  
se tiende en lucha vana contra el dogal sangriento,  
descarga el golpe rudo, y el golpe da en el viento,  
y no halla ningún modo de herir ni de matar.

Los mantos opalinos flotantes arrastrando,  
los escuadrones llegan las calles asaltando,  
las plazas invadiendo en lóbrego tropel;  
como macabra ronda la turba se adelanta  
puesta en el suelo apenas la vaporosa planta  
y al aire el cuerpo ingrávigo que encubre el alquicel.

—¿Quién va?— salir parece del séquito de bruma  
bajo el aéreo embozo más tenue que la espuma,  
al avanzar callada la lúgubre invasión:  
nadie á la voz responde tras del espeso manto,  
y siguen los fantasmas como en el Viernes Santo  
camina por la noche la triste procesión.

Mas ya el contrario ejército sus fuerzas restituye,  
y la venganza ansiando, por las llanuras huye



trayendo entre las huestes por general el sol:  
 tropas de luces parten de Málaga y Sevilla,  
 da sus reflejos Cádiz, del agua maravilla,  
 y de sus cielos Córdoba las tintas y arrebol.

Por montes y por llanos las tropas hormiguan,  
 y limpias las espadas al sol relampaguean  
 lanzando haces de rayos que tiemblan al brillar;  
 pasan por las banderas cien vivos resplandores,  
 y avanza el gran ejército de chispas y colores  
 con rutilante marcha la niebla á desgarrar.

Y la batalla empieza; y arranca, purpurina,  
 chorros de sangre rojos la luz de la neblina  
 que escápase, la muerte mirando en derredor;  
 los cuerpos se deshacen, se rompen las espadas,  
 y ruedan las coronas de lumbre salpicadas  
 en el grandioso cuadro de llamas y calor.

Vence la luz radiante, y rota en mil jirones,  
 la niebla aniquilada se lanza á otras regiones  
 de cielo más oscuro y menos español.

Y deja de arreboles, que ardiente reverbera,  
 en cada aguda torre clavada una bandera  
 la mano incandescente del victorioso sol.

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

---

## EN EL CREPÚSCULO

---

Afuera, del gran tráfago del día  
 han cesado los gárrulos clamores  
 y de la opaca tarde los rumores  
 se levantan en vaga melodía...

Por entre mi entornada celosía,  
 penetrando indecisos resplandores,  
 tiñendo van con fúnebres colores  
 los sueños de mi absorta fantasía;

Y abrirse, en profundísimo horizonte,  
 ve en la penumbra, mi alma dolorida,  
 el panorama inmenso del Pasado...

¡Y de tristes recuerdos bajo un monte,  
 y bajo el Atlas de la amarga vida,  
 mi espíritu se siente sepultado!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.



BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA



## DE ENCARGO



E puede?...

—Adelante. Pase usted.

— Con su permiso. ¿Estoy hablando con el señor Gumersindo Rodajas?

— Servidor de usted.

— ¡Parece mentira que tenga usted esa cara!...

— ¡Señor mío!

— Quiero decir que me lo imaginaba de otra manera. Cuando salí de mi casa, dije: ahora vas á conocer á Rodajas, y como Rodajas es escritor, y escritor festivo, tendrá en la fisonomía signos exteriores que delaten su profesión...

— Como por ejemplo, la nariz en espiral, como un sacacorchos, ¿eh?

— ¡No, no tanto!

— Bueno: ya que me ha visto la cara, ¿puedo saber cuál es el motivo de su visita?

— Un encargo.

— ¿Un encargo?

— Sí; necesito un artículo...

— ¿De primera necesidad?

— No, un artículo humorístico, pero que sea muy gracioso, graciosísimo. Quiero que haga reir mucho.

— Se hará lo posible.

— No sea usted modesto. Bastante sabemos de lo que es usted capaz; y luego, un artículo festivo es cosa que se hace jugando.

— ¡Ya lo creo! Mire usted, cuando quiero escribir algo muy chistoso ordeno á los chicos de la patrona que entren en



mi habitación, y mientras me revuelven los libros, ó me derraman la tinta, yo escribo con frenesí, y cuando no encuentro la frase final, ó me falta redondear un párrafo les animo diciéndoles:

—Anda, monín, vé á buscar el tambor, que tanto gusto me da... Y tú, ratoncito, corre en busca de la trompeta... Y tú, querubín, serás el general y yo el brioso corcel, ánimo. Y poniéndome en... posición adecuada, el querubín me monta y espolea, yo relincho lo mejor que puedo, y el ratoncito y el angelito tocan la trompeta y el tambor con furor inusitado. De pronto, suelto la carga preciosa y corro á la mesa; escribo, y mientras más me pega el querubín, indignado con su acémila, y mientras más soplan y redoblan el ratoncito y el monín, más fluidas acuden las ideas y más frescos y graciosos brotan los conceptos. Crea usted que hacer reír es lo más fácil del mundo, y que los escritores festivos somos felices.

—¡Y tanto!... ¡Qué envidia les tengo á ustedes!... Porque, para ustedes no hay penas ni compromisos.

—¡Qué ha de haber! Figúrese que llega el sastre con la cuenta, y con la pretensión de cobrarla; pues, al punto nos ponemos á reír y le hablamos mal de los clientes y de los poetas de la última cosecha y...

—¡Adiós mi plata!

—¡Cabal! ¡adiós su plata! es decir, la del sastre.

—Luego le ponemos en ridículo en el primer escrito y nos quedamos tan frescos como si tal cosa hubiese ocurrido. De modo que, puesto que las dificultades son tan pocas, usted querrá un artículo graciosísimo, como es muy lógico, y además, lo querrá usted ahora mismo ¿eh?... ¿le corre mucha prisa?

—Bastante.

—¡Caramba! lo siento, porque ahora casualmente no estoy de humor, de buen humor, se entiende, y no tengo los niños de la patrona para hacerlos jugar conmigo.

—Si usted quiere...

—Me mandará usted los suyos, ¿no? Ya me lo suponía. Porque usted tiene facha de casado.



—¿Eh?

—Sí, hombre; los escritores festivos ¿tenemos nuestra facha especial? Pues bueno; los casados, algunos sobre todo, también la tienen.

—¿Qué bromista es usted! Ahora empiezo á ver al escritor festivo.

—¿De modo que me trae usted los chicos? ¡Ah! si hay alguno de pecho, no importa; mándeme la nodriza también, y si su amabilidad (la de usted) es tanta, envíeme su mujer... Ya verá usted cómo, jugando, jugando, le hago á usted el artículo festivo. ¡Lástima que no sea usted escritor, porque con tantos elementos sería usted un Quevedo!

—¡Uf!... ¡qué mareo!... ¡cómo habla usted!... me aturde. Voy y vuelvo.

—¡No, no se vaya! Voy á recordar nuestra conversación, la escribo y el artículo está hecho.

—¡Ea! ¡ya está! Hoy no he tenido á mi *querubín* para hacerme espolear, pero le he tenido á usted. Vaya abur, y recuerdos á la señora. Ya ve usted que un artículo festivo se hace jugando. Si otros *artículos* se pudiesen hacer así... ¡Valiente sobretodo luciría!...

ENRIQUE COLL.

Buenos Aires.



## EPIGRAMA

—¿Qué tienes, que estás convulso?

—¡Que no me dejan vivir los malditos acreedores!

—¡Bah! riéte de ellos, Gil, y vén conmigo á distraerte...

—¿A casa de López?

—Sí;

hoy da recibo...

—¿Recibo?

¡un demonio! ¡qué he de ir!





## SOLA

¿A qué negarlo más? Nueva Graziela,  
por un ausente bardo estás de duelo;  
sólo su amor te anima y te consuela,  
y su amor, como todo lo que vuela,  
huyó del nido y se perdió en el cielo.

Ya sé que tiembla el labio y te sonrojas  
al recuerdo feliz del fausto día:  
y que á veces, calmando tus congojas,  
las blancas *margaritas* que deshojas  
te dicen que te quiere todavía.

Sé que al morir la tarde, con inquieta  
triste mirada el horizonte mides,  
y en el delirio de pasión secreta,  
de la hermosa figura del poeta  
que se alza en el espacio te despides.

Sé que en las largas noches, cuando el pecho,  
una triste catástrofe presiente,  
sin rencores, sin odio, sin despecho,



te arrodillas llorando sobre el lecho  
para rogar á Dios por el ausente.

Sé que hay un talismán que guarda esos  
tesoros de ternura en los amores:  
que lo abres sé, llegando en tus excesos,  
á creer que el perfume de los besos  
aún vago queda en las marchitas flores.

¿A qué negarlo más? Te hablo al oído,  
cuando te miro así, la dicha pierdo:  
yo también como tú nunca he podido  
empapar en las aguas del olvido  
el ropaje de luz de mi recuerdo.

Las glorias del amor huyen de prisa:  
siempre hay una beldad llorando á un bardo:  
Julieta que se queja con la brisa  
ó la nevada toca de Eloísa  
sobre el yerto sepulcro de Abelardo!

No puede reflejarse la esperanza  
sobre tu nívea frente de camelia;  
el amor es así, mal y asechanza,  
pues mientras Hamlet sueña en la venganza,  
suspira y canta y enloquece Ofelia.

Llora tu pena, aguárdale entretanto:  
él volverá tal vez; tu afán aquieta;  
que más sentido y dulce será el canto  
cuando caigan las gotas de tu llanto  
sobre la lira de oro del poeta!

LUIS G. URBINA.

Méjico.

---

## EN VIAJE

---

¡Aves que os lanzáis á vuelo  
sobre las ondas del mar,  
con aquel incierto anhelo  
del que ignora el blando suelo  
adonde quiere llegar!

Cual vos, presente errabundo  
mi espíritu un más allá,  
y con anhelo profundo  
sobre las olas del mundo  
ansioso volando va!

CALIXTO OYUELA.

Buenos Aires, Abril de 1893.



LA

## Princesa Victorina

I

ENCONTRÁRONSE una vez dos hadas junto á la ladera de un bosque inmediato á la ciudad.

Una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor por no haber sido invitada á las fiestas que se habían celebrado para el bautizo de la hija del rey; pero la otra, denominada Filinda, hallábase en extremo satisfecha porque la habían convidado á la ceremonia.

Y con las hadas ocurre lo mismo que con los hombres; son buenas cuando están contentas, y la tristeza les predispone al mal.

—Buenos días, hermana, dijo Filinda.

—Buenos días, gruñó Urganda; supongo que te habrás divertido mucho en la corte del rey Mataquín.

—Muchísimo. Las salas estaban tan bien iluminadas como las de nuestros palacios subterráneos y se sirvieron exquisitos manjares en platos de oro sobre manteles de encajes. Luego se bailó...

—Sí, sí, desde aquí he oído los violines. Y en pago de la hospitalidad del rey habrás hecho á la princesa soberbios dones...

—¡Pues es claro! La princesa será hermosa como el día;



su voz se asemejará á la del ruiseñor y tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables. Además, cuando esté en edad de casarse, contraerá matrimonio con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo.

—¡Perfectamente! dijo Urganda crujiendo los dientes. Yo también quiero mostrarme generosa con ella.



—Pero no vayas á otorgarle un don fatal.

—Puedo ejercer contra ella uno de mis conjuros. La princesa Victorina será hermosa como el día, ya que ninguna hada puede deshacer lo que otra ha hecho; su voz se asemejará á la del ruiseñor; tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables y se casará con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo; sino que...



—Sino que... replicó Filinda llena de inquietud.

—Sino que, cuando se case, dejará de ser mujer para convertirse en hombre.

Filinda lloró y suplicó con desesperación, pero todo fué en vano. Urganda no quiso escucharla y desapareció como por ensalmo, mientras la otra meditaba acerca de los medios de que podría valerse para evitar las consecuencias del terrible conjuro.



## II

A los diez y seis años era tan hermosa la princesa Victorina, que en todo el mundo no se hablaba más que de su extraordinaria belleza. No hubo nación que no enviara embajadores á la corte de Mataquín con objeto de pedir la mano de la princesa para los más ricos y poderosos monarcas.



Pero el rey y la reina, conoedores del terrible secreto, no sabían qué contestar. Despedían cortesmente á los embajadores, sin consentimiento ni negativa, y se desesperaban ante el caso singular que les ocurría.

Cierto día jugaba Victorina en el jardín del palacio de sus padres, cuando oyó ruido en el camino inmediato. Alzó los ojos y vió un magnífico cortejo que se dirigía al regio alcázar.

Al frente de la comitiva, y en un soberbio caballo, iba montado un joven de hermosísimo aspecto.

—¡Qué hombre tan gallardo y elegante! exclamó la niña.

Luego pensó que si el mancebo tenía intento de pedirla en matrimonio estaba ella pronta á concederle su mano.

El joven, que al pasar había visto á Victorina, se detuvo y le dijo:

—Plegue á las hadas que seáis la hija del rey Mataquín, porque vengo á casarme con ella y sois la criatura más encantadora de la tierra.

—¡Pues soy la princesa Victorina!

Desde aquel instante se amaron con delirio.

### III

¡Júzguese cuál sería la situación del rey y de la reina!

No se trataba ya de satisfacer la petición de un embajador, sino la de su propia hija que les suplicaba con lágrimas en los ojos que accediesen á la demanda del recién llegado caballero.

Por otra parte, el príncipe Diamante, hijo del emperador de Golconda, podía poner en pie de guerra cuatro ó cinco ejércitos, y no era cosa de desairarle torpemente.

No pudiendo revelarle tampoco el fatal secreto, que hubiera sido considerado como absurdo, consintieron al fin en el casamiento de los dos amantes.

### IV

El rey y la reina estaban sumamente intranquilos el día de la boda, y sólo abrigaban la esperanza de que el hada maldita hubiese desistido de su venganza.



Al día siguiente se presentaron los esposos á recibir la bendición paternal.

—¡Hija mía! exclamó el rey lleno de horror.

—¡Victorina!... sollozó la madre.

—No soy vuestra hija, sino vuestro hijo Victorino.

Y volviéndose á la puerta, añadió:

—¡Vén, hermosa Diamantina! ¿Por qué tiemblas así? ¡He aquí á mi esposa!

¿Qué había ocurrido para aquel cambio?

Que mientras la princesa se convertía en gallardo mancebo, el príncipe, merced á otro conjuro de Filinda, se trocaba en hermosísima y agraciada doncella, burlando así el hada protectora de Victorina los efectos de la perversidad de Urganda.

CÁTULO MENDES.

## LAS LILAS BLANCAS

En alta noche he cruzado  
junto á tu regia mansión;  
embalsamaban el prado  
las blancas lilas en flor.

Alegres cantos se oían  
y se escuchaba tu voz,  
mientras el cáliz abrían  
las blancas lilas en flor.

Un galán, con dulce acento,  
promesas mil te juró,  
y te mandaban su aliento  
las blancas lilas en flor.

Ví que el galán se inclinaba,  
que tu faz palideció,  
y que el céfiro besaba  
las blancas lilas en flor.

¡Ah! ¡por qué en la triste noche  
no estalló mi corazón  
y no cerraron su broche  
las blancas lilas en flor!...

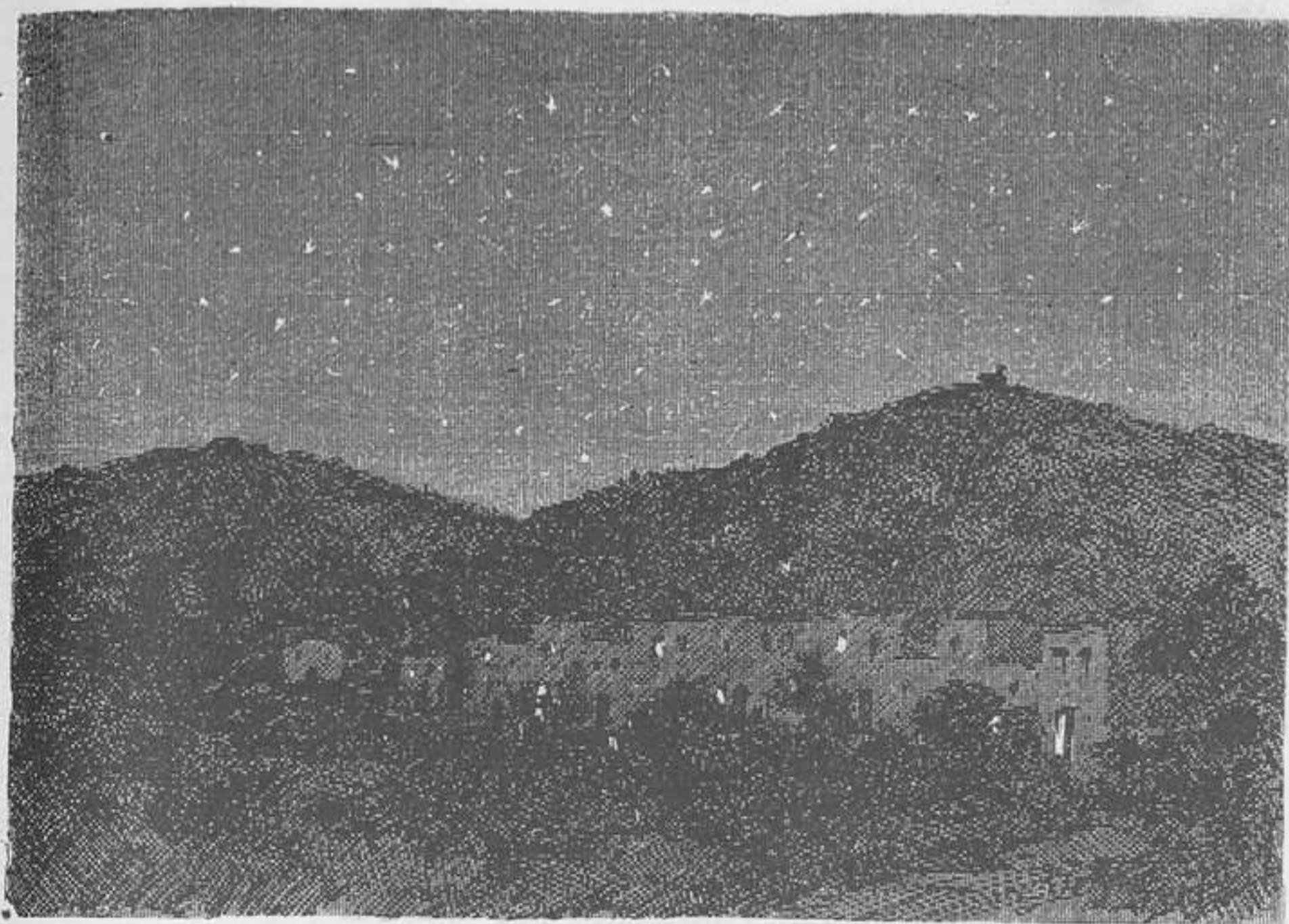
Buenos Aires, Mayo de 1893.

LEOPOLDO DÍAZ.









## MIRAJE

---

La tarde muere. El aura, mansamente,  
su dulce endecha en el follaje canta;  
á lo lejos la hoguera se levanta  
en la que incendia el sol al occidente.

Duermen las ondas. Perezosamente  
silenciosa la sombra se adelanta,  
oscurece el espacio y se abrillanta  
con la luz de los astros esplendente.

Un tibio vaho acariciante sube  
del seno de la gran naturaleza  
y gira y flota en perfumada nube.

Es la soberbia noche del estío  
que derrama su cálida belleza  
sobre la errante majestad del río.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires, Junio de 1893.



## PAISAJES

---

Volví los ojos á la edad primera,  
 á esa edad, paraíso de los sueños,  
 como en medio á las sombras de la noche  
 se alza la vista á contemplar el cielo!

Brisa de paz me refrescó la frente  
 y me trajo en silencio los recuerdos,  
 cual las dulces canciones de la patria  
 al errante proscrito lleva el viento!...

\* \* \*

No bien el sol con sus primeros lampos  
 en el ancho horizonte aparecía,  
 en mi caballo á recorrer salía  
 sin rumbo cierto los nativos campos.  
 En su silencio y soledad me hundía  
 y al libre viento que al pasar rozaba  
 mi rostro juvenil, el alto pecho  
 respirando con ansia, levantaba!

Y ya el vecino monte de una estancia,  
 ya un rodeo de vacas extendido,  
 cuyo largo mugido  
 atravesaba lento la distancia;  
 una bandada de aves que pasando  
 por el límpido cielo parecía  
 larga faja volando  
 que en las ondas del aire se torcía;  
 ya en la tersa laguna un ave blanca,  
 ya su quieta llanura cristalina,  
 ya la enhiesta barranca  
 que á contemplarse en su caudal se inclina...  
 todo á mis ojos era  
 siempre nuevo, brillante en su frescura;  
 todo hacía que mi alma se sintiera  
 más libre, el pobre cuerpo  
 de una arcilla más cándida y más pura!

Encantadas figuras que, lucientes,  
 mi joven fantasía iba creando,  
 pasaban á mis ojos sonrientes,  
 el campo, el cielo, la extensión poblando!  
 De entre el espeso pajonal se alzaban  
 vagas formas de luz, y al lado mío,



en aéreos caballos galopaban  
elfas y peris, que del Norte frío  
de su Europa llegaron  
hasta la orilla del platense río.  
Los cuadros á los cuadros sucedían  
siempre nuevos, magníficos y varios,  
y para mí, paseante silencioso,  
nunca estaban los campos solitarios.

De pronto, alguna vez, me parecía  
que allá una hermosa, para cita extraña  
me aguardaba impaciente, donde el cielo  
con la inmensa extensión se confundía;  
y cruzaba al galope la campaña,  
febril, ansioso, como aquel que adora,  
y pasada la hora,  
corre á la cita de su bien, temblando  
no merezca indulgencia la demora!

O bien, llegar pensaba sonriente,  
á animada reunión que sorprendida  
por la aurora naciente,  
dentro de un rancho, á la amarilla lumbre  
de las velas, bailaba  
en movable y alegre muchedumbre.  
Sonaba á aquellas horas la guitarra  
más dulce, melancólica y sentida,  
y se oía al cantor que preludiaba  
la canción de la triste despedida!

Otras veces, al indio ver creía  
por el llano sin límites huyendo,  
su pampeano corcel la crin tendiendo  
al viento que del ámbito venía  
cercanos ecos de clarín trayendo.  
De súbito á su espalda levantarse  
las ciudades miraba! Y del desierto  
y del Andes lejano,  
y de las anchas pampas, el concierto  
llegaba del progreso soberano!

Sereno y majestuoso  
iba el sol alcanzando el firmamento,  
y en mitad de mi viaje caprichoso  
mi rendido caballo sudoroso  
sujetaba un momento.  
Oía entonces el zumbido blando  
del viento que llegaba  
los verdes pastos al pasar doblando,



y entre el silencio religioso y triste  
conmovido escuchaba  
la inmensa voz de la extensión sonando!

\* \* \*

Siempre los ojos volveré á esas horas,  
á esa edad, paraíso de los sueños,  
como en medio á las sombras de la noche  
se alza la vista á contemplar el cielo!

Brisa de paz refrescará mi frente,  
brisa de paz que me traerá recuerdos,  
cual las dulces canciones de la patria  
al errante proscrito lleva el viento!

SEGUNDO I. VILLAFANE.

Buenos Aires, 1893.

— DIC —

## CANTARES

—

Con un viejo te paseas,  
envuelta en tules y blondas...  
jamás soñé idilios griegos  
entre gusanos y rosas.

Semejante á la ola azul  
fué tu amor, mujer perjura:  
creció, hervoroso, en tu pecho  
y se deshizo en espuma.

¿Por qué tus ojos envidian  
á las estrellas, hermosa,  
si brillan con luz prestada  
y tus ojos con luz propia?

¡Cuántas almas se han perdido  
desde que, al verla tan bella,  
hizo redes, el amor,  
de tu blonda cabellera!

Testigos de nuestro idilio,  
ya en la umbría lo pregonan,  
con su murmurio, los céfiros,  
y con su rubor, las rosas.

CASIMIRO PRIETO.



## EN UNA «SOIRÉE»



— ¡Pero, hombre! ¿se ha vuelto usted loco? ¿qué significan esas copas vacías entre las demás llenas?

— ¿Las copas vacías? pues son... para los que no tienen sed.

## EPIGRAMA

Al mirar á doña Paca,  
mujer llena y frescachona,  
exclamó el padre Colona:  
— ¡Santo Dios, la carne es flaca!—  
Y un lego topo, que allí  
se encontraba, con voz sorda  
dijo: — Me parece á mí  
que esta vez la carne es gorda.

RICARDO SÁNCHEZ.



## LOS AMORES DE FAUSTO



El café apestaba á humo de cigarro y á exhalaciones alcohólicas; la llama del gas oscilaba, medio ahogada, en la atmósfera densa; un murmullo ensordecedor subía de las mesas cargadas de vasos y rodeadas de bebedores.

—Ya estás borracho, Fausto, murmuré viéndole contemplar con ojos vidriosos la copa de ajeno con cambiantes de iris.

Tosió una risita sarcástica.

—Itam, han, ha!...

—Sí, y con ello pierdes tu

porvenir, malogras tu suerte. ¡Oh! no es sermón. Pero tienes años hermosos ante tí, y en vez de mirarlos enturbias tu vista en el alcohol... ¡Estás ebrio, perfectamente ebrio!...

Me miró, apretando los ojillos en que la luz del gas creaba reflejos de talco.

—¿Y tú? me dijo.

—¡Yo!

—En la relatividad de la vida, tan borracho estás tú como yo. Y sino ¿qué es la ilusión? ¿qué es la esperanza más que una borrachera con chisporroteos de champagne?... Tú tienes esa borrachera sin buscarla, y yo me la fabrico, eso es todo... Yo no aspiro á nada que crea positivo, mientras que tú corres en pos de lo que no es positivo aunque lo creas. Tú tienes lo que se me ha acabado: la ebriedad de la sangre que hierve en las venas. Yo busco en el licor que agita el cerebro, lo que naturalmente pone el tuyo en movimiento. Y



mientras que el ensueño provocado sólo produce en mí, al día siguiente, un poco de amargor en la boca y un poco de pesadez en la cabeza, el tuyo, natural, te emblanquece y te quita hebras de cabello, y te da, con el desengaño, la desesperanza...

Friné pasaba, hermosa como nunca. Me sonrió; su gesto lánguido me hizo comprender que había sonado la hora del triunfo...

Fuí tras ella, dejando á Fausto, medio dormido de bruces sobre la mesa.

—¡Bah! me dije. ¿Es esto ensueño? ¿No es, acaso, la más hermosa de las realidades?

Y esa noche pasó con deleites inmortales, y al día siguiente hallé de nuevo á Fausto junto á su mesa, mirando un rayo de sol tibio y alegre al través del ópalo de su ajeno.

—¿Y Friné?

—Tuve en mis manos esa copa de placer. ¡No! La gloria del cristiano, el paraíso, no puede compararse á la caricia suprema de esos brazos de terciopelo blanco!...

Él se rió con lástima.

—Poca cosa, poca cosa, murmuró bamboleando la cabeza pesada de alcohol...

—Alguna conquista tuya, dije burlándome.

—¡Bah! Anoche me aguardaba Margarita, mientras que Ofelia, loca de amor, deshojaba sus flores en mi ausencia!...

Y bebió de un sorbo el resto de la copa, recorrió triunfalmente de una mirada el café entero, apoyó luego la frente en la palma de la mano, y se marchó allá lejos, muy lejos, más lejos todavía, á realizar conquistas imposibles en el mundo fantástico del ensueño...

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio de 1893.

### EPIGRAMA

Hermanas son Casta y Rosa  
y no sé por qué se enfada  
la mamá siempre que, al verla,  
pregunto por su hija Casta...





## AMORÍOS

¿No te acuerdas, querida, de aquel muchacho  
 que se quedó extasiado con tu palmito  
 un día que con aire muy vivaracho  
 bajabas del tranvía del Caballito?  
 Aquel joven travieso, guapo, buen mozo,  
 que apenas le apuntaba sedoso bozo;  
 quien te quiso y te quiere con tal empeño  
 que daría la vida por ser tu dueño;  
 aquel que por tí tuvo mil desazones  
 y aguantó una descarga de perdigones,  
 quien se abrasó en tus ojos constantemente,  
   ojos traviosos  
 que van por esas calles matando gente,  
 con marcadas tendencias de alevosía...



y que por asesinos meterá presos  
la policía.

—

Ya veo que, ingrata, te has olvidado  
de aquel que tú llamabas *mi enamorado*,  
de aquel que sufrió en calma tantos reveses  
y te hizo, amante, el oso, catorce meses,  
y por ver si ablandaba tu alma de roca,  
y porque no vivieras junto á la Boca  
muy cerca de Palermo te amuebló un piso  
que fué de sus amores el paraíso;  
me tenías chiflado, hoy lo confieso,  
y me gasté en amarte, mi último peso;  
¡quién iba á imaginarse que tu promesa,  
promesa vana,  
se fuese como el humo de una pavesa  
por la ventana!

—

Soy el mismo que ansioso llamó á tu puerta  
y tú, infame, sin penas y sin cariño,  
olvidaste bien pronto la hermosa huerta,  
nido donde naciera nuestro cariño.  
Aquel á quien amaste, según tu cuenta,  
desde el tres de Febrero del año ochenta,  
y le diste amorosa para consuelo  
cintas, rizos y flores y un guardapelo;  
el que se desvivía por enmendarte  
y te daba consejos; mas con tu gresca,  
seguías el camino, sin reformarte,  
siempre tan fresca.

—

Yo pensé que aquel fuego que me quemaba  
se había consumido poquito á poco  
y aquel ardiente anhelo que me hostigaba  
pasóse cual delirios propios de un loco;  
pero ayer cuando estabas desprevenida  
volví á verte en la calle de la Florida.  
¡Nunca te hubiera visto, mujer perjura!  
ha vuelto á su apogeo mi chifladura  
y hoy con nuevos deseos, desosegado  
paso la noche en vela desesperado.  
Siempre fuí un niño  
que no puedo pasarme sin tu cariño.

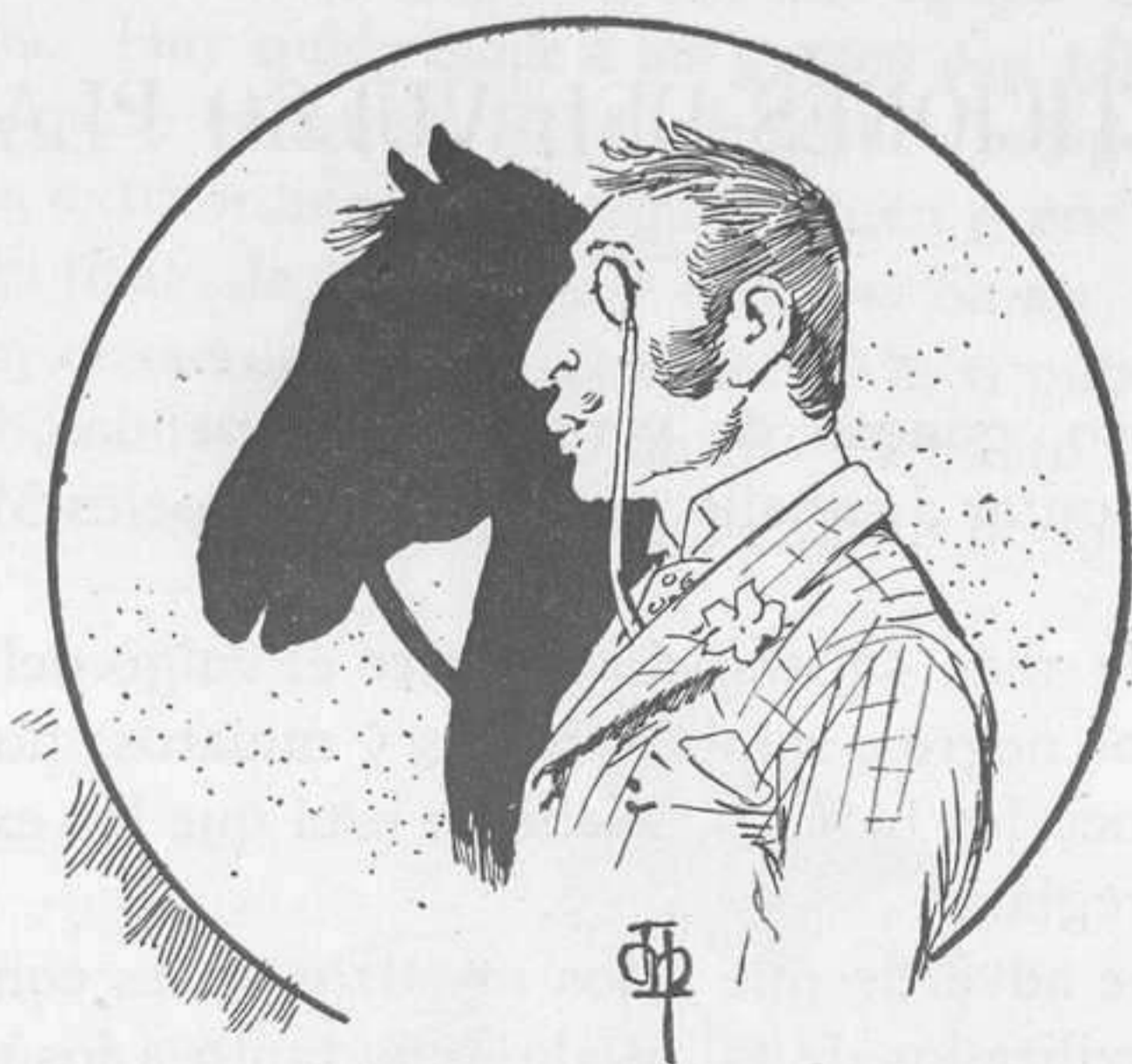
—

Como yo en estas lides soy perro viejo,  
quiero advertirte, hermosa, que el tiempo avanza,  
y aún puedes, escuchando mi fiel consejo,









## AFINIDADES

Un señor don Juan Caballo,  
 que á su apellido de bruto  
 hace honor—según mi fallo—  
 rinde á la moda tributo.  
 Y una vez que aparecieron  
 representando animales,  
 prendedores que vivieron  
 cuatro semanas cabales,  
 el hombre siempre llevaba  
 con la mayor entereza,  
 aquel que representaba  
 de caballo una cabeza.  
 Cuando terminó la moda,  
 que hizo casi un mes furor,  
 le vimos en una boda;  
 mas ya sin el prendedor.  
 Y un chusco que estaba allí  
 dijo á un grupo muy formal:  
 —Si la copia falta aquí,  
 nos queda el original.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, 1893.



## SUPERSTICIONES DEL VULGO PLATENSE

---

El público, ganoso de ver cosas estupendas, se apiña y brega por montar á caballo en el lápiz de Apeles Mestres.

---

La gente más supersticiosa, entre el vulgo del Río de la Plata, son los negros, zambos, indios y mulatos; no tanto los mestizos; poco los blancos. Dicho se está que las excepciones no forman regla.

Conviene advertir que á los mestizos se les confunde con los indios civilizados de tal modo, que, tanto á los unos como á los otros, se les llama indistintamente *indios*, si son hombres; *chinas*, si mujeres. Eso de *chinas* no tiene que ver nada, ni figuradamente, con aquel gran imperio del Asia dogmatizado por Confucio: es cosa de los Incas. Al zambo se le dice siempre *pardo*, nunca *zambo*.

*De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco*, según socorridísimo refrán castellano, cuyo autor, que es el mismo vulgo, conoce á fondo la condición humana. El hecho mismo de que todos lo traigan á cuento, está demostrando que todos confiesan lisa y llanamente el pecado: todos se reconocen capaces de atentar contra la salud, contra la belleza y contra las reglas del sentido común. Sobresale en algunos la primera de dichas tendencias: *lo poco de médico*, regularmente adunado á otro poco de simplicidad, ó de la cualidad contraria; y entonces resulta el curandero. Bien se deja comprender que, siendo tan comunes en la humanidad las referidas cualidades, ha de ser bastante considerable el número de curanderos en el mundo. En el Río de la Plata las chinas y los negros son los más aficionados. Sanan, ó matan, con hierbas; á distinción del médico, que lo hace con drogas.

*Drogas* también, pero inmateriales, usa el saludador: fórmulas misteriosas, ceremonias, preces. En estos últimos tiem-



pos ha habido varios, algunos de los cuales han metido mucha bulla. Hay quién sana á las gentes con sólo poner la mano en la parte enferma. El público, que, estupefacto, presencia curas extraordinarias, otorga de buen grado al sencillo benefactor el título de *Tata-Dios*<sup>1</sup> ó *Mano Santa*, sin reparar un punto en el sacrilegio que comete. ¡Ah, si público y saludadores hubieran vivido un siglo antes! El Santo Oficio de la Inquisición de Lima los hubiera hecho pasto de las llamas.



Un sacerdote anciano de Tucumán, que de algunos años atrás, tullido, estaba imposibilitado de todo trabajo, presentóse revestido ha pocos meses ante el altar, y volviéndose á sus feligreses, les dijo: «Hermanos, si de nuevo tengo la dicha de celebrar el santo sacrificio de la misa, lo debo, en primer lugar, á Dios, y después á fulano,» nombrando á uno que curaba con el tacto, á quien ya he aludido.

En el Tandil (si mal no recuerdo) hubo, no hace mucho, un *Tata-Dios*, que, habiendo logrado fanatizar al gauchaje, acaudilló una buena parte de él, con cuyo auxilio se propuso exterminar á los extranjeros. Aterró al vecindario, cometiendo crímenes horrendos; pero no tardó en ser ajusticiado como lo merecía.

Hubo en Entre-Ríos un saludador tan popular, que el

<sup>1</sup> *Tata* significa padre.



general Urquiza llegó á temer que adquiriese demasiado valimiento entre el vulgo; por lo que le encerró en una cárcel, donde permaneció algunos años, hasta que, asesinado aquel célebre caudillo, recuperó su libertad, incorporándose á las fuerzas revolucionarias de López Jordán.

El tal saludador entrerriano era saludador castizo, hecho y derecho; saludador que curaba con la lengua y con la saliva, medio de sanar á las gentes que el saludador usa de antiguo y que le distingue y caracteriza. Engéndrase éste á favor de determinadas circunstancias, según el vulgo, quien dice que *dicen* (lo que demuestra que tiene su espina) que se verifica en la siguiente forma: Si una mujer tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo nace con una cruz en el paladar y es saludador. Evítase, apadrinándole en el bautismo el primero de los siete. Señaladísimo prestigio ha tenido constantemente, desde edades remotas, el número siete, cuya excelsa virtualidad movió á don Alfonso el Sabio á dividir en *siete partidas* el cuerpo de leyes más celebrado que dictó para sus reinos.

*Lubisón, lobisón ó lobisonte* es el hombre que los viernes, por la noche, se convierte en perro, marrano, ternero, zorro ú otro animal doméstico ó del campo. Anda por todas partes; pero prefiere las encrucijadas, sin duda porque á ellas van á dar mayor número de caminantes, que es con quienes hace de las suyas.

*Lubisón* es vocablo corrompido, compuesto de las voces latinas *lupus, homo*, lobo, hombre. De modo que literalmente significa *hombre-lobo*. ¿Por qué entonces dicen que el *lubisón* es hombre que se transforma en perro, cochino ú otro animal conocido? ¡Claro! El *lubisón*, que en Europa, de donde indudablemente procede, se disfrazaba de lobo, tuvo que tomar por precisión otra forma diferente en el Río de la Plata; porque en el Río de la Plata no hay lobos, á no ser los marinos y los *bípedos* (que abundan mucho en las principales ciudades), y ninguna de estas dos clases de lobos utiliza el *lubisón* para sus fines. En defecto del lobo silvestre, se vale de un animal que acostumbre andar por el campo y por los caminos.



La generación del *lubisón* es semejante á la del saludador. Cuando una mujer tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo es *lobisón*. Si se revuelca con un *chancho* (cerdo), se convierte en *chancho*; si con un perro, en perro, etc. Precávesele contra este destino, teniéndole en la pila el mayor de los siete hermanos.



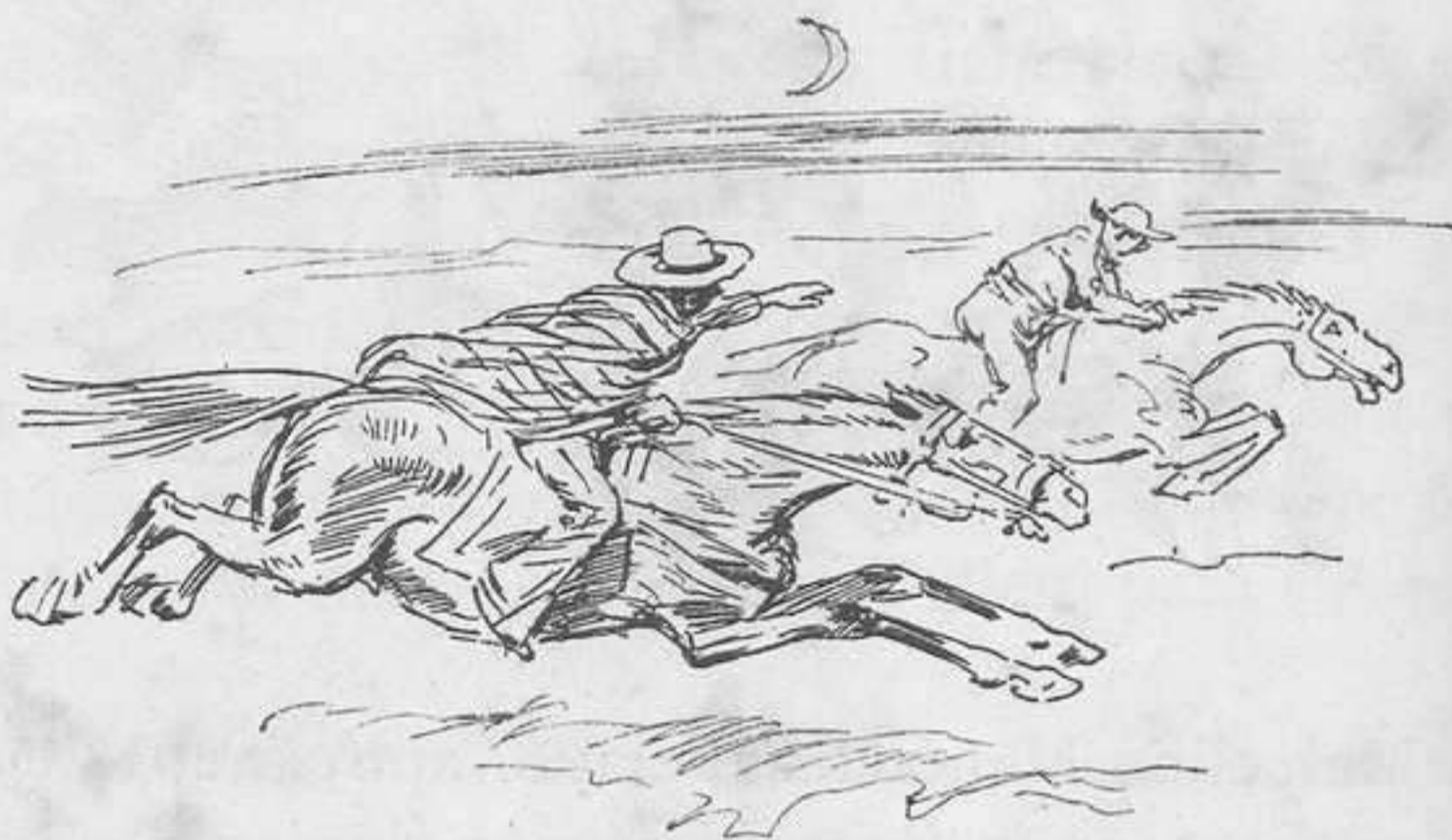
Don Marcelino Menéndez Pelayo, apoyándose en la obra portuguesa *Epopeas da Raça Mosárabe*, de don Teófilo Braga, á quien cita, dice en su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, que en la isla de San Miguel, una de las Azores, *subsiste* la creencia en la licantropía ó transformación de los hombres en lobos, *conocidísima*, añade, *en el norte de Europa, donde la colocó Cervantes en su Persiles*. «El último hijo de una serie no interrumpida de siete varones del mismo vientre, es *lobis-homen*. No hay modo de eludir esta fatalidad, sino poniéndole en el bautismo el nombre de *Bento* y dándole por padrino su hermano mayor, el primero de los siete sucesivos.» Este es pasaje textual de Braga, traducido por Menéndez Pelayo en una nota de su *Historia*. Sin embargo, esa misma tradición que conservan los isleños de San Miguel de las Azores sobre el modo de engendrarse el *lobis-homen*, corre puntualmente en boca del vulgo supersticioso de todo el Brasil, de donde yo presumo que pasó al Río de la Plata. Referiré algunas otras particularidades y casos curiosos.



Sospéchase que todo hombre bajo y muy flaco sea *lobisón*.

Tuve yo de sirvientes en el Salto (Uruguay) una china y un indiecito que aseguraban era *lobisón* un zapatero cuya mandíbula y labio superior sobresalían notablemente de la boca para fuera.

En Concordia de Entre-Ríos había un aguador y tenía también los dientes muy salidos, y á quien, por ende, dieron en llamar *lobisón*. Cierta día iba un muchacho á caballo por donde casualmente pasaba el aguador, y, al juntarse, le gritó: ¡*lobisón!* El aguador, irritadísimo, desprende del carro su



Φ

caballo y arremete contra el muchacho, y aunque éste huía á carrera tendida y hurtaba el cuerpo á los golpes, no por eso se libró de recibir unos buenos rebencazos, que le quedaron marcados por mucho tiempo, y gracias que el ofendido no pudo atajarlo.

Oí referir á un negro campesino, que su patrón, á quien iba acompañando á caballo, estuvo caminando una noche entera sin poder llegar á su casa, que sólo distaba unas tres leguas del punto donde habían salido.—¿Y por qué? le pregunté yo.—Porque se le atravesaba un *chancho* en el camino, obligándole á detenerse y desviarse á cada instante, me contestó candorosamente.—¡Pobre caminante, si por ventura martirizaba su corazón el torcedor de los celos! ¿Por qué le estaría estorbando el paso aquel animal durante toda la noche?



¡Vaya una coincidencia! Habiendo ya escrito los párrafos que anteceden, y cuando me disponía á tomar de nuevo la pluma para continuar esta fácil y agradable tarea de referir cosas curiosas, ocurre en una calle solitaria del Salto (Uruguay), donde vivo, poco después del toque de oraciones, el siguiente episodio. Un sargento de la guarnición, negro, mata á balazos á un zapatero, pardo, de quien supuso haber recibido un maleficio, ligándole y encendiendo en su pecho una vehemente pasión que le imposibilitaba desprenderse de infiel amante. Ésta, á quien yerra un tiro, huye, cayendo aquél



mortalmente herido á los pies del irritado sargento. En seguida éste acude á su cuartel, y, presentándose ante el comandante de guardia, le dice:—Mi capitán, aquí está mi revólver, aquí mi *facón* (especie de daga, pero de solo un filo). Acabo de *voltear* á un individuo, de dos balazos. No sé si habrá quedado muerto ó herido.—¿Por qué has hecho eso? interrogó el capitán.—He tenido, dijo, especiales motivos, que manifestaré ante la justicia. He herido ó muerto á un brujo.—El capitán mandó encerrar en un calabozo al sargento, dando cuenta en el acto al jefe del cuerpo. Después contaba el matador que el zapatero le había *prometido* (amenazado) hacerle balar como un carnero. Pasaba el muerto por



saludador y hechicero, y llevaba pendiente del cuello un escapulario, bajo cuyo amparo se consideraba invulnerable.

Hallándome de paso en una estancia situada en el paraje conocido por Rincón de San Gregorio, costa del Uruguay, se me antojó cierto día pasar la noche en una isla grande y montuosa que hay enfrente, llamada Isla del Zapallo. Numerosísimo, variado é incesante es el coro de insectos y pájaros que de noche se sienten cantar: todos más ó menos extraños ó tristes; algunos espantables, como el alarido penetrante del urutao y bronco grito nasal del ñacurutú. Aunque era el rigor del verano, nos sentamos, por causa de los mosquitos, alrededor de una gran fogata que los tres hombres que me acompañaban, ayudados por los únicos moradores de la isla, indio uno y mestizo el otro, habían encendido al intento y en la que se estaba asando un cordero y calentando agua para tomar mate, comida y bebida ordinarias del paisano. Estábamos en la punta de la isla (que tenía una legua de largo), dando la espalda al monte. Contaba el indio que, cuando sobrevino la última creciente del Uruguay, parecía se hubiese guarecido un tigre en la isla, á juzgar por las pisadas, destrozos y otros signos, y que meses atrás andaban almas en pena que repetidamente lo llamaron por su nombre, llamamiento á que él acudía dejando el lecho, sin haber querido ellas decirle nunca quiénes eran ni qué pretendían, por lo que una noche, ya muy fastidiado, después de gritarles en vano como otras veces: —¿Quién me llama? ¿Qué se les ofrece? Hablen, profirió, encarándose á sus invisibles provocadores, una insultante frase deshonesta que el campesino platense tiene siempre en la punta de los labios. Desde entonces, añadió el indio, no volvieron á incomodarme.

—Yo no estaba aquí cuando sucedió lo que cuenta el compañero, dijo el mestizo, ni creo en ánimas. Es cierto que, cuando uno va caminando por el campo en noches de luna, se descubren á la distancia mujeres vestidas de blanco; pero que sean almas en pena no se puede garantizar. Yo las he visto muchas veces; y al acercarme á ellas, como alguna vez lo he intentado, han desaparecido.



—¿Y en qué consiste, repuso el indio, que un caminante se pierda cuando menos lo piense, y si se empeña en buscar el camino, más y más se va alejando de él? ¿Qué hace usted cuando se pierde?

—Cuando me extravió, contestó el mestizo, paro, me apeo, desensillo, ato á soga mi caballo, tiendo mi cama y me acuesto. No trato de tomar de nuevo el rumbo, porque sé



que es inútil. Mas no son ánimas; porque si lo fueran, no me dejarían tranquilo, y yo duermo bien hasta que asoman las barras del día. Lo que había en esta isla días pasados, era dos matreros, que vinieron de Corrientes y creo pasaron al Estado Oriental.

Acababa de decir esto el mestizo, cuando se sintió un silbido bajo entre el monte, como de persona que no quiere sea oída sino de aquella á quien lo dirige y que está cerca de sí. Todos volvimos instantáneamente y á un tiempo la cabeza hacia el monte, guardando silencio un rato. Como nada más se sintiera, fueron todos ocupando sucesivamente su anterior posición, y yo interrogué:

—¿Qué será?

—Nada, respondieron tranquilamente los circunstantes.

Ya era hora de dormir y pensamos en acostarnos. Los moradores de la isla me ofrecieron con empeño su estrecha desvencijada vivienda, que yo rehusé, haciendo cama del



arenoso suelo entre los hombres que me acompañaban. Éstos se arrebujaaron en sus ponchos para preservar cabeza y manos de la insoportable molestia de los mosquitos, y, al parecer, pronto quedaron dormidos. Yo permanecí toda la noche echado de barriga y mirando hacia el monte con los ojos bien abiertos, no sólo por el temor de que hubiese matreros, según lo que había referido el mestizo, sino también por la posibilidad de que lo fueran éste y su compañero. Como á media noche ví un cuadrúpedo mayor que un perro mastín, que se acercó á la ramada (que estaba á unos cuantos pasos de nosotros), y penetrando debajo de ella, se empinó y descolgó algo y se fué. Me acordé del tigre; pero supuse que fuera un perro.

Al cabo se levantó uno de mis acompañantes (capataz de la estancia), y se puso á hacer fuego. Le pregunté si amanecería pronto, y me respondió que ya estaba amaneciendo. Cerca descubro al indio, que estaba vuelto hacia el monte, escuchando el grito del caburé. Me dijo que efectivamente tenían un perro grande; y lo que éste llevó de la ramada, era un pedazo de carne que había sobrado.

—¿Y qué sería el silbido que se sintió anoche? le pregunté.

—Las almas en pena, respondió á media voz.

—¿Y no dice usted, repuse, que desde que usted las echó á paseo no han vuelto á parecer?

—Es, replicó el indio ladino, que sintieron gente extraña.

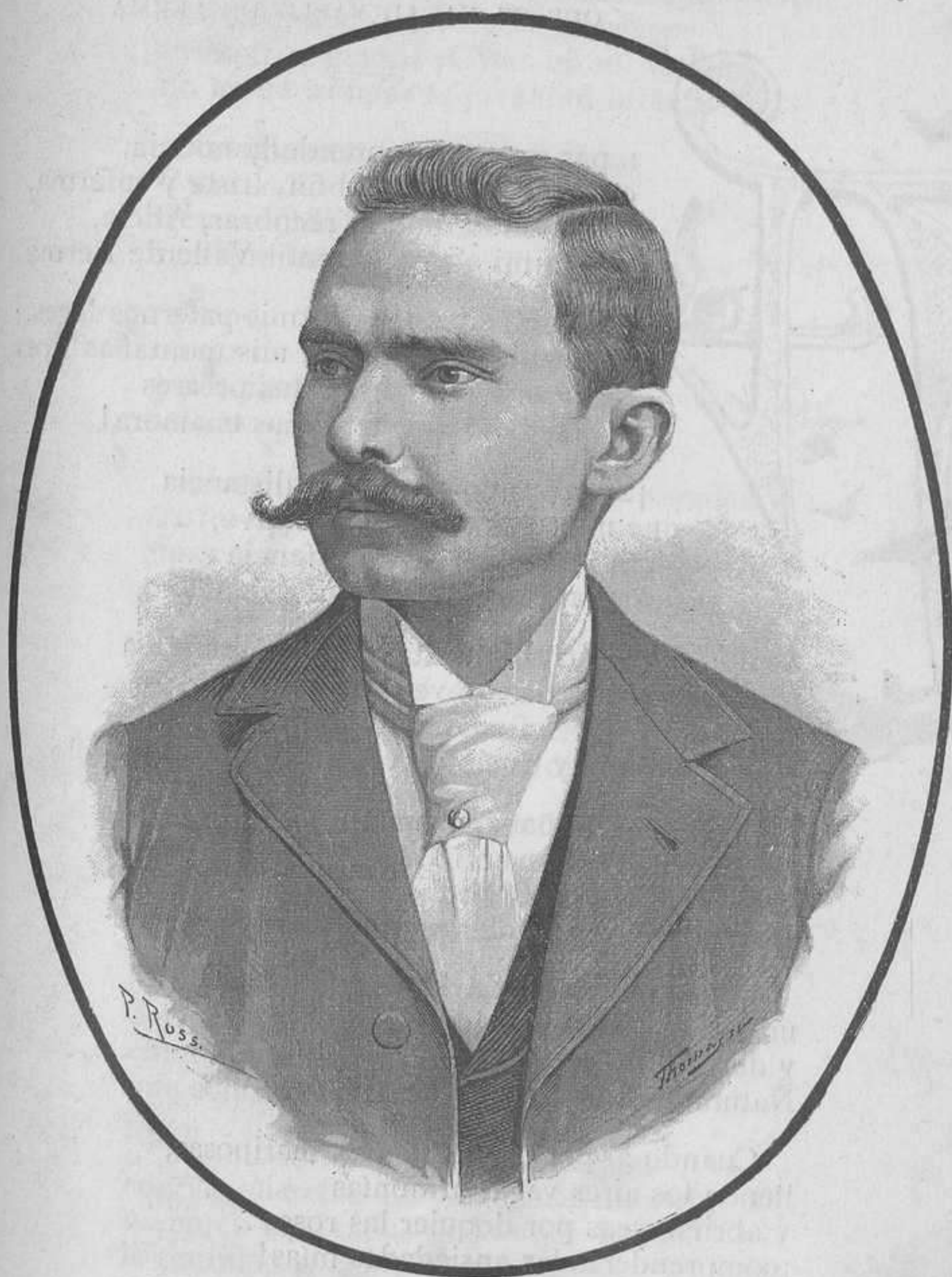
Otras muchas cosas pudiera yo contar de brujerías, como que, en teniendo una mujer doce hijos varones seguidos, el duodécimo es brujo, salvo que, al bautizarle, sea el mayor de ellos su padrino; pero este artículo está destinado al ALMANAQUE SUD-AMERICANO, y no sé si á su ilustrado autor y amigo mío, Casimiro Prieto Valdés, le parecerá bien que me extienda tanto.

Lectores: si por curiosidad queréis conocer palpablemente los diversos personajes que os he presentado sólo en idea, su facha, su natural actitud, la apropiada expresión de su índole y tendencias, preguntádselo á Apeles Mestres, que también es brujo.

DANIEL GRANADA.



NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Moisés N. Castellanos

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO



## Á ALICIA

QUE SE VA AL VALLE DE LERMA



Al par que me sorprende la noticia,  
conmuéveme que al fin, triste y enferma,  
la salud quieras recobrar, Alicia,  
en mi alegre y gentil Vallé de Lerma.

¡Gratos te sean mis paternos lares,  
benigno el sol que mis montañas dora,  
y mitigar consiga tus pesares  
el cielo que las almas enamora!

¡Si salvando contigo la distancia  
que me separa del edén nativo,  
pudiera visitar los de mi infancia  
verjeles ¡ay! en que soñando vivo!...

En vano ahora esta ansiedad inmensa  
medir querrías en vehemente anhelo:  
cuando se sufre como tú, se piensa  
que no hay duelo mayor que el propio duelo.

Pero mañana, cuando á ungir tu frente  
sientas llegar un hálito de vida,  
y con el gozo, de tu pecho ausente,  
á tu tez vuelva la color perdida;

Cuando á tus ojos ávidos se tienda  
un cielo azul de vívidos fulgores  
y derrame á tus pies como una ofrenda  
Naturaleza todos sus primores;

Cuando al par que brillantes mariposas,  
llenen los aires vagas armonías  
y abrirse veas por doquier las rosas ..  
¡comprenderás las ansiedades mías!

¡Feliz aquel que opuso á los engaños  
de un falso bien, un poco de cariño  
y alegres mira transcurrir los años  
en el hogar en que jugó de niño!

¡Con qué honda piedad, con qué amargura  
te acordarás de mí, cuando ceñida



de viva luz, radiante de hermosura,  
mires doquiera desbordar la vida!

¡Oh, y el placer que sentirás cuando halle  
el bálsamo al dolor que le desgarrar  
tu espíritu gentil! ¡Cómo en mi valle  
no ha de triunfar tu juventud bizarra!

Imagínate: diáfanos los cielos  
ó ya tendidos de lujosos tules;  
frescas umbrías; claros arroyuelos;  
ríos que incendia el sol; montes azules.

Senderos sombreados de sauzales;  
cercas de rosas, cármenes estivos,  
y por cima de espesos matorrales  
coloreando la flor de los seibos.

El viento, entre las ásperas quebradas,  
*tristes* imita en desigual lamento;  
¡mas qué murmullo alegre en las cañadas,  
qué sonoras risas suelta el viento!

Como dispersos nidos de palomas  
y de huertos edénicos ceñidas,  
blanquean las casitas en las lomas  
entre almendros en flor medio escondidas.

Tiéndenles su dosel frondosas parras,  
á cuya sombra, á la hora de la siesta,  
al bien templado son de las guitarras  
están las almas y el amor de fiesta.

Y no se doblan bajo el sol de fuego  
con mayor humildad las margaritas,  
como las almas al doliente ruego  
que solloza en las dulces *vidalitas*.

Tornando la labor menos pesada  
con las querellas del amor más fino,  
suenan en los prados de la mies dorada  
la sentida canción del campesino.

Mil suertes de aves que la rambla hospeda  
sus notas dan á los distintos coros,  
al par que agita, al son de la arboleda,  
la cigarra sus élictros sonoros.

Cual si de admiración dieran señales  
callan de pronto el bosque y el otero...



¡y es que resuenan por doquier triunfales  
los cantos del alegre *chalchalero*!

Viene la tarde. Exhalan las florestas  
vagos rumores, flébiles suspiros,  
mientras del monte en las lejanas crestas  
dibuja el sol rotondas de zafiros.

Juguetón y festivo entre el boscaje  
ebrio de dicha el céfiro retoza,  
cuchichea y murmura en el ramaje  
ó con las linfas trémulas solloza.

Y es quien finge con voz vibrante y clara  
rumores de himnos por doquier dispersos,  
cual si alguien en las frondas recitara  
de Mosco y de Bión los dulces versos.

Templos forjando de oro y pedrería,  
y de las flores entreabriendo el broche,  
mientras en las cumbres resplandece el día,  
tiende en el valle su crespón la noche.

¡Serena, augusta esplendorosa!... El cielo  
cristalino y azul: cual la de un lago  
niebla sutil, el vaporoso velo  
tiende la luna por el aire vago.

Limitando las negras hondonadas,  
cual sombrío fantasma álzase el monte  
y recorta sus curvas plateadas  
sobre el pálido azul del horizonte.

De incesante rumor el aire llenan  
insectos mil, y extrañas armonías,  
cantos celestes, décimas que suenan  
como la voz de ignotas lejanías...

¡Qué es mirár cómo vívidos resaltan  
los astros en los cielos constelados  
y cómo las luciérnagas esmaltan  
cual rocío de luz montes y prados!

Dicen que en la alta noche, en la profunda  
arcana soledad, se oyen divinas  
voces, y el aire estremecido inunda  
como un raudal de notas cristalinas.

Es el triste *cacuy*. En un lamento  
prorrumpe de la noche en la honda calma,



de arpegios funerales llena el viento  
y de infinita soledad el alma.

Y es fama que á su voz, de la tiniebla  
que el tajo vela de espantable abismo,  
las vaporosas hijas de la niebla  
brotan y danzan sobre el tajo mismo.

Al rayo de la luna en la pendiente  
raudas voltean, ó á la agreste falda  
descienden por el arco de un torrente  
con los cabellos sueltos á la espalda.

Ríe en Oriente el alba fugitiva  
y húndense todas en el negro tajo...  
Y el mundo de astros palidece arriba  
y el cendal de luciérnagas abajo.

¡Oh mi valle gentil! ¡Oh sonriente  
asilo de mi amor, noble y seguro!  
¡Todo es en tí sin par, más transparente  
la luz, el aire saludable y puro!

¡Cómo hermosea en mi memoria y cuánto  
brillo le presta al acabado lienzo  
de vuestra pompa el virginal encanto,  
¡oh, Pulares! ¡oh, Salta! ¡oh, San Lorenzo!

¡Gratos seáis á la que os busca ansiosa,  
y vuestro cielo devolver consiga  
las ilusiones de color de rosa  
al alma enferma de mi dulce amiga!

¡Adiós, Alicia, adiós! Por mí de hinojos  
la frente besa de mis padres, ¡y hada  
sé, que el velo disipes que sus ojos  
anubla al ver la casa abandonada!

¡Diles que no del mal al golpe rudo  
caen sus hijos en la ardiente arena,  
que él no vence al que lleva por escudo  
la fe de la niñez, limpia y serena!

¡Sientes vago rumor que en leves giros  
en sus ondas el céfiro arrebatata?  
¡Es que emprenden el vuelo mis suspiros  
desde la orilla del undoso Plata!

¡Lleguen contigo á los paternos lares  
donde hallarás el bálsamo á tu daño,



donde se esmalta el césped de azahares  
y hay golondrinas casi todo el año!

¡Al nativo verjel, donde parecen  
bandadas de palomas las aldeas,  
de cuyos muros á la sombra crecen  
pasionarias, miosotis y ajedreas!

Y desgranados, como en blanda lluvia  
de pétalos que á tí vuelan dispersos,  
¡á acariciar tu cabecita rubia  
y á posarse en tu oído irán mis versos!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Enero de 1893.

## EL RELOJ

Deslizóse por mi alcoba cierta noche un hada hermosa  
y me dijo:— «Vengo á hacerte por capricho, aqúeste don:  
en el día más infausto de tu vida borrascosa  
en pedazos mil, deshecho, mirarás este reloj.»

Dijo y fuése. Desde entonces, del salón en el testero,  
con monótono, pausado, quejumbroso y grave son,  
de las horas el transcurso con su largo minuterero  
señalaba un hermosísimo y fantástico reloj.

Cuando tristes desengaños, cuando algún dolor punzante,  
derramaban en mi pecho la onda amarga del dolor,  
mis miradas se volvían hacia el mágico cuadrante...  
¡Impertérrito marchaba, sin romperse, aquel reloj!

Cuando negras infidencias de la suerte me arruinaron,  
—¡Ah!— exclamé— de los dolores este sí que es el mayor.—  
Al salón corrí al momento... mas mis fuerzas desmayaron,  
pues miré de horror transido que aún marchaba aquel reloj!

Cuando seres que adoraba, del destino el rayo odioso,  
por llevarlos á otros mundos de mi lado arrebató,  
yo me dije sollozando:—¡No hay dolor más espantoso!—  
y miré con honda angustia que aún marchaba aquel reloj.

Cuando dos pupilas negras en las mías se fijaron  
y sentí que un algo inmenso me oprimía el corazón,  
con afán mis ojos tímidos al reloj se levantaron...  
¡Y en pedazos mil, deshecho, ví estallar aquel reloj!

JULIÁN MARTEL.



## ¡ARRUINADO!



—¿Conque arruinado?

—¡Arruinado!

—¿Qué importa, esposo adorado?  
firmísimo es mi querer  
y aunque estés pobre, he de ver  
en tí mi cielo...

—¡Estrellado!

## UN PROPÓSITO DE ENMIENDA

Por calmar habladurías  
y calumniosos reproches,  
dice Maltilde á Matías:

—Consagraré á Dios mis días.  
Y él le pregunta:—¿Y tus noches?...

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.





## POR UNA RUBIA...

Hí va mi amigo Alberto, el seductor Alberto, devorando la distancia y sorprendido de su misma audacia, á hacer la primera visita de candidato á novio en casa de una joven rubia, de una rubia deliciosa, á quien ni conoce ni ha sido presentado.

Hace dos semanas me encontré una tarde en la calle y cerrándome el paso me hurló en el oído con voz entrecortada

y llena de emoción:

—¿La ves? ¡Es ella! Va con su mamá. Es la tercera vez que la encuentro, y ya no vacilo. ¡Qué he de vacilar! Hoy mismo sabré quién es y cómo es...

Y abandonándome tan precipitadamente como me había abordado, se introdujo en una tienda próxima, siguiendo las huellas de la incógnita criatura.

Alcancé á verla. Era una joven de talle esbelto y andar elegante, muy humana en las formas y muy divina en el rostro. La nota que resaltaba dominando el conjunto era una magnífica trenza rubia que caía coquetamente sobre sus espaldas... ¡una verdadera serpiente tentadora!...

Me encogí de hombros al recordar la aturdida precipitación de Alberto, acostumbrado como estoy ya á estos lances tan frecuentes con él, é hice votos íntimos por la seguridad individual de mi amigo, á quien muy seriamente han comprometido tantas veces varios padres y hermanos irritados.



¡Un Tenorio! dirán ustedes. ¡No, señores! No es Alberto un buscapleitos, ni un perdonavidas, ni un enamorado audaz de las mujeres bonitas; no ama por vicio, ni hace daño por oficio. Es un misántropo furioso, enemigo de la sociedad y de sus leyes, y amigo de la teoría, que sostiene, de que siendo la mujer la parte integrante del hombre, —del cual tiene algo más que una costilla porque es su corazón y la razón de su existencia, —á él le pertenece sin limitaciones, según la ley de la naturaleza, que nadie puede quebrantar ni restringir. Por eso se dedica á amar á todas en cualquier forma, sin cuidarse de las conveniencias sociales.

Esa despreocupación de aturdido con que procede le ha hecho víctima de aquellas explosiones de enojo y desagrado exacerbados. Él no es el culpable; busca, persigue y estudia á la mujer, y no la encuentra; todas calculan, todas piensan. Su ideal, la mujer perfecta, ha de ser (así él lo dice) toda corazón, nada cabeza. No es, pues, en el fondo, un émulo del héroe de Zorrilla. Es un neurótico irresponsable, á quien sólo corresponde tratar como á una víctima, no como á un victi-mario.

.....  
 ¡Pobre amigo! ¿En qué piensa mientras corre y suda á mares en esta fría noche de Junio? Oigámosle:

« — ¡Ánimo, Alberto! Falta ya poco. Hubiera subido á un carruaje, pero tengo horror á la bulla; quiero presentarme sin ruido, de improviso, de una manera inesperada... ¿Cómo me recibirán? Bien, muy bien; ¿qué más recurso les queda? Las obligaré á ser galantes... ¡Qué dicha se me presenta! ¡Verla de cerca, oír su voz de ángel; contemplar arrobado esos rizos adorables que juguetean como duendecillos traviesos sobre la nieve de su frente; esos bucles perfumados que caen sobre sus hombros redondos y sobre sus espaldas róseas desbordados en oleadas de oro!... ¡Ay, Amanda! ¡cuánto te amo!... Pero... ¿y la mamá? ¡Bendita señora! No estoy del todo tranquilo; me ha mirado muy atentamente de los pies á la cabeza, como calculando cuánto valgo según la longitud de mi persona .. Daría mucho de lo que tengo por saber qué piensa de



mí la buena señora; ¡se ha manifestado tan reservada y observadora!... ¿La habré alarmado con mi precipitación? No me parece. Nada tiene de particular que á un caballo brioso como Amianto se le ocurra echar por tierra á un jinete como yo, frente á una casa como la de Amanda. ¡Vaya! ¡qué ha de tener de particular! ¡cómo que está enseñado y basta hundirle la



rodela en los ijares!... Y no tiene nada de extraordinario tampoco el hecho de que al caer se me afloje una pierna ó se me endurezca un brazo, mientras se ríen á grandes carcajadas las niñas, ocultándose detrás de las ventanas; ¡qué ha de tener de extraordinario!... Y no es tampoco cosa del otro mundo que con paso torpe me acerque á la sirvienta y le pida... lo que se pide en tales casos: un cepillo para quitarme el polvo, y ésta entre en la casa y vuelva luego con la señora y las niñas á ofrecerme todas cepillo, agua, aire, reactivos, médico... ¡qué sé yo cuántas cosas! y yo lo acepte todo afectando estar cohibido y contrariado, y me deje guiar y cuidar y hasta curar, con el único propósito de hacerme simpático y de poner á la



dueña de la casa en el duro aprieto de pasar por inculta con un joven decente, ó de ofrecer sus salones á un desconocido que nada ha hecho para merecer tanto honor. Y sin embargo... ¡no me los ha ofrecido!... ¿Por qué será?... ¿Un olvido?... No importa; yo me los ofrezco y es lo mismo; decididamente esta noche me estreno. La mamá tendrá que ser amable por fuerza; no le queda más remedio; supongo que será viuda... ¡si fuera casada!... Me asusta el pensar que... ¡Ánimo, Alberto! sacarás fuerzas de la misma emoción... ¿Número 1015? aquí es; por fin he llegado.»

Sonó el timbre y poco tardó la sirvienta en recibir la elegante cartulina con el nombre de Alberto Lover.

—¿Está visible la señora Eudocia?

—Sí, señor.

—Pues hágame el favor de pasarle esta tarjeta.

—Al momento.

—¿Qué dirán en cuanto sepan?... pensó Alberto sonriendo. ¡No! lo que es la mamá no puede vacilar y me abrirá las puertas de su casa; ¿quién lo duda?... ¡Ay, Amanda! ¡en qué apuros me pones!... ¡Si no tuviese la seguridad de que me ama!... porque me ama; no me queda la menor duda. ¿Acaso al mirarla no se sonríe... y suspira?... Sí, yo creo que suspira... Bendigo al cielo... y á Amianto, único autor de mi felicidad. Pero oigo pasos... es la sirvienta... ¡valor, Alberto!

—Pase usted adelante... al escritorio.

Poco después:

— Señor mío...

— Caballero... Tome usted asiento.

— Gracias...

— Usted es el joven del accidente... ¿verdad?

— Sí, señor; yo soy el joven del accidente... muy servidor suyo.

— Deseaba saber de usted... ¿qué tal? no ha sido nada, ¿eh?...

— ¡Bah! muy poca cosa, un brazo roto... nada más. ¿Y la señora?... ¿y las niñas?...

— Están bien todas; gracias...



— Me felicito...

Breve pausa.

— Usted es, quizás, el esposo de la señora...

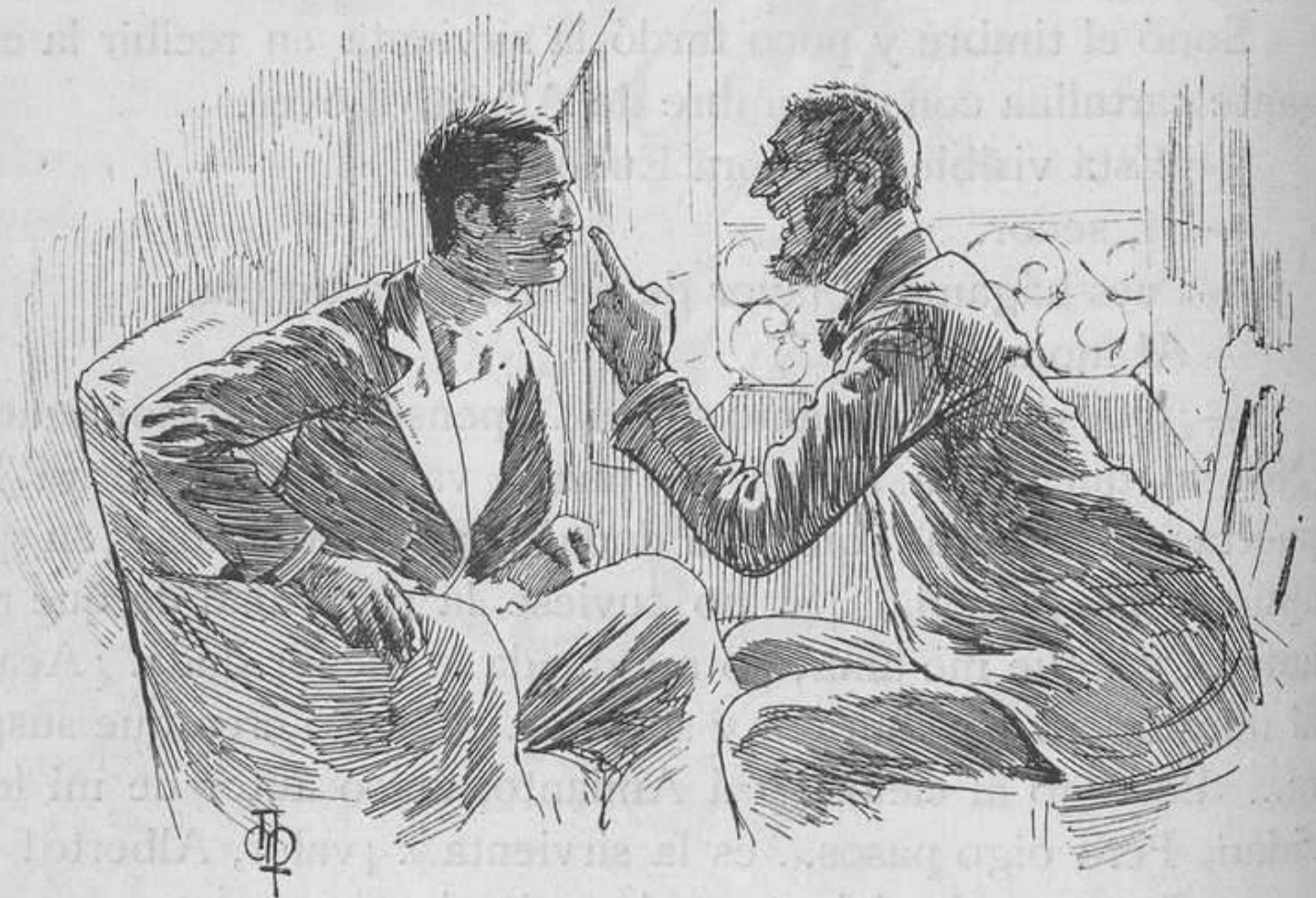
— Efectivamente; soy el esposo de la señora.

— ¡Ah!... ¡cuánto lo celebro!...

Alberto se ha mordido un labio.

— Y usted... ¡vamos!... deseará saber el objeto de mi visita...

— Creo adivinarlo...



— ¿De veras?

— Supongo...

— Ha supuesto usted bien: el objeto que me trae á su casa es agradecer nuevamente los cuidados que se dignó prestarme su familia, y aprovechar esta oportunidad para... para...

— ¿Para qué?

— Pues nada... para revelar á usted el interés que ha despertado en mí su bellísima hija...

— ¿Mi hija?...

— Y mis deseos de hacerme digno de ocupar la atención de Amanda...

— ¡De Amanda!...



—Y de merecer sus simpatías, porque... ¿á qué ocultarlo? á ella no le soy del todo indiferente; creo que ya se lo puedo decir á usted en confianza...

—¿A mí?...

—Usted sabe... una mirada, una sonrisa... tienen su significación en circunstancias especiales.

—¡Cómo!... ¿usted piensa?... ¿usted cree que?...

—Sí, señor; creo que no han desagradado á Amanda mis demostraciones...

—¡Cómo! ¿se habrá usted permitido?...

—¿Enamorarla? Sí, señor; y aun me atrevo á asegurar que soy correspondido.

—¡Miente usted!...

Y al decir esto, el dueño de casa salta furioso de su asiento.

—¡Ese insulto!... exclama Alberto, levantándose también instintivamente.

—¡Atreverse á asegurar que Amanda le ama!... ¡habrá infamia!

—Pero, permítame usted, caballero; Amanda... su hija...

—¿Mi hija? ¿se ha vuelto usted loco? Amanda no es mi hija; Amanda... ¡es mi mujer!...

—¡Su mujer!!!...

Alberto, estupefacto, palidece, da un paso atrás, balbucea una excusa torpe, busca la puerta de salida y desaparece exclamando:

—¡Me he lucido!

Que es precisamente lo mismo que digo yo á mis lectores al terminar este artículo.

ÁLVARO CÁSTEZ.

### EPIGRAMA

—¿Qué *letra* es esa, marido,  
que hoy te ha vencido?

—¡Ay, Carlota!  
supuesto que *me ha vencido*,  
para mí es una *D-rotá*.





EL DISTINTIVO  
DEL TONTO

Un *dandy* que viste mal  
y tiene cara de sapo,  
ayer tarde, en el ojal  
llevaba una flor de trapo.  
Entonces tomé en aprecio  
lo de un insigne escritor:  
« que suele ser una flor  
condecoración del necio.»

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EPIGRAMA

—¿Viene usted por el recibo?  
—Sí, señor, vengo por él.  
—Pues en tanto que lo extiende  
tome asiento y pruebe usted  
este té, que es exquisito,  
y estas pastas...

— ¡Don Manuel!  
¡me deja usted estupefacto!  
es usted el único *inglés*  
decente que he conocido,  
pues da *recibos* con *té*.





## LA NIÑA DE NIEVE

Tus frialdades no me explico  
 sabiendo cuánto te adoro;  
 ¿acaso no soy un chico  
 que vale cualquier tesoro?  
 ¡Ni una esperanza me ofreces  
 y amor me abrasa y me quema!  
 ¿no ves, mujer, que pareces  
 hecha de helado de crema?  
 Tan fría siempre te he hallado,  
 que cuando te conocí,  
 antes me sentí resfriado  
 que enamorado de tí.

¿Y ha de ser vana mi queja?  
 ¡Dios no lo permita, Inés!  
 cástate conmigo y deja  
 tu frialdad... para después.  
 — ¡Inútil afán! tu anhelo  
 no ha de aplacar mi rigor:



mi amor no es de aquí... ¡es del cielo!  
—No te comprendo...

—Al Señor

por dulce esposo elegí  
y en el claustro busco asilo...

—¿Y qué haré ingrata sin tí?

—Te quedarás... tan tranquilo.

—Tu frialdad, Inés, me admira,

—Aunque te ponga en un brete,  
quiero ser monja...

—Pues mira,

te puedes llamar *Sor-bete*.

CASIMIRO PRIETO.

---

## REDEMPTIO

---

Llegué á desesperar... ¿A dónde iba  
por el rudo peñón cortado á tajo?  
Miré el cielo ¡y estaba muy arriba!

La sima con su vértigo me atrajo;  
torné la faz á la traspuesta hondura,  
ví la tierra ¡y estaba muy abajo!

Y á la mitad de la pendiente dura,  
donde el fragoso alud brota y resbala,  
dudé entre la vergüenza y la locura.

Y un gran buitre al pasar me hirió con su ala;  
y oré sabiendo que el incienso sube  
á excelsitudes que el condor no escala.

Imploré con fervor... Y me detuve,  
observando con pasmo que mi ruego  
se condensaba en derredor en nube.

Y algo como una lágrima de fuego  
brilló en ese vapor, germen de estragos  
y dijo á mi dolor, convulso y ciego:

—Yo soy el numen de tus sueños vagos;  
yo soy la llama de la zarza ardiente;  
yo soy la estrella de los Reyes Magos.

Yo soy la Redención.—Y eco rugiente  
se levantó del valle y parecía  
como rumor de mar... y alcé la frente  
y puse el pie en la nube que partía.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.





## Sr. D. Federico Gamboa

DISTINGUIDO NOVELISTA Y DIPLOMÁTICO MEJICANO



## FEDERICO GAMBOA

Cuando aparezcan estas líneas, habrá abandonado ya el simpático escritor, el amigo querido, esta ciudad de donde lleva tantos afectos y recuerdos y en donde los deja tan gratos é intensos: como novelista, por las no comunes dotes de su espíritu observador, analizador y dado á todo lo poético, pasional y bello; como hombre, por las hermosas prendas de su carácter.

Gamboa ha sido un mimado de la moderna musa noveladora. Desde sus primeros pinitos literarios, tendióle ésta su mano auspiciadora de fortuna, presentóle al público con sus cuentos *Del Natural*, abrióle las puertas de la Academia Española, como correspondiente, y recomendándole á la estimación general, dióle su puesto en el gran taller intelectual de la idea, dejando en su alma de adolescente, como regalo de madrina, la gracia y la energía, la sinceridad y el fuego de la vida artística, y como gaje de despedida, como beso que se tira con el adiós de la separación, un puñado de ritmos y de giros nuevos del decir.

Federico Gamboa nació en Méjico el 22 de Diciembre de 1864. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Nacional Preparatoria de aquella ciudad y los terminó en una pública de adultos de Nueva York, mostrando, desde temprano, decidida vocación por el cultivo de las letras. Ensayóse, como periodista, escribiendo crónicas sociales, políticas y artísticas en el *Diario del Hogar*. Los éxitos que obtuvo le llevaron á emprender trabajos de mayor aliento, y su estilo fué poco á poco ampliándose y vigorizándose al encauzar — en varios cuentos que dió sucesivamente á luz — su tendencia vivaz por el género literario que hoy más priva y que mayores y variados horizontes tiene por delante: la novela.

Con esos cuentos, — pequeños cuadros de la vida real, en



que el autor se muestra ya naturalista, ó mejor dicho, verista—formó su primer libro *Del Natural*, que se ha podido apreciar aquí, por haberlo reproducido íntegro la *Revista Nacional* de Carlos Vega Belgrano. A pesar de la importancia de *Vendía Cerillos*, quizá la mejor de las narraciones de la colección, Gamboa no llega en ellas al desarrollo completo del estilo, que solamente toma las formas características de su personalidad en algunos capítulos de *Apariencias* y se acentúa más aún, en su último libro *Impresiones y Recuerdos*. Éste acusa un verdadero progreso sobre los dos anteriores y presenta ya de cuerpo entero al estilista de raza, de tacto delicado y con caudal propio de ideas, de imágenes y de exquisiteces armónicas en la elocución.

*Apariencias* ha sido su primera obra de aliento. En ella ha pecado por exceso, se ha detenido demasiado en la descripción de escenas y escenarios que no eran indispensables para el desarrollo de la acción principal, todo lo cual nada tiene de extraño en un escritor joven, pues la sobriedad es la virtud de la experiencia. Toda la primera parte, compuesta de episodios de la invasión de Méjico por los franceses, de indisputable mérito literario, no tiene otra vinculación con la novela que la de pintar algunos rasgos de la juventud del futuro protagonista Pedro, de los cuales podía en absoluto prescindirse, siendo únicamente en la conducta y el carácter del hombre, modificables por la edad, que debía estudiar el problema psíquico social del adulterio, tan viejo como la humanidad y como ella eternamente nuevo, que sirve de nudo y de fundamento á la obra. Esa introducción forma por sí sola un conjunto independiente, que separado de la novela, propiamente tal, ganaría mucho y daría mayor cohesión, unidad y realce á las verdaderas *Apariencias*, que comienzan con el drama de amor de Elena y Pedro y sus luchas en la pasión y el deber, entre la razón y sus instintos.

En esa primera parte hay páginas bellísimas y cuadros de gran verdad, llenos de color y de vida.

La figura de don Lucas está acabadamente presentada. Se le ve, se le oye, casi se le palpa. Su actitud de chiflado



sublime, defendiendo el querido terruño, me recuerda el lienzo de Boutigny, *Un bravo*, en que un antiguo soldado de la Crimea y África, pretende, solo, detener un grupo invasor que avanza por el *Faubourg Saint Michel*. Se arrodilla en medio de la calle y descarga su carabina: hace dos víctimas; pero en seguida cae acribillado, pagando heroicamente, de manera tan oscura como estéril, el tributo de su vida en aras de la patria. El decrepito don Lucas se sacrifica así por salvar su aldehuela, muere, y va á confundirse y desaparecer para siempre en esa inmensa legión ignorada de abnegados altruístas sin nombre y sin bandera que ha desheredado la fama y la fortuna.

El argumento de *Apariencias* puede condensarse en pocas palabras. Don Luis, protector generoso de Pedro, se casa con Elena, joven pobre, y que podía ser su hija. Elena y Pedro se enamoran, y éste rompe el compromiso que había contraído con Magdalena, á quien casi mata el desengaño. Ambos jóvenes, propiciados en su amor por cuanto les rodea, después de un proceso pasional, más largo en lo contado que en sí mismo, guardando como consumados artistas las apariencias de aquella vida de hipocresía y falsedad, sin consideración alguna por el confiado y paternal marido, se entregan á los impulsos de su sensualidad que acaba en desenfrenada lascivia. Don Luis descubre al fin la desgarradora traición, baja y miserable, pero humana. Quiere matar, en el primer momento de su indignación y su despecho; pero luego su nobleza y su filosofía le salvan de arrojar sangre sobre el lodo y les *deja la vida como castigo*.

En *Apariencias* todo prepara y pide el adulterio: lo extraordinario sería que no se consumara. El marido es viejo, ingenuo y sin malicia; la mujer es joven, bella, voluptuosa, algo soñadora y con anhelos no satisfechos; el protegido reúne todos los prestigios de la juventud, de la hermosura varonil y del talento; es el niño mimado de la casa, no se habla sino de sus méritos y le dejan siempre con ella juntos y solos: ¿qué otra cosa podía suceder? No hay sentimiento de gratitud por acendrado que sea, que en tales condiciones



pueda vencer las exigencias de la edad y de los sentidos. Por eso el desenvolvimiento de la acción no despierta gran interés, porque el desenlace no solamente se adivina, sino que se impone.

Para que Pedro y Elena hubieran tenido otro atractivo, otra aureola, otro valer y hubieran resistido el empuje de la pasión, el fuego de sus miradas y todas las tentaciones del amor y de una juventud exuberante, en roce continuo, en lucha diaria, necesitaban un carácter excepcional, y una altura moral muy superior á la que, por desgracia, alcanza el común de nuestros semejantes. La obra hubiera sido así mucho más transcendente, más nueva, de mayor arte, nobleza y hermosura; pero también mucho menos humana.

Magdalena es todo poesía y gentileza. Esa inocente víctima es como un rayo de sol que alegra el alma al rasgar la penumbra de una atmósfera húmeda é inficionadora; es un jirón de cielo azul que hace pensar en esa belleza que no muere; es una ráfaga de mirra balsámica que calma las laceraciones producidas por esa filosofía del protagonista, que podría llamarse *el egoísmo del instinto*, y es, en fin, después de abandonada á sus lágrimas y su dolor, como un puñado de violetas y jazmines, esparcido sobre la tumba de su amor y de sus esperanzas.

¡Lástima que Gamboa se haya dejado dominar tanto por el encanto peligroso del detalle y la minuciosidad! El dicho del viejo bardo Hesiodo: «La mitad es á veces más que el todo,» es una verdad aplicado á *Apariencias*.

Sin embargo, á pesar de los defectos apuntados y de otros relativos á los resortes de la intriga, esta obra es de un mérito positivo, por la forma, por el estudio de caracteres, de sentimientos y de móviles y por las reflexiones sensatas que contiene sobre el hombre y la vida social.

En *Impresiones y Recuerdos* ha dado un gran paso adelante. Hay más soltura, pureza, amenidad é interés, aun cuando nada diga extraordinario. La sinceridad respira en todas las páginas de este libro, como que es uno de los rasgos más descollantes de su personalidad.



En algunos de los juicios que emite puede haber error; pero de seguro es ingenuo.

Gamboa ha comenzado ya su cuarto libro, que se titulará *La ley suprema*. Es un trabajador incansable. Admira al gran Zola y se inspira en su ejemplo.

Con su talento y la energía de su voluntad puede juzgarse adónde llegará, por el brillante puesto que ya ocupa entre los novelistas sud-americanos.

ANGEL MENCHACA.

Buenos Aires, 4 Agosto 1893.



## Á UN LAUREL

En la primavera eflorescencia,  
cual ígneas manchas, tus estrellas rojas  
cubren en profusión las verdes hojas  
de metálico esmalte y refulgencia;  
y en aromosas ráfagas, tu esencia  
á los errantes céfiros arrojas...  
¡Laurel! tu pompa insulta las congojas  
de la postrera edad de mi existencia!

¡Prenda falaz de triunfos inmortales!  
Hoy mi doliente corazón no engañas:  
sé que encierras en tí jugos letales,  
por premio á las olímpicas hazañas;  
y tus agudas hojas son puñales  
que hieren del poeta las entrañas!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.





## ROMANCE AMOROSO

—  
 Á CLORI

Dices, Clori, que un capullo  
 cortaste al rayar el día,  
 del rosal que en tu ventana  
 con tanto esmero cultivas.

Dices que en su fresco cáliz  
 una gota cristalina  
 viste brillar de rocío,  
 como perla fugitiva.

Y ansiosa de su fragancia,  
 ó tal vez arrepentida  
 de haber arrancado al tallo  
 la bella flor purpurina,

Acercándola á tu boca  
 que puro carmín matiza,  
 un beso le diste, amante,  
 mientras ¡pobre flor! decías;



Que la gota de rocío  
por tus labios absorbida  
se secó quedando sólo  
las tristes hojas marchitas...

¡Y lloras por eso, Clori!  
no te apenes, pobre niña,  
que de una flor nunca puede  
otra flor ser enemiga.

No la marchitó tu aliento,  
tan leve como la brisa,  
fué... que el fragante capullo  
de tus labios tuvo envidia.

J. J. GARCÍA VELLOSO.

Buenos Aires, Junio de 1893.

---

## ESTANCIAS

---

Este es el muro; y en la ventana,  
que tiene un marco de enredadera,  
dejé mis versos una mañana,  
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía  
con frase ingenua cuitas de amores;  
dejé mis versos que al otro día  
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,  
en el recodo de aquel sendero,  
ella me dijo con voz muy queda:  
«Tú no comprendes lo que te quiero.»

Junto á las tapias de aquel molino,  
bajo la sombra de aquellas vides,  
cuando el carruaje tomó el camino,  
gritó llorando: «¡Que no me olvides!»

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,  
sitios umbrosos, fresco emparrado,  
gala de un muro de tosca piedra;  
y aunque es lo mismo todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;  
entre las ramas hay otras flores;  
hay nuevas hojas y nuevos nidos,  
y en nuestras almas nuevos amores.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Méjico.



## CALAVERADAS

### DE UNA MENTE VAGABUNDA

---

En todo el reino animal no existe una metamorfosis tan rápida como la que experimenta la mujer, que se levanta de la cama en estado de oruga y al salir á la calle está hecha una mariposa. Esa súbita transformación es obra de la omnipotencia mágica de los postizos. Quedan exceptuadas de esta aserción las mujeres que no son orugas, ni aun cuando se levantan de la cama, y que, en materia de encantos plásticos, tienen capital propio.

---

No doy dos centavos por el talento de los hombres físicamente virtuosos. Me explicaré. Entiendo por físicamente virtuoso al hombre que no bebe más que agua y leche, que no fuma, que no come más que lo estrictamente necesario para mitigar el hambre, que es siempre correcto en el trato social, que no pierde su cachaza en trance alguno de la vida, que queda neutro en presencia de las bellezas plásticas del sexo *opuesto*; en suma, el que es refractario á todo género de excesos físicos, vicios ó pasiones. Un hombre así alcanzará larga vida, no llegará á conocer enemigo alguno, y atravesará este valle de lágrimas sin derramar una sola... á menos que le den una cebolla á oler.

Estas virtudes físicas no quitan que el que las tenga sea un solapado hipócrita y un egoísta matriculado, pero sostengo que tan dichoso bímmano será sólo excepcionalmente una mediocridad, porque en la enorme mayoría de los casos será una nulidad acabada.

La recíproca no es verdadera, ó, en otros términos: Dios me libre de sostener la herejía de la necesaria ó fatal vinculación del talento ó del vicio. No. Tanto como eso, no. No todos



los hombres viciosos y apasionados son unos talentos; lejos de eso; pero sostengo que no hay hombre sobresaliente que no tenga algún vicio manifiesto ó secreto, ó cuando menos alguna pasión que está reñida con el código de la corrección social.

Un cerebro que funciona vigorosamente engendra ideas buenas y acciones generosas, pero al mismo tiempo segrega, como producto del cansancio cerebral, una vez vicios, otra pasiones, y las más de las veces tan sólo inofensivas y ridículas excentricidades. Precisamente este cúmulo de vicios, pasiones y ridiculeces es la fuente eterna del arte y de la ciencia, que constituye lo eminentemente humano de la humanidad. Si fuéramos todos físicamente virtuosos, no nos distinguiríamos en nada de una enorme manada de orangutanes.

Prefiero ser hombre con todas mis debilidades, á ser orangután correcto é irreprochable. Declaro aquí que no doy ningún derecho á los calaveras y crápulas para que se tengan por individuos de talento apoyados en mi opinión.

Una risotada franca y sacudona de cinco minutos tan sólo compra la salud para toda una semana. Por eso considero que la audición de las alegres producciones del repertorio lírico-bufo-alemán-francés es un entretenimiento verdaderamente higiénico.

Los goces de la posesión de una cosa disminuyen en intensidad á medida que transcurre el tiempo que dura la posesión. La duración no interrumpida de un goce, ó su frecuencia, engendran la indiferencia primero y el hastío después. El hastío es la negación del goce. El pobre que va una sola vez al año al teatro, goza más en este goce único que el rico en las trescientas y tantas que puede regalarse en el mismo lapso de tiempo. El que vive siempre en la abundancia se acostumbra pronto á ella, y junto con la costumbre pierde el goce. El pobre tiene un número muy limitado de goces, pero en cambio los goza de veras, precisamente porque no está acostumbrado á ellos. De todo puede uno hastiarse, menos de los



goces inherentes á la labor intelectual, porque éstos varían al infinito, y porque la variación excluye el hastío. La mayor suma de satisfacciones debe, por consiguiente, buscarse en la actividad del cerebro, y no en los goces meramente materiales. El goce que se experimenta en la resolución de un problema, ó en la disipación de una duda, ó en la confirmación de una hipótesis, ó en la demostración de un teorema, ó en el hallazgo de la conexión causal de dos ó más hechos, ese goce, repito, es infinitamente superior al de comer bien, beber mejor, y dormir óptimamente. Toda la enorme manada de los escasos de espíritu no serán de mi opinión seguramente, pero esto poco importa, mientras tenga yo razón.

Los diez mandamientos pueden en la práctica reducirse á uno solo: *Haz lo que quieras, pero no te dejes agarrar.*

Entre el número infinito de creencias, infundadas las unas, y reñidas con el sentido común las otras, que forman en su totalidad el gran tesoro de la ignorancia popular, tan provechosamente explotado por los políticos de doce en docena, los malos clérigos, los embaucadores y charlatanes de todo pelaje, figura también la de que el genio no habita los cuerpos sanos, robustos y bien desarrollados, sino los enfermizos raquíticos y de esqueleto escaso. Se cree generalmente que un hombre de dimensiones hercúleas no puede ser más que un papanatas, una especie de toro de dos patas, y se cree eso, porque se barrunta que donde abunda tanto la materia tiene necesariamente que escasear el espíritu. Lo del *mens sana in corpore sano* no lo conoce el vulgo, porque si lo conociera lo había de tomar por una de las muchas pamplinas de Juvenal. La opinión popular á que acabo de aludir y que no lisonjea mucho á los numerosos colosos que, á la vez que sobresalían y sobresalen en lo espiritual, se singularizaban y siguen singularizándose en las balanzas, marcando números crecidos de kilogramos, esa opinión, repito, carece totalmente de sentido, porque parte de la idea absurda de que en un continente pequeño cabe un contenido mayor que en otro más amplio.



El continente es aquí el cuerpo, el contenido la potencia intelectual. ¿Qué es la potencia intelectual? Es indudablemente la manifestación de una fuerza, acaso electro-química, que á su turno es el atributo de una determinada materia, la sustancia nerviosa. Esa fuerza transmite en corrientes eléctricas las sensaciones al cerebro, cuyo estado molecular modifica, para despertar la conciencia, que es la que percibe las sensaciones, evoca las ideas y los recuerdos, establece las comparaciones, forma los juicios y determina la voluntad. Ahora, está fuera de duda, que la potencia intelectual, siendo como es una fuerza del cerebro, no depende precisamente de su peso, ó de su tamaño, sino de su estructura molecular, y que puede darse el caso de que un cerebro menos pesado, ó más pequeño, esté mejor organizado que otro más pesado, ó de mayor tamaño, pero la existencia de esta posibilidad no implica que ese fenómeno se verifique siempre, en todos los casos, ó, en otros términos, no existiendo una relación numérica fija entre el tamaño del esqueleto y el de la bóveda craneana del hombre, no es de ningún modo de presumir que los hombres de escasa estatura sean más inteligentes que los de estatura elevada. Si entre los hombres bajos hay más individuos sobresalientes que entre los altos, es porque aquéllos son considerablemente más numerosos que éstos. La leyenda de que un espíritu superior no habita sino un cuerpo chico, tiene su raíz principal en el hecho de la escasa estatura de Napoleón I, quien ha sido mirado siempre por todos los franceses, galófilos y admiradores del éxito, como la más genuina y legítima personificación del genio. Verdad es que Napoleón poseía el espíritu sintético en grado superlativo, esa preciosa cualidad sin la cual no se es organizador ni de Estados, ni de victorias, ni siquiera de una sociedad de socorros mutuos, pero tampoco deja de ser cierto que un cúmulo de circunstancias propicias le favoreció singularmente en todas sus empresas, particularmente en las militares. Bien sabido es que Napoleón no tuvo que habérselas en los campos de batalla sino con nulidades reconocidas como tales por todos los historiadores, y si bien sería injusto querer sostener por eso que dicho héroe no era



tal genio, sino simplemente algo más que una nulidad, no se comete un error de juicio si del genio se descuenta una buena parte para acreditar con ella la cuenta de los adversarios que contribuyeron con sus increíbles inercias á asegurar á Napoleón sus victorias. Queda así demostrado, que no por ser alto y morrudo es necesario ser bruto. Bismarck y Gladstone están indudablemente convencidos de esta verdad.

FRANCISCO LATZINA.

---

## HUMORADAS

---

### EL PLACER Y EL DOLOR

Sólo recuerdas de tu edad pasada  
lo que hubo de infeliz en tus amores.  
¡Qué quieres, prenda amada!  
El dolor nos recuerda otros dolores,  
pero un placer no nos recuerda nada.

### FLORES DE CIENO

Todavía perjura,  
mi corazón se goza en la amargura  
de tus falsos amores,  
como una sepultura  
que con restos de un muerto, cría flores.

### LO QUE INSPIRA EL MUNDO

Al ver al mundo entero  
vagar sin norte y con la fe perdida  
siento por él ese dolor sincero  
que siente por su enfermo el enfermero  
en el último instante de su vida.

### EL FONDO DEL VASO

Al final de la orgía  
siente ella pesadumbre y él bosteza;  
que en amor, ya agotada la alegría,  
se queda cada cual con su tristeza.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



TUS OJOS<sup>1</sup>

o tiene la alborada  
 del más hermoso día  
 tan lánguidos destellos  
 como hay en tu mirada,  
 dulce adorada mía.  
 Tu mirada es la luz, es la alegría;  
 brilla en tus ojos bellos  
 la pureza de un alma de paloma,  
 de un alma niña, cándida inocente,  
 que reverbera y se abrillanta en ellos;  
 de un alma que se asoma  
 detrás de tu pupila transparente,  
 como un ángel de Dios, como un querube  
 que se asomara con curioso anhelo  
 detrás de azul y transparente nube  
 á contemplar la tierra desde el cielo.

Desde ese azul profundo  
 no se verán del mundo los enojos...  
 ¡ay! ¡quién pudiera contemplar el mundo  
 con el cristal tan puro de tus ojos!  
 De tus ojos, bien mío, donde creo,  
 que adivino, que veo  
 algo de la pureza  
 con que la vida breve  
 á despertar empieza  
 en el botón de rosa,  
 blanca como la nieve,  
 que al concluir la noche,  
 á los besos del aura rumorosa,  
 abre su débil broche,  
 colúmpiase dichosa,  
 y al aire vago suelta  
 de su corola esbelta  
 la esencia deliciosa.

Tú eres la inspiración; hay poesía,  
 hay algo en tu mirada  
 que habla á la fantasía,  
 todavía aunque triste soñadora,  
 de la primera aurora  
 del tiempo que nacía,

<sup>1</sup> De un libro inédito titulado *Versos á Carmen*.



cuando empezaba la niñez del mundo  
 cuando alzaba soberbia la mañana  
 su frente soberana  
 sobre el caos profundo,  
 y cuando derramaba en el espacio  
 la lumbre brilladora que surgía,  
 con fulgores de oro y de topacio  
 oleadas de amor y de alegría.

¡Ay! así el alma mía,  
 de ausencias y de tristes soledades  
 en otro inmenso caos sepultada,  
 se ilumina á la luz de tu mirada  
 con olas de celestes claridades.

Hay un dolor profundo  
 que mina mi existencia,  
 que enluta el pensamiento,  
 que me ennegrece el mundo;  
 espina emponzoñada  
 con veneno de ausencia  
 ¡ay! que siempre clavada  
 en las entrañas míseras la siento.  
 Es un dolor sombrío  
 que en los contentos de mi vida vierte  
 gotas de hiel, de hastío;  
 más que el hastío, inerte,  
 más que el invierno, frío,  
 más negro que la idea de la muerte.  
 Cuando el recuerdo evoco  
 de mi niñez perdida en lontananza,  
 ¡ay! siento que del alma poco á poco  
 se me va desgarrando la esperanza,  
 y con ella llevándose la vida,  
 de volver hacia tí, patria querida.  
 ¡Dolor de los dolores!... Tú, que vienes  
 á la tierra del cielo,  
 cuya alegría en tu mirar mantienes,  
 cuyo amor todavía reverberas,  
 tú me comprenderás; pero tú tienes,  
 aunque triste, un consuelo,  
 ¡volver cuando te mueras!  
 ¡Yo moriré sin verte, patria mía!  
 Cuando cruel se clava  
 esta idea en mi mente,  
 desoladora y brava  
 como un hierro candente;  
 cuando en dolor sumido



levanto triste la ceñuda frente  
 y encuentro sorprendido  
 tu angelical mirada  
 que sobre mí se posa  
 lánguida, cariñosa,  
 olvido el cielo de mi patria amada;  
 mis dolores olvido;  
 la contracción horrible de la pena  
 que asomaba á mis labios indecisa,  
 truécase en la sonrisa  
 más plácida y serena;  
 respira el pecho ahogado;  
 el mundo se engrandece;  
 la nube del dolor se desvanece;  
 vuelve á mi ser la calma;  
 siento el sol en mi alma  
 antes helada, yerta;  
 parece que sonrío, que despierta  
 naturaleza hermosa  
 á mi vista asombrada,  
 como después de noche tormentosa  
 sonrío al iris de la paz amada.

Y sin caer, oscila,  
 vapor del dolor mío,  
 una lágrima ardiente en mi pupila,  
 que á la luz de tus ojos se evapora,  
 como suele la gota de rocío  
 evaporarse al rayo de la aurora.

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

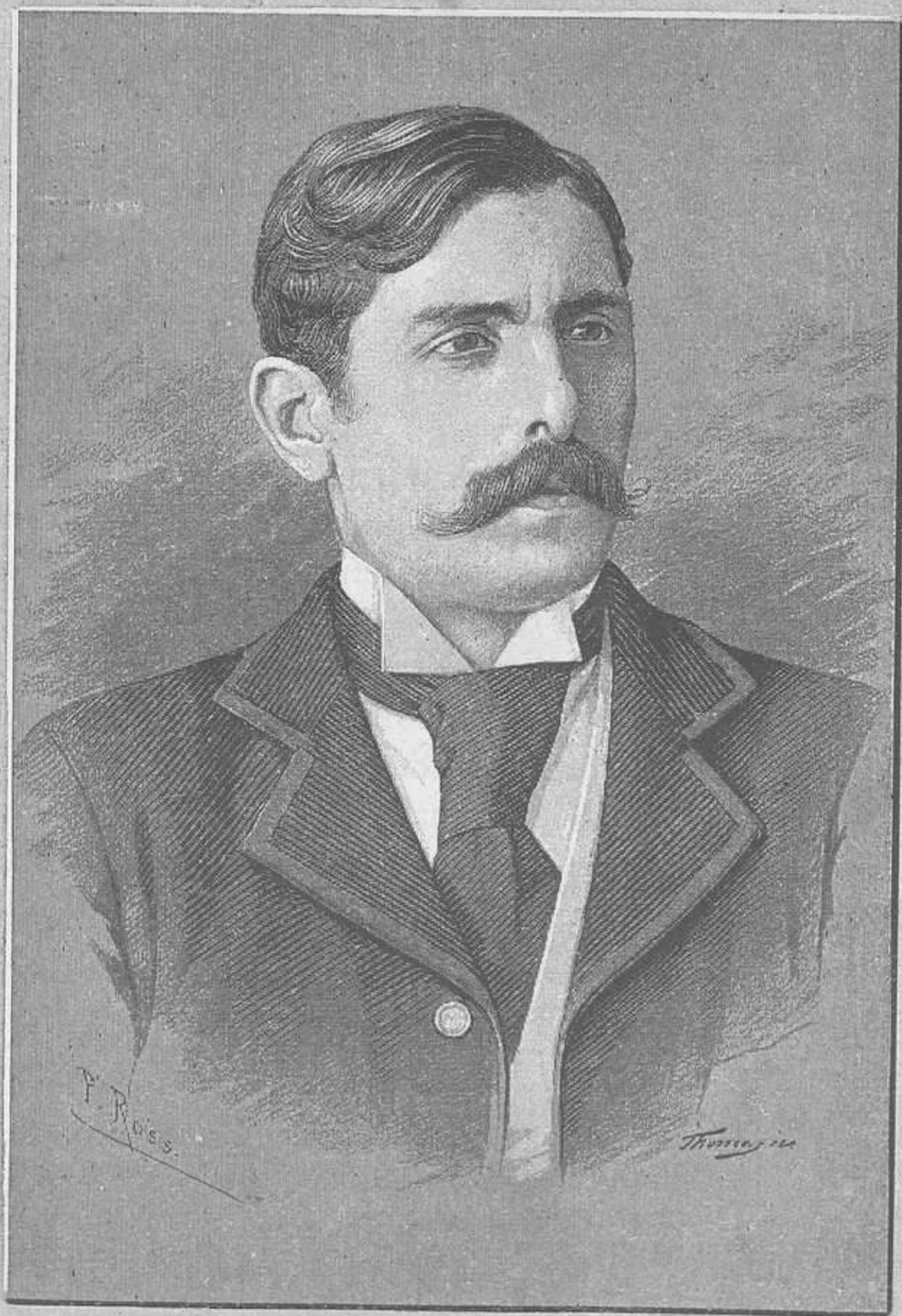
## EN UN ÁLBUM

Puso Dios los aromas en el viento;  
 el abismo en los mares;  
 el volcán en las grietas de los montes,  
 ¡y en tus ojos el cráter!  
 El que á la boca inadvertido llega,  
 explorador ó amante,  
 entre humo y tierra, y tentación y vértigo,  
 se precipita... y cae!

ANTONIO F. GRILO



NUESTROS COLABORADORES



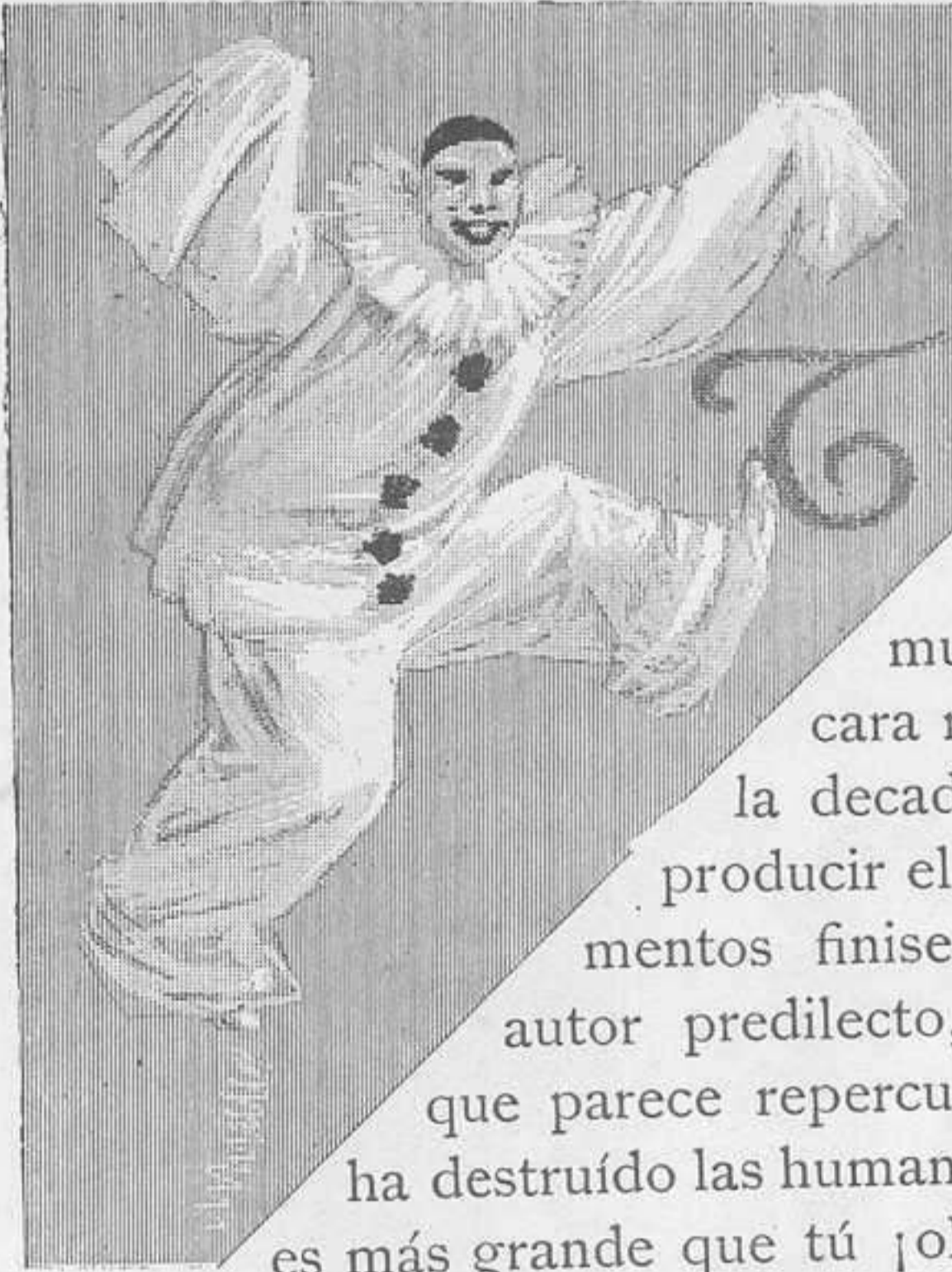
**D. José Miró**

(JULIÁN MARTEL)

DISTINGUIDO NOVELISTA ARGENTINO



## EL TRIUNFO DE PIERROT



Á ARMINDO VALDIVIESO

E adoro, Pierrot. El fúnebre abrazo de tus mangas flotantes debe dar vértigos infernales. Me muero de amor al mirarte la cara macabra. Eres el Romeo de la decadencia, el único capaz de producir el espasmo en los temperamentos finiseculares. Baudelaire es tu autor predilecto, y tu carcajada satánica, que parece repercutir en horrendos abismos, ha destruído las humanas grandezas; porque nadie es más grande que tú ¡oh, burlón implacable, cuya risa se parece á la mueca suprema! El ruido del falso puntapié que das en el picadero ha hecho huir en bandadas las ilusiones de alas azules, que tú has desterrado del mundo para siempre. Te he mandado llamar yo, la mujer orgullosa que desdeña el amor de los reyes, para premiar con mis besos tus hazañas de anoche. Al verte tan alegre y triunfante; cuando el público te aplaudía á rabiarse con aquella ovación que te dejó petrificado de gozo, yo, en el fondo del palco en que estaba, me decía que de dónde sacabas ese arsenal de piruetas y gracias que no te conocíamos ni los que más te hemos visto trabajar en el circo. Nunca te mostraste tan ocurrente y tan cómico; pero no puedes quejarte: nunca tampoco rió con más ganas el público, ni tributó sus aplausos con mayor liberalidad. Fué tu apoteosis. Mas dime, ¿cómo lograste arrancar de tu garganta aquellos sonidos extraños



que arrebataron de placer al teatro entero y que han puesto á tus pies á la dama más bella de la tierra?

Pierrot, grave como un sacerdote, respondió:

—Es que se me había muerto mi hijo, señora...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires, Junio de 1893.

---

## EL CAMALOTE

---

(INÉDITO)

¡Oh, si en tus tallos pensamiento hubiera  
y un corazón sensible como el mío,  
cuánta tristeza en tí, hierba viajera,  
hierba amada del río!

¡Cuánta tristeza en tí bajo el ardiente  
sol de mi tierra que en tus hojas brilla,  
mientras vas á merced de la corriente  
como leda barquilla!

¿Porque el aire tus hojas inclinadas  
acaricia al pasar en vuelo errante,  
porque mueve tus flores azuladas,  
ciega, vas adelante?

¡Si pudieras oír de los zorzales  
(tan argentinos como son) las quejas,  
si pudieran decirte los pencales:  
¡Te ausentas y nos dejas!

Acaso por su amor te detendrías,  
y arraigando en tu suelo americano,  
con impulso fatal no correrías  
á la muerte, al Oceano.

Yo no te culpo á tí, hierba inocente,  
ni eres ingrata huyendo á los fulgores  
de la lámina azul de esa corriente  
que te vistió de flores.

Otros olvidan por extraño cielo  
los viejos astros, del hogar la calma;  
otros olvidan su paterno suelo,  
otros que tienen alma!

RAFAEL OBLIGADO.



## EN PLENO INVIERNO



—¿Conque empeñaste, Miguel,  
el sobretodo?

—Sí, Eloy,  
y como hace un frío cruel...

—¿Qué intentas?

—Pues, nada, voy  
á que me metan en él.

—x—

## EPIGRAMA

—Tu caricia, bella Alicia,  
cara me cuesta: un vestido,  
y ya mi mente malicia  
el verdadero sentido  
de la palabra *caricia*.



## ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,  
donde nunca llegó la mirada,  
se deslizan en curso infinito  
silenciosas corrientes de agua.  
Las primeras, al fin sorprendidas  
por el hierro que rocas taladra,  
en inmenso penacho de espumas  
hervorosas y límpidas saltan.  
Mas las otras en densas tinieblas  
retorciéndose siempre resbalan,  
sin hallar la salida que buscan,  
á perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,  
y en su espejo movable de plata  
van copiando los astros del cielo  
ó los pálidos tintes del alba;  
ellos tienen cendales de flores,  
en su seno las ninfas se bañan,  
fecundizan los fértiles valles,  
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos  
juguetona y traviesa es el agua,  
como niña que en regio palacio  
sus collares de perlas desgrana.  
Ya cual flecha bruñida se eleva,  
ya en abierto abanico se alza,  
de diamantes salpica las hojas  
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas  
los peñascos abruptos asaltan;  
al moverse, la tierra conmueven  
y en tumulto los cielos escalan.  
Allí es vida y es fuerza invencible,  
allí es reina colérica el agua;  
como igual con los cielos combate,  
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente  
á perpetua prisión condenada,  
la que vive debajo de tierra  
do ni yertos cadáveres bajan!



La que nunca la luz ha sentido,  
la que nunca solloza ni canta,  
esa muda que nadie conoce,  
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,  
como ella de sombras cercadas,  
sois vosotras también, las oscuras,  
silenciosas corrientes de mi alma.  
¿Quién jamás conoció vuestro curso?  
¡Nadie á veros benévolo baja!  
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden  
vuestras olas cautivas que callan!

Y si paso os abrieran, saldríais,  
como chorro bullente de agua,  
que en columna rabiosa de espuma  
sobre pinos y cedros se alza!  
Pero nunca jamás, prisioneras,  
sentiréis de la luz la mirada...  
¡Seguid siempre rodando en la sombra,  
silenciosas corrientes del alma!

Méjico.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

---

## RECUERDOS DE UN BAILE

---

Radiantes hilos de perlas  
lucías con esplendor,  
y tuve ansias de cogerlas  
en mis delirios de amor.

Después, escuché tu risa,  
dulce, casta, espiritual,  
y ví tu mejor divisa  
entre encendido coral.

Mas temiendo tus agravios,  
no empañé con mano aleve,  
ni el rosicler de tus labios,  
ni tu garganta de nieve.

¡Ah! ¡quién puede profanar  
lo que el alma en sueños toca:  
perlas muertas de la mar,  
perlas vivas de tu boca!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, 1893.



## EN CUARESMA



— ¿Tú con tu esposa?... ¿Y Fulgencia?  
¿tronasteis?

— ¡No! ¡no tronamos!  
aún la adoro con vehemencia;  
pero, chico... ¡como estamos  
en tiempos de penitencia!



## LA DAMA MISTERIOSA



s ella! se dijo Pablo.

Y con el corazón hecho un volcán, se lanzó tras de la airosa tapada.

Pablo, á quien un matrimonio, *por conveniencia*, había hecho, según él creía, el ser más desgraciado de la tierra, andaba fugitivo del hogar; era un desertor de las filas del deber, que buscaba en la libertad la dicha soñada,

la que parecía huir ante su paso como rosada nube impelida por el viento.

Su mujer era hermosa y rica, pero Pablo no sentía por ella cariño alguno, porque no era el tipo que había soñado su fantasía, y experimentaba al lado de ella el peor de los tormentos, no el de amar sin ser querido, sino el de no querer y ser amado.

Porque Margot, su linda mujer, estaba verdaderamente enamorada de él, y la pobre sufrió lo que no es decible con los desdenes de su ingrato esposo.

En vano trataba de agotar todos los recursos de la coquetería, todas las malas artes que el demonio del despecho sugiere á la mujer, todas las tentaciones de la carne; Pablo la miraba indiferente, y si algún beso depositaba en sus labios era como un copo de nieve cayendo en un capullo de rosa.

—¿Por qué se empeña usted en atormentar á esa infeliz? acababa de decirle la mamá de Margot con acento de amargo reproche.

—¿Atormentarla? murmuró Pablo, encogiéndose de hombros.



—Esa es la palabra... ¿No ve usted que la está matando?... ¡Pobre hija mía! ¿Acaso no encierra su corazón verdaderos tesoros de cariño para usted? ¿Acaso no es hermosa y pura? ¡Yo no sé dónde tiene usted los ojos! ¡Despreciar á Margot por otra! Porque usted ama á otra... ¡Ah! ¡no lo niegue usted!

—Le juro...

—Jura usted en falso; anoche le han visto á usted correr tras de una tapada...

Un ligero carmín coloreó las mejillas de Pablo; pero, de una fuerza de voluntad extraordinaria, no tardó en recobrar toda su serenidad y contestó afectando la mayor indiferencia:

—Probablemente me habrán confundido con otro, señora.

—¡No! tengo pruebas de su infidelidad.

—¿Pruebas? repitió Pablo, no del todo tranquilo ante aquella acusación formulada con acento enérgico y seguro.

—Enhorabuena que se muestre usted tibio con Margot, exclamó la mamá, cada vez más airada, puesto que no ha sabido inspirarle el menor cariño; pero al menos no la ofenda prodigando á otra mujer las ternezas que roba á su amor.

—Pero en fin, esas pruebas...

—¿Las quiere usted?

—Sí, porque todo eso no pasa de ser una ruin calumnia fraguada Dios sabe por quién, y ardo ya en deseos de conocer el nombre del miserable que se ha atrevido á tanto.

—Muy seguro está usted de su inocencia.

—Sólo labios infames han podido lanzar tan torpe acusación contra mí.





— ¡No, caballero! no son labios infames los que le acusan á usted, dijo la mamá de Margot con una sonrisa cruel.

Y con un movimiento rápido sacó del seno una rosa encendida y la arrojó á Pablo.

— Ya ve usted, añadió con aire de triunfo, que no son labios infames los que le acusan, sino labios de rosa.

— ¡Pero, esa flor!... murmuró Pablo, todo confuso y tratando, aunque en vano esta vez, de dominar su turbación.

— Es la que ofreció usted anoche á la misteriosa tapada y que ella no aceptó... quién sabe por qué; probablemente para avivar más con sus desdenes la pasión que ha tenido la suerte de inspirarle. ¿Lo negará usted? de nada le serviría; está usted ciego de amor y no ha visto, al lanzarse tras de la desconocida, que ojos celosos espiaban sus pasos y le sorprendían en flagrante... ó *fragante* delito de infidelidad.

Y señaló, sonriendo, la rosa.

— Creo, agregó, que adivinará usted fácilmente cómo ha venido á parar á mis manos esta flor; estaba en su cuarto y la recogí esta mañana del suelo, donde la arrojó usted anoche con desdén, sin sospechar siquiera que su acción pudiera encender en ella el deseo de vengarse... Hizo usted mal en despreciarla, como hace mal en despreciar á su mujer, porque cuando se ofende sin motivo, hasta los cálices de rosa pueden convertirse en cálices de amargura.

— ¡Concluyamos, señora! exclamó Pablo, impaciente; odio á los moralistas y no tengo la cabeza para sermones.

— Pues bien, caballero; Margot no sabe una palabra de todo esto; pero si insiste usted en olvidar sus deberes de marido se lo revelaré todo, y no se queje usted, si arrastrada por la desesperación, provoca un escándalo social.

— ¡Bah! me río de sus amenazas.

— Su conducta de usted es inicua, caballero, y eso no puede continuar así; que un marido se olvide de vez en cuando de su mujer, pase; que tenga ciertas... debilidades, pase también; pero que públicamente ofenda á su esposa requiriendo de amores á la primera que encuentra en su camino,



como á esa misteriosa tapada... que Dios sabrá por qué se oculta el rostro, ¡eso no tiene perdón, amigo mío!

Pablo no contestó; tomó el sombrero y se fué á la calle.

—¿Qué te sucede? ¡estás agitado!... le dijo un amigo íntimo, llamado Sánchez que encontró al paso.

—No es nada, contestó Pablo con la mayor naturalidad; acabo de huir de mi casa.

—¿Has reñido con tu mujer?

—No; hace un siglo que no la veo.

—Entonces ¿qué ocurre?

—Ocurre que mi suegra ha descubierto mis amores con la desconocida y no he tenido paciencia para escuchar sus recriminaciones. ¡Ay! ¡esto no es vivir!

—¿No amas á Margot?

—Creo que no la he amado nunca.

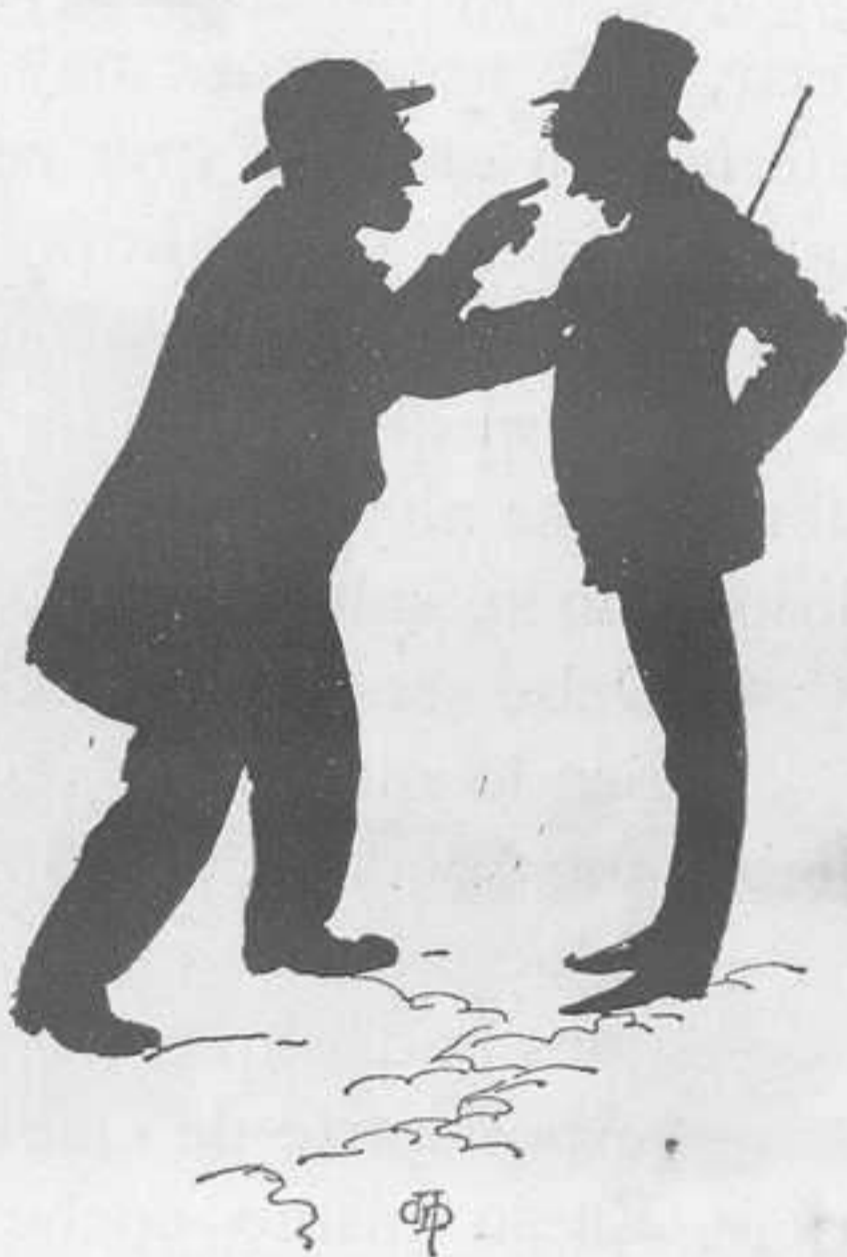
—Parece mentira... ¡una mujer tan bella!

—Misterios del corazón. Mis padres y los suyos concertaron nuestra boda, deseosos de unir, no nuestras almas, sino nuestras fortunas, y aun cuando me opuse al principio á ese enlace, tuve que ceder al fin, ya que no á las amenazas, á los ruegos.

—Y os unieron... en *patrimonio*.

—Dices bien. Desgraciadamente Margot estaba perdida-mente enamorada de mí y no me quedó siquiera el consuelo de los que se casan por razones de conveniencia: el de seguir soltero en el matrimonio. Ahora mismo la mamá de Margot me ha amenazado con un escándalo,—y con un escándalo social, que es peor,—si no dejo de perseguir á la desconocida, á esa hechicera tapada de que te he hablado varias veces y que me tiene sorbido el seso.

—¡Y que ha rechazado probablemente tus galanterías!





—No, pero se obstina en que no la siga, lo cual quiere decir que no la disgusta; á las mujeres hay que entenderlas siempre al revés.

—¿Sabes dónde vive?

—No lejos de esta calle.

—¿Y no has tratado de saber quién es ella?

—Naturalmente, pero ninguno de sus vecinos la conoce; la ven entrar todas las noches en la misma casa, donde habita un viejo matrimonio que no se trata con nadie del barrio y del que suponen es hija, y eso es todo lo que saben... es decir, todo no, porque hay quien sabe algo más: según me refería esta mañana una vecina, solterona, que se dedica á la murmuración, pocas horas después de haber entrado en la casa la dama misteriosa, suele detenerse un coche delante de la puerta, al que sube aquélla, no sin tomar algunas precauciones, y se aleja rápidamente de aquellos sitios. ¿A dónde se dirige? no se sabe.

—Debe ser alguna aventurera.

—Sea lo que fuera, tengo mi plan formado, y como el diablo me ayude un poco...

—¿Qué intentas hacer?

—Pues nada, apoderarme de ella por sorpresa.

—¿Apoderarte de ella? ¿Dónde?

—En su mismo coche; no creo que el cochero sea tan duro de corazón que no se enternezca á la vista de un puñado de monedas.

—¿Y si ella grita?

—La pondré una mordaza... de besos, y como el cochero conozca algo sus deberes...

—Lo que intentas es una locura.

—Lo único que temo es que la mamá de Margot, que me sigue la pista y me ha sorprendido ya, según parece, con mi gentil tapada, trate de desbaratar mis proyectos; pero esto no ha de hacerme desistir de mi idea.

—Pues, chico, yo creo que estás mal de la cabeza; en fin, me alegraré que te alivies.

Y el amigo Sánchez, después de estrechar la mano de

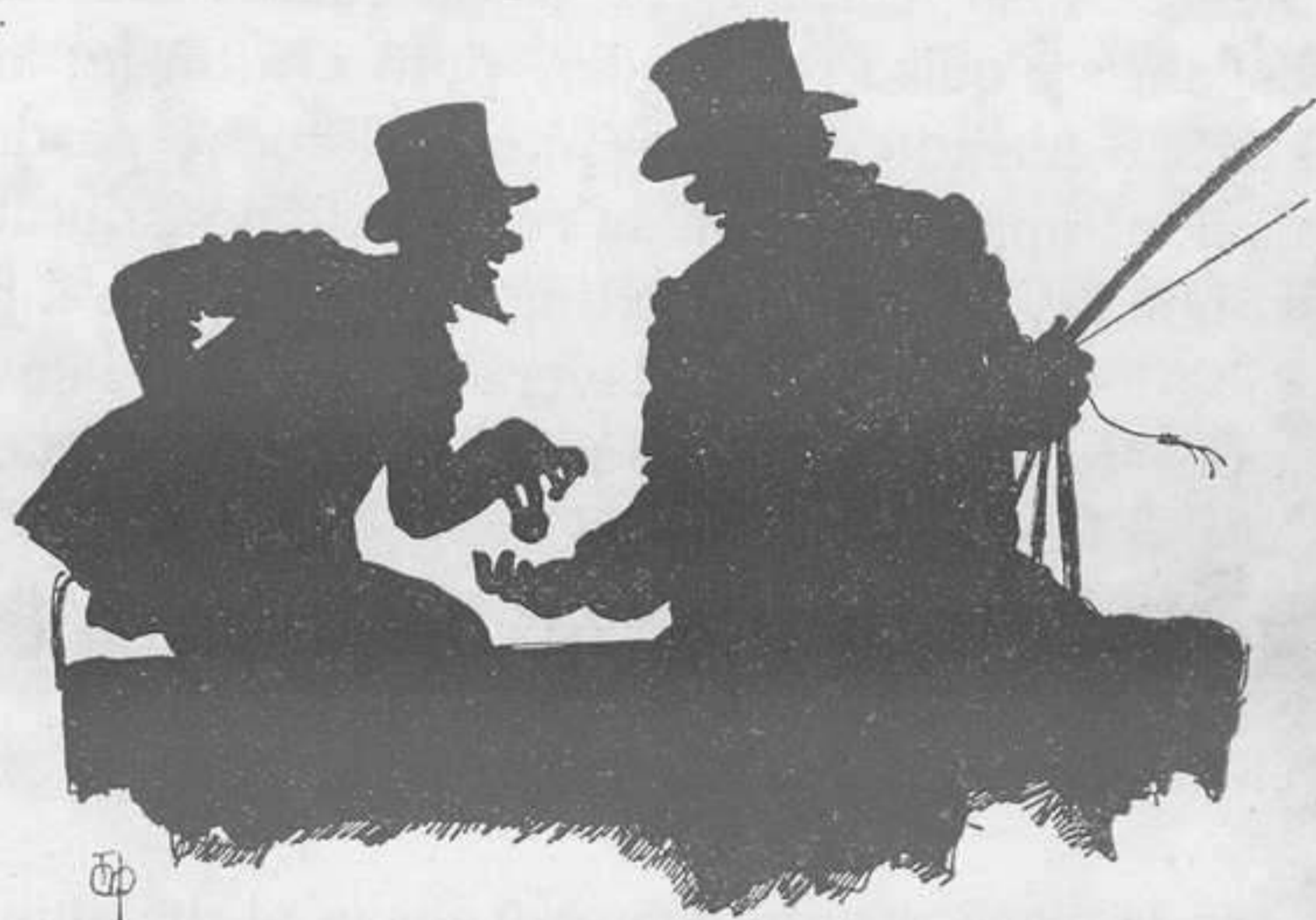


Pablo, se alejó rápidamente en dirección opuesta. Éste siguió, pensativo, su camino, y se detuvo por fin en una esquina.

Un cuarto de hora habría transcurrido apenas, cuando apareció ante sus ojos, esbelta y adorable, una mujer, cuyo rostro cubría negro velo.

— ¡Es ella! murmuró Pablo.

Y con el corazón palpitante y los ojos encendidos, fuese tras de la dama, prodigándola ardientes palabras de amor, á las que no contestó ella, y la siguió hasta el mismo dintel de su casa, que era como llegar hasta el mismo dintel del cielo.



— Es necesario que yo venza sus rigores, se dijo Pablo, más enardecido que nunca, al desaparecer la tapada.

Y se dirigió á un café cercano, donde permaneció en acecho algunas horas, que le parecieron otros tantos siglos.

La luna, en tanto, se había ocultado tras espesos nubarrones, como si quisiera echar un manto de sombras sobre la escena que iba á ocurrir.

De pronto un coche dobló la esquina y Pablo hizo señas al cochero.

— Está tomado, dijo el auriga con brusco acento; me esperan ahí cerca.

Y señaló en dirección de la casa donde había entrado la desconocida.

— ¡Aguarda! dijo nuestro calavera.



Y encaramándose de un salto al pescante, habló en voz baja al cochero, el cual empezó por hacer con la cabeza un enérgico signo negativo y acabó por quitarse cortesmente el sombrero... y alargar la mano.

— ¡Cuando decía yo que el tunante se iba á enternecer! murmuró Pablo sonriendo.

Y saltando del pescante, entró en el carruaje y corrió las cortinillas.

Dos minutos después la tapada subió ligera al coche, donde se sintió retenida por dos brazos que se enroscaron amorosamente á su cintura; la dama misteriosa lanzó un grito de espanto y quiso retroceder, pero era tarde; la portezuela se había cerrado con estrépito y el coche partió como una exhalación, apagando con su ruido las angustiosas voces de la desconocida, que fueron extinguiéndose poco á poco.

— ¡Diablo! dijo nuestro calavera; parece que se ha desmayado... puesto que el infierno me ayuda, quiero ver si es tan bella como la soñó mi fantasía.

Y arrancando el velo que cubría el rostro de la dama, la miró á la luz de un fósforo... y quedó aterrado.

¡Era su mujer!

— ¿Y se le pasó pronto el susto? decía al día siguiente el amigo Sánchez, sonriendo maliciosamente, á nuestro calavera.

— ¡Ya lo creo!... ¡como que era fingido! El caso es que yo ignoraba por completo que en aquella casa misteriosa viviesen los tíos de Margot, á quienes sólo he visto una sola vez, la noche de mis bodas, y por los que he sentido siempre la más absoluta indiferencia. Por lo demás, ¿cómo iba á sospechar que tú, el amigo Sánchez, el más fiel de los amigos, me hubiese hecho traición descubriendo mis planes á la *desconocida*? ¿Conque sabías el ardid de que se valía mi mujer para atraerme á sus brazos y hacerme avergonzar de mí mismo, convirtiéndome en ladrón de mi propia honra, y nada me dijiste? ¡merecerías!...

— Las gracias, Pablo.



—¿Las gracias?... Después de todo, puede que tengas razón; la verdad es que al ver á mi mujer cruzó por mi mente una idea terrible: pensé que me era infiel, que iba á aquella casa en busca de un amante, que había dejado de quererme, y... ¿lo creerás? pues sentí celos, celos atroces, y por primera vez me pareció la más hermosa de las mujeres... sin duda porque ya no la consideraba mía. ¡Buen susto me dió! todavía se me estremecen las carnes al recordar aquella escena. Afortunadamente...

—Sí, afortunadamente hicistes las paces.

—Ella no quería, pero...

—Pero las hizo; ya había previsto yo el desenlace. Conque confiesa que no son recriminaciones lo que merezco, sino tu gratitud, puesto que he contribuído á tu dicha. ¡Pobre Margot! sólo cuando pensaste que era indigna de tí, lamentaste no haber sido digno de ella. Afortunadamente fácil le fué probar su inocencia y aplacar tus furiosos celos. Desengáñate, Pablo, es una locura buscar en la calle la felicidad, cuando se tiene en casa.

CASIMIRO PRIETO.

---

## POST NUBILA

---

Ví abrirse entre clamores muchas tumbas  
y cerrarse más tarde en el silencio;  
mentido alguna vez, estéril siempre,  
el coro de alabanzas llegó luego.

Buen padre, buen esposo, buen amigo,  
ciudadano sin par, sublime ingenio,  
cuantos mueren lo son; en esta vida  
ni fácil es, ni necesario serlo.

¡Por eso yo, que de esperanzas vivo,  
con esta realidad á veces sueño,  
y soy feliz soñando, porque escucho  
lo que dirán de mí después de muerto!

MANUEL DEL PALACIO.



## EN UN ÁLBUM

---

El primero en estampar  
aquí mi nombre modesto,  
me parece haberle puesto  
en el mármol de un altar.

---

Verdes hojas de laurel  
ó algún himno á tu belleza,  
darte quiso la fineza  
de mi amistad noble y fiel.

---

¡Vano alarde! ¡Huyó veloz  
la juventud! Sólo ella  
rayos gloriosos destella  
y alza armoniosa la voz.

---

Árbol quebrado no da,  
Lola, ni sombra, ni fruto;  
harpa cubierta de luto  
mejor en silencio está.

---

Otros en grata oblación  
canten tu olímpica gracia,  
ramo elegante de acacia  
velado en fino crespón.

---

Mudo yo te admiraré...  
¡Y cómo no! Si orgullosas  
brotan simbólicas rosas  
donde deslizas el pie!

---

Mi verso humilde, el rumor  
imita del vago viento  
entre ruinas, y un lamento  
sólo es ofrenda al dolor.

---

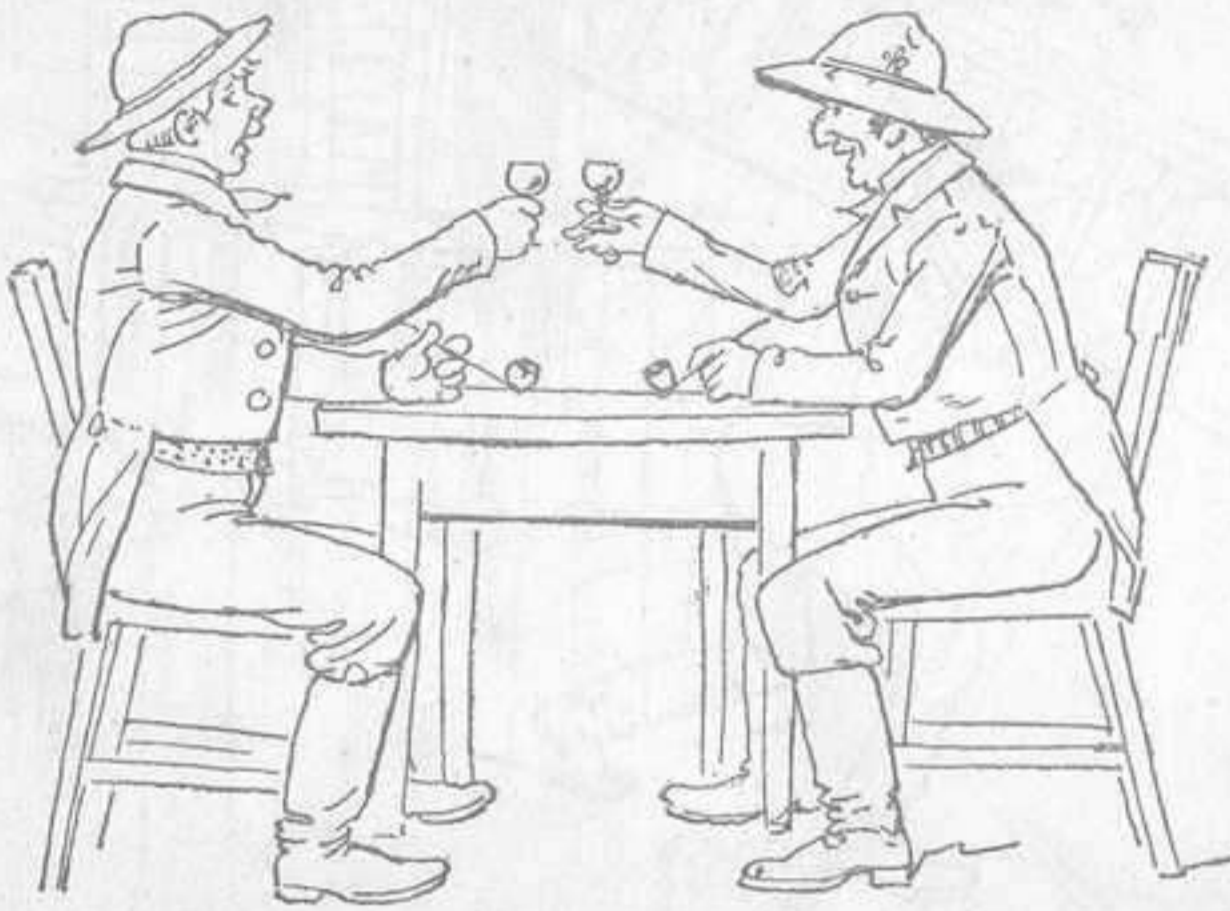
Feliz el estro genial  
¿quién de poseerle ¡ay! presume?  
que fijara aquí el perfume  
de alguna flor inmortal.

CARLOS GUIDO Y SPANO.



## Los dos Fritz

CUENTO SUIZO, POR APELES MESTRES



Antiguos vecinos y excelentes amigos, Fritz el bueno y Fritz el malo, iban todos los domingos á echar su copita de kirsch á la posada de la Cruz federal.



Regresando pacífica y fraternalmente al anochecer á sus respectivas casas, situadas en una de las vertientes del valle del Ródano.



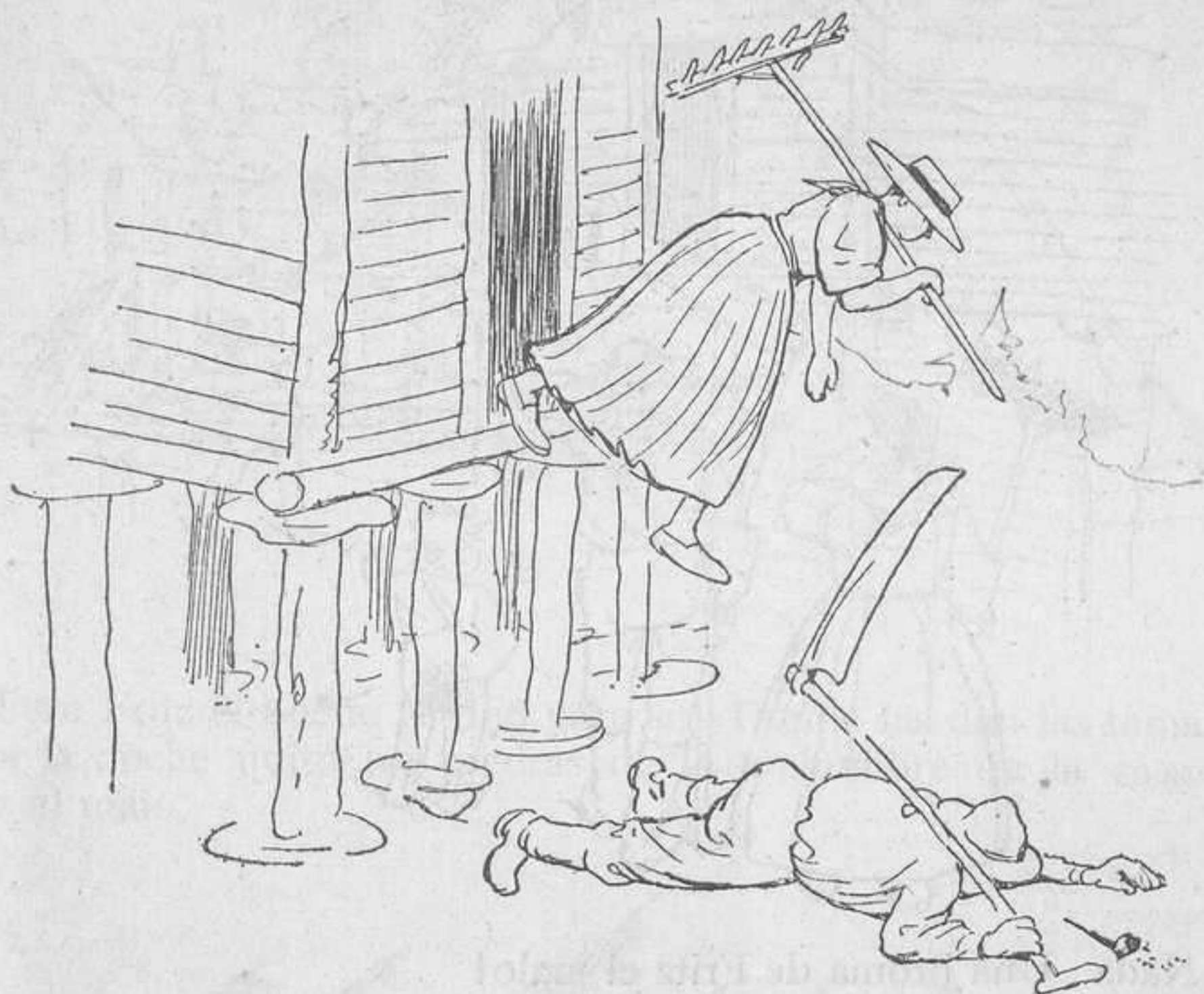


Un día, al levantarse, ocurriósele á Fritz el malo — llamado así por sus travesuras — quitarle la escalera á Fritz el bueno.

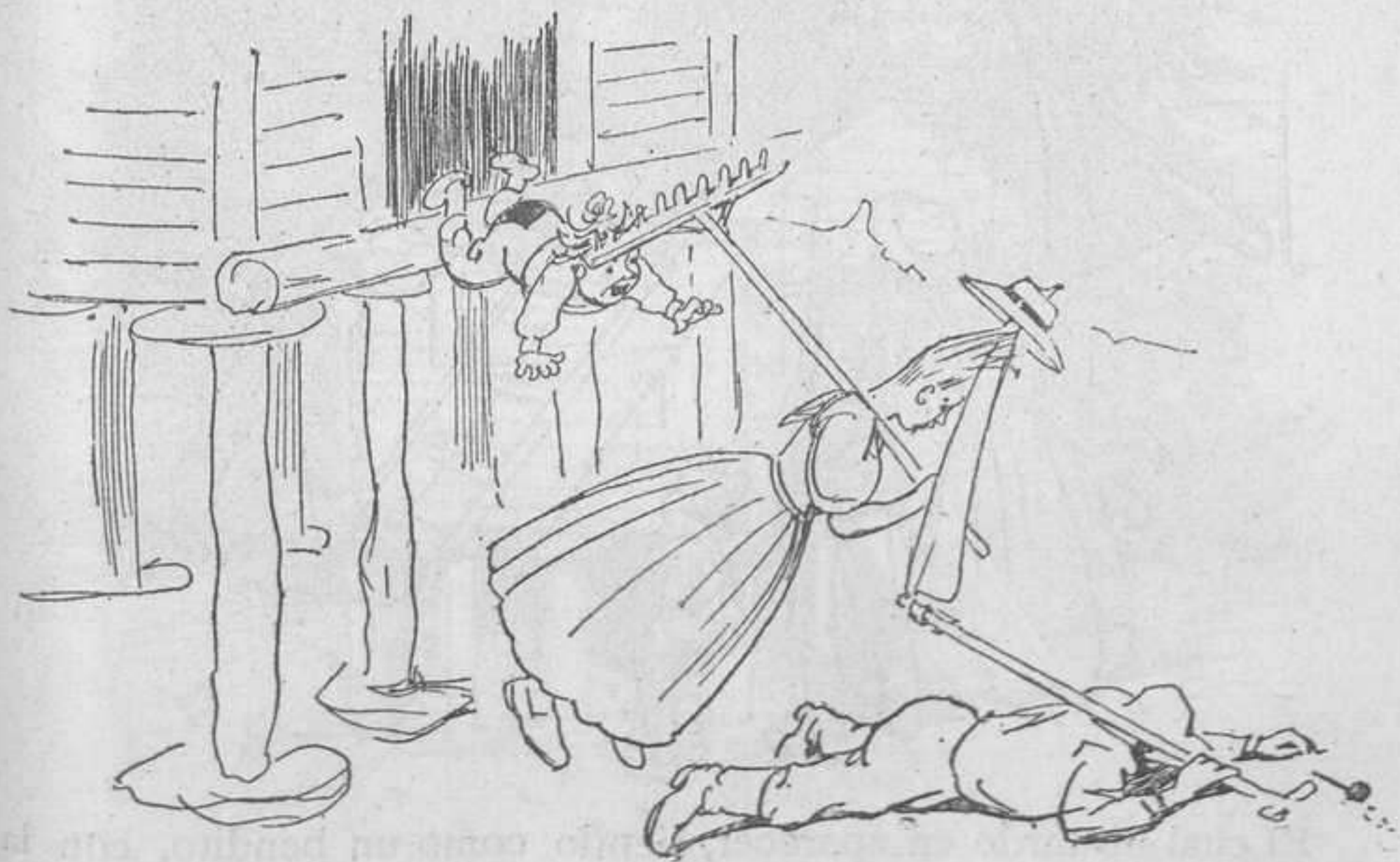


El cual, al salir para ir á sus faenas cotidianas, dió con su cuerpo en el suelo.



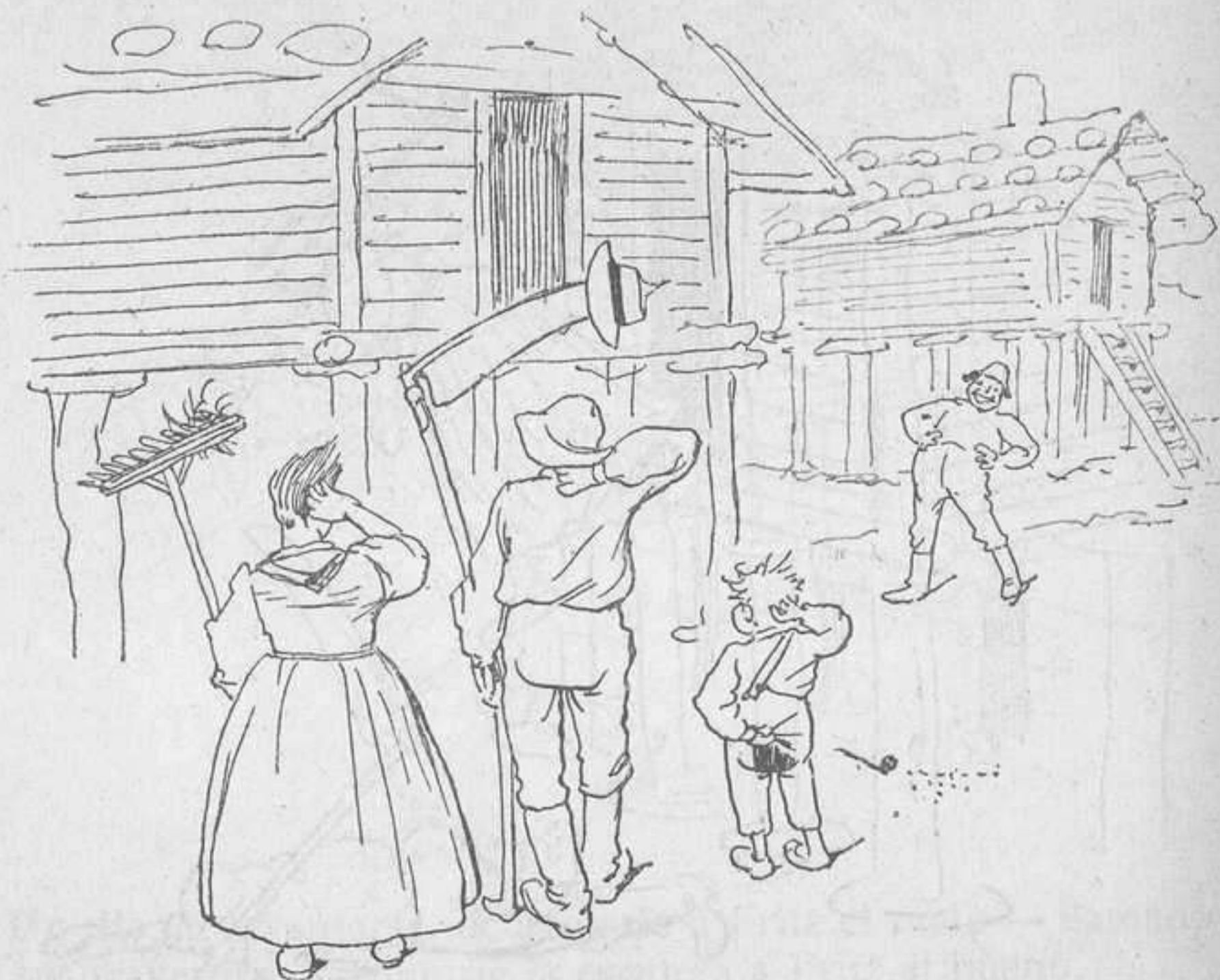


Compartiendo su suerte su fiel esposa...

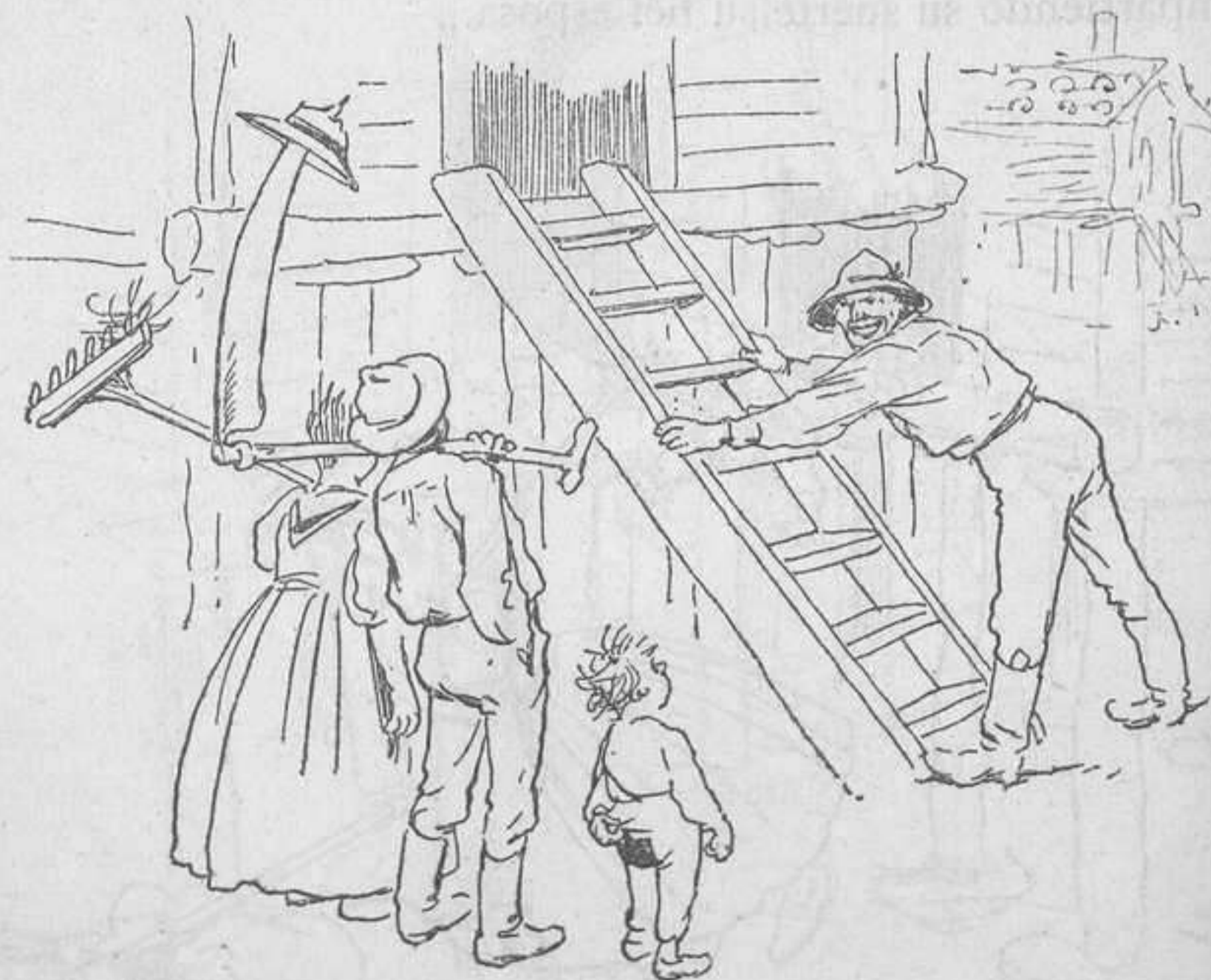


y su tierno vástago.



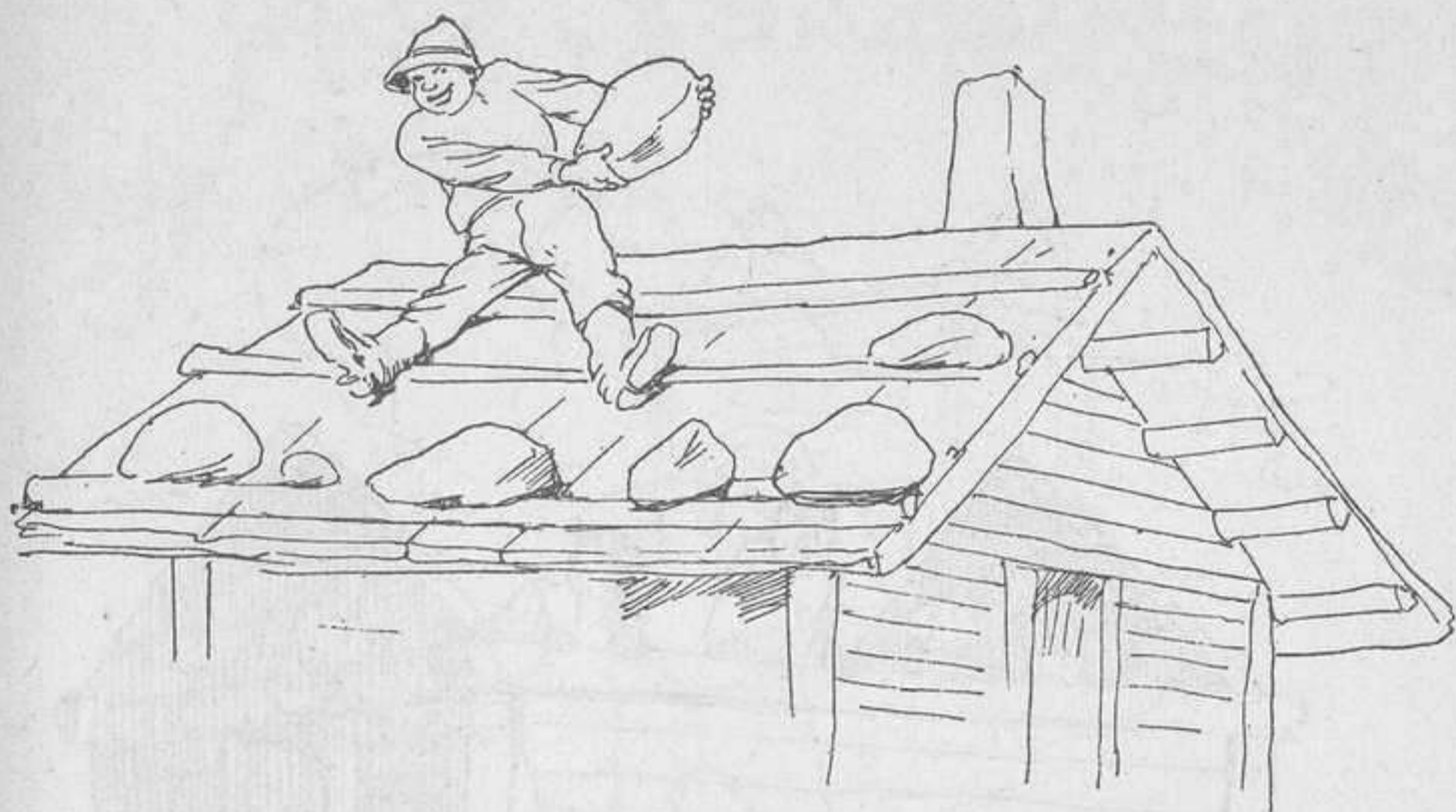


Nada. Una broma de Fritz el malo!

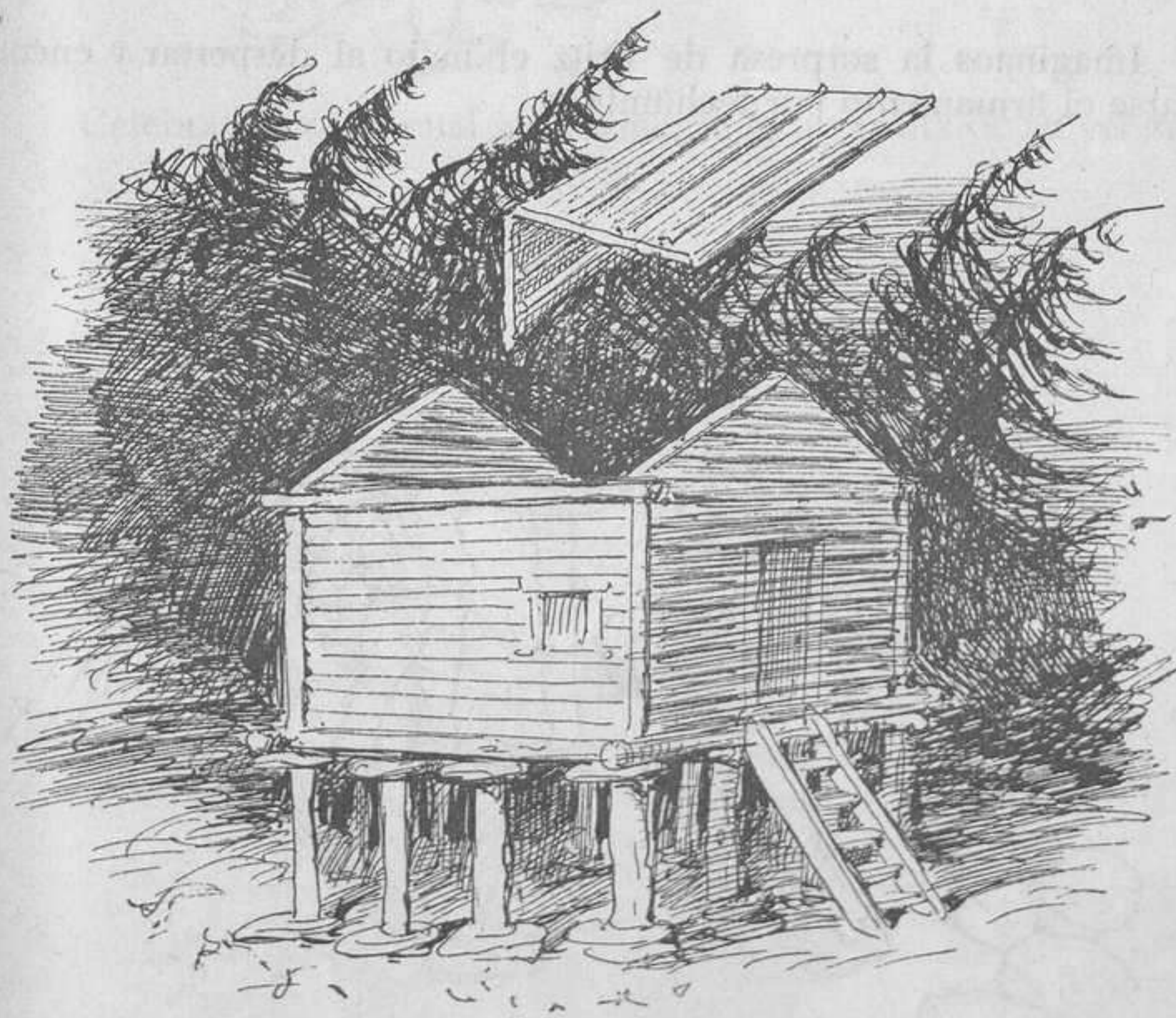


El cual no tardó en aparecer, riendo como un bendito, con la escalera — porque sus travesuras no traspasaban jamás los límites del buen género.



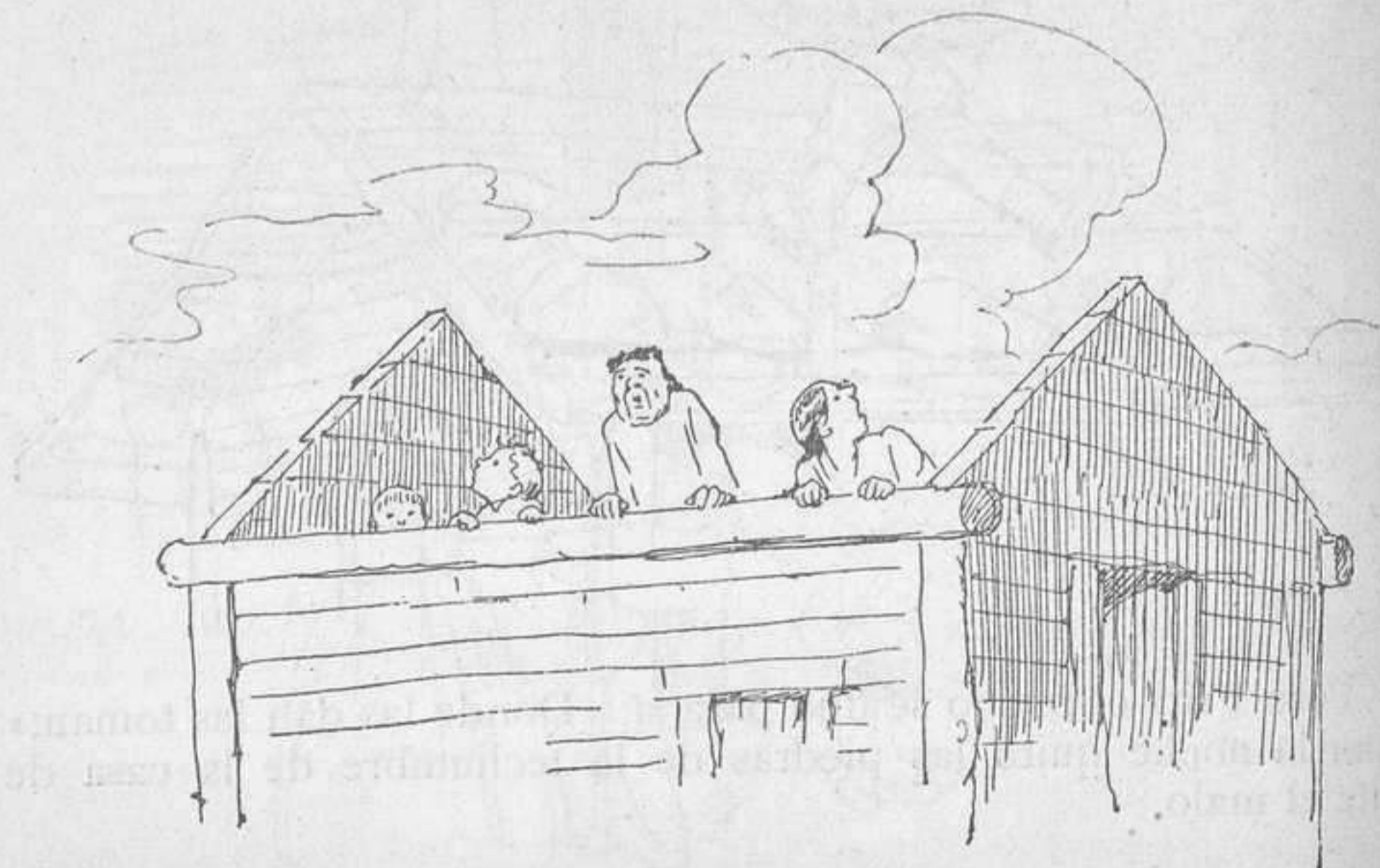


Pero Fritz el bueno se dijo para sí: «Donde las dan las toman;» y por la noche quitó las piedras de la techumbre de la casa de Fritz el malo.

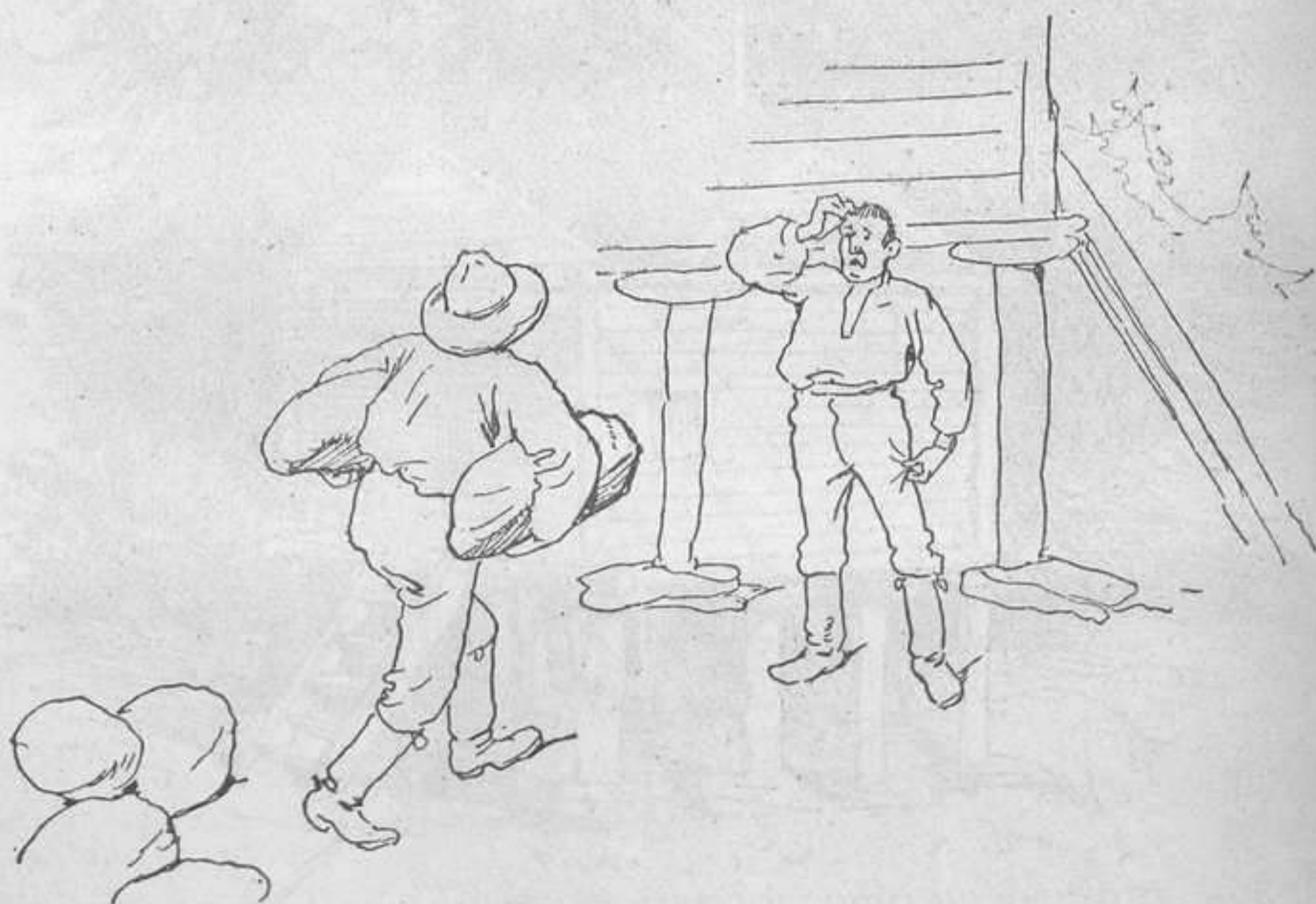


Y como aquella noche soplaba el *fæhn* con toda su fuerza, llevóse la Dios sabe dónde.





Imaginaos la sorpresa de Fritz el malo al despertar y encontrarse el firmamento por techumbre.

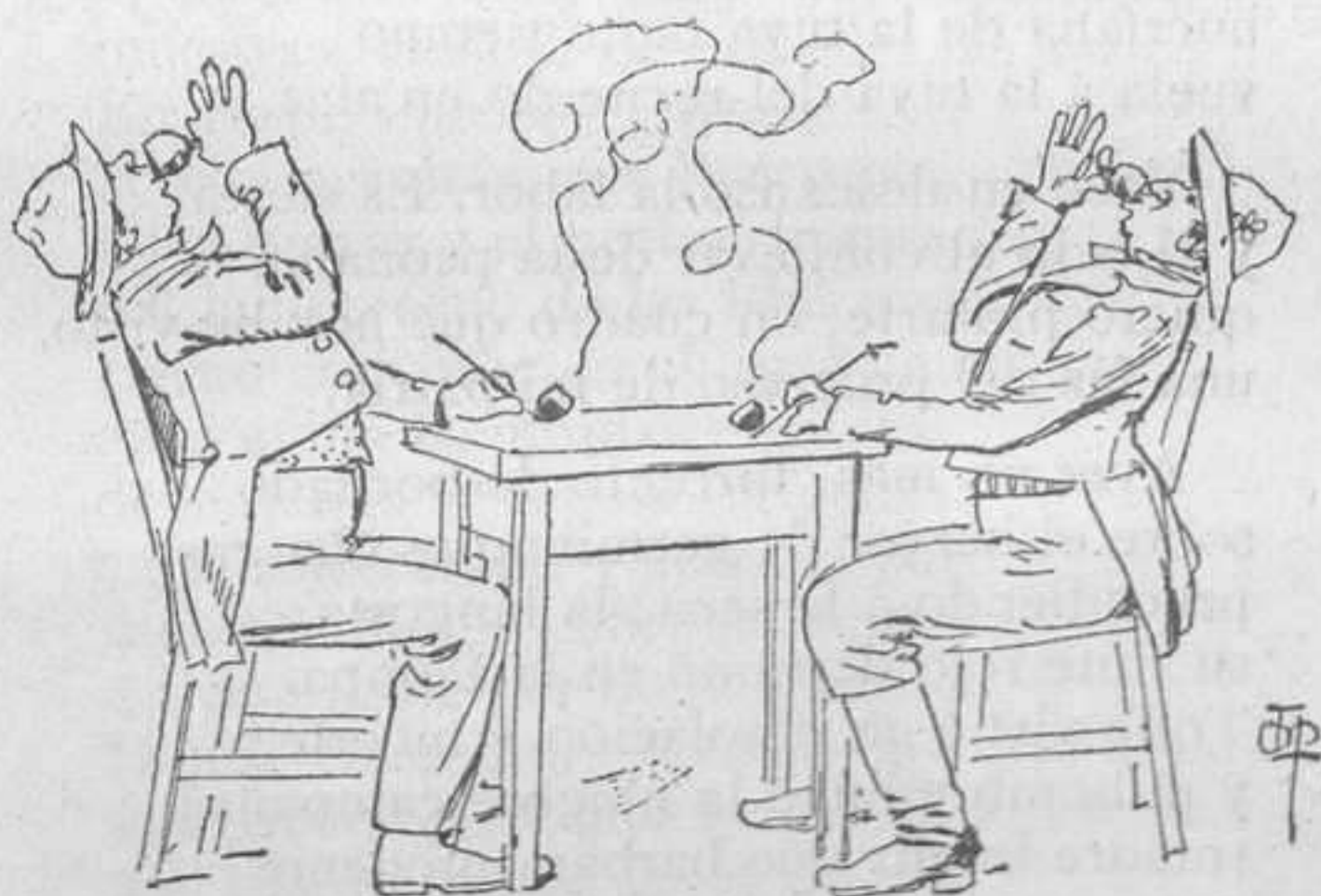


Naturalmente, Fritz el bueno no llevó la broma más allá y le devolvió las piedras.





Celebrando cada cual grandemente la jugarreta de su vecino.



Y excelentes amigos, como siempre, el próximo domingo echaron sendas copitas de kirsch en la taberna de la Cruz federal.



# TRIUNFO

DE LA  
COSECHA  
SOBRE  
DESTRUCCIÓN  
DE  
LANGOSTA



Por acallar las mal sonantes voces  
que en mi conciencia conmovida estallan,  
transcurridos tres años en silencio,  
te escribo al fin. Mi vida solitaria  
entre el estudio y goces repartida,  
que excita sanamente la labranza,  
huérfana de la tuya tanto tiempo  
vuela á la tuya del recuerdo en alas.

Yace en descanso la labor. Es siesta  
y el ocio al conllevar de la peonada,  
quiero pintarte, en cuadro que hoy he visto,  
una faz del progreso de mi patria.

Ayer no más, torrente desbordado  
sobre el hervor de germinantes chacras,  
precediendo á la seca, la langosta,  
su tinte rojo derramó en la Pampa.  
Todo vistió en desolación y muerte;  
y el hombre huyó la fúnebre campaña:  
¡madre infeliz que bárbara progenie  
en manos del verdugo abandonaba!

Hoy no es así. Falanges decididas  
palmo á palmo la tierra arrebatada



disputan ya. Las naves en el puerto,  
 cual doble fila de gaviotas blancas,  
 esperan la cosecha portentosa  
 con hambre de cereal... Escucha, amigo,  
 mi pobre esfuerzo en la sin par batalla.

—

Son las cuatro. El silencio se despierta,  
 y escapando con tímida pisada,  
 huye al sonido del primer gorgojo  
 de chiviros, ratonas y calandrias.  
 El chiviro, insolente faraute,  
 es el primero que la luz proclama,  
 ensalzando, pedante incorregible,  
 la excelsa dignidad de su prosapia.  
 El gran madrugador despierta á toda  
 la inquieta corte de la gente arpada,  
 y se va, repitiendo hasta las islas  
 que *Juan Chiviro*,<sup>1</sup> muy señor, se llama.

Como él, saltando del caliente nido  
 y en busca de la luz, ya la ventana  
 abro; y palpita el inmortal paisaje  
 bajo el rayo de amor de la mirada.  
 Figúrate la aurora: aquella aurora  
 que tantas veces sorprendió mi planta,  
 cuando, insaciable borrachón de luces,  
 nunca, como hoy, hasta las diez roncaba...  
 Es la misma. ¿La ves? La erguida flecha  
 del aliso tiñó con luz rosada;  
 y, en el alto *mangrullo*,<sup>2</sup> cual flamenco,  
 muéstrase ansiosa de extender las alas.  
 En visión indecisa y tremulante  
 acrece su mirár; ora le apaga...  
 y los brazos y el pecho sonrosados  
 del hondo seno de las islas saca.  
 Luego convierte en chispas una á una  
 del Paraná las nítidas escamas;  
 de su fatiga se reposa un punto  
 en el rojo ceibal; y entre la parda  
 niebla sutil que cubre la laguna  
 á tierra firme por doquiera salta.  
 Donde encuentra el ribazo en corte á pique  
 se detiene un momento... al fin lo escala  
 y el pálido cendal color de rosa

<sup>1</sup> Grito onomatopéyico de la avecilla.

<sup>2</sup> Miradero especial constituído por árbol altísimo, del que están provistas por lo general las habitaciones isleñas.



con lento paso por el campo arrastra...  
 ¡Vieras, entonces, el pastador ganado,  
 puntos movibles que á lo lejos pasan,  
 absorbiendo los prístinos albores,  
 tachonar en contorno la campaña;  
 lentamente acercarse entre la niebla  
 paciando allí y acá la hierba ansiada  
 y estirar la cabeza armi-mugiënte  
 á saludar la luz de la mañana!

Pero ya vibra en el tendido llano  
 la vigilante voz de la campana  
 que baja, cual traviesa ternerueta,  
 hasta el húmedo pie de las barrancas.  
 Suena ruído de agitadas puertas  
 al encanto febril de su llamada,  
 y catorce peones van llegando  
 colgado el saco sobre el ancha espalda...  
 Elegidos con traza uno por uno,  
 entre aquellas legiones veteranas  
 que, en era de esplendor para nosotros,  
 la vieja Europa derramó en la Pampa,  
 ostentan satisfechos y orgullosos  
 la piel curtida, fuerte la mirada,  
 en la robusta plenitud de vida  
 con que indeleble les selló mi patria!

Hoy vamos todos á matar langostas:  
 que la sedienta tierra envenenada,  
 deja escapar por sus abiertos poros  
 como explosión la maldecida plaga.  
 Esta que hoy nace es la fatal progenie  
 de aquella que asoló nuestra comarca,  
 y que sembró de sal tanto rastrojo...  
 y de miseria, poblaciones tantas!

¡A combatir! Las botas se han trocado  
 por la ligera y dúctil alpargata,  
 que, á la tropa en derrota, velozmente  
 entre la *quinua*<sup>1</sup> y *esportillo* alcanza.  
 Las camisetas de algodón, sin cuello,  
 descubren, al plegarse, arremangadas,  
 los brazos de los férvidos campeones  
 como infrangible varejón de tala.  
 Las gruesas bolsas que el maíz guardaron.  
 las que del trigo amontonada vacan,

<sup>1</sup> Especie de *Carhtamus* americana.



al salir del pilón en que se mojan,  
llorar parecen la cosecha ansiada!

Hasta el rastrojo que invadió el insecto  
el vengativo grupo se adelanta;  
y arrollando á su paso en amplia curva  
la innúmera legión desatentada;  
entre los surcos del maíz, que cruje  
como cardón que reventó la llama,  
un círculo formamos los quince hombres  
que cerrándose va como tenaza.

Escondidos los pechos: balanceantes  
los rudos brazos que en sudor se bañan,  
al paso de acordados segadores  
reuniendo vamos la sutil manada.

Aquella mancha negra que el camino  
cubría en parte, y la orgullosa alfalfa,  
y el ángulo saliente del rastrojo,  
en *turba-multa* por el pasto avanza...

La gramínea que espera, hace ya días,  
del carpidor la retajante pala,  
inclina sus hojuelas bajo el peso  
de aquella muchedumbre desalada...

A medida que el ángulo se cierra  
achica y ennegrecese la mancha:  
y, en un solo montón, cien mil montones,  
tiñen por fin la polvorienta *playa*<sup>1</sup>.

¡Es aquí! ¡Es aquí! ¡Los ojos, todos,  
proclamándolo están! Ya la sembrada  
tierra lejos quedó y aquí, sepultas,  
yacen en sueño eterno las vizcachas.

Ya el círculo es pequeño. Ya los brazos  
los del vecino en su labor alcanzan;  
y las bolsas mojadas se entrechocan  
barriendo sin cesar la tierra blanca<sup>2</sup>.  
El polvo levantado en torbellinos  
con el insecto saltarín se empasta,  
le hace caer cien veces, y cien veces,  
entre otros mil agonizantes, le alza.

Mientras hierve el caótico conjunto  
revienta el sol bruñendo las barrancas,  
y en vasta inundación de aguas de oro  
por el verdeante campo se derrama...

<sup>1</sup> Parte gredosa de terreno inculto.

<sup>2</sup> Playa de las vizcacheras.



Como aguacero torrencial de lumbre  
 todo el confín de la extensión abarca,  
 y á latigazos con mil fustas vívidas  
 la niebla matinal rompe y levanta.  
 Todo se anima con calor de lucha,  
 vigor inmenso la planicie exhala,  
 y resplandecen con ondear de fuego  
 las del maíz blandilucientes lanzas.

Doy entonces la voz; y los jadeantes  
 pechos saliendo, rectas las espaldas,  
 cual elásticos muelles repelidos  
 los brazos todos á la vez se alzan  
 y caen! Y entre el flotante polvo  
 monstruo parece que la tierra escarba,  
 revolviendo sus élitros potentes  
 y batiendo con fuerza las treinta alas!  
 Un acre olor de gelatina pútrida  
 suelta de sí la acometida manga,  
 y redoblan su peso á cada golpe  
 las mortíferas bolsas empapadas.  
 Ni el grupo se percibe, ni del grupo  
 el centro á ver en el turbión se alcanza;  
 mas ya el hervor aminorar se siente  
 y el hondo y vivo golpear se aplaca...

Como caldero en cuyo hirviente seno  
 por calmar su bullir virtióse agua,  
 súbito yace el hervidero extinto  
 luciendo al sol en gracitosa mancha.  
 Por aquí, por allá: del trébol seco  
 y flamante gramínea entre las matas;  
 en el penacho audaz del *pasto fuerte*,<sup>1</sup>  
 ya la diezmada población se salva.  
 Huyen bien pronto con fragor de lluvia  
 que la reseca tierra castigara,  
 y en dispersas columnas, indecisas,  
 atontecidas en contorno vagan...  
 En la próxima mota se ennegrece  
 de más en más del cardo el ardua espalda;  
 es el postrer baluarte que ha buscado  
 la rota y débil gente acorralada.  
 Cual respondiendo á misterioso impulso  
 todas, allí, dirígense agrupadas;  
 y en hormigueo colosal revuélvense:  
 dijérase que de la muerte en ansias!

<sup>1</sup> Festuca.



Ora uno, ora otro; aquél más tarde  
vamos cesando el golpear. Las laxas  
y quemadas facciones, son espejo  
donde el impulso pasional se marca.  
Uno que fué en desgracia chacarero  
descubre el goce cruel de la venganza;  
éste la complacencia, y todos juntos  
la noble luz de la labor humana.

El grupo ya descansa entre la hierba...  
el vivo sol en su fulgor le baña.  
Del hogar, allá al lejos, en columnas,  
el humo cariñoso se levanta...  
Mugen las vacas, en contorno de ellas  
los ternueruelos, duro el lomo, saltan  
hoscosos hacia el tren, que en el vecino  
puente con rudo crepitar resbala.  
Son las doce del día, y como se oye  
la amiga voz sonar de la campana  
que hora nos brinda bien ganado almuerzo,  
el vivo grupo se repone en marcha.

Al penetrar, de vuelta, en el rastrojo,  
parece que agitándose las chalas  
mil bendiciones al pasar nos dicen;  
y los obreros que el galpón levantan  
al golpear en las clavadas vigas,  
del zinc haciendo revibrar las chapas,  
pueblan el aire en trueno retumbante  
que, en son de paz y embriagadoras dianas,  
la siempre invicta voluntad del hombre  
la gran cosecha y la victoria canta!

Tú que el ambiente de la gloria espiras  
y en la sabia Madrid la vida pasas  
descifrando problemas y tallando  
de gloria en bloque tu soberbia estatua,  
benevolente acoge, del amigo  
que, aunque en silencio, te recuerda y ama,  
estos, por siempre efímeros, renglones  
del fondo escritos de la inmensa Pampa.

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

«La Ribera» Ramallo, Provincia de Buenos Aires.





## GRUÑE QUE GRUÑE

Las personas de genio violento, descontentadizas y gruñonas, son poderosos elementos para el progreso humano.

¡La cara que pondrán algunos de los que lean esta afirmación!

No faltará quién diga para su capote que el mal genio nada tiene que ver con el progreso.

Sí, señores: seguiríamos con el sistema de vida que llevaron Caín y Seth, (porque Abel fué sistema de muerte el que siguió), si no fuese porque los que gruñen por todo agujijearon el deseo de inventar en los que poseían ese don precioso y los empujaron por la senda de las mejoras y descubrimientos.

Cuando se usaba la pajuela es evidente que los gruñones de aquel tiempo estarían renegando por el olor insoportable del azufre y la molestia del pedernal y los inconvenientes de la escasa llama que producía. Y tanto se quejarían que animaron al inventor de la adaptación del fósforo á los usos industriales á que hiciera sus, en un principio, peligrosos ensayos y les entregara al cabo de algunos años el elegante, mixto, fósforo, cerillo ó velilla.

¿Creen ustedes que hemos llegado al punto en que los descontentos no tengan nada que decir?

Ni con mucho. Se oyen las más duras quejas por si meten ruido los fósforos; si despiden chispas que queman; si entran pocos en caja; si son cabezones ó descabezados; si debían inventarse fósforos que no hubiera necesidad de rascar en la lija... y así por el estilo hasta que logren que alguno invente un fósforo que se encienda con el del pensamiento.

Ya ven ustedes si hay notable y ventajosa diferencia del velón, del candil, de la tea, como medios de alumbrado, al gas y á la luz eléctrica. Pues oigan ustedes á los gruñones y verán cosa buena. Que el gas oscila, que daña la vista la luz eléctrica, que alumbra menos que el sol, que no sirve para nada; y es



necesario inventar un astro luminoso para el servicio de cada gruñón...

Y por fin lo conseguirán.

En los medios de locomoción no se quedan atrás en sus quejas. Desde la venerable carreta que necesitaba semanas para ir de Buenos Aires á Tucumán hasta el expreso rápido que va en un día hay tanta distancia como la que encuentra el gruñón entre el expreso y lo que él necesita para estar satisfecho.

Un retraso de diez minutos en la llegada del tren le hace renegar de todo y pedir al progreso nuevos milagros.

Le llama tren-carreta, insoportable, inútil, imposible, y está dispuesto á pedir la guillotina para los ingenieros y maquinistas y cuantos intervienen en el movimiento de trenes.

Es claro que al oírle vociferar contra los trenes que se retrasan no faltará quién procure inventar uno que vuele para evitar las paradas en las estaciones.

Hace algunos años que era imposible, de todo punto imposible, hablar dos personas á distancia de un kilómetro una de otra. No había bocina, ni trompeta que salvara esa distancia. Apercíbese Edison de esa falta y crea el teléfono eléctrico. Pues oigan al gruñón quejarse de que no se oye claro, de que no andan bien las manivelas ni los tímpanos, y reniega del invento que no vale un pito.

Cuando lleguen á Edison esas quejas, á pesar de ser sordo, se consagrará ardorosamente á resolver el problema de hacer un aparato por el que se llegue á este resultado práctico: Al ponerse en comunicación á tres mil kilómetros de distancia aparecerán los comunicantes en persona conducidos en volandas por el misterioso fluido; y una vez terminado el coloquio, instantáneamente serán devueltos á sus respectivas familias. Así se podrá pedir dinero telefónicamente y hasta se podrá no darle.

Y en todo sucede lo mismo. Si todos fuéramos de buena pasta, que nos conformáramos con lo que nos dieran y nos entusiasmásemos con cualquier mejorilla, los inventores se dedicarían á freir buñuelos y comérselos fuera de hora.



Así, pues, levantemos estatuas á los hombres de mal genio, impertinentes, gritones, descontentadizos y peleadores, porque de ellos es el reino del progreso.

¡Gloria en la tierra á los rabiosos y paz en las alturas á los hombres de buena madera!

ENRIQUE ORTEGA.

## TRIBUTO

Soledad querida, Soledad hermosa,  
dedicarte un himno te ofrecí en tu boda;  
mas vino la muerte, penetró en tu alcoba  
y al verte tan bella, cogiéndote en brazos,  
te llevó á la fosa.

Vestida de blanco, cubierta de rosas,  
entre cuatro cirios te ví en la parroquia,  
el sol de la tarde besó tu corona,  
y al dejarte en tu lecho de arcilla  
bajaron las sombras.

Al verte dormida como una paloma,  
cerrados los ojos y viendo la gloria,  
¡temblé por lo triste, lo negra, horrorosa  
que sería tu noche en la tumba  
para siempre sola!

¿Por qué muere el ave? ¿Las flores se agostan?  
¿Por qué Dios destruye sus mejores obras?  
¿Acogen los muertos rezos y congojas?  
Y si las escuchan ¿por qué no contestan  
y al mundo no tornan?

¡Qué lejos te has ido!... ¡Qué oculta! ¡Qué honda  
te guarda la muerte debajo una losa!  
Al pie de tu casa los amores lloran,  
y preguntan, notando tu ausencia:  
«¿Qué fué de la hermosa?»

¡Ay! ¡quién sospechara, que fuera tu boda  
la paz del sepulcro, la nada y la sombra;  
que te amortajasen manos piadosas  
y que fuera tu blanca mortaja  
tu traje de novial

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.



NUESTROS COLABORADORES



Don Rubén Darío

DISTINGUIDO POETA DE LA REPÚBLICA DE NICARAGUA



## ESTE ES EL CUENTO

DE LA SONRISA DE LA PRINCESA DIAMANTINA

Cerca de su padre, el viejo Emperador de la barba de nieve, está Diamantina, la princesa menor, el día de la fiesta triunfal. Está junto con sus dos hermanas. La una viste de rosado, como una rosa primaveral; la otra de brocado azul y por su espalda se amontona un crespo resplandor de oro. Diamantina viste toda de blanco; y es ella así, blanca como un maravilloso alabastro, ornado de plata y nieve. Tan solamente en su rostro de virgen—como un diminuto pájaro de carmín que tuviese las alas tendidas—su boca en flor, llena de miel ideal, está aguardando la divina abeja del país azul.

\* \* \*

Delante de la regia familia que resplandece en el trono como una constelación de poder y de grandeza, en el trono purpurado sobre el cual tiende sus alas un águila y abre sus fauces un león, desfilan los altos dignatarios y guerreros, los hombres nobles de la corte, que, al pasar, hacen la reverencia. Poco á poco, uno por uno, pausadamente pasan. Frente al monarca se detienen cortos instantes, en tanto que un alto ugier galoneado dice los méritos y glorias en sonora y vibrante voz. El Emperador y sus hijas escuchan impasibles, y de cuando en cuando turba el solemne silencio roce de hierros, crujidos de armaduras.

\* \* \*

Dice el ugier:

—«Este es el príncipe Rogerio, que fué grande en Trebizonda y Bizancio. Su aspecto es el de un efebo, pues apenas ha salido de la adolescencia; mas su valor es seme-



jante al del griego Aquiles. Sus armas ostentan un roble y una paloma, porque teniendo la fuerza, adora la gracia y el amor. Un día, en tierra de Oriente...»

El anciano imperial acaricia su barba argentina con su mano enguantada de acero, y mira á Rogerio que, delicado y gentil como un san Jorge, se inclina con la diestra en el puño de la espada, con exquisita arrogancia cortesana.

\* \* \*

Dice el ugiar:

— «Este es Aleón el marqués. Constantinopla le ha admirado vencedor, rigiendo con riendas de seda su caballo negro. Es Aleón el mago, un Epifanes, un protegido de los portentosos y desconocidos genios. Dícese que conoce hierbas que le hacen invisible, y que posee una bocina labrada en un diente de hidra, cuyo ruido pone espanto en el alma y eriza los cabellos de los más bravos. Tiene los ojos negros y la palabra sonora. En las luchas pronuncia el nombre de nuestro Emperador, y nunca ha sido vencido ni herido. En su castillo ondea siempre una bandera negra.»

Aleón, semejante á los leones de los ardientes desiertos, pasa. La princesa mayor, vestida de rosado, clava en él una rápida y ardiente mirada.

\* \* \*

Dice el ugiar:

— «Este es Pentauro, vigoroso como el invencible Herakles. Con sus manos de bronce, en el furor de las batallas, ha abollado el escudo de famosos guerreros. Usa larga la cabellera, que hace temblar heroica y rudamente como una fiera su melena. Ninguno corre como él al encuentro de los enemigos y bajo la tempestad. Su abrazo descoyunta y parece estar nutrido por las mamas hinchidas de una diosa yámbica y marcial. Huele á bestia montaraz y come carne cruda.»

La princesa del traje azul no deja de contemplar al caba-



llero tremendo que con paso brusco atraviesa el recinto. Sobre su casco enorme se alza un grueso penacho de crin.

\*  
\* \*

Del grupo de los que desfilan se desprende un joven rubio, cuya barba nazarena parece formada de un luminoso toisón. Su armadura es de plata. Sobre su cabeza encorva el cuello y tiende sus alas olímpicas un cisne de oro.

Dice el ugier:

— «Este es Heliodoro, el Poeta.»

Ve el concurso temblar un instante á la princesa menor, á la princesa Diamantina. Un alba se enciende en el blanco rostro de la niña vestida de brocado blanco, blanca como un maravilloso alabastro. Y el diminuto pájaro de carmín que tiene las alas tendidas, al llegar una abeja del país azul á la boca en flor de miel ideal, enarca las alas, encendidas por una sonrisa, dejando ver un suave resplandor de perlas...

RUBÉN DARÍO.

1893.

## DE FLOR EN FLOR

De flor en flor, cual céfiro travieso,  
va el niño en su candor,  
y deposita un inocente beso  
de flor en flor.

De flor en flor, cual mariposa leve,  
va el mozo soñador,  
y sus primeras ilusiones bebe  
de flor en flor.

De flor en flor, cual codiciosa abeja,  
va el hombre con su amor,  
y agravio y mancha y amarguras deja  
de flor en flor.

De flor en flor, con insensato alarde,  
va el viejo seductor,  
y le gritan mofándose: «Ya es tarde,»  
de flor en flor.

EMILIA PARDO BAZÁN.



## ¡VIEJA!

Nada á Madama Sevigné consuela  
del inmenso dolor de hacerse vieja.

No importa que callada, altiva siempre,  
la veas descender del áureo trono  
que le dieron la gracia y la belleza  
y el juvenil encanto de su rostro.

No importa que su labio no dibuje  
el pliegue que delínean los sonrojos,  
ni que vele un suspiro la tormenta  
que hierve bullidora, sin reposo.

Es simple superficie, manso lago  
cuyas aguas no riza aleve noto;  
nube que el rayo traicionero esconde  
bajo el encaje de su velo de oro.

El mundo no lo sabe, ¿á qué decirlo?  
calláronse sus labios y sus ojos...  
¡Pero cuánta amargura acumulada  
del pobre corazón en lo más hondo!

¿Abdicar? ¿cómo abdica de repente  
la que tuvo de gracias un tesoro,  
y objeto de homenajes y lisonjas  
fué reina de un pasado venturoso?

¿La que tuvo el cabello que á la noche  
le robara misterio y negros tonos,  
y hora en hilos plateados no dibuja  
los hechizos que fueron de su rostro?

La que supo irradiar en su pupila  
todo el fuego del sol esplendoroso,  
y en su boca, que fué nido de perlas,  
la sonrisa, el encanto, el abandono?

¡Y dejar de soñar!... y de esos sueños,  
que acaso fueron realidades de oro,  
ver tan sólo de lejos los fulgores...  
¡Toda la dicha convertida en polvo!

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Mayo de 1893.





## ¡Pensamientos

La condición de extranjero, más que el medio en que esta condición se realiza, es lo que emancipa.

En cuestiones de Arte, á mi entender, se debe hablar más de expresión que de belleza.

La igualdad intelectual de la mujer y del hombre si puede ser ventajosa para la mujer como individuo, no lo será nunca para la colectividad.

La instrucción de la mujer debe ser, ante todo, artística.

La felicidad es el placer.

Toda revolución es el término de una serie de evoluciones.

CARLOS VEGA BELGRANO.

Buenos Aires, 1893.





## VISTIÉNDOSE PARA EL BAILE

Á MI QUERIDO AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR ÁNGEL MENCHACA

Del lujo que en mal hora te sedujo,  
 reniego una y mil veces, Rosalía;  
 ¿qué demonios de falta te hace el lujo,  
 si estás, sin él, más bella todavía?  
 —¿La sencillez prefieres?  
 —Sí, y no me mires con la faz adusta,  
 pues esa sencillez que á tí te asusta,  
 es el lujo mejor de las mujeres.  
 De ello estamos los más ya convencidos  
 y en vano rebatir mi axioma intentas...



— Por la cuenta que os tiene á los maridos.  
 — ¿Por la cuenta? es verdad... y por *las cuentas*.  
 — ¿Eso te arredra?

— ¡Claro!

y nada tiene mi temor de raro.

— Pero tiene muy poco de galante;  
 si en vez de tu mujer fuese tu amante,  
 no serías conmigo tan avaro.

Mi lujo es tu constante pesadilla  
 y no hay razón para ello, ¿quién lo duda?  
 ya ves que mi *toilette* es bien sencilla.

— Es verdad, porque estás casi desnuda.

— Pues rebelde á las modas,  
 no quieres darme, de tu fama en daño,  
 para vestir como se visten todas,  
 y en vano á tí se acude

con lágrimas y quejas, no es extraño  
 que en lugar de *vestirme*, me *desnude*.

— Aún no sé porqué diablos te lamentas  
 cuando en trapos se van todas mis rentas.

— ¡Qué falsedad! tu audacia no me explico...  
 pero déjame en paz, te lo suplico,  
 y basta ya de cuentos...

— Y de cuentas.

— Cualquiera al escucharte pensaría  
 que no me niegas nada,  
 y es tal la suerte mía  
 que me veo... ¡qué más! hasta privada..

— De estrenar un vestido cada día.

— ¿Acaso te incomoda  
 que me empeñe en seguir la última moda?

— No, y que tal creas, en verdad, me ofende...  
 mientras sea *la última*, se entiende.

CASIMIRO PRIETO.

## DE HORACIO

*Donec felix eris ..*

Te brindarán su amistad  
 los hombres, si ven que subes  
 y gozas felicidad.

Si en tu cielo asoman nubes  
 ¡qué espantosa soledad!

C. MALAGARRIGA.





## EL SUEÑO DEL PATRIARCA

Á J. FEDERICO BARRETO

Hacia más de doscientos años que el arca de maderas labradas, larga de trescientos codos, ancha de cincuenta, alta de treinta y barnizada por fuera con betún de Judea, reposaba solitaria sobre los montes de Armenia.

La tierra estaba de nuevo poblada. Los hombres agrupaban sus tiendas ó sus casas á la orilla de los ríos, en la proximidad de las fuentes ó en las cercanías de los pozos; y en la extensión de la tierra tornaba á reverdecer toda suerte de árboles y hierbas: las palmas en los desiertos de abrasadora arena; los cedros, los robles, los pinos y demás ramados gigantes en los valles y montañas; los árboles frutales en los huertos velados al ojo del curioso por cercos punzantes, y las amarillas espigas de grano en los campos abiertos al aire y al sol.

\* \* \*

La tarde caía sobre las bíblicas llanuras del Asia.

Noé, de pie á la puerta de su tienda, miraba su viña.

Tenía la mano derecha apoyada en un grueso bastón,



mientras que con la izquierda alisaba su barba, esa venerable barba que habían visto todos los seres de la creación, desde el elefante hasta la hormiga.

Noé miraba su viña. Los rayos solares, al herir oblicuamente los racimos, formaban en ellos un admirable efecto de óptica: las uvas brillaban como con luz interna, semejando un agrupamiento de ojos de mujer.

\* \* \*

Una carcajada sonora, argentina, vino á sacar de sus contemplaciones á aquel hombre cien veces abuelo, y le obligó á fijar la mirada en el pintoresco grupo que formaban más de veinte doncellas con el cántaro al hombro. Venían de la fuente y debían pasar y pasaron por delante de la tienda de Noé.

Unas eran rubias, otras morenas; pero todas de grandes ojos rasgados, dormidos, húmedos, y de mejillas teñidas por la naturaleza con el rojo de las manzanas maduras. Sus desceñidas abiertas túnicas ya dejaban ver el nacimiento de magníficas gargantas, ya el contorno de senos virginales, tímidos y blancos como palomas de los pinares de Senaar. En los desnudos brazos resplandecían los brazaletes de plata y oro, recuerdos del cariño paternal, ó acaso prendas del amor, jurado á la orilla de la fuente ó á la sombra de los palmares.

Y Noé las vió pasar una por una á ésta alegre, á aquélla melancólica; á todas con el cántaro al hombro y la canción en los labios.

Pasaron entre él y su viña.

\* \* \*

La tarde era tibia y convidaba al reposo.

Noé hizo sacar una piel de camello, que tendió á la entrada de la tienda y se echó á dormir.

Pronto soñaba.

En su mente se sucedían unas tras otras escenas de la vida de los pueblos futuros, como se sucede, rápida y brillante, una serie de cuadros fantásticos en la tela de un kaleidoscopio.

He aquí una de ellas.



Noé se acercaba á una inmensa construcción de aspecto sombrío. Era un castillo feudal con sus almenas, fosos y rastrillos, cuyos muros de piedra guardaban el sueño de un tiranuelo que se llamaba: « el señor Conde.»

Noé, después de un instante de vacilación, atravesó el puente levadizo, penetró en un patio pequeño, y desde allí fué guiado por un pajecito hasta una gran sala alumbrada por antorchas y lámparas de perfumado aceite.

En el centro de la sala se levantaba una mesa cargada de adornos de oro y plata, de flores y de toda clase de viandas. Era la mesa de un festín. En torno de ella había hasta doce caballeros de los de larga lanza y pesada tizona.

La comida, que había sido alegre, tocaba á su fin; pero el Conde no quiso abandonar la mesa hasta que sus huéspedes no hubiesen escuchado un poco de música y otro de canto.



—¡Llamadme al trovador!

Próximo á la mesa, en silla elevada y el arpa en la mano, estaba el trovador.

Vibró el arpa; he aquí el canto:

«Doblad, hermosas, el brazo alabastrino y sacad en jarro de oro de las ánforas griegas el vino luminoso.



»Verted en las copas de cristal coronadas de flores los rubíes líquidos, y bebed, los sabios, los guerreros y los poetas.

»¡Salve á tí, vino de Chipre! Tu onda amarilla semeja una disolución de cabellos rubios.

»¡Bebed por las castellanas de ojos azules!

»Bebe tú, el sabio, porque en el fondo de la copa está la sabiduría; tú, el guerrero, porque el vino enciende la sangre del valiente, y tú, el poeta, porque en el perfume que se eleva de la copa está el espíritu de los sueños y de las fantasías.

»¡Salve á Noé, que nos dió el humor encendido de la uva negra! ¡Gloria á este vino, que parece sangre de las rosas purpúreas!

»Bebamos por las rubias el vino de oro, por las morenas el vino de púrpura.

»Tú, el abuelo de cabellos blancos, bebe de la ánfora etrusca el vino añejo, y sentirás que por tus venas circula sangre de fuego, como en la primavera, ya cincuenta veces marchita, de tu vida.

»¡Bebe y sé feliz!

»¿Quién dió fuerza al amante para escalar la elevadísima torre del castillo? La onda roja de las copas de Italia.

»¿Quién puso en los labios de tu amada el perfume embriagador? El áureo zumo de los viñedos de Italia.

»¿Quién dió á sus ojos la humedad brilladora y lánguida? El vino de su viña.

»Colma, copero, colma hasta el borde los vasos de cristal coronados de flores; en los blancos el tinto, en los rojos el blanco!

»Colma, copero, colma los vasos de colores; porque el líquido que viertes en ellos tiene un principio de vida!

»Filósofo, filósofo, tú que preguntas á tu cabeza el por qué de la vida, bebe y embriágate, porque en la embriaguez está la felicidad que no encuentras con tus silogismos.

»¡Embriágate y serás grande!

»Tú, el astrónomo de larguísima barba, no te recuestes boca arriba en el campo, para seguir el curso de las estrellas; bebe el ámbar líquido que lloran las uvas blancas.



» ¡Embriágate y verás que tu cabeza es un hervidero de estrellas!

» ¿Ves? El cielo mismo tiene la forma de una inmensa copa azul.

» ¿Quién bebe en ella?

» ¡Salve á Noé, dos veces padre de la humanidad! Repobló la tierra y nos dió el vino.

» El agua subió quince codos sobre las más altas montañas; el vino un codo más.

» ¡Salve, mil veces salve, al émulo de los dioses griegos!

» ¡Los bárbaros invadieron la Italia, porque querían vino!

» ¡Salve, oh vino!

» ¡Salve, mil veces salve, á tí, Noé! Nos diste el vino amarillo, que es disolución de cabellos rubios en gotas de rocío, y el rojo, que es sangre de mejillas de morenas.»

Calló el trovador.

El Conde mandó á Noé una copa de vino rubio. El patriarca bebió.

\* \* \*

Noé había dormido media hora. Al despertar se pasó la lengua por los labios, como quien saborea algo.

Entre las hojas de la parra brillaban los racimos como con luz interna, y las uvas semejaban un agrupamiento de ojos de mujer en la sombra...

VÍCTOR G. MANTILLA.

Lima, 1893.





## LEYENDO LA HISTORIA DE COLÓN



—Yo no he visto una estrella más menguada  
 que la del tal Colón, esposa amada;  
 con él, que es de los siglos maravilla,  
 hasta los buenos se le muestran malos:  
 le protege la corte de Castilla  
 y, sin ver que le humilla,  
 le hace marchar, para embarcarse, ¡á Palos!

## EPIGRAMA

—¡Una limosna, por Dios,  
 á este pobre, señorito,  
 que por su desdicha está  
 lleno de mujeres é hijos!





## CONSTELACIONES

### EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,  
mirando hacia la tierra desde la comba altura,  
¿por qué vuestras miradas de pálidos reflejos  
tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

### LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!  
escucha tú, que en noches de oscuridad tranquila  
nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta  
la súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas  
cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,  
y nos imploras, viendo que están nuestras miradas  
tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste  
porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre  
hermanas son. Por siglos de compasión, existe  
en astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante  
luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos,  
volver hacia nosotros la vista suplicante,  
tender hacia nosotros las temblorosas manos;

y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,  
oasis donde salten aguas de vida eterna;  
ya llega, llama, — y sale con su ánfora la Muerte  
brindando el agua muda de su glacial cisterna.



Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;  
vimos volar en polvo babélicas ciudades.  
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo  
es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;  
es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa:  
el ideal anhela, requiere lo infinito,  
crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al hombre, que lumbre y lodo encierra,  
mirarnos desde abajo con infinito anhelo;  
tocada la sandalia con polvo de la tierra,  
tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames —conduete tu lamento;  
poeta no nos mires —nos duele tu mirada.  
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;  
tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,  
con íntima dulzura miramos pesarosas,  
nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas  
nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

### EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo á solas  
el mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;  
¿y al fin en mudas playas deshácense las olas,  
y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?  
Decid, astros, presentes á todo sufrimiento:  
la ola evaporada forma un cendal de nube,  
¿y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;  
al decaer los pétalos, espárcese el perfume;  
y como incienso humano que abrasa el fuego santo,  
al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe  
y espirarán, en medio de hielos y amarguras,  
los últimos dos hombres sobre una roca triste,  
las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis ¡oh, estrellas! en el postrero día...  
mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;  
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,  
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

JOSÉ RIVAS GROOT.

Bogotá.



NUESTROS COLABORADORES ARTÍSTICOS



Don Vicente Nicolau Cutanda

DISTINGUIDO PINTOR Y DIBUJANTE ESPAÑOL



## NICOLAU CUTANDA

### CONVERSACIÓN

Si es verdad que es el rostro el espejo del alma, no lo es menos que la cabeza delata siempre al genio. Unos ojos mortecinos, una frente comprimida, una cabellera hirsuta, rara vez tienen por propietario á un hombre de valer. Éste para manifestarse apela generalmente á pelo ensortijado, ó lacias, aunque artísticas melenas, frente ancha y despejada, ojos vivos, chispeantes, en los que ría el cielo en las horas de alegría ó fulgure el rayo en los momentos tempestuosos. No se comprende el talento manifestado físicamente de otro modo.

Ved á Cutanda, pero... ¿quién es Cutanda?

Cutanda es valenciano, saguntino, y con decir eso, dicho se está que siente el arte, y que ama el cielo, la luz y las flores. Con llevar ya algunos años de ausencia de su patria, aún le parece que le besan las auras valencianas, y aún trasladada al lienzo los ricos colores de la huerta de su país, los vivos matices de las flores y praderas por el Turia bañadas; aún hay en sus cielos la diáfana transparencia del cielo de aquella patria, hogar de ensueños y de amores.

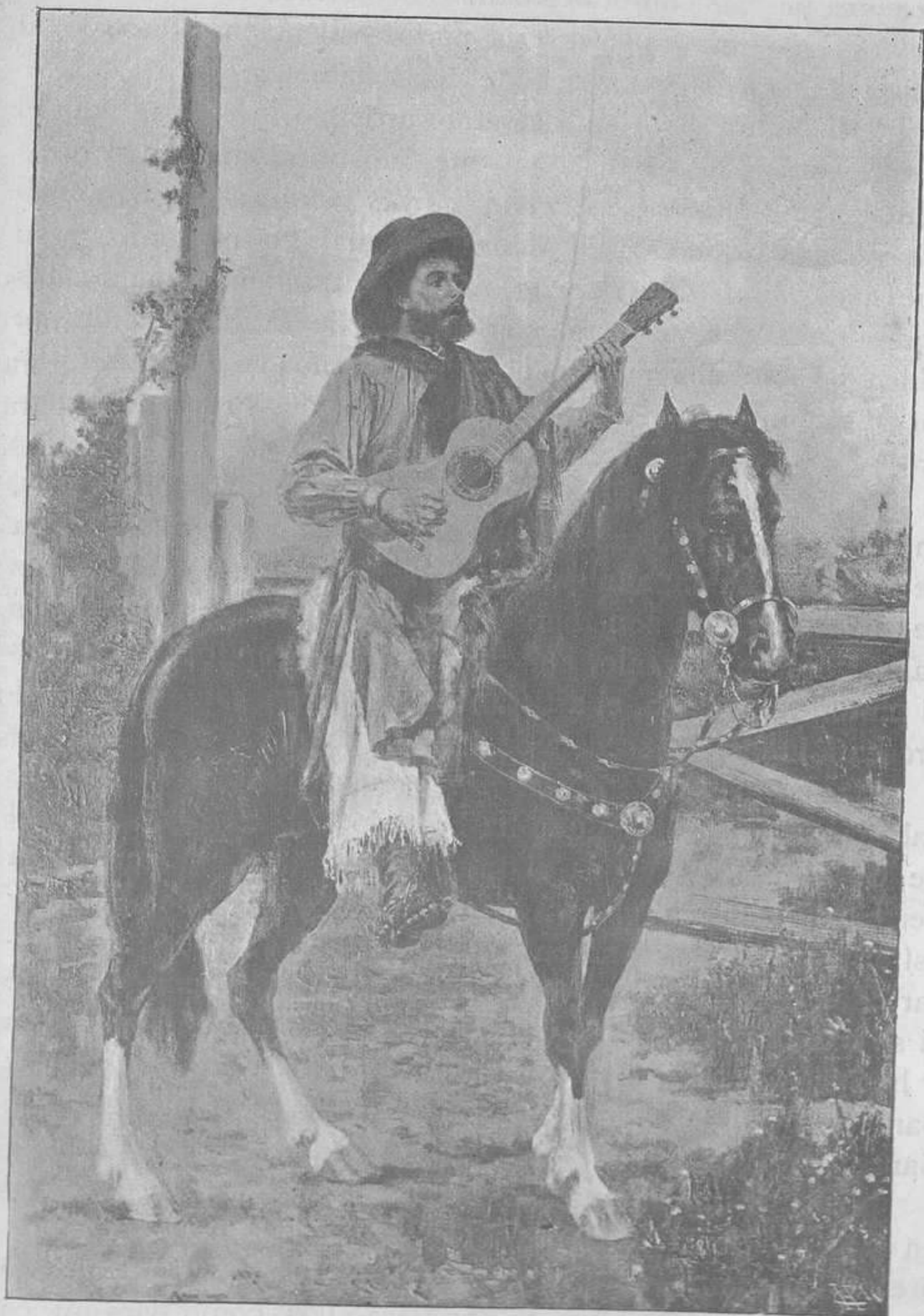
Y casi ya lo he dicho todo.

Cutanda nació pintor, y nació, si mis informes no engañan, por los años 1854. Joven, casi niño, aprendió el arte de Apeles para convertirse pronto en cultivador del de Murillo.

Desde entonces, bien puede decirse que «no dió paz á la mano;» y si en España sus lienzos le valieron once premios, el nombramiento de Presidente de la sección de Bellas Artes del Ateneo de Valencia, y, finalmente, el de Caballero de Isabel la Católica; en la República Argentina sus cuadros le han dado merecida fama y granjeado cariñosas simpatías.

Artísticamente considerado, Cutanda pertenece á la escuela de su país, la valenciana; escuela en que el derroche de





### EL PAYADOR

Copia de un cuadro del pintor español don Vicente Nicolau Cutanda



luz corre parejas con el derroche de colorido; bien es verdad que no se comprendería á un pintor valenciano llevando al lienzo los oscuros tonos de la escuela flamenca.

Pero ¿habré dicho un disparate artístico? ¿No está aquí el mismo Cutanda para desmentirme, mostrándome, entre otras obras suyas, el sombrío *Monte de las ánimas*, *La Visión de fray Martín*, que está en Madrid, si mal no recuerdo, y su nueva *Visión de fray Martín*, monumental lienzo que á estas horas embellece los artísticos salones de la Exposición de Chicago? ¿No nos mostró hace pocos años su *oscuridad* pictórica exponiendo y vendiendo al mismo día su hermoso cuadro *Un sueño*?

No lo creo, sin embargo: aun en esos cuadros fantásticos, en que para mí Cutanda revela todo su talento y la valentía de su imaginación; aun en esos lienzos en que los chispazos de su inteligencia son tonos grises y manchas casi negras las llamaradas de su genio, aun en esas obras, repito, Cutanda es el pintor valenciano, el artista único que en estas playas representa la famosa escuela de Juan de Juanes.

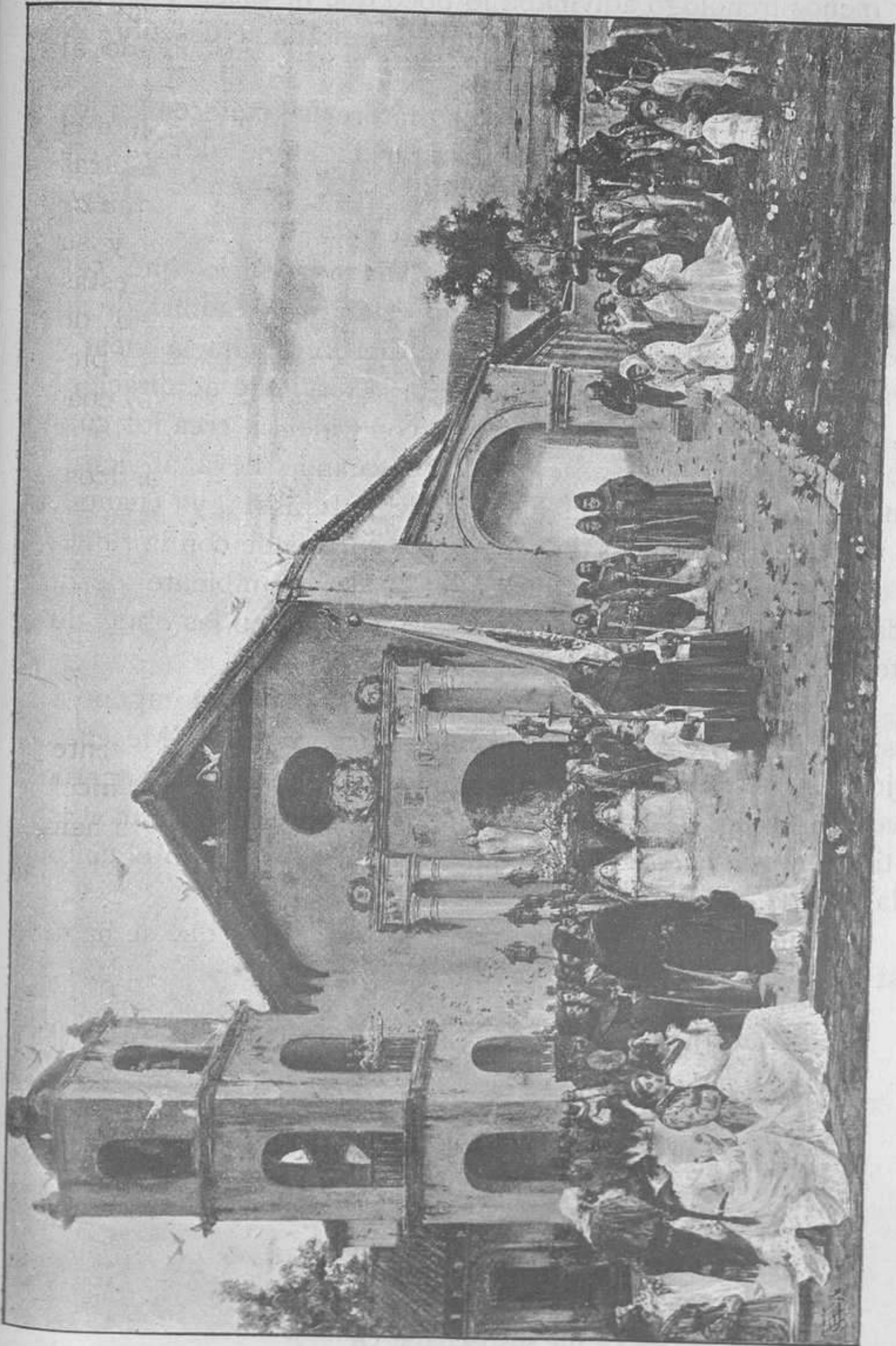
El cuadro *Fiesta á la Pura* es una obra genuinamente valenciana, y la última que ha brotado del infatigable pincel de Cutanda. Sus viajes al interior de esta República le han permitido estudiar el campo argentino y sus pobladores, y así en este lienzo, como en otros anteriores, se pueden admirar criollas y gauchos, tipos verdaderamente hermosos, que si se han borrado en los grandes centros lucen aún sus gracias y hechizos, sus chiripás y botas de potro en las anchurosas pampas ó en las encantadoras comarcas correntinas ó de Santa Fe.

Los argentinos, amantes de su país y de ver perpetuados en el lienzo las tradiciones de su patria y los usos y costumbres de su campo, agradecen sin duda á Cutanda su empeño en estudiar unos y otras, ya que para ellos, como para mí, es obra meritoria salvar del olvido, siquiera plásticamente, lo que un ciego cosmopolitismo va esfumando.

Ahora sí que ya lo he dicho todo.

¿Verdad que con mirar el retrato de Cutanda, el observa-





FIESTA Á LA PURA, EN SANTA FE (REPÚBLICA ARGENTINA) Á PRINCIPIOS DE SIGLO

Copia del cuadro del reputado pintor español Vicente Nicolau Cutanda



dor menos frenólogo adivinaba lo poco que he dicho y lo mucho que callé? ¿Verdad que en aquella mirada se descubre el genio?

No sé quién ha dicho que los pintores se conocen en los ojos: creo que es verdad. Con mirar la efigie de Nicolau Cutanda se sabe todo.

Y basta de conversación.

Perdóneme el eximio artista el flaco servicio que con estas líneas le hago, ya que ellas no están ni á la altura de su talento, ni á la altura de sus méritos: pero... si ata la vieja y cariñosa amistad ¡cuánto más no ata la ferviente admiración! Sí, admiro á Cutanda, ya cuando con valentía crea los cuadros fantásticos á que antes aludí, ya cuando lleva al lienzo simples cabecitas en que alardea de naturalista, ya cuando, en fin, en sus cuadritos de género nos sorprende con la riqueza del colorido, la transparencia de la luz, el ambiente de la vida. Que todo esto, y aún mucho más, hay en las obras de este artista.

Un secretito para terminar: como el talento se impone á despecho de la envidia ó de la ignorancia, y como Mecenas dejó, aunque raros, algunos discípulos, el infatigable Cutanda vive con holgura y sus cuadros son apreciados por cuantos entienden que nada ennoblece tanto al hombre como el culto á la belleza.

¡A qué menos puede aspirar el artista sino á que se haga justicia á sus méritos y se premien sus afanes!

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, Junio 1893.

---

## UN NOBLE SIN MÉRITOS

---

—La cuna me ennobleció,  
dijo un tonto presumido;  
y un sabio le contestó:  
—Ya me sospechaba yo  
que el mérito no había sido.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.



## ILUSIONES ALCOHÓLICAS



—¿Tú monarca? pues no atino  
cómo aún vistes tales ropas.

—¡Juro que soy rey!

— *De copas.*

—Y por derecho...

— *De vino.*

—♦♦—

### EPIGRAMA

Tan flaca es doña Violante,  
que una píldora tomó  
y su esposo la creyó  
en estado interesante.





## NOHELA

(CUENTO RUSO DE JORLOË)

Cual el campo de batalla  
de una guerra de albos cisnes,  
la tierra es blanca en la isla  
que está del mundo en los lindes;  
y los raudos remolinos  
de la nieve, cuando libre  
sopla el cierzo estremeciendo  
la compacta superficie,  
como aletazos parecen  
de las aves que se embisten.

Bajo el cielo envuelto en brumas  
donde espesas nubes siguen  
pesadamente su marcha,—  
híspidas sombras horribles,—  
yacen Rosborg y Nohela  
sentados, mudos y tristes,  
junto á un pino cuyas ramas  
vidriosa escarcha comprime,  
arrecidos en sus mantos  
de tupidas pieles grises.

No hay más sol en la isla pálida;  
—perpetuo invierno allí rige,—  
que los sueltos rizos blondos  
en sus sienes de aleties,  
ni más calor que el aliento



de sus labios juveniles.  
Yerto, algún pájaro, á veces,  
rompe las nieblas tangibles  
y cae al suelo volteando  
en la nieve á confundirse.

Nohela, blanda y cariñosa,  
así á su amante le dice:

—¿En qué piensas, Rosborg mío?  
¿Qué idea te embarga?... Dime,  
¿no eres feliz? ¿No te amo?  
¿no he dejado por unirme  
á tí, la gruta escondida  
donde mis padres ¡ay tristes!  
y mis hermanos me lloran  
ó, con razón, me maldicen?  
¿No te he consagrado ¡ingrato!  
toda mi pasión de virgen?

—¡Oh, Nohela! ¡Oh, dulce amada!  
responde él, doliente, humilde;  
me has hecho graciosa ofrenda  
de tus encantos gentiles,  
y unidos nos ven las noches  
solitarias y apacibles;  
pero siento, á pesar mío,  
como el ansia ineludible  
de un deseo, una quimera,  
que me subyuga y me rinde.  
Sueño en las bellas comarcas  
de claridades sin límites,  
que los náufragos que arriban  
á estos desiertos confines  
recuerdan con llanto y pena.

—¿Y tú en lejanos países  
piensas, estando á mi lado?  
¿A qué esos sueños te finges?

—¡Dulce Nohela! Allí ocultos  
en soledad que no aflige,  
hay bosquecillos tan tibios  
de lilas y de jazmines,  
que en ellos, á las caricias  
de perfumes invisibles,  
pueden mostrar sus encantos  
á sus amados las vírgenes  
dulces como tú, Nohela.  
Los que son allí felices  
la blancura palpitante  
del vivo mármol perciben



lleno de dulces promesas,  
 y de los brazos flexibles  
 anudados á su cuello  
 en consorcio inextinguible.  
 Yo, que tus gracias adoro,  
 de mi amor preciosos dijés,  
 sólo tus ojos he visto  
 y tus labios carmesíes  
 bajo la gruesa capucha  
 que te aprisiona y te ciñe.  
 ¡Qué linda serás, Nohela!...  
 —¿Y la pena que te oprime  
 tanto, Rosborg, no es más que esa?  
 —¡La que tenaz me persigue!  
 —¡Antes me lo hubieras dicho!  
 contéstale con voz triste.  
 Y, de pronto, en el instante  
 en que rasga las tangibles  
 nieblas un pájaro yerto,  
 su manto de pieles grises  
 desprende Nohela y le arroja  
 de sí con ánimo firme...  
 —¡Visión! ¡Visión!... extasiado  
 exclama Rosborg,—despiden  
 ardientes llamas sus ojos.  
 ¡Oh carne divina! dice;  
 ¡oh belleza incomparable!...—  
 Pero pálido, insensible,  
 no agrega más, ¡pues Nohela  
 sobre la tierra infelice  
 yace muerta, blanca, fría,  
 cual hermosísimo cisne!

JOAQUÍN VALMAR.

Buenos Aires, 1893.

FIN



# MARÍA

NOVELA AMERICANA

POR

JORGE ISAACS

---

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas, en 4.º pro-  
longado.

Se suscribe en la librería de *El Siglo Ilustrado*, calle Cerrito, 174.—Buenos  
Aires.

---

# AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

POR

José Mármol

---

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas en 4.º pro-  
longado.

Se suscribe en la librería de *El Siglo Ilustrado*, calle Cerrito, 174.—Buenos  
Aires.

---

TRATADO

DE

# ARITMÉTICA

POR

Francisco Latzina



DICCIONARIO  
**GEOGRÁFICO ARGENTINO**

POR

**Francisco Latzina**

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA  
ARGENTINA

Contendrá más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

Toda la obra constará de unos 25 cuadernos.

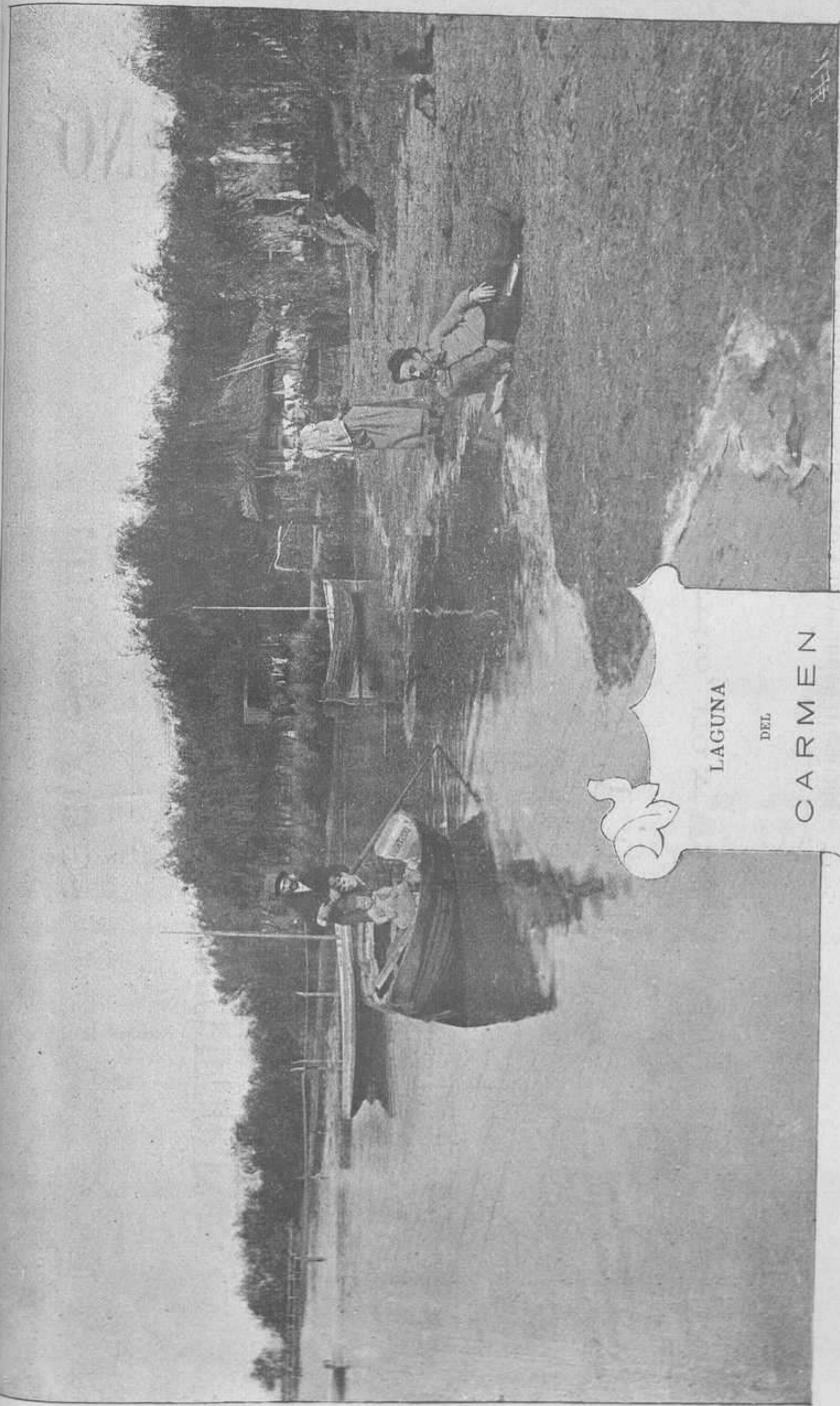
PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de **EL SIGLO ILUSTRADO**

CERRITO, 170 Y 174





LAGUNA

DEL

CARMEN

DE LAS FLORES

Muestra de los grabados que adornan el

DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO



BUENOS AIRES

---

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

# EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMÓN ESPASA Y COMPAÑÍA

Cerriito, 170 y 174, n/n

---

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.



INSTITUTO MÉDICO

# HIDRO-TERMO-TERÁPICO

DEL

Dr. D. Camilo Clausolles

1038, CALLE BELGRANO, 1046. — PLAZA MONTSERRAT

Buenos Aires

Consultas médicas, de 10 á 4.

Consultas por escrito, se reciben y contestan previo pago.

Gabinete ginecológico completísimo.

### Admiatria

Tratamiento de las enfermedades por las vías respiratorias. — Nebulizaciones, pulverizaciones, inhalaciones, etc., etc.

### Aeroterapia

Tratamiento de las enfermedades pulmonares y bronquiales, por el aire comprimido. Tratamiento especial de la Tisis por medio de la introducción de los vapores medicinales en la Cámara de Jourdanet.

### Electroterapia

Tratamiento por medio de la electricidad. Instalación completísima.

### Hidroterapia

La más completa instalación de baños de todas clases:

*Turco-romanos.*

*Baños rusos.*

» *de sudación simple.*

» *eléctricos.*

» *medicinales de todas clases.*

*Duchas á vapor, frias, etc., etc.*

### Oxígeno

Variadísimos aparatos para las inhalaciones de este gas.

Análisis microscópicos y químicos

1038, CALLE BELGRANO, 1046

Buenos Aires



ESPASA Y GULLIVART

BUENOS AIRES. — CORRIENTES, 1615



GRAN DEPÓSITO

DE

VINOS PURROS  
DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

SERVICIO ESMERADO DE LOS MÁS RICOS VINOS DE LAS INDICADAS COMARCAS

COMPLETO SURTIDO DE VINOS DE MESA

Y ESPECIALES, LO MISMO EN LAS CLASES USUALES QUE EN LOS RANCIOS MÁS EXQUISITOS

DE LOS PRINCIPALES COSECHEROS

SE SIRVE A DOMICILIO